
Guardiana de un saber ancestral, una mujer lucha por alumbrar el futuro.
BIBBIANA CAU
LA COMADRONA
NOVELA
DUOMO NEFELIBATA

La comadrona

NEFELIBATA

BIBBIANA CAU

La comadrona

Traducción de Noelia Pousada

Duomo ediciones
Barcelona, 2026

Citas: p. 70, el poema «Chiesa e scuola» está tomado de Enrico Fiorentino, Il canzoniere dei bambini, Treves, Milán, 1888; p. 364, el alegato del abogado Ciriaco Offeddu está tomado de Franco Fresi, Le banditesse, Il Maestrale, Nuoro, 2015; pp. 407-408, el poema de Salvatore Sini, «A Diosa (Non potho reposare)» [1915], está tomado de Salvatore Sini, A diosa e A diosu, Litotipografia TEA, Cagliari, s. d.

Título original: *La levatrice*

© 2025, Casa Editrice Nord s.u.r.l. Gruppo editoriale Mauri Spagnol
© de la traducción, 2026 de Noelia Pousada
© de esta edición, 2026 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán
Todos los derechos reservados

Primera edición en formato digital: enero de 2026

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)
www.duomoediciones.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 979-13-87574-99-4
DL: B 21.159-2025

Diseño de interiores: Agustí Estruga
Composición: Grafime S. L.
Imagen de la cubierta: *Mariola* (óleo sobre tela), de Edward Grenet © Russel-Cotes Art Gallery / Bridgeman Images
Proyecto gráfico: labiancavolta
Adaptación de la cubierta: Hernán Verdinelli
Conversión a formato digital: Brioworx

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, *la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la*

difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

A mi madre Angela y a todas las mujeres
que llenan de significado la vida a su alrededor

Los hechos y personajes de esta novela son fruto
de la imaginación de la autora. Cualquier semejanza con personas,
hechos o acontecimientos reales es pura coincidencia.

Capítulo 1

17 de septiembre de 1917, lunes

Mallena supo que se avecinaba el momento cuando le llegó el olor metálico de la sangre que goteaba por las piernas abiertas de Lucia.

–Ya viene –dijo, con la mirada fija en la joven, que, presa de la agitación, se había quitado la larga blusa de basto algodón y estaba sentada en el suelo sobre una estera de piel de carnero.

Atizó el fuego, avivó la llama con el fuelle y la luz que emanaba de la chimenea alumbró el semblante de las mujeres presentes, haciendo que centellearan las gotas de sudor en los senos de grandes y oscuros pezones de Lucia.

Las sombras se dilataban en las paredes encaladas. Siniestras, jocosas, parecían perseguirse las unas a las otras en una extraña danza.

Mallena se subió las mangas de la blusa de lino que cubrían sus fuertes brazos, enrollándolas por encima de los codos. Se ungió las manos con aceite de lentisco.

–¿Has preparado los paños que te he pedido? –le preguntó a su hija Rosa, que, aferrándose con ambas manos al taburete, se había apartado a un rincón de la estancia.

–Sí, *mamaj*, están en el banco.

–Acércalos al fuego. Tienen que estar calientes.

Esquelética, con los hombros finos y completamente vestida de negro, la *tzia* Nonnora permanecía sentada en una silla en una esquina, rezando extrañas letanías mientras desgranaba el rosario e

interrumpiéndose tan solo de vez en cuando para dar alguna que otra indicación, que Rosa no entendía.

–*M'arraccumandu* de dejarlo todo como lo he puesto yo. Nada debe permanecer cerrado: el baúl, el aparador e incluso las puertas y los cajones. Tiene que estar todo abierto, en señal de buen augurio –pidió la anciana, y retomó sus misteriosas plegarias, que solo ella parecía conocer.

Hacía poco había encendido una vela nueva en la hornacina, entre los santos, y había colocado una imagen de santa Ana sobre la falda negra. Sin dejar de rezar, alzó la mirada hacia Lucia, y a Rosa le dio la impresión de que sus ojos delataban cierta ternura, como si aquella nieta suya le pareciera de nuevo una niña.

Con cada contracción que le sacudía el cuerpo, Lucia emitía un sonido animal y, luego, se dejaba caer sobre la piel suave de la estera, estremeciéndose, a pesar de la cercanía del fuego. Llevaba así desde el comienzo de la tarde.

Colocando las manos en el abdomen tenso de la joven, Mallena intuía la posición del bebé, cuyos movimientos de brazos y piernas lograba distinguir. En la esquina más alejada de la habitación, Rosa, rígida y con los ojos fijos en la escena, las contemplaba con terror. Era la primera vez que acompañaba a su madre y veía a una mujer dar a luz. No se había imaginado que fuese a llevar tanto tiempo. Sabía que tener un hijo era todo un acontecimiento, en muchas ocasiones había escuchado a su madre describir la emoción y la envergadura de aquellos instantes, pero oír a Lucia pedir auxilio, como si una bestia le estuviese destrozando el cuerpo, la asustaba. Trataba de hallar una explicación a lo que estaba sucediendo en la habitación, pero no conseguía discernir el significado de las cosas, comprender cuál podría ser el origen del miedo que se respiraba a su alrededor y que ella también sentía. Se acercó a la *tzia* Nonnora, que seguía rezando. Su canto lento la serenaba y, además, estar cerca de aquella anciana vestida de negro insuflaba en ella una sensación de quietud.

La habitación estaba llena de humo y hacía calor. Su madre estaba agachada cerca de Lucia, volviéndose de vez en cuando para echarle un vistazo al fuego, que crepitaba, y, si bien algunas chispas

alcanzaban sus brazos desnudos, ella no parecía inmutarse. Buscando la mirada de su hija, le pidió que se cerciorara de que todo lo necesario estuviese listo.

–Estate pendiente del agua en la cacerola de barro y ten cuidado de que no se caiga del trípode. Mantén los paños calientes. No te lo volveré a repetir.

Después de atender todas sus peticiones, Rosa volvió a sentarse cerca de la tzia Nonnora, quien, con la voz cada vez más ronca y apretando el rosario entre los dedos retorcidos a causa de la artritis, invocaba con las manos unidas:

–Santa Ana, protectora de las madres y de los partos difíciles, escucha a esta humilde implorante.

Mientras tanto, presa de otra contracción, Lucia, con la boca abierta y los labios contraídos hacia atrás, había comenzado a gritar y a empujar con una fuerza tal que no parecía suya. Era como si no pudiera contenerse y no sintiese otra cosa que no fuera el deseo irrefrenable de empujar hacia abajo. Cuando inspiraba, daba la impresión de que el aire que entraba en sus pulmones no era el de la cocina, sino uno más limpio, mucho más fresco y casi de otro mundo.

Con la mirada fija en la escena del parto, cada vez que un grito parecía perforarle los oídos, Rosa se sentía paralizada por el miedo y por el estupor, y se sobresaltaba en el asiento; luego, se esforzaba por concentrarse en la voz de la anciana, que rezaba por este y por todos los partos: por los que ella misma había visto llegar a buen puerto, por las mujeres que habían perdido la vida, como su hija, la madre de Lucia, por los hijos que no había visto crecer y por todo lo que podría suceder en aquellos instantes cargados de misterio.

–Empuja, venga, empuja más, que tú puedes –la incitaba Mallena, con voz firme y sin delatar emoción alguna.

Con los músculos de los brazos y de las piernas cada vez más doloridos, a Rosa le pareció que el nacimiento del segundo hijo de Lucia se alargaba en exceso, pero, justo entonces, oyó al niño llorar como un desquiciado; no hizo falta que su madre le colocara la cabeza hacia abajo y le diera unos golpecitos en las nalgas.

Con destreza, Mallena ató un hilo alrededor del cordón umbilical y, entonces, bajo la atenta mirada de su hija y de la *tzia* Nonnora, con un gesto rápido y casi automático, lo cortó con la *leppa* que había sacado del bolsillo de la falda y había pasado varias veces por la llama. Acto seguido, cubrió la hoja de la navaja con cenizas frías.

–¿Cómo está? ¿Está sano? –le preguntó Lucia, con una voz exhausta que delataba que tan solo ansiaba cerrar los ojos y descansar, pero antes quería ver y sentir al hijo a su lado.

Mallena no respondió; masajeaba al recién nacido con un aceite templado, tirándole delicadamente de los brazos y de las piernas para constatar que durante el nacimiento no se había dislocado nada. Secó el rostro rosado y mofletudo del niño, que seguía llorando. Lo envolvió en los paños que Rosa había puesto a calentar.

–Dime, Mallena, ¿qué te parece? ¿Está bien?

–Es un varón, y solo hay que oírlo llorar para responder a tu pregunta. Está fuerte como un toro –contestó ella con sequedad, pues le parecía que la voz de aquel recién nacido, que chillaba con una urgencia henchida de vida, ya lo decía todo.

A pesar del calor que desprendía el fuego y de la manta que ahora la cubría, la joven madre tenía escalofríos. Mallena le colocó al recién nacido en los brazos, por el lado izquierdo, el del corazón.

En la penumbra, Rosa vio que Lucia trataba de discernir los rasgos del niño. Aquel contacto de cuerpos palpitantes pareció tranquilizar a madre e hijo, y con un suspiro ella también se relajó en el taburete y sintió que se le destensaban los músculos.

–No es más que un recién *naschiu*, pero mirad qué avispado es; ya tiene claro lo que hay que hacer. Esto sí que es un milagro –dijo la *tzia* Nonnora, señalando al pequeño, que, en un primer momento, había acariciado con los labios el seno de la madre y, a continuación, se había pegado por instinto al pezón, chupando hasta quedarse dormido.

Agachada delante de Lucia, Mallena, con los ojos rojos a causa del humo y del cansancio, esperó a que el cuerpo de la muchacha expulsara la placenta. Rosa la observó cerciorarse de que estuviera completa y de que no hubiera quedado ninguna parte dentro, antes de depositarla cerca de la chimenea.

Tras salir de la casa, la *tzia* Nonnora regresó poco después en silencio, acompañada de su marido y del primogénito de Lucia, que se habían quedado a esperar en la casa de los vecinos de al lado.

–Venga, acércate a ver a tu hermano pequeño.

El niño guardó las distancias, cerca de la bisabuela, si acaso turbado por el desorden y por la presencia de aquel extraño que su madre estrechaba contra sí con ojos hechizados.

Vestido con la ropa de trabajo desgastada, el viejo se acercó y acarició delicadamente a Lucia y al pequeño con sus grandes manos callosas. Ante aquel leve roce, el recién nacido siguió sumido en un plácido sueño, con las facciones del rostro relajadas.

Sorprendida, Rosa observó al anciano, absorto en ese estado de gracia, y pensó, sin llegar a comprenderlo bien, que los hombres tenían la capacidad de conciliar aspereza y dulzura en su interior. Entonces, reparó en que los ojos del viejo comenzaban a brillar e imaginó que estaba pensando en el marido de Lucia, obligado a dormir al frío, abrazado a la bayoneta, en las montañas de Trentino.

–En cuanto puedas, cava un agujero profundo en el jardín y entierra la placenta, para que los animales no la encuentren. No deben alimentarse de esa carne humana y bendita.

La *tzia* Nonnora miró al hombre directamente a los ojos, para asegurarse de que había comprendido bien lo que tenía que hacer.

Tras unos minutos de contemplación, el anciano se acercó al niño, que, durante todo este tiempo, se había quedado de pie en la distancia, mudo y confundido; lo cogió de la mano y se lo llevó afuera.

Con la ayuda de Rosa, Mallena lavó a la parturienta con paños de lino mojados en agua templada y mezclada con un poco de vino; luego, le colocó entre las piernas otro paño suave doblado cuatro veces. Después de ponerle un camisón limpio, ayudaron a Lucia a trasladarse al dormitorio, donde, para la ocasión, contaba con la mejor ropa de cama que poseía la familia. Madre e hijo permanecerían ahí días, recibiendo las visitas de familiares y vecinos, que comerían deliciosas galletas de almendra, blandas lenguas de gato y beberían malvasía dulce a la salud del recién nacido y de toda la familia.

Después de recoger los paños manchados de sangre, Mallena cruzó por unos instantes la mirada con su hija, que se aprestó a preparar lejía de ceniza, los puso en remojo y los enjuagó en agua caliente. A pesar de que le dolía todo el cuerpo, sin decir nada, Rosa los puso a secar en las sillas delante del fuego, mientras su madre se lavaba las manos en una palangana de agua fría.

En silencio, mientras Lucia y el niño descansaban, se rezagaron el tiempo necesario para cerciorarse de que todo estaba en orden.

–Es hora de que os marchéis –les dijo la *tzia* Nonnora mientras sacaba algo del aparador.

–Volveré mañana para ver cómo se encuentran –respondió Mallena, mirando a la anciana.

–Que Dios te lo pague y te recompense con *salude e bona sorte*.

Acompañándolas hasta la puerta, la *tzia* Nonnora le entregó a Rosa una pequeña porción de queso *pecorino* envuelta en un paño de tela áspera. Ella lo cogió, pero solo después de buscar la aprobación en la mirada de la madre, que ya estaba en la calle.

Capítulo 2

Hacía al menos dos horas que había anochecido y el frío viento maestral las hizo apurar el paso por las callejuelas empinadas, cercadas por casas bajas de piedra oscura. Madre e hija fueron a recoger a Daniele, a quien, al comienzo de la tarde, antes de ir a la casa de Lucia, habían dejado en la casa de la *tzia* Zizza, en la parte baja de Norolani. Nada más verlas, el niño se coló por debajo del chal de la madre, quien le acarició la mejilla con el dorso de la mano.

–Se ha pasado casi todo el tiempo fuera, con la azada. Me ha costado conseguir que entrara en casa y, desde que anocheció, ha estado callado. No ha querido ni beber un poco de agua.

La anciana señaló la taza de hierro esmaltada de blanco, con el borde abollado, que seguía llena en la mesa.

–Ya sabe, *jaja*, que desde que *babaj* tuvo que irse a la guerra, él, que siempre ha sido alegre y vivaz como un cabritillo, a veces se pone triste y se niega a hablar –dijo Rosa, tratando de excusar a su hermano pequeño.

–*Poberu fizzu meu istimadu…* No hay momento en el que no piense en él –se desahogó la anciana.

–Está jugando a ser un jabalí –dijo Mallena, sonriéndole al niño, del que tan solo despuntaba la nariz desde debajo de los flecos del chal.

Mirando al hermano, Rosa se retorcía las manos, consternada.

–En la escuela tampoco habla mucho y esta mañana el *majstru* Meloni le ha abofeteado porque no respondía a sus preguntas –reveló, incómoda.

Le había prometido a Daniele que no diría nada en presencia de la madre. Al oír las palabras de la hija, Mallena miró al niño.

–¿De verdad que te dio una torta? –preguntó, seria.

Él bajó la mirada.

–Pero yo no lloré ni nada.

Sin añadir nada más, ella lo estrechó contra sí.

–Bueno, se nos ha hecho muy tarde; tenemos que marcharnos ya. Buenas noches, *tzia* Zizza –dijo, cogiendo a Daniele de la mano.

Subieron la cuesta en la que se encontraba su casa. La luna iluminaba el adoquinado de piedras viejas y el sonido de los pasos de Mallena delataba los clavos que había metido en los tacones de los zapatos, para que duraran más.

Después de abrir con la gruesa llave, Mallena encendió la lámpara de aceite que pendía del gancho detrás de la puerta de la entrada. Una vez que dejó el chal en una de las sillas del pequeño recibidor, se dirigieron a la cocina: a la izquierda, una gran chimenea de piedra, enfrente la puerta que daba al jardín y, en esa misma pared, una ventana pequeña, como la de las otras dos habitaciones, con oscuros marcos de madera.

La muchacha dejó en la mesa el queso que le había dado la *tzia* Nonnora. Lo más urgente para Mallena era encender la chimenea, y, gracias a las brasas ocultas debajo de las cenizas, que llevaban ahí desde la mañana, la operación resultó ser más sencilla de lo previsto.

–Rosa, pon a calentar el caldo.

Lo había preparado por la mañana, después de que los hijos se fueran a la escuela. En un recipiente de terracota, con agua y sal, había cocido algunas patatas y cebollas enteras; el aire seguía impregnado del aroma de los tomates secos y de la albahaca fresca.

Mallena corrió afuera, al fondo del jardín; llevaba horas aguantando las ganas. Lavándose con un trozo de lino mojado, al fin se sintió aliviada. El resplandor de la luna le permitió arrojar con la azada un poco de tierra en el agujero y, antes de volver a entrar en la casa, lavó bien el paño y se alisó las dobleces de la falda.

Ya en la cocina, y bajo la atenta mirada de Daniele, sacó un pan negro de masa dura de la pequeña despensa del armario empotrado.

–¿Puedo cortarlo yo? –le preguntó el niño.

Ella extrajo la *leppa* afilada que guardaba en el bolsillo de la falda y se la tendió sin decirle nada. El niño cortó tres rebanadas gruesas y la hermana colocó una en cada plato. Mallena añadió una loncha del queso *pecorino* que les había dado la *tzia* Nonnora y un huevo. Luego, sirvió dos cucharones del caldo caliente, con el que se ablandaron el pan y el queso, y se endureció el huevo. Comieron en silencio.

Solo después de la cena, sentados sobre el arquibanco de madera pegado a la pared al lado de la chimenea, extendieron los pies hacia el fuego. A pesar de que todavía estaban a las puertas del otoño, dentro de la pequeña casa de piedra basáltica hacía más frío que en el exterior y aquella calidez les resultaba placentera.

–¿Qué tal en la escuela por la mañana? ¿Qué habéis aprendido hoy?

Rosa fue corriendo a por su libreta y con orgullo le enseñó la lección de aquel día.

Mallena observó atentamente aquellos signos que no conocía. Le fascinaban las palabras escritas y, si bien nunca había ido a la escuela, esperaba aprender algo a través de los hijos.

–Y tú, Daniele, ¿qué has hecho en clase?

El niño, eludiendo la pregunta, se puso a avivar con urgencia el fuego valiéndose del fuelle.

–Pero en ese lugar en el que está mi *babaj* ¿tendrán la chimenea encendida?

–¡Serás tonto! Los soldados no tienen casas como la nuestra, con una cama, una chimenea encendida, provisiones y todas las comodidades que tenemos nosotros –contestó Rosa, mirando molesta al hermano. Le irritaban aquellas ocurrencias suyas que, para ella, eran muy inoportunas.

–Venga, lee otra vez la última carta que nos envió nuestro *babaj* –le pidió el niño, poniéndose serio, y la muchacha obedeció, ablandada por sus ojos, que se habían humedecido.

Monte Zebio, 12 de julio de 1917

Querida Mallena:

Nada más despuntar el alba, mi primer pensamiento te lo dedico a ti, mi amor, y a nuestros hijos.

Yo me encuentro en el lugar de siempre, con el fragor de los cañones austríacos en los oídos y el aliento congelado, rodeado de tantas y tantas injusticias y tratando, con vuestra ayuda, de eludir la muerte y el dolor. Rezo todos los días por salir vivo de este infierno.

Aquí, entre mis compañeros, muchos están dispuestos a morir para defender la patria, pero, entre todos, no hay ni uno solo que entienda para qué estamos luchando en esta guerra.

Yo espero seguir vivo y confío en abrazaros lo antes posible.

Siempre vuestro,
Giovanni Manca

–El que le ha escrito la carta a mi *babaj* tiene mucho talento, ¿verdad? Parece un poema, aunque es muy triste. Quién sabe qué estará haciendo ahora el *mischineddu*…

Rosa escuchó las palabras de Daniele, mientras volvía a doblar la hoja con atención, pensando en el regreso del padre y en lo maravilloso que sería ese momento tan ansiado.

Mallena también guardó silencio, con los párpados pesados, como pesado había sido el día. Era por las noches, sobre todo, al pensar en Jubanne, cuando sentía que la nostalgia le atenazaba el pecho y la agarraba por la garganta. Suspiró y, poniéndose en pie, extendió el brazo hacia lo alto, hasta la estantería de madera, donde descansaba un pequeño cesto sardo lleno de higos secos. Cogió un puñado y se lo entregó al hijo, quedándose ella uno.

–*Mamaj*, ¿guardará alguno para cuando vuelva nuestro *babaj*?

–¡Desde luego! Para él habrá un collar entero de higos secos.

Daniele y Rosa sonrieron mientras degustaban los frutos cosechados a finales de verano que tan dulces estaban, y se divertían partiendo con los dientes las pequeñas pepitas que, luego, se les incrustaban entre un incisivo y otro.

–Es hora de lavarse bien antes de ir a la cama.

Levantando la lámpara, Mallena iluminó la jofaina que se encontraba al lado de la puerta del jardín. Mientras Daniele obedecía

a regañadientes, ella cogió el brasero de cobre, lo llenó y lo metió debajo de la cama alta de hierro forjado de su dormitorio, pues no había nadie que se la calentara.

Capítulo 3

Por la mañana, de camino a la escuela con el hermano, Rosa pasó por la casa de su amiga Nina y, mientras bajaban por la cuesta, la cogió de la mano.

–¿Cómo imaginas que es el amor? –Le hizo aquella pregunta sin previo aviso y en voz baja, para que no la oyera Daniele, que caminaba unos metros por delante.

A veces las dos muchachas recorrían parte del trayecto juntas, pero Nina, en los últimos tiempos, casi nunca asistía a la escuela ni avanzaba en los estudios.

–Para mí… parte de una amistad –contestó–. Primero nos podemos ver en misa los domingos e intercambiar alguna que otra sonrisa, luego decirnos palabras dulces durante las fiestas en la plaza donde se va a bailar.

Rosa aferró con fuerza la mano de la amiga. Aunque solo era un poco mayor, a ella Nina le parecía ya toda una mujer y, por este motivo, había esperado con impaciencia a encontrarse con ella para hacerle «la pregunta». Presenciar su primer parto la había sugestionado hasta el punto de que había empezado a sentirse casi «adulta», de la noche a la mañana, más próxima a aquel mundo de rituales y cambios que, tarde o temprano, imaginaba, también sería el suyo.

–No, no, yo creo que es como un rayo, de esos que llegan repentinos, impetuosos, violentos, con esa luz y ese fragor que incluso te cortan la respiración.

Rosa hablaba alzando los ojos hacia el cielo, soñadora, como si allí pudiera contemplar la escena que describía.

–¡Para! No quiero seguir hablando de esto. –Nina alzó la voz de manera inesperada, haciendo que Daniele se diera la vuelta.

Rosa no comprendió el motivo de aquella reacción.

–Mira que eres exagerada. ¿Qué pasa? ¿Qué he hecho?

–He dicho que pares –espetó Nina.

–Pero ¿qué mosca te ha picado?

Rosa miró desconcertada a la amiga, que, apurando nerviosa el paso, se alejaba de los dos.

Justo después de que los hijos se marcharan a la escuela, Mallena salió al jardín y se acercó al rincón donde estaba el gallinero, cercado por palos secos dispuestos verticalmente para impedir que entraran los zorros o que las gallinas escarbaran entre las coles, los calabacines y las demás hortalizas de temporada que había plantado.

Tras dejar en el suelo la cesta con los huevos, se acercó a Pitiola, que se encontraba al lado de la puerta del jardín, atada con una cuerda al anillo fijado en el muro de piedra. Colocó el cubo de madera debajo de ella y comenzó a ordeñarla. La burra, que había perdido a la cría hacía unos meses, aguardó mansa mientras Mallena llenaba el recipiente de leche caliente y espumosa. Sabía que aquel rito cotidiano aliviaba y consolaba al animal.

Después de llevar la leche al interior de la casa, cogió un tazón y tostó un poco de pan, cuyo aroma la condujo a otros tiempos, al recuerdo de cuando ella y Jubanne comían juntos, sentados uno frente al otro, tras despertarse abrazados. Delante de la chimenea, con la llama que proyectaba un resplandor rojizo en su semblante, se dejó llevar por los recuerdos. Solo él sabía de verdad lo que ella amaba y lo que ella temía. Solo él podía ahuyentar a los fantasmas que habitaban en su interior. Solo él le prometía que la protegería para siempre. Sentía, asimismo, que se había enamorado de los pequeños detalles de Jubanne: la forma de peinarse el cabello con las manos después de lavarse con agua fresca, su gesto de despedida con una rebanada de pan aún en la mano, que se comía sin siquiera sentarse mientras terminaba de preparar a la burra, o el

modo en el que se masajeaba la espalda dolorida después de pasar todo el día trabajando la tierra con la azada antes de la siembra.

Con los ojos rojos, no solo por la proximidad del fuego, Mallena mojó la rebanada de pan en el tazón de leche y trató de reprimir la nostalgia: ojalá pudiera dejarla olvidada en la mesa, junto con las migajas.

Más tarde, mientras preparaba a la burra, reparó en la madera oscura de la albarda, que se había vuelto más clara a causa del deterioro, dejando a la vista marcas que parecían de adorno. Con movimientos firmes, la colocó sobre el lomo del animal y ciñó con esmero los arreos de piel: siempre ajustaba los estribos, la cincha y la baticola dependiendo de la época del año y de si el animal engordaba o adelgazaba. En la grupa colocó la *bèrtula* de lana, reforzada por los lados con tiras de un tejido más resistente. Cuando Jubanne se iba a trabajar, utilizaba esa alforja para llevar comida, agua, la azada o cualquier otra herramienta. Al volver, traía en sus anchos bolsillos lo que los campos ofrecieran aquella temporada.

Sin dejar de pensar en él, Mallena metió en las bolsas laterales dos gruesas calabazas que hacía unos años Jubanne había vaciado y deshidratado para usarlas a modo de recipientes; en el otro bolsillo de la alforja, introdujo una calabaza más pequeña llena de agua y una rebanada de pan dentro de una bolsita de lino basto. Cerró los ojos, acercó la nariz al tejido de *bèrtula* e inspiró hondo, para absorber el olor que le recordaba a su marido, aunque con el tiempo se iba atenuando más y más. Cogió las riendas de Pitiola y, tras cruzar la casa, la condujo hasta la calle. Cerró la puerta con llave, la ocultó encima de la jamba y se sentó a horcajadas sobre la burra.

Su forma de cabalgar desairaba a los ancianos que se sentaban en la entrada de una casa ahí cerca.

–*Deus meu*, el mundo entero está patas arriba –comentó uno de ellos, sacándose de los labios el cigarro que fumaba con la punta encendida dentro de la boca, bien sujeta entre los dientes. Luego, negando con la cabeza, volvió a ponerse en la boca el grueso cigarro, fumándolo a *fogu aintru.*

Al cabo de pocos minutos, fuera de la zona poblada, Mallena y Pitiola tomaron el camino en dirección al noroeste, el que llevaba a Tennairi. La noche del sábado anterior, había asistido al parto de Maria, la esposa de Matteo el *Piccocu,* el chiquito. Nadie había podido registrar el nacimiento, puesto que las oficinas del ayuntamiento estaban cerradas.

Tras media hora de viaje, se detuvieron en la fuente. Mallena saboreó el agua fresca y se lavó la cara y los brazos, secándose con la parte interior de la falda. Después de saciar la sed, Pitiola se puso a pastar en la hierba y en las frondas bajas de los árboles. La mujer aprovechó la parada para disfrutar de las caricias templadas de los rayos del sol de aquel otoño prematuro. Escuchando los sonidos del bosque circundante y aspirando sus aromas, pensaba en lo diferente que era todo a Barbagia. Todavía recordaba el olor del musgo de los robles de aquella tierra donde había nacido y que había abandonado hacía dieciséis años. La burra, curiosa, también olfateaba el aire, y su mirada de vez en cuando se cruzaba con la de la mujer.

Al cabo de otra media hora de trayecto, llegaron a Tennairi, donde se puso a llover. Mallena alcanzó la casa de Maria y Matteo y, después de atar la burra al anillo de hierro unido al muro de piedra, empujó la puerta entrecerrada.

–¿Se puede? –preguntó, al tiempo que entraba sin esperar a que le respondieran.

En la cocina, una vecina, arrodillada en el suelo de tierra, colocaba la leña en la chimenea. Antonia, la joven hermana de la parturienta, apareció sosteniendo sobre la cabeza una vasija de terracota, que colocó con cuidado en la repisa al lado de la ventana. Se saludaron rápidamente y Mallena se dirigió al dormitorio para informarse del estado de madre e hija.

–Sigo sin dar leche y Anna no para de llorar… –explicó Maria, que, en la gran cama de hierro forjado, observaba con ojos luminosos a la hija que sostenía en brazos.

La luz se filtraba por las cortinas blancas y revelaba la palidez de la parturienta, agravada por la preocupación y por el cansancio. Al cabo de unos minutos, en la habitación entró Antonia, sosteniendo una bandeja con dos tazas de café humeante y dos lenguas de gato.

–Tráeme un recipiente pequeño –le ordenó Mallena, observando a la recién nacida, que estiraba los labios y abría la boca para pegarse con urgencia al pecho de la madre, como si quisiera devorarla entera. Entonces, salió a ordeñar un poco más de leche de Pitiola. No era ni un cuarto de litro, pero, esta vez, la burra rebuznó contrariada. Siempre hacía lo mismo cuando pasaba algo que no entendía–. Moja la punta de un paño en esta leche y que lo chupe la niña, pero, cuidado, que siga pegada al pecho.

–Gracias.

–Con esto tendréis suficiente para hoy y para mañana –les dijo, señalando con la mirada el recipiente de la leche de la burra. Entonces, mojando la lengua de gato en la taza de café caliente, añadió–: Y tú, Antonia, pon a hervir todos los días dos cucharaditas de semillas de hinojo y dale a beber a tu hermana una taza por la mañana y otra por la noche.

La muchacha asintió, mientras, con la blusa arremangada hasta los codos, retomaba las tareas del hogar con una escoba de mijo.

Mallena dejó la tacita y miró a la parturienta.

–¿A tu marido le falta mucho para volver a casa?

–No, normalmente a esta hora ya ha vuelto del redil. Hoy, con esta lluvia, le habrá llevado más tiempo el ordeño.

Despacio, Maria acercó el paño mojado en leche a la boca de la recién nacida. La pequeña Anna chupaba con voracidad, sacando un poco la lengua, hasta que, exhausta y saciada, se quedó dormida.

Mallena aguardó en la cocina, sentada en una silla baja, impaciente por ir al ayuntamiento y reunirse con el administrativo. Por la puerta abierta que daba a la parte trasera de la casa se coló el silbido del viento maestral, recargado por el perfume de aquel arbusto de romero silvestre que con prepotencia se había hecho un hueco en el huerto, entre las hortalizas.

Al cabo de unos minutos, el sonido de unos zuecos anunció la llegada del hombre de la casa. Tras cruzar el pasillo, Matteo descargó las dos jarras llenas de leche que traía atadas a la silla del animal y las dejó en el suelo de tierra de la cocina.

–¡Salud a la *majstra* de los partos! –dijo, sonriente, nada más ver a Mallena.

Antonia se le acercó, cogió las riendas y, antes de que el burro ensuciase el suelo, lo llevó al jardín.

–*M'arraccumandu*, Matteo: si ves que en los próximos días Maria sigue sin dar leche, usad la de la burra y poco a poco la niña irá creciendo.

–*Eja*, pues claro…, lo que usted mande –respondió el marido de Maria–. Es más, me traigo aquí a la burra de Tatano y, de paso, también le damos una alegría a nuestro burro –dijo, sonriendo con picardía, e hizo ademán de quitarse el abrigo mojado, pero se detuvo cuando reparó en la impaciencia de Mallena.

–Vayámonos ya –le dijo ella, levantándose de la silla y mirándolo con seriedad.

–*Sissennora*. Ven, Anto, ven tú también, por si nos hace falta otro testigo.

El hombre sonrió a la cuñada, mientras se volvía a colocar en la cabeza, hasta cubrirse las orejas, su alargada gorra de arpillera, dejando que el extremo le cayera por detrás de los hombros.

Anna dormía en brazos de la madre cuando los tres se dirigieron a pie hacia el ayuntamiento, que se encontraba a pocos centenares de metros.

El cielo estaba oscuro, las nubes, bajas, y el viento maestral soplaba con fuerza, barriendo las calles del pueblo. Antonia se cruzaba de brazos para escudarse de los azotes del viento; debajo del chal, llevaba ropa ligera. El viento le hinchaba la falda larga hasta los tobillos y le despeinaba el cabello, a pesar de que lo tenía recogido en un moño en la nuca, lo que le confería un aspecto demasiado austero.

Aunque llevaba en la cabeza la *berrita*, Matteo seguía siendo más bajo que las dos mujeres. Esto, unido a sus facciones, hacía que pareciera un jovenzuelo. Cuando no era más que un niño, la malaria le había dejado muy debilitado y había mermado su crecimiento. Formaba parte de ese grupo de hombres que habían sido declarados no aptos en el reconocimiento militar a causa de su insuficiencia torácica, ahorrándoles, así, partir al frente. Cuando los paisanos, sin

perder el buen humor, se burlaban de él por su complexión frágil, siempre les respondía con un dicho sardo: «Cada árbol da sombra a su manera». Solo ahora que lo veía tan pequeño, incluso diminuto, Mallena entendió el apodo gracioso que los paisanos le habían puesto, el *Piccocu*, el chiquito y también la prontitud con la que Matteo les contestaba, siempre con una sonrisa. Su respuesta aludía al hecho de que, a pesar de no ser corpulento, él se sentía vigoroso, y cuando insistían en mofarse de él, ella, tiempo atrás, de camino a casa, le había oído responder: «A fin de cuentas, todo el mundo sabe que a la sombra de los grandes árboles no crece nada».

Una vez que llegaron al ayuntamiento, los tres le comunicaron al asistente que estaban allí para registrar un nacimiento, y aguardaron con solemnidad a que el responsable de los asuntos civiles los mandase llamar.

Llegado el momento, el hombre, de mediana edad, alto y corpulento, los invitó a entrar en su despacho. En la estancia, amueblada con un escritorio de madera carcomida y alguna que otra estantería, imperaba un olor a tabaco entremezclado con polvo. Hasta hacía unos años, aquel hombre se había ganado la vida como mensajero y pregonero, pero, puesto que había ido a la escuela hasta el tercer curso y sabía leer y escribir, con orgullo había aceptado reemplazar al administrativo titular de la oficina, que había partido al frente.

Los tres, en silencio, le observaron sacar de una estantería llena de polvo el grueso registro de los nacimientos y ponerse a escribir, pronunciando en voz alta las siguientes palabras:

> En el año mil novecientos diecisiete, a dieciocho de septiembre, a las diez de la mañana, en el ayuntamiento, ante mí, Raimondo Noli, responsable de los asuntos civiles del ayuntamiento de Tennairi, se ha presentado Matteo Unali, de veinticinco años de edad, agricultor, el cual ha declarado que a las siete y treinta minutos de la tarde del día quince del presente mes, en una casa en calle Savoia sin número, Maria Angioi, de veintidós años de edad, jornalera, su esposa, ambos con domicilio en Tennairi, ha dado a luz a un niño…

–Ojalá fuera un varón, pero ha nacido una niña –dijo Matteo, rascándose la cabeza.

El administrativo se detuvo y la pluma dejó una mancha de tinta en el registro.

–Vaya, hombre, mire lo que ha hecho. Guarde silencio.

… ha nacido un niño… de sexo femenino, al que se le ha puesto el nombre de Anna.

El declarante ha sido eximido por mi parte de presentar a la recién nacida, a causa del mal tiempo, tras constatar por otros medios la veracidad del nacimiento. A todo lo anterior y a este acto, dan fe en calidad de testigos Mallena Devaddis, de treinta y siete años de edad, partera, residente en Norolani, y Antonia Angioi, de veinte años de edad, jornalera, residente en este municipio.

El declarante ha confirmado el susodicho nacimiento en calidad de cabeza de familia, habiendo Maria Angioi dado a luz en el domicilio de residencia.

Leído y solo por mí escrito, pues los demás son analfabetos.

Firmado
Raimondo Noli

Antes de levantar la cabeza, leyó de nuevo todo lo que había escrito.

–Ponga una cruz aquí, debajo de mi firma –dijo, señalando con el dedo el lugar exacto en el registro–. Eh…, hace unos años, antes de la guerra, en este mismo mes se registraba el nacimiento vigésimo quinto, pero ahora… vamos por el duodécimo.

Con un hondo suspiro, el hombre desvió la mirada hacia la fotografía del rey Víctor Manuel Fernando María Genaro que colgaba de la vieja pared llena de grietas. Frunciendo el ceño, Mallena se restregó nerviosa las manos en la falda, esperando a que el administrativo terminara.

–Marchaos vosotros; yo, tan pronto pueda, pasaré a recoger a Pitiola –dijo ella, en cuanto el hombre cerró el registro.

–Pues si ya hemos terminado, nosotros nos vamos. *Adiosu*.

Haciéndole un gesto a la cuñada para que lo siguiera, Matteo el *Piccocu* se marchó sin que se lo tuvieran que decir dos veces. Llevaba fuera de casa desde las tres de la mañana y ardía en deseos

de hincar el diente al desayuno: pan negro con tocino salado y pimienta, que acompañaría con una copa de vino tinto. Antonia, aterida, lo siguió en silencio dos pasos por detrás.

Después de volver a colocar el grueso registro en la estantería llena de polvo, el señor Raimondo Noli miró a Mallena. Ella se acercó y apoyó las manos en la mesa. No le hizo falta pronunciar el discurso que había preparado; las palabras le salieron impetuosas.

–Bueno, ¿se puede saber qué tengo que hacer yo para que me paguen? Hace dieciséis años que ejerzo de partera en estos pueblos. Y, por prestar un servicio como este, no puedo dedicarme a otros menesteres para mantener a mi familia.

El administrativo no se sorprendió: recompensar o no a la partera con una retribución era una antiquísima cuestión que llevaba años debatiéndose.

–Por desgracia, se ha revocado el decreto del consejo municipal, que había votado a favor de darle ese subsidio que solicitaba usted.

Mallena mantenía las palmas de las manos bien firmes en la mesa, sin dejar de mirar a los ojos al administrativo.

–Solo este año, en las inmediaciones, he asistido a cuarenta y seis mujeres y, como casi todas están hundidas en la miseria, no he recibido ni un solo céntimo a cambio. Pero yo también estoy en la miseria: sola, sin sustento alguno.

–Ya se lo he dicho: para ejercer la profesión y cobrar un sueldo, es un requisito indispensable tener un diploma universitario o, ya que lleva tantos años ejerciendo, someterse a un examen en Cagliari para obtener la *patente*.

–¿Y cómo quiere que haga para ir a Cagliari a someterme a un examen? No puedo dejar a mis hijos tirados, no sé ni siquiera cuándo volverá su padre, si es que vuelve, pero, por encima de todas las cosas, ¿cómo voy costearme yo el viaje y todos los gastos para quedarme en la ciudad el tiempo que sea necesario?

–Yo no veo otra solución… A menos que… –El hombre se detuvo, pensativo–. Lo veo complicado, pero he oído hablar de otra partera como usted que envió una petición al ministro de Educación, luego al rey o a la reina… No estoy seguro.

–Que si el rey, que si la reina… Y dígame, ¿al diablo también tengo que enviarle una súplica?

–Piénselo, Mallena, que usted el examen para la *patente* lo aprobaría sin problema; mi esposa siempre dice que es la mejor partera que hayamos tenido jamás en esta zona.

–Sí, sí, ya me sé yo de memoria esa cantinela.

Mallena enarcó las cejas y frunció el ceño, con un movimiento brusco se dio la vuelta, se colocó el chal sobre la cabeza y se marchó sin despedirse.

El señor Raimondo Noli se percató de que la tinta le había manchado los dedos; trató de limpiárselos con un pañuelo, pero ya se había secado. Rendido, con un suspiro dirigió la mirada al crucifijo de madera, que colgaba de la pared opuesta a donde estaba la imagen del rey; con esmero dobló en cuatro el pañuelo y lo volvió a guardar en el bolsillo.

Capítulo 4

Tras volver a paso ligero a casa de Maria, empujó la puerta, que se abrió no sin cierto esfuerzo. Por dentro, había una silla arrimada contra la hoja para evitar que el viento la abriera de un portazo y entrara la lluvia. Se encontró con Antonia, que justo estaba terminando de barrer el suelo de tierra. Mallena conocía bien aquel tipo de suelo: era el mismo que había en buena parte de las casas humildes de la zona, y no solo de Tennairi.

Cuando había que construir una pequeña vivienda, buscaban el material que hiciera falta en el pueblo, al igual que –al menos hasta hacía unos años– la mano de obra necesaria para colocar los bloques de piedra, el encañizado sobre las vigas de madera y, por último, las tejas, que los obreros moldeaban una a una entre los muslos antes de ponerlas a secar. En resumidas cuentas, cuando había que hacer obras, las familias se ayudaban las unas a las otras en todo lo necesario con una antigua fórmula conocida como *azzudu torrau*, la costumbre de prestarse ayuda, y así hallaban material a buen precio. Para los ladrillos del suelo, sin embargo, hacía falta dinero. Por este motivo, a menudo era de tierra.

Mallena preparó a la burra, la cual se entretenía olisqueando los helechos y los hongos que con tenacidad descollaban del muro entre una piedra y otra.

–Esto es un manjar; bébalo a la salud de Anna, de mi esposa y de toda mi familia –le dijo Matteo, y, sonriendo, le entregó una calabaza que acababa de rellenar de malvasía dulce y ambarina; entonces, Mallena lo vio apresurarse a meter unas patatas en uno de los dos bolsillos de la alforja que estaba sobre Pitiola.

En el camino de vuelta, Mallena y Pitiola se detuvieron de nuevo en la fuente, donde ella llenó las dos calabazas más grandes de agua fresca, sellándolas con pequeños tapones de corcho. Las colocó con cuidado dentro del bolsillo vacío de la alforja. A pesar de que en casa tenía un pozo, el agua de aquella fuente era conocida por sus propiedades medicinales.

El follaje de los árboles se mecía en brazos de la brisa, que cada vez soplaba con más fuerza, y Mallena, cubriéndose con el chal, decidió proseguir a pie para amortiguar los azotes del viento contra el rostro, aunque no estaba tan gélido como el de la zona del Supramonte al que se había acostumbrado de pequeña. A Pitiola, a su vez, no le importaba el clima. Era una criatura curiosa y, cuando cayó una piña de un árbol, la siguió con la mirada y se acercó para olisquearla. Mallena la dejó a su aire.

Siguieron recorriendo el camino entre los viñedos que, hasta hacía pocos años, eran de colores verdosos y dorados, pero, hoy por hoy, los cercaban unas albarradas cubiertas de zarzas. Descendiendo hacia Norolani, a pesar de que el tiempo no dejaba de empeorar, Mallena no perdió la ocasión de contemplar el mar desde lo alto. Quedó maravillada con la extensión de agua, que siempre la fascinaba; por otro lado, aquella inmensidad desconocida, en especial en días fríos y ventosos, la turbaba. Durante todos los años que había vivido a los pies del Supramonte, no había visto nunca el mar, tan solo lo había imaginado, pero no pensaba que fuera tan vasto ni que, en los días soleados, tuviera el mismo color que los ojos de su madre. Bajo su atenta mirada, las olas colisionaban contra los escollos con violencia, lanzando espuma blanca, como la que se formaba en la boca de los caballos que corrían con frenesí en la carrera de caballos en honor de la Virgen durmiente, que se celebraba en Orgosolo a mediados de agosto. Sintió que la invadía una agitación que no podía explicar.

Aquella brisa que no temía a ningún tipo de obstáculo la devolvió al pueblo en el que había nacido, la sumió, una vez más, entre las muertes, las ausencias y los profundos silencios de aquellos parajes, donde, algunas noches, tan solo el viento parecía ser capaz de dar

voz a la desesperación. El terror que le suscitaba… aquel hombre de su pasado… la hizo estremecerse.

Se había puesto a llover de nuevo, pero Mallena quiso detenerse para recoger algunos membrillos, gruesos, verdosos y peludos, de intenso aroma. Se lo había prometido a Rosa y a Daniele. Guardó las frutas en la alforja, encima de las patatas. Hasta que se las comieran todas, el aroma de aquella fruta impregnaría con su dulzura cada rincón de la casa.

De pronto, oyó a la burra rebuznar, pero, antes de que pudiera darse la vuelta, un golpe por detrás la arrojó al suelo. Le sobrevino el miedo irracional a que la hubiera golpeado alguien; sintiéndose acorralada y atrapada como una presa en los dominios de su depredador, tuvo la certeza de que aquel hombre… aquel hombre la había encontrado. Hacía ya dieciséis años que el recuerdo de su fuga de Orgosolo y de aquel hombre atosigaba sin cesar sus pensamientos.

Miró a su alrededor. La lluvia oscurecía el contorno de las ramas y diluía los sonidos. No, no veía nada ni a nadie. Mientras trataba de reincorporarse, se tocó el hombro izquierdo, que le dolía. Era su hombro «marcado»: cuando tenía cinco años, se había caído de espaldas al fuego de la chimenea. Se había hecho una quemadura grande que le había dolido mucho; su madre, Rosa, que era una partera sin estudios y practicaba la medicina tradicional, la había curado con el extracto de las liliáceas que recolectaba en las inmediaciones de la ribera del río Cedrino; luego, había recurrido al aceite de la hierba de san Juan para mantener a raya la inflamación y ayudar a que la herida cicatrizara sin endurecerse. Efectivamente, se había curado bien, aunque no había vuelto a crecerle el vello de la nuca y la gran cicatriz en el hombro no le permitía extender del todo el brazo.

Sin previo aviso, desde detrás de un árbol, apareció un robusto macho cabrío. El animal la estudió con ojos irascibles, luego se lanzó a la carga hacia ella. Mallena aferró una piedra, pero, antes de que fuera necesario utilizarla, Pitiola ya había pegado un sonoro pisotón, que hizo que el animal vacilara y, luego, huyera.

Mallena se arregló la ropa y recogió los membrillos que habían caído de la alforja. La apenaba que las frutas se hubieran magullado, pero se sintió aliviada de que el encontronazo no hubiera sido el que tanto la asustaba y que desde hacía años se imaginaba sin cesar. Si aquel hombre… si aquel hombre o algún emisario suyo dieran con su paradero, solo Dios sabía qué sucedería y solo el cielo podría salvarla de su venganza.

Pitiola reemprendió la marcha con calma bajo la lluvia persistente; Mallena no tiraba del ronzal, pues sabía que no debía apurar a la burra o, si no, se molestaría.

Cuando llegaron a las primeras casas, la campana de la iglesia de San Juan Bautista dio las doce. Una chiquilla se le acercó. La reconoció: era Nina, la compañera de escuela y amiga de Rosa.

–Disculpe, ¿puedo hablar con usted un momento?

El sol, por unos instantes, halló una grieta entre las nubes para iluminar el semblante de la muchacha, hermosa, a pesar del vestido que llevaba, dos tallas más grandes de lo necesario, y de la vergüenza que la impelía a mantener la mirada gacha.

–Estoy *stracca*, no puedo más y se me ha hecho muy tarde; ven a verme en otro momento.

–De… de acuerdo.

La joven continuó cabizbaja. Con las manos juntas sobre el abdomen, gesto que transmitía cierta torpeza, permaneció inmóvil, contemplándola mientras ella se alejaba despacio, tirando de la burra.

Mallena se sentía aturdida por el encuentro con el macho cabrío. Muy a su pesar, era incapaz de reprimir el temblor de las manos y de las piernas; Pitiola parecía percibirlo y la seguía con docilidad. Antes de volver a entrar en su casa, decidió detenerse en la de Mimina, su vecina y confidente.

–De Antoni, ¿tienes *novas*? –le preguntó.

–En la última carta, que llegó el otro día y que me leyó Rosa, decía que estaba en las trincheras en los Alpes.

–Ni tú ni yo sabemos, a estas alturas, dónde queda eso –respondió Mallena, distraída.

–En la carta, decía que son montañas altas, creo que aún más altas que el Montiferru. Decía que todos sus compañeros son sardos y que el frío, el barro y el hambre les están jugando una mala pasada… –prosiguió Mimina. Tenía un rostro delicado, tez pálida y ojos claros, con cejas delgadas–. *Mancu male* que tenemos a tu hija, que sabe leer y escribir. Yo no dejo de sufrir y de sentir una *tristura* al saber que Antoni vive bajo la amenaza constante del plomo y el fuego, de esas armas que, día tras día, lo rodean por todas partes.

Se dejó caer sobre la silla y su mirada se ensombreció.

–Jubanne, en cambio, dice que, después de dos años, sigue sin entender por qué está luchando. Pero la carta que nos llegó es de hace más de dos meses y ahora quién sabe cómo estará… Quién sabe…

Mallena se mordió el labio inferior y frunció el ceño.

–Esperemos que nuestros maridos regresen pronto de esta guerra; mis hijos ya casi no se acuerdan de cómo es su padre. Yo, todas las noches, para que se acuerden de él, les enseño la foto que me ha enviado Antoni –dijo Mimina, levantándose ligeramente hacia la repisa sobre la chimenea–. Así vestido, con el uniforme de soldado de estreno, está guapísimo, ¿verdad?

En la fotografía, Antoni sonreía, pero, al observarla, Mallena vio tan solo la triste imagen de los niños que miraban a su padre como a un santo muerto. No dijo nada.

Al reparar en aquel ceño profundo entre las cejas, Mimina le preguntó:

–¿Qué tienes? ¿Te ha pasado algo?

–Verás, es que… No, nada, nada –respondió Mallena, con la mirada fija en el vacío.

Tras vacilar unos instantes, se puso en pie, escogió una media docena de membrillos entre los más grandes y los dejó en la silla de la entrada. A continuación, a duras penas se despidió con un gesto de la cabeza.

A pesar de que era septiembre, desde hacía más de una semana hacía un frío más propio de noviembre. Respirando aquel aire fresco,

volvió a casa empapada y congelada, pensando en los hijos, que llegarían hambrientos dentro de poco y la encontrarían, por fin, en casa. Comerían algo caliente los tres juntos, cerca de la chimenea, con el fuego encendido.

Capítulo 5

De la calle llegaron las voces de unas personas que no hablaban en sardo, sino en italiano. El hijo mayor de Mimina corrió a echar un vistazo por la puerta entreabierta, pues quería saber quiénes eran aquellos desconocidos. Por el uniforme de casaca cruzada y los fragmentos de la conversación que logró oír, le pareció que eran *carabinieri* y que hablaban con Mallena acerca de su marido.

–¡Jubanne va a volver, Jubanne va a volver! –dijo el niño al llegar dando brincos al jardín trasero de la casa, donde la madre trataba de volver a meter en el interior del gallinero a las gallinas que se habían fugado por un hueco entre la valla de cañas.

–Pero ¿qué dices? –Mimina interrogaba al hijo, pero él brincaba entre las gallinas, que gozaban de los rayos del sol, escarbando entre las calabazas y las coles ya listas para la recolecta.

–Esos dos forasteros uniformados le acaban de decir a Mallena que su marido va a volver a casa.

–¿Tú estás seguro de lo que dices?

La mujer se detuvo para secarse con el brazo la frente sudada.

–Sí, *mamaj*, vaya a escucharlos y pregúnteles si mi *babaj* también va a volver –dijo el niño, sin dejar de brincar entre las gallinas, que ahora, asustadas, corrían en busca de un lugar donde refugiarse.

Cuando al fin consiguió meter a las gallinas en el gallinero, Mimina alisó las dobleces de la falda, se arregló el delantal y fue corriendo a la casa de su amiga. La puerta estaba abierta y entró sin llamar, anunciando su llegada con un «Oh», como siempre hacían los sardos.

–¡Qué felicidad, qué felicidad, *sorre mia*! –exclamó Mallena, sonriente; había amontonado los leños a un lado de la chimenea y se movía de aquí para allá agitada, ordenando la cocina.

–¿Es verdad lo que he oído?

–Sí, han venido dos *carabinieri* del cuartel para decir que han recibido un mensaje por «teréfono» o no sé qué, enviado desde la delegación de Gobierno de Oristán: Jubanne vuelve a casa de permiso. –Lo dijo todo de corrido, como raramente hacía.

–Me alegro por ti… –dijo Mimina, avergonzándose de la punzada de envidia que, por unos instantes, había sentido.

Mallena preparó café de cebada tostada y lo degustaron unidas por una sonrisa que llevaban tiempo esperando.

–En las cartas que me llegaron durante estos dos años, más de una vez había escrito que vendría de permiso, pero la cosa siempre se posponía.

Salieron al umbral y el sol de la mañana calentó el rostro de las dos mujeres, iluminando sus ojos: los de Mallena, oscuros y penetrantes como la hoja de una espada; los de la joven amiga, claros y dulces. Permanecieron un rato en la puerta, contemplando desde allí, el lugar más elevado de todo el pueblo de Norolani, el cielo despejado, que en el horizonte se fundía con el mar y formaba un único fondo.

A principios de la tarde, comenzaron los preparativos: había que darle la mejor bienvenida posible a uno de los pocos soldados de Norolani que regresaban de permiso de verdad. Hasta entonces, habían vuelto los cesados por su incompetencia en batalla, otros por períodos de convalecencia que podían extenderse incluso más de un mes, para curarse después de caer heridos o de contraer enfermedades en el frente, antes de volver a estar en condiciones de regresar al campo de batalla que les hubieran asignado. Las familias de una decena de chicos que habían partido al frente habían tenido peor suerte: habían recibido una comunicación llena de palabras pomposas en la que se decía que sus hijos habían fallecido en batalla o que habían desaparecido quién sabe dónde en las montañas.

Era la juventud del pueblo. Aquel año, habían llamado también a los jovencitos de la generación de 1899. Todavía no habían cumplido los dieciocho años y muchos de ellos jamás habían salido de las inmediaciones del pueblo; los padres se preguntaban si alguna vez volverían a casa.

La puerta de la casa de Mallena estaba abierta de par en par y en la cocina trajinaba una media docena de mujeres, entre familiares, vecinas y amigas. En el jardín, arrodilladas en una estera debajo del cenador, dos jóvenes golpeaban con una piedra las cáscaras de las almendras dulces que, acto seguido, metían en una pequeña cesta. Un poco más allá, otras dos hacían lo propio con las almendras amargas, que mantenían separadas con esmero en una cesta sarda más pequeña. Todas hablaban de aquel acontecimiento inesperado y de la fiesta que se celebraría el día siguiente. Mimina había puesto a airear las finas sábanas de lino, blancas y bordadas, que ahora se mecían en brazos del viento.

Mientras tanto, la *tzia* Zizza, sentada cerca de la puerta de la cocina, rezaba un tedeum alternado con un gloriapatri, en una adaptación personal del latín. De vez en cuando, interrumpía las plegarias de agradecimiento por el retorno del hijo y daba alguna que otra orden: «Por favor, *m'arracumandu* de no mezclar las almendras amargas con las dulces», vigilando, así, la preparación de los típicos postres de fiesta.

–Como usted mande, *tzia* Zizza –contestaban, con la cabeza gacha y sonrisillas, las dos chicas con vista de lince, mientras separaban las cáscaras de los frutos.

Tras sumergir las almendras en una cacerola de agua hirviendo, Mallena las escurría en un paño de cocina. Luego, dos ancianas, apretándolas una a una entre los dedos, retiraban la piel de los frutos blanquecinos.

En la casa de al lado, dos mujeres, madre e hija, preparaban un tipo especial de pan sardo, *pane pintau*, para la fiesta del día siguiente. El anciano patriarca, nada más entrar en casa, dejó en el suelo el zurrón y colocó en una repisa de la cocina, satisfecho, las granadas y las cuatro coles que había cogido del huerto. Ardía en

deseos de descansar un poco debajo del cenador, pero le llegó la voz de la esposa:

–Vete a recoger hojas, pero que sean bien gruesas.

–Vale, voy dentro de un rato.

–*Nossi*, de eso nada, vas ahora mismo.

El anciano miró a la esposa y, después, a la hija. Sabiendo que aquellas dos no daban nunca el brazo a torcer, no tuvo más remedio que salir otra vez.

Al cabo de media hora, regresó con un haz verde entre los brazos, unió con un cordel las grandes hojas e introdujo en ese frondoso manojo un palo alargado y afilado que estaba apoyado al lado del horno de leña. Sería una escoba perfecta, que usarían las dos mujeres para apartar las brasas a uno de los lados del horno, retirando la ceniza de la parte donde, con una alargada pala de madera de haya bien seca, colocarían el pan en cuanto alcanzara el punto idóneo de fermentación.

Al final de la tarde, un nutrido grupo de mujeres contemplaba con satisfacción el fragante pan ceremonial, recién salido del horno y servido en alargadas cestas de asfódelo, así como los sabrosos dulces sardos elaborados a base de almendras –*amarettos*, *germinos* y *gueffos*–, que comerían al día siguiente en compañía de Jubanne.

Mallena se había dedicado a preparar la *aranzada*, uno de los postres típicos de Orgosolo, con cáscaras de naranja cortadas en tiras y almendras dulces sumergidas en miel de madroño.

Durante toda la tarde, los niños de la calle habían jugado a perseguirse por los callejones del barrio alto, dejando a los hermanos pequeños sentados en el suelo. Los de menor edad, en círculo y muy juntos, ponían a flotar palitos en un charco, donde seguía estancada un poco del agua de la lluvia que había caído los días anteriores, y de vez en cuando se pasaban una manita manchada de barro por debajo de la nariz, extendiendo por las mejillas el moco que colgaba de los orificios nasales. Cuando tuvieran que regresar a sus respectivas casas, por culpa de aquellas obras de «arte abstracto» secadas en las caras de los pequeños, las hermanas y los hermanos, ya mayorcitos, recibirían algún que otro azote, por no haber estado atentos. En todo caso, se habían

resignado al hecho de que cualquier problema que desencadenaran los hermanos pequeños sería siempre culpa suya, al ser ellos los responsables de vigilarlos.

–¿Y si también vienen el *prejde* Nieddu y el alcalde? –preguntó *tzia* Zizza; mientras colocaba los postres en las pequeñas cestas, alzó la mirada hacia la nuera, que asentía con satisfacción.

–*Má*, ¿me puedo comer un dulce?

Daniele, después de terminar la cena, olisqueaba como un cachorro aquel agradable aroma que impregnaba el aire.

–De eso nada. Sabes que, si comes dulces antes de la fiesta, corres el riesgo de despertarte con el pie pegado al trasero.

Mallena habló con tono severo, pero Rosa sonrió.

Antes de quedarse dormido, el niño pensó en lo desagradable que sería tener el pie pegado al trasero y, sobre todo, en lo difícil que sería correr y jugar con los amigos. Inmediatamente después, se quedó dormido.

Al rayar el alba, Mallena y sus hijos ya estaban en pie.

–¿No ves que *mamaj* ha hecho bien en no dejarte comer dulces? –dijo Rosa, sonriendo, cuando vio al hermano salir de la cama de un salto.

–Sí, pero hoy me comeré dos de una vez, ¿a que sí?

Después de desayunar rápidamente una taza de leche en la que habían mojado una rebanada de pan, Mallena terminó de ordenar las pocas habitaciones que conformaban la vivienda.

–Mi *babaj* me ha dado esto para ofrecérselo a los que vengan por la tarde –anunció Mimina; había entrado sosteniendo en un brazo una garrafa de vino dulce, que dejó en el estante de la cocina.

Prepararon juntas la cama, como el día de las nupcias.

En el jardín, debajo del cenador, colocaron dos bancos de madera. Ahí los vecinos de Norolani homenajearían al soldado Jubanne, degustando los dulces de almendra amarga. Las mujeres los acompañarían con una tacita de café de verdad, con granos fragantes molidos al momento, y los hombres con un vasito de moscatel perfumado o de malvasía ambarina.

–Todos brindarán *a'sa salude* de mi hijo y a la de los demás soldados del pueblo –dijo el padre de Jubanne, que vestía una chaqueta larga de varios decenios de antigüedad, pero con botones abrillantados para la ocasión, frotándose las manos.

–La maestra nos ha dicho que esta guerra hará a Italia más poderosa y más grande –añadió Rosa, terminando de recogerse el pelo negro y liso en dos trenzas. Entonces, no pudo evitar precisar lo siguiente–: Aunque muchos de mis compañeros no saben ni dónde empieza ni dónde termina la nación.

–¡Estate quieto! Pareces una cabra –gritó la *tzia* Zizza, mientras en la cocina trataba de peinar y de vestir a Daniele.

–¿Quién sabe a qué hora llegará? –musitó Mallena cuando oyó los tañidos de las campanas de la iglesia; adoptando una actitud compuesta, intentaba contenerse, pero, mientras se secaba las manos sudadas con la falda, no recordaba haber sentido jamás tanta urgencia como en aquel momento.

Rosa ya estaba preparada. La madre, entonces, se apresuró a lavarse en la gran tina de madera que había puesto en el dormitorio. Después de secarse, introdujo un manojo de semillas de lavanda en un pañuelo y se frotó todo el cuerpo, incluido el cabello, que recogió en una larga trenza dispuesta sobre el hombro de la cicatriz. Con la ayuda de Mimina, se puso sus mejores galas: escogió una falda de paño, plisada por doquier salvo en la parte central, y con manos temblorosas se abotonó la blusa blanca, arreglándose el cuello y el reverso de los puños finamente bordados. Acto seguido, se puso un corpiño de brocado con bordados florales de colores llamativos, que, con la ayuda de la amiga, se ajustó por debajo del pecho con un lazo de raso cruzado. No quería que ella viera el temblor de sus manos.

–Los he usado muy poco; me parecen un poco estrechos –dijo, calzándose los zapatos marrones de cuero fino y de tacón medio.

–Da igual que te salgan ampollas en los talones; volverás a tener a Jubanne a tu lado.

–Creo que se me han hinchado los pies por los embarazos.

–O será por todo lo que andas día y noche de aquí para allá por estas calles. Pero estate quieta, que te voy a arreglar la trenza. –

Mimina terminó de abrochar los botones de plata del cuello y de los puños de las mangas, de tal forma que colgaran un poco de los ojales. Contempló a Mallena a la luz de la ventana–. Estás preciosa, como una novia.

–Justo así es como quiero que me vea Jubanne.

Mallena se movía con gestos firmes, pero Mimina notaba que tenía los hombros tensos. Esta última cogió los pendientes de una caja en la mesilla de noche y se los puso en los lóbulos a la amiga. Aparte de los botones, estos pendientes de filigrana de plata, que terminaban en un pequeño colgante de coral, eran las únicas joyas que poseía Mallena. El hecho de que hubieran pertenecido a su madre les confería un valor incalculable. Acariciándolos levemente con los dedos, le pareció verla de nuevo ante ella: su madre le sonreía, entreabriendo los labios para mostrar unos dientes blancos y relucientes.

Después de que las campanas de la iglesia mayor dieran las once, avistando una gruesa nube de polvo en las inmediaciones de la entrada del pueblo, un grupo de chiquillos corrió a anunciar la llegada del soldado.

Los habitantes de Norolani se colocaron a ambos lados de la calle en la que se encontraba la casa de Jubanne. Eran ancianos, mujeres y niños. Pocos habían visto un coche con anterioridad y muchos se sintieron intimidados por el estruendo de los cilindros del Fiat modelo Zero que atravesaba el pueblo. Los dos ancianos sentados en la entrada de una casa, como siempre, contemplaban la escena. Para la ocasión, se habían puesto unos pantalones blancos limpios que les llegaban hasta las pantorrillas, donde comenzaban las polainas de paño negro, como negra era la faldita sarda plisada que les caía hasta los muslos.

–Esta es otra invención del *diaulu* –dijo uno de los dos, colocándose el *berrita* a un lado de la cabeza.

–Llevará a la *umanidade* a la ruina –se hizo eco el otro, metiendo los pulgares en el agujero del chaleco.

Los dos sabían que, tarde o temprano, las que consideraban las diabluras del progreso acabarían destrozando el mundo tal y como se conocía hasta entonces. Pasaban los días sosteniendo todo el

tiempo en la boca el mismo cigarro, incluso después de que se apagara. Nadie podía pasar por la calle sin ser objeto de sus críticas, más malévolas si cabe desde que se habían quedado solos, porque los hijos, yernos y hasta algún que otro nieto se habían marchado a la guerra. Desde entonces, hijas y nueras debían encargarse de cultivar la poca tierra que tenían y cuidar del rebaño, para al menos no pasar hambre.

–Un coche tan grande debe de ser para gente importante –dijo el párroco, mientras, hinchando el pecho, le daba las últimas órdenes sobre la ceremonia de bienvenida al sacristán, que siempre era el que se encargaba de todo.

El hombrecillo obedeció con prontitud, se marchó a paso ligero y, tras llegar al campanario, tocó las campanas para la fiesta.

Casi todos habían salido de las casas para asistir al espectáculo de la llegada del héroe. Mallena permanecía inmóvil en mitad de la calle. Solo por un instante, de vez en cuando, se retorcía las manos.

–¡Ya llega, ya llega! –gritó Daniele, corriendo empapado de sudor por la cuesta y aventajando a los demás.

–Yo no veo nada –dijo ella.

Ninguno de los presentes decía ni una sola palabra. Solo después de distinguir el zumbido del motor se reanudó el bullicio. El vehículo se detuvo en la calle y, cuando se abrieron las puertas, primero se apearon dos militares. Observaron enmudecidos a la gente que seguía a la espera y, después de intercambiar una mirada, se asomaron al habitáculo y ayudaron a bajar, sosteniéndolo por las axilas para ponerlo en pie, a un soldado delgado, de una palidez extrema.

Nada más tocar el suelo, una de las dos muletas de Jubanne resbaló por el barro. El hombre se mantuvo en pie gracias a los militares que lo acompañaban. Uno de los dos jóvenes *carabinieri* del cuartel de Norolani, que con su comandante habían esperado en primera fila la llegada del soldado, se agachó para recogerla y se la tendió con una mirada henchida de piedad.

El entusiasmo de los paisanos se había fundido en un gélido silencio.

Mallena sintió el pinchazo amargo de las lágrimas, pero tragó saliva y consiguió reprimirlas. Un nudo en la garganta, como una mano dispuesta a asfixiarla, le había desmenuzado la voz. Contemplaba al marido sin atreverse a acercarse.

A Jubanne la ropa le colgaba del cuerpo, tenía la mirada hastiada y el rostro aparentaba muchos más de sus treinta y nueve años. En otras circunstancias, a ella le habría costado reconocerlo. Tuvo que esforzarse por convencerse de que aquel era su marido y de que era su deber ir a recibirlo.

El padre del soldado se levantó del soporte de basalto anclado al lado de la puerta de la entrada, el que usaban para subirse al caballo o al burro, y se le acercó susurrándole en un hilo de voz:

–*Beni torrau*, Jubanne.

Siguiendo el ejemplo del anciano, el alcalde también se abrió paso entre el gentío y le dio una leve palmada en el hombro, tratando de disimular la incomodidad que sentía. La *tzia* Zizza fue la única que no se contuvo y corrió a abrazar al hijo, que a duras penas se mantenía en pie con las muletas, hasta el punto de hacer que se tambaleara. Rasgó el silencio con una pregunta retórica cargada de desesperación:

–*Fizzu meu istimadu,* ¿¡qué te han hecho!?

Nadie se atrevió a intervenir.

–¿Dónde está su pierna? ¿Dónde está? ¿Dónde está? ¿Dónde está? –siguió repitiendo la anciana en un mar de lágrimas, golpeando los puños contra el pecho de uno de los jóvenes militares.

Mimina cogió a Mallena por debajo del brazo y la acompañó junto a Jubanne. Los dos esposos se abrazaron, llorando.

Capítulo 6

–Permíteme que te dé la mano.

Mallena seguía trastornada. Había decidido dejar para más tarde todas las preguntas que tenía sobre el estado del marido, sobre el cómo y el porqué de lo que le había sucedido, concentrando toda su atención en hacer que se sintiera en casa. Una atención excesiva, si cabe, como cuando le acercó una silla.

–No, no, déjame, que yo puedo solo. Estoy muy cansado por el viaje y… por todo.

En la cocina, en la mesa que había puesto la *tzia* Zizza para el almuerzo, los humeantes *malloreddus* con carne, el pollo con patatas aderezado con vino blanco y los buñuelos de requesón y limón ocupaban casi todo el espacio y desprendían aromas propios de una fiesta. Sentados en el banco, también tendrían que estar presentes los vecinos que habían ayudado con los preparativos, pero ninguno había querido quedarse.

Con la mirada ida, Jubanne se llenó el plato de toda aquella comida, de tal forma que una parte se le cayó en el mantel de lino bordado. La última vez que Mallena lo había usado para poner la mesa había sido con ocasión de la primera comunión de Rosa. Los hijos miraron en silencio al padre, que cogía todos aquellos buenos alimentos, temiendo que no fuera a dejarles nada ni para ellos ni para los abuelos, que estaban sentados enfrente.

–¿Por qué actúa así? –le preguntó Daniele a la madre en voz baja, hundiendo la cara en el brazo de ella.

Los padres, ya entrados en años, también miraban a Jubanne sorprendidos, pues no recordaban haberlo visto comportarse de

aquella manera jamás. Al contrario, cuando se servía el primero, normalmente dejaba la mejor parte para los hijos, la carne más tierna o mejor condimentada. Así lo hacía también Mallena.

Pero Jubanne no sabía qué hacer con aquellos regalos de Dios con los que tanto había soñado. Perdió parte del apetito de golpe con el primer bocado. Se limitó a tragar solo un poco de pollo y un buñuelo, sin siquiera masticar. El resto de la familia lo observaba a él y su plato con toda aquella comida encima, que había deshecho con el tenedor y con las manos.

–Parecen sobras para los cerdos –murmuró Rosa, poniéndose la mano delante de la boca, y tan solo el hermano la oyó.

Daniele se acercó con la silla para buscar refugio cerca de la madre.

–¿Qué hace mi *babaj*?

–Hemos rezado mucho para que volviera –le dijo Mallena, estrechándolo contra ella.

–No está bien desperdiciar la comida; es un pecado.

En esta ocasión, si bien con timidez, Rosa habló en voz más alta.

Jubanne no dijo nada. Tampoco sus padres abrieron la boca; aferrando los cubiertos con las manos, miraban a aquel hijo distante.

–¡Rosa! Tú… Ya está bien, marchaos. A… a hacer lo que queráis, pero marchaos –gritó Mallena, y, extendiendo el índice de la mano, les señaló a los dos la puerta trasera.

En el patio todo estaba en orden: el jardín limpio y los bancos bien alineados debajo del cenador, cargado de racimos maduros de uva blanca. Los dos hermanos se dejaron caer en uno de los bancos, mirándose consternados. Sobre sus cabezas, el zumbido de algunas abejas que, abriéndose paso, se daban un festín entre los racimos.

En casa, Jubanne seguía sin decir nada: cogió las muletas y se dirigió al dormitorio. Mallena dejó a los suegros sentados a la mesa y lo siguió. Antes de acomodarse en el borde de la cama, él apartó levemente la colcha de lino de *pibiones*, y, entonces, sin siquiera haberse lavado las manos y la cara, se metió entre las sábanas que olían a recién lavadas. Todavía llevaba puesto ese uniforme entre gris y verde, sucio y sudado.

Mientras lo ayudaba a quitarse la casaca con dos filas de botones, una de ellas oculta a la vista, Mallena se percató de que a él le brillaban los ojos, pero no dijo nada. Con movimientos lentos, dobló los pantalones de paño y los colocó en una silla al lado de la mesilla de noche.

–¿Te ayudo a asearte? –le preguntó, mirando el muñón de la pierna envuelto en un vendaje, con unas gasas que originalmente imaginaba que serían blancas.

Jamás había visto a alguien con la pierna amputada. Conocía a una anciana de Tennairi que tenía un brazo muy pequeño desde el nacimiento, como el de una niña. Mallena la había conocido ya así y, con el tiempo, había dejado de llamarle la atención. Supuso que sería lo mismo con Jubanne. Sí, estaba convencida: él, al igual que la anciana de Tennairi, acabaría acostumbrándose y aprendería a vivir con una sola pierna.

–No, quiero descansar –dijo él, cubriéndose el muñón con la sábana–. Llevo tres días dando tumbos de un lado a otro; el viaje desde el continente se hace muy largo. Ya estaba cansado antes de ayer, cuando cogí el barco de vapor hacia el puerto de Golfo Aranci; luego, tuve que esperar la documentación antes de tomar el tren.

–A saber por lo que has tenido que pasar…

Mallena seguía mirando la pierna y las vendas, que no ocultaban el enrojecimiento y la hinchazón que le llegaban hasta la ingle.

–Llegué a Macomer después de pasar horas y horas sentado en uno de esos asientos de madera de las locomotoras. No estaba nada cómodo, pero ¿qué podía hacer? *Mancu male* que, desde la estación, me trajeron en ese coche militar y me acompañaron hasta Norolani. De lo contrario, me habría muerto en el trayecto.

Con cuidado, Mallena colgó la camisa y la casaca mugrientas del respaldo de la silla.

A comienzos de la tarde, cuando llegaron el hermano y la hermana de Jubanne, ambos más jóvenes que él, se encontraron a los viejos padres aún sentados en la cocina, uno al lado del otro, delante del almuerzo frío y sin tocar. Puesto que su marido quería descansar en la cama, Mallena los acomodó a todos en el dormitorio.

–*Fizzu meu ‘e su coro*… ¿Qué te han hecho?

La madre, con los ojos hinchados y enrojecidos, ahora aferraba convulsamente entre las manos un rosario, pero no supo contenerse y, entre una oración y otra, comenzó a despotricar contra quienes habían reducido a su hijo a aquel estado.

Después de quitar la mesa en la cocina, Mallena les ofreció los dulces preparados el día anterior, pero solo Jubanne cogió una galleta de almendras, que se comió a pequeños mordiscos, cerrando de vez en cuando los ojos.

El hermano de Jubanne era un hombre en la treintena que todavía vivía con los padres. Hacía unos años, mientras trabajaba en una curtiduría en el río Temo, en Bosa, había enfermado de malaria, lo que le había obligado a regresar a Norolani. Alto y delgado, con la piel de las manos y del rostro de una tonalidad térrea, se había remangado la camisa hasta los codos, dejando a la vista la piel amarillenta de los antebrazos. Aquel color delataba la enfermedad no curada, que se había vuelto crónica, y el consiguiente estado de anemia, motivo por el que no había sido apto para ir al frente. Estaba de pie delante de la cama, rehuyendo la mirada de Jubanne y cuadrando los hombros de vez en cuando.

–Ahora que estás en casa, ya verás que todo irá bien –le dijo, ocultando apenas su incomodidad con una frase de circunstancias.

El padre de Jubanne no encontraba las palabras adecuadas; sentado en el borde a los pies de la cama, con la mandíbula tensa y los hombros rígidos, tenía las manos entrelazadas y la mirada baja, fija en el suelo. Tan solo a la anciana esposa no le pasó desapercibido el ligero temblor de su pierna. En la mirada del viejo relucía la aceptación de todo lo que el hijo no volvería a ser nunca: el trabajador y el hombre que era.

En cuanto a la hermana más joven de Jubanne, era una muchacha de poco más de veinte años de edad, con el rostro afilado endulzado por unos ojos oscuros y vivaces y unos labios rosados. Se había casado hacía dos años, poco antes de que su marido se marchara a la guerra. Mantenía la espalda recta y las manos aferradas al piecero y sonrió varias veces con la boca cerrada; entonces, con voz aguda, se puso a hablar de todo lo que había sucedido en Norolani en los últimos dos años, esforzándose por que la narración resultara

interesante. De vez en cuando, balanceaba los hombros y gesticulaba con los brazos, moviendo rápidamente los ojos.

–No es justo. –A la joven aquella frase se le escapó en un hilo de voz, mientras la mirada regresaba a aquel muñón en el muslo que entreveía a través de las sábanas y que no medía más que un palmo desde la región de la pelvis.

Intuyendo lo que todos estaban pensando, Jubanne tiró de la colcha hasta el mentón. Con los ojos vidriosos por el cansancio extremo del viaje y con voz débil y entrecortada, les habló de la guerra:

–El frío que pasaba día y noche no es algo que uno se pueda imaginar. Las botas no eran las adecuadas para estar en el barro o entre las rocas de aquellas montañas, se abrían enseguida y teníamos que poner sobre los pies congelados la grasa que nos daban para pulirlas. –Sacudió la cabeza. Pese a estar rendido, no quiso detenerse–: No teníamos un refugio seguro en el que pudiéramos descansar; nuestros colchones no eran más que unas tablas de madera manchadas de barro y nos quedábamos ahí tumbados incluso entre cañonazos, unos junto a otros, sin saber si el compañero de al lado seguía vivo o había muerto.

Sentada con la espalda contra el cabecero de la cama, Mallena, en aquellas palabras, percibió el esfuerzo y el deseo de Jubanne de compartir el recuerdo de aquellos momentos y asintió, aliviada de que Daniele y Rosa no estuvieran con ellos en la habitación.

–Nunca teníamos suficiente comida, era siempre escasa, a veces con gusanos y a menudo llegaba con mucho retraso. Comíamos como animales, en mitad de la inmundicia, encima de nuestros compañeros muertos. –La voz de Jubanne, ante el recuerdo de todo lo vivido durante los últimos dos años, se le quebraba en la garganta, como si se hubiera quedado extraviada en una lejana trinchera.

–*Deus meu caru*. ¡Casi me lo matan a mi hijo querido…! –exclamó la *tzia* Zizza, con las manos unidas apuntando hacia el techo de cañas, mientras el rosario enroscado entre los dedos le colgaba por los brazos.

–Durante semanas no podíamos ni siquiera lavarnos la cara y no podíamos beber más de medio litro de agua al día, que conservábamos en un recipiente de madera.

El padre, tratando de detener el temblor de las rodillas con sus manos huesudas, miraba en silencio a aquel hijo marcado para siempre por el sufrimiento inhumano al que se había visto sometido. En la cabeza del anciano resonaba la misma pregunta: ¿por qué? Las respuestas que hallaba eran las siguientes: por la patria, por la libertad, por la justicia, pero, mientras seguía escuchando las palabras de su hijo, aquellas respuestas parecían perder todo el sentido.

Por la noche, después de que se hubieran marchado los familiares, Jubanne se quejó de que le dolía la pierna.

–No quiero cenar –dijo, escueto, y pidió quedarse en la cama.

Mallena llenó algunos platos de hierro esmaltado, sirviendo en cada uno cucharones de *malloreddus*, pollo y patatas. Cogió de la cesta cubierta con un paño de cocina los dulces preparados para la fiesta y los envolvió en servilletas; entonces, mandó a los hijos a las casas de las familias del vecindario para regalarles la comida.

Dieron las diez cuando Mallena les ordenó que se asearan y, acto seguido, los acompañó al dormitorio. Daniele y Rosa se quedaron sorprendidos al ver que la madre se sentaba en su cama; era algo que no hacía jamás, ni siquiera durante los últimos años de soledad en los que el padre había estado ausente.

–En vez de ir a la escuela, ¿puedo ir a trabajar con él? Así lo ayudo, porque yo camino bien y… soy rápido como un rayo –dijo Daniele, y, a la espera de una respuesta, le sacudió el brazo a la madre.

–A ti lo que te faltan son ganas de ir a la escuela, pero las ganas te las vas a tener que buscar te guste o no, ¿verdad, *mamaj*? –preguntó Rosa.

–*Babaj* está muy cansado, pero, en cuanto se recupere, todo volverá a ser como antes. –Mallena enarcó las cejas y, antes de salir

de la habitación, esbozó una sonrisa en las comisuras de la boca–. Buenas noches –dijo, y cerró la puerta tras de sí.

Exhausta, todavía vestida, se tendió sobre las mantas al lado del marido. Al reparar en que él permanecía inmóvil con la mirada fija y la respiración entrecortada, le aferró del brazo y, solo en aquel momento, se dio cuenta de lo mucho que había adelgazado, de lo diferente que era aquel cuerpo martirizado al del hombre robusto que recordaba. Lo abrazó con fuerza. Se quedaron así dormidos.

En medio de la noche, el ruido de algo que caía estrepitosamente los despertó a todos. Mallena se sentó en la cama y, por instinto, se llevó las manos a uno de los bolsillos, donde durante el día guardaba la *leppa*. A través de los postigos de la pequeña ventana, la luz de la luna iluminó el semblante pálido y empapado de sudor de Jubanne, quien, sentado en la cama, agitaba los brazos en todas las direcciones, como para ahuyentar algo que tan solo él veía.

–¿¡Qué ocurre!? –exclamó Mallena, pero enseguida vio que lo que se había caído al suelo era la mesilla de noche.

–Nos estaban disparando… Francesco saltó por los aires con una granada… Ya no tenía ojos ni tampoco nariz…

–Tranquilo, solo era una pesadilla, un *sonnu malu*.

–No, parecía que los cerdos le habían comido los labios y las orejas. Vi su cara descompuesta; se le había abierto en tres puntos distintos…

Jubanne temblaba; se aferró a la esposa, apretándole el brazo con fuerza.

Los hijos se habían desvelado a causa del ruido: Daniele, en la penumbra, lloraba asustado a los pies de la cama de los padres. Mallena se levantó para llevarlos de nuevo a la otra habitación. Una vez que los hubo tranquilizado en voz baja, regresó a la cama presa de un leve mareo.

–Francesco, Masala Francesco de Abbasanta, no hacía ni dos meses que había entrado en el 151.º regimiento de infantería. –El labio inferior de Jubanne temblaba–. Estaba feliz y orgulloso de formar parte de la brigada Sassari; éramos conocidos por nuestra intrepidez y valentía. Tenía poco más de veinte años.

–Tranquilo, todo esto pasará. Ahora ya estás en casa; con el tiempo, te olvidarás de todo –le susurró Mallena, tratando de consolarlo, como si fuera un recién nacido, pero sabía que nadie podría olvidar nunca algo así.

Él no pudo oírla bien; además de la pierna, había perdido la capacidad auditiva de uno de los oídos a causa de los impactos del mortero.

Después de verlo llorar en silencio y, luego, de estremecerse como un volcán que se prepara para entrar en erupción, Mallena lo oyó soltar por primera vez aquella palabra que sabía que tenía anclada en el corazón, pero que todavía no había pronunciado:

–Soy un… un tullido, un *struppiau*. ¡Me han arruinado la vida!

Ella nunca le había visto llorar tanto y le pareció que, entre ellas, Jubanne era incapaz de mantenerse a flote, que podía naufragar, precipitarse en un abismo oscuro e impenetrable como el mar de invierno. Con los dedos le rozó ligeramente el rostro y lo besó, pero las caricias no bastaban, las palabras tampoco, y él seguía hundiéndose, mordiéndose los labios hasta sangrar.

Mallena, con delicadeza, siguió descendiendo con las caricias, más y más abajo, hasta rozarle el sexo con los dedos. Se colocó encima de él y, con cada movimiento, la respiración entrecortada del marido se agudizaba. Apartando un poco las sábanas, le llegó un olor a desinfectante de yodo. Aquella sustancia química le penetró mordaz la nariz y le produjo cierto rechazo. No se detuvo. Condujo la cabeza de Jubanne, agarrándole del cabello, hasta hundirla entre sus pechos. Apoyándose en los codos, él se dejó guiar por la esposa, pero Mallena se dio cuenta de que el vigor percibido hasta hacía unos instantes había abandonado el cuerpo de su amado y de que los sonidos ahogados por su pecho no eran gemidos de placer, sino sollozos de pura aflicción.

–Solo Dios sabe que… quisiera dejarme llevar ahora mismo… y sentirme abrazado dentro de ti… Es lo que he ansiado más que cualquier otra cosa durante estos últimos dos años –dijo Jubanne, sin levantar la cara.

Se deshizo de su abrazo, la apartó con un gesto y se volvió dándole la espalda. Masculló algo apretando los dientes y se golpeó

la cabeza con los puños.

Mallena lo abrazó por los hombros, y, al estrecharlo con fuerza, le entraron ganas de llorar, pero reprimió las lágrimas. La preocupación por el futuro y la rabia por lo que había perdido hicieron mella en la mujer.

Capítulo 7

Durante toda la noche, Jubanne permaneció en la trinchera del monte Zebio y, con él, Mallena y los hijos, aterrorizados por sus pesadillas. Muchas veces Daniele se despertó llorando y Rosa tuvo que consolarlo, hablando en voz baja, por miedo a molestar aún más al padre, al que oían debatirse a través de la puerta del dormitorio.

Mallena fue la primera en levantarse y, después de preparar el desayuno para todos, ayudó al marido a bajar de lo alto de la cama de hierro forjado.

Cuando Jubanne entró en la cocina, los hijos, desconcertados, lo observaron sentarse a la mesa: hacía tanto tiempo que aguardaban el retorno del padre, convencidos de que sería el momento más feliz de sus existencias… Habían soñado con él, lo habían glorificado, incluso mitificado como todo un héroe; nunca se habrían imaginado que el que volvería sería un hombre sin pierna y sin sonrisa, un completo desconocido, y que este desconocido le quitaría el sueño a toda la familia, como había pasado anoche y quién sabe durante cuánto tiempo más.

–Era mejor cuando no estaba –dijo Daniele en voz baja y con el ceño fruncido, tirando de la falda de la madre, que vertía la leche en las tazas.

Sin previo aviso, Jubanne levantó la robusta muleta de madera y le golpeó la espalda. A continuación, con la cara roja y los ojos encendidos por la rabia, se puso a despotricar contra todos: contra los austríacos, contra la guerra y contra sí mismo. Daniele se cayó de la silla y se quedó tirado en el suelo, enmudecido, boquiabierto y temblando como si hubiera visto al Mommotti, una criatura

legendaria que atormentaba a todos los niños: deambulaba con una larga capa negra y una capucha en la cabeza que le ocultaba los ojos de fuego. También llevaba un bastón, lo que le recordaba a la muleta de su padre.

Mallena, en un primer momento, no reaccionó ante el arrebato de furia de su marido. Abrió mucho los ojos como para cerciorarse de lo que había visto y, entonces, cogió de la mano a los hijos y salió de casa, dejando a Jubanne sentado en la mesa.

–Venid, vamos a casa de Mimina.

–Haga que se vaya –le suplicó Daniele, tirando de la mano de la madre, ansioso por que ella asintiera.

–Estate callado, ¿vale? He dicho que vamos a casa de Mimina.

Mallena se llevó el índice a los labios mientras salían por la puerta.

Nada más verlos entrar, Mimina dejó el cubo de agua que acababa de sacar del pozo y se les acercó.

–*Sorre mia*, qué desgracia la que ha caído sobre nuestra casa… –dijo Mallena, y, tomando asiento en una silla baja, se cubrió la cara con ambas manos.

–No me lo puedo creer. Pero si tu marido era un trozo de pan.

Mallena le contó lo que había sucedido la pasada noche.

–Claro que era un trozo de pan, pero ahora se comporta como un animal sin venir a cuento. No es solo porque le hayan cortado la pierna; es su mirada lo que ha cambiado.

Mimina escuchaba a la amiga; ella, que vivía un poco más abajo, también se había despertado con el estruendo proveniente de la casa. Rosa y Daniele, sentados cerca de la madre, asintieron en silencio, hasta que Mallena, con un gesto de la cabeza, les dijo que salieran al jardín.

–Cuidado ahí fuera; no toquéis la tapa del pozo –les advirtió Mimina.

La casa era pequeña y el pozo, cubierto con unas tablas de madera, estaba en el exterior, en vez de en la cocina. La prudencia nunca estaba de más.

–Tendrías que haberlo visto, tenía unos ojos que parecían los de… los de un *dimoniu*.

–*Sorre cara*, pase lo que pase, todo es más fácil con una taza de café.

Trajinando con las manos desnudas sobre las brasas del fuego, la joven preparó café de cebada tostada. Por una vez, le tocaba a ella tranquilizar y distraer a su amiga.

–Estuvo inquieto toda la noche, dando golpes a diestro y siniestro, llorando por los compañeros y maldiciendo a esos comandantes que les prometieron refuerzos que luego no enviaron.

–*Ista serena*, ya verás como todo irá a mejor –dijo Mimina, tendiéndole una tacita humeante.

–Llamaba a gente: Francesco Masala, Luigi Frigau, Giuseppe y otros compañeros suyos muertos. Lloraba por ellos en sueños. Los niños se asustaron cuando tiró al suelo la mesilla de noche. Daniele se pone a temblar solo de verlo; sobre todo ahora que le ha golpeado con la muleta en la espalda, con el riesgo, por cierto, de *struppiarlo* malamente.

–Como todo en la vida, es cuestión de tiempo –trató de consolarla, pero, solo de escuchar las palabras de Mallena, Mimina también se sentía turbada y, bajando la cabeza, rehuía su mirada.

Era un día sin sol. El aliento del viento, de una frialdad insólita para la época del año, en la que todavía tendría que insuflar calor, se hacía notar en la espalda de los campesinos, ya dobladas sobre la tierra, en el cabello negro, largo y perfumado de frutas y esencias de las jóvenes de Norolani, quienes, impertérritas, coqueteaban yendo al río a lavar la ropa, y en las flores que, sin tierra, con tenacidad nacían incluso en los muros.

Tras desahogarse con Mimina, Mallena arrancó una de estas y, nada más volver a casa, la dejó en el pequeño bolsillo de la camisa de Jubanne. Él seguía exactamente como lo habían dejado: sentado a la mesa, mirando sin tocar el cuenco de madera con la leche.

Los hijos, aquel día, no tenían que ir a la escuela. Rosa permaneció en casa, con la orden de vigilar al padre, mientras

Mallena iba a hacerle una visita a una mujer que acababa de dar a luz. Después de asistir a un parto, tenía por costumbre ir todos los días, al menos durante una semana, a la casa de la parturienta, para asegurarse de que tuviera leche, de que no tuviera la frente caliente o emanasen del cuerpo malos olores. Conocía los peligros de la fiebre puerperal, que, en cuestión de pocos días, podía dejar huérfano al recién nacido.

Daniele se unió a los demás niños del vecindario y, hasta la hora del almuerzo, se quedó fuera jugando. De vez en cuando, se sentaba apartado de los demás, de brazos cruzados y con los puños cerrados.

–*Istade bonos* –les decían las mujeres de las casas cercanas, que, ocasionalmente, les lanzaban una ojeada para confirmar que todo estuviera en orden.

Los niños jugaban con alegría, y, de ser necesario, sabían que podían entrar en cualquier lugar sin llamar a la puerta, pedir un vaso de agua o, si no aguantaban más, ir a los jardines de las casas para hacer sus necesidades. Si solo querían orinar, se las arreglaban en la calle. En ocasiones, las mujeres del vecindario incluso les daban un trozo de pan, con una cucharadita de miel de madroño o *saba* de higo chumbo, no tan densa y oscura como la que se obtenía de la cocción de mosto de uva, pero muy dulce y aromática.

Después de asearse, Jubanne pasó la mañana en el jardín, y, al volver, Mallena lo encontró fuera. De vez en cuando, con una mueca, se agarraba el muñón con ambas manos.

–No sé cómo es posible, pero me duele la rodilla y también el pie.

–¿Te duele aquí? –dijo Mallena, poniéndose a masajearle la pierna que seguía intacta.

–No… Me duele esta…, esta que no tengo.

El hombre, desconcertado por haberse atrevido siquiera a pronunciar esa frase tan absurda, seguía tocándose la pierna amputada, acariciando el vacío, como si para él fuera una novedad no hallar aquella extremidad.

Mallena asintió, sin saber qué decir.

Mientras se sentaban debajo del cenador, Jubanne observó el níspero en el centro del jardín. Sus hojas, grandes y puntiagudas, le

hicieron recordar cuando recogía los frutos más maduros y saboreaba su pulpa dulce, dejando caer las semillas en la tierra. Permaneció en silencio, absorto en aquel recuerdo, con la mirada perdida, mucho más allá del jardín de la casa.

Cuando llegaron los padres de Jubanne, Mallena aprovechó para ir a buscar al doctor Onnis. Llamó tres veces a la puerta trasera. La casera abrió la puerta, acompañada del aroma del almuerzo que estaba preparando; Mallena reconoció el olor de la carne a la cazuela con cebollas, aceitunas y romero. Era una mujer de mediana edad, pero muy enérgica. Más de veinte años atrás, su primogénito había nacido muerto y el segundo no había sobrevivido más de unas pocas semanas. Hacía dos años, también había perdido al marido en la primera batalla de Isonzo. Para complementar la pensión de guerra y aliviar la soledad, en cuanto se le presentó la ocasión, le alquiló una habitación al médico y, con el paso del tiempo, pasó de ser la simple casera a asumir la función de ama de casa que se encargaba de todo. A él, que tenía alrededor de treinta y cinco años y había llegado desde Cagliari hacía unos años, lleno de entusiasmo por la satisfacción que le brindaría su profesión, no se le había pasado por la cabeza en ningún momento la idea de comprarse una casa en Norolani y vivir solo, interesado como estaba en mudarse a la ciudad para trabajar ahí en cuanto fuera posible.

Mientras esperaba, Mallena rodeó la casa por el exterior; luego, permaneció en la puerta principal hasta que llegó el hombre, que se presentó al cabo de un cuarto de hora, con la pipa vacía en la mano.

–Doctor, mi marido ha vuelto. Venga a verlo, que no está bien, no está *nudda* bien.

–Me he enterado y lo lamento. Iré a verlo en cuanto pueda. Tal vez mañana u otro día.

–Pero… es que tiene que verle la herida –insistió Mallena.

–Le repito que iré en cuanto pueda –rebatió el doctor Onnis, sacando del bolsillo la cajetilla del tabaco.

–Pues supongo que no me queda otra que esperar –dijo ella, frunciendo el ceño de tal forma que se le formó un surco entre las cejas–. Confío en que no será como la última vez que le mandé llamar, que se presentó con toda la tranquilidad del mundo cuando a

usted le dio la gana y, total, lo único que hizo fue perjudicar a la madre y al bebé.

Mallena se marchó contrariada sin despedirse y el doctor Onnis se quedó en la puerta viendo cómo se alejaba.

–Esa mujer no tiene vergüenza –le dijo a la casera, la cual trajinaba con los hornillos de hierro fundido de la cocina de leña, que había comprado con el dinero que el médico le daba todos los meses.

Mientras subía la cuesta hacia su casa, sumida en un torbellino de pensamientos, Mallena se daba la vuelta de vez en cuando para contemplar, desde lo alto, el mar agitado y prisionero del viento. Inquieto, al igual que ella.

Por la tarde, fue a casa de Tomaso el Moreno. La esposa dio a luz rápidamente a su cuarto hijo. A pesar de que tenía un vientre abultado, el niño era pequeño y tardó en respirar y en llorar. Mallena le pellizcó el talón y le dio unos golpecitos en los hombros. Al final, lloró, pero fue un llanto débil, y eso no le gustó a la partera. La expulsión de la placenta se demoraba y, temiendo alguna complicación, probó a tirar con cuidado del cordón umbilical que sobresalía de los genitales. Sin más dilación, una sensación de dolor se apoderó de la mujer.

–Hay algo que me da vueltas en el vientre. *Agitoriu, morinde seo*! –chilló, agarrando con fuerza la mano de la partera.

Mallena colocó las manos sobre el vientre de la mujer y palpó las zonas que seguían estando duras, a pesar de que ya habían cesado las contracciones. Al cabo de casi media hora, tras una convulsión particularmente intensa que demudó el rostro de la parturienta, asomó, para sorpresa de todos, la cabeza de otro bebé, un poco más grande que la del gemelo. Poco después, expulsó toda la placenta.

Mientras esperaba al marido de la mujer, Mallena la ayudó a asearse y a llevarse al pecho a los dos recién nacidos, uno a cada lado.

–No me esperaba gemelos para nada… –dijo la madre, agotada y sorprendida.

–Yo tampoco.

–Nadie de mi familia ni tampoco de la de mi marido ha tenido nunca gemelos.

–Todavía no tienes leche, pero, después de uno o dos días de calostro, ya te vendrá –le explicó Mallena, que se pasó el brazo por la frente para apartar los mechones que le caían sobre la cara.

Cuando regresó el hombre, la madre y los recién nacidos estaban descansando. Él miró primero a la esposa y, cuando se acercó desconcertado, por un instante pareció desmoralizarse.

–Ver para creer.

Aquel giro inesperado de los acontecimientos le había cogido por sorpresa, pero se agachó en la estera, colocada al lado de la chimenea, y abrazó a su esposa. Ella no pudo devolvérselo, impedida como estaba con los niños en los brazos, uno a cada lado.

–Pero de qué pasta está hecho el Moreno… –dijo el hombre, que se había ganado aquel apodo porque tenía la piel del rostro bronceada a causa de las largas jornadas de trabajo al sol.

Permaneció sentado en un pequeño taburete, sumido en sus pensamientos y con las manos apoyadas sobre las rodillas. En la de la derecha le faltaban tres dedos: el índice, el medio y el anular, perdidos el año anterior en combate, en la sexta batalla de Isonzo.

–Ahora lo importante es que te calmes y que te mantengas alejado de tu esposa –le dijo Mallena.

–*Sissennora* –respondió él, sonriendo con jactancia; se atribuía todo el mérito del resultado del embarazo.

–Pero bien alejado, ¿te ha quedado claro?

–*Signorsì*, a la orden.

Mallena regresó a casa. Comió de pie un trozo, ya frío, del pastel de puerros, huevos y queso que había preparado Rosa. La muchacha estaba enfrascada leyendo en voz alta el libro de texto de Daniele, que la escuchaba desganado. Al terminar, Mallena entró sin más dilación en el dormitorio para ver a su marido, que llevaba en cama desde el almuerzo.

–¿Qué tal estás?

–¿Cómo quieres que esté?

–Déjame ver la herida.

Ella se aproximó y le destapó la pierna. Jubanne la apartó y se subió las mantas hasta el cuello.

–¿Qué vas a hacerme? Esto no es para parteras, ¿qué sabrás tú?

Mallena se volvió a acercar y a destaparlo con cautela. Cuando le rozó la pierna, el hombre soltó un grito desgarrador que parecía transmitir toda la desesperación y todo el dolor vistos y vividos durante los últimos dos años.

Ella se quedó petrificada: aquel grito sobrehumano era el peor que había oído jamás, y eso que durante toda su vida había oído unos cuantos. Sintió que la perforaba desde el corazón hasta el abdomen, arrojándola de golpe a un mundo desconocido.

Capítulo 8

–¿Usted qué cree? ¿Por qué grita de esa manera? –interrogaba Rosa a la madre, que estaba sentada con los codos en la mesa y la cabeza entre las manos. Reparó en su aspecto fatigado y en sus ojeras.

–También esta mañana, no ha parado de repetir que le dolía el pie y la pierna, pero los que… los que ya no tiene. No lo entiendo, no entiendo por qué se comporta así.

–¿No será que mi *babaj* se está volviendo loco?

Con el rostro descompuesto, Mallena se puso de pie y, de pronto, le dio una bofetada, antes de retirarse apresuradamente al jardín.

Rosa se acarició la mejilla en la que había recibido el golpe; incrédula, era incapaz de explicarse el gesto de la madre. Reflexionó al respecto durante un largo rato, pero, incluso teniendo en cuenta todo lo que estaba pasando con el padre, le parecía una reacción extraña, una que su madre no había tenido hasta entonces.

Por la tarde, la muchacha llevó a Pitiola a pastar a las afueras del pueblo. Sin dejar de acariciarse la mejilla abofeteada, observaba al animal, que olisqueaba a su alrededor en busca de sus manjares preferidos: hierba jugosa, maleza agostada por el sol y la corteza de los arbustos del sotobosque. Se preguntaba si de verdad era capaz de tener sentimientos, como decía su madre, y qué nivel de conciencia podría tener el animal, cómo veía el mundo y si percibía los cambios acaecidos estos días en la familia. Se detuvo en el abrevadero de Funtanas Ainas antes de regresar con la burra ya saciada.

En casa, añadió un poco más de leña al fuego y se puso a observar a la madre, que permanecía sentada, inmóvil, en la esquina de la chimenea. Reparó en que no estaba seria, pero sí ausente, distante. El padre seguía en la cama.

–¿Necesita algo, *babaj*? –le preguntó a este en voz baja, asomándose al dormitorio.

–No, nada.

En el jardín, la joven echó un vistazo a las gallinas, que con el pico desenterraban gusanos y lombrices, su pasatiempo durante los días en los que se dedicaban a escarbar la tierra. Les lanzó a los animales unos puñados de cereales. En cuanto terminó, se acercó varias veces a la calle para llamar al hermano.

Fuera, junto con los amigos, Daniele jugaba con unos caballitos hechos con cañas y palos. Competían por ver quién era el más rápido, imitando las encabritadas de los animales.

–¿Tú qué? ¿No te parece que ya es hora de volver a casa?

–*Eja*, ahora mismo voy.

Al cabo de un rato, Rosa encendió la lámpara de aceite. Daniele miró a la madre, pero ella, como en trance, parecía haberse extraviado en un lugar inaccesible para ellos.

–En fin, lleva horas así; la he llamado dos, ¿qué digo?, tres veces, pero no me contesta.

Rosa le hablaba al hermano, pero esperaba que la madre la oyera.

Daniele se dejó caer en la silla.

–Ay, ay, no quiero que, como *babaj*, ella se transforme en otra persona…

Mallena no los oía, como tampoco oía a los perros que gruñían enloquecidos, ladrando sin cesar a un anciano campesino que volvía a casa. Tiempo atrás, y en más de una ocasión, aquel hombre había golpeado a los animales con el bastón y ellos no lo habían olvidado jamás. Tampoco había oído las campanas del avemaría, que habían sonado hacía una hora para recordar el final de la jornada y anunciar el retorno de los ancianos y de los jóvenes de los campos y de los rediles.

–¿Qué vamos a cenar? –preguntó el niño, pero no recibió respuesta alguna.

Entonces, se acercó a la madre y la zarandeó por el brazo, repitiendo la pregunta. Solo entonces Mallena se dio cuenta de que hacía un par de horas que había anochecido. Se puso de pie de golpe y salió al jardín.

–Tranquila, *mamaj*, que ya he hecho todo lo que había que hacer con los animales. Pitiola también ha comido –dijo Rosa, que la había seguido afuera.

Mallena la miró en silencio, desconcertada por que aquel día sus papeles se hubieran invertido. En otros tiempos, no habría permitido que la historia se repitiera y que su hija experimentara la misma soledad y tristeza que había sentido ella cuando tenía su edad, pero, en aquel momento, con tantos pensamientos enredados en la mente, no fue capaz de articular ninguna palabra ni ningún gesto de agradecimiento a Rosa.

Al volver a entrar en la cocina, le habría gustado desplomarse de nuevo en la silla, pero, arrastrando los pies, se acercó a la mesa y, con desgana, se puso a cortar una cebolla y a preparar un potaje de lentejas. Daniele se aproximó mientras cortaba las rebanadas de pan.

–¿Puedo cortar yo el pan? –le preguntó, apoyando el torso en el borde de la mesa.

Ella apenas lo miró antes de tenderle la *leppa* y él se apartó, asustado, reparando en que la madre se la ofrecía con la parte de la hoja mirando hacia él, en lugar del mango, como de costumbre. Vacilante, Daniele cogió el cuchillo con dos dedos y terminó de cortar las rebanadas, que Mallena mojó en un huevo batido con leche para luego freírlo todo en aceite de lentisco.

–Qué rico está el *pane indorau*; me gusta mucho –comentó Daniele, asintiendo.

Aliviado al ver a la madre absorta en aquella tarea reconfortante, brincó de aquí para allá por la cocina, olfateando el olor a frito.

Mallena trató de contener las náuseas regulando la respiración mientras servía la comida en la mesa sin decir nada. Se quedó mirando su propio plato, que había dejado vacío.

–Se me está haciendo la boca agua; me muero de ganas de comer… –apremió Daniele.

Impacientes por degustar la cena, él y Rosa, ya con el primer bocado, se dieron cuenta de que el potaje estaba insípido y de que las lentejas estaban duras, crudas. Antes de pegarle un mordisco, tuvieron que rascar con el cuchillo las partes del pan que, más que dorarse, se habían quemado por un lado. Daniele se rascó la cabeza con dedos grasientos, mirando en silencio a la madre y a la hermana y sin dejar de comer la poca comida comestible que le quedaba.

Cuando la preocupación se impuso a todo lo demás, Rosa rompió el silencio:

–¿Qué ha pasado? ¿Ha tenido alguna mujer un parto complicado o ha nacido enfermo algún bebé?

–¿No será que le duele ver a nuestro *babaj* así? –añadió Daniele, estirándose por la mesa hasta casi rozar la mano de la madre–. Hoy se ha portado bien, no se ha enfadado, no me ha golpeado con la muleta como hizo ayer, no me ha gritado siquiera. Puede estar tranquila, *mamaj*.

Aun así, ninguna respuesta. Rosa miró al hermano y negó con la cabeza un par de veces; entonces, se puso a recoger la mesa y a lavar los platos. Cuando terminó de limpiar, le llevó al padre una taza de leche y miel, que Jubanne no pudo ni siquiera terminar.

Aquella noche, sentados en el banco, fue ella la que le preguntó al hermano qué tal le iba en la escuela. Él, tratando de evitar la mirada de la hermana, no le respondió con claridad.

–¿El *majstru* Meloni te ha puesto deberes para hacer en casa? –insistió ella.

–Uf, tenía que aprenderme de memoria el poema «Iglesia y escuela», pero es que es tan largo que no lo lograré jamás…, ¡jamás de los jamases!

Viendo que se ponía a patear contra el suelo, Rosa frunció el ceño y lo señaló con el índice.

–Vete ahora mismo a por el libro, cabezota. –Mientras aguardaba a Daniele y el libro, miró a la madre, que, inmóvil en la silla, había vuelto a sumirse en aquel mundo inaccesible para ellos–. Quédate sentado, callado y escúchame bien. A ver si te entra algo en esa cabeza hueca que tienes.

Iglesia y escuela,
de Enrico Fiorentino

Niño, como a la Iglesia ama la escuela,
que abre el camino de la cultura;
con el maestro tu corazón vuela
como si en realidad él fuera el cura.
Tú en la Iglesia respetas al Señor
por la comida que nunca te falta;
así, mi niño, con el profesor,
el pan de la ciencia para ti aparta.

Mallena soltó un hondo suspiro; Rosa no sabría decir si seguía sumida en sus pensamientos o si era una reacción al poema escogido por *majstru* Meloni.

Después de la lectura de la hermana, el niño también leyó, al principio con dificultad, luego tratando una y otra vez de repetirlo hasta que, al cabo de casi una hora, con la boca reseca, fue a servirse dos vasos de agua fresca de la jarra y se los bebió satisfecho. Cuando las campanas dieron las nueve, los dos habían cumplido la misión. Mallena, a su vez, parecía seguir muy lejos de la suya. Detrás de aquellos ojos ausentes, deambulaba por las imágenes fragmentadas de su vida, sin seguir un hilo concreto ni tener claro qué debería hacer.

–Mañana *majstru* Meloni estará muy orgulloso de mí; incluso puede que me ponga buena nota –comentó Daniele, acercándose y apoyando el mentón en el hombro de la madre.

Mallena lo miró de soslayo, pero el niño, por unos instantes, tuvo la impresión de que no lo había reconocido.

–Bueno, venga, vete a la cama –le dijo la hermana.

No hubo que repetírselo dos veces y se fue a dormir, satisfecho porque no le hubieran mandado lavarse ni tan siquiera las manos. Rosa mantuvo la mirada fija en el hermano mientras metía en el dormitorio el brasero de cobre, que, durante el trayecto, desprendió un humo denso y punzante que impregnó el aire un buen rato.

–No creo que mañana me pongan de rodillas contra la pared, como me pasó el otro día.

Mirando a la hermana, Daniele se pasó la mano por las rodillas amoratadas, que todavía le dolían. Aquel fue el último pensamiento del niño antes de dormirse con el rostro relajado.

Al salir del dormitorio, Rosa oyó que tocaban la aldaba de la puerta.

–Soy Tomaso, Tomaso el Moreno.

La joven retiró el pesado gancho de hierro que, desde el atardecer hasta el amanecer, bloqueaba la puerta.

–He tenido gemelos. Uno de los pequeños no come nada y no hace más que dormir. Dile a Mallena que venga a verlo.

La hija, preocupada, se acercó a la madre, pero tuvo que tocarle varias veces el hombro para captar su atención.

–No, no puedo ir. –Y se quedó sentada, con la mirada fija en la nada.

Mientras deshacía el camino andado, Rosa trató de formular en la cabeza una frase que no pareciera descortés. No le importaría ir ella en su lugar, si tan solo pudiera o supiera hacer algo útil.

–Me ha dicho que le pida disculpas, pero hoy mi *mamaj* se siente indispuesta y no puede salir.

Sacudiendo la cabeza y frunciendo los labios, Tomaso el Moreno apretó más fuerte la *berrita* con ambas manos.

–¿Y… Jubanne cómo está? –preguntó al final.

–Sigue cansado; le llevará tiempo recuperar las fuerzas.

–*Passade una notte bona…*

–Ya verá que mañana mi *mamaj* irá a su casa.

Rosa vio al hombre sumergirse cabizbajo en la oscuridad de la noche sin luna y, poniéndole el gancho a la puerta, tuvo un mal presentimiento. La madre nunca se había negado a prestar ayuda.

–*Mamaj* –dijo con tono serio, deteniéndose delante de ella con los brazos en jarras–. ¿Qué le pasa? ¿Qué puedo hacer por usted?

–No lo sé, *fizza*, no lo sé, pero me pesa el corazón –murmuró, llevándose las dos manos al pecho, y por unos instantes cerró los ojos.

Rosa tomó asiento en una silla frente a la madre, tratando de entender lo que le sucedía.

–Pasará –le susurró.

Le preparó también a ella un poco de leche caliente y miel, pero, cuando le tendió la taza, Mallena ni tan siquiera hizo ademán de acercársela a la boca.

La joven cogió a la madre de la mano mientras, con la otra, aferraba el mango de la lámpara de aceite encendida y la acompañó a su habitación. El padre parecía estar dormido, pero, al acercarse más, Rosa vio que también tenía la mirada fija en un punto de la pared vacía.

Antes de conciliar el sueño, Mallena deambuló por caminos intransitables, percibió un olor a enebro y a euforbio, vio de nuevo lugares y colores lejanos. Rostros de vivos y muertos que creía olvidados. Su pasado la mantenía presa y se negaba a dejarla marchar.

A su lado, en voz baja, Jubanne susurraba apellidos, nombres y números de identificación.

Capítulo 9

El azor vuela alto sobre la espesura de Montes. Mallena sigue al ave rapaz con la mirada hasta verla desaparecer en el bosque de encinas, que desde hace siglos presencia en silencio la vida en el Supramonte, en Orgosolo. Lleva horas buscando rosas de monte, pero imagina que esas peonías de color rosado deben de encontrarse en lugares aún más elevados. No descansará hasta dar con la insólita flor. Sin dejar de subir, ve el nuraga Mereu y, luego, uno, dos, tres azores que vuelan en dirección al monte Fumai.

Ya casi ha llegado a la cumbre cuando ve toda una bandada de pájaros sobrevolar una zona precisa de la inmensa planicie, que ha sido creada a lo largo de miles de años tras el derrumbamiento de una gigantesca cueva kárstica, excavada por el lento e inexorable fluir de las aguas subterráneas, esas que son invisibles a los ojos. Las aves rapaces, con las pupilas de fuego, vuelan en una danza ritual en torno a la presa. Mallena las sigue, bajando también ella hacia la planicie, pues ahora quiere ver cuál es el objetivo de los pájaros que, planeando con las alas inmóviles, descienden hacia la presa preparados para desgarrarla, mirándola fijamente, atacando con la vista antes que con el pico.

Sí, ya ha llegado, ahora lo ve bien. A Mallena la recorre un escalofrío convulso, cierra y abre las manos presa de un espasmo, luego levanta los brazos sobre la cabeza y, boquiabierta, se queda mirando. A la presa le han picoteado los ojos, le han abierto el vientre, las vísceras putrefactas son su alimento: es su madre, Rosa, la hija de aquellos montes amados y hostiles.

Los pájaros, saciados, se alejan revoloteando y desaparecen en el cielo despejado.

Al abrir los ojos, Mallena se encontró en un limbo entre el sueño y la vigilia. Su mente había recuperado la conciencia, pero su cuerpo permanecía en un estado de parálisis.

Los primeros tañidos de la campana matutina del ángelus la hallaron todavía incapaz de moverse, temblando, bañada en un sudor gélido. Permaneció inmóvil en la cama, pensando en la pesadilla que había tenido por la noche. Hacía mucho que no soñaba con su madre. Pasaron ante ella uno a uno los recuerdos de su vida anterior en Orgosolo: los días de luto, el dolor que aquel hombre… que aquel hombre le había infligido y que ella había mantenido en secreto. Vio de nuevo los fantasmas que la acompañaban fielmente desde su juventud y que desde hacía dieciséis años intentaba desterrar de su cabeza.

Con esfuerzo, trató de estirar los pies, luego los brazos, y, por último, se frotó la cara con las manos, como si se la estuviera lavando. Quería cerciorarse de que sentía todas las partes del cuerpo. En un intento de alejar esos recuerdos, rememoró la noche anterior y la petición de ayuda de Tomaso el Moreno. Solo entonces Mallena consiguió espabilarse. Se preguntó cómo había sido capaz de no acudir a la casa de aquella familia que la necesitaba.

Cuando saltó de la cama, le sobrevino un mareo, pero, aun así, en cuestión de pocos minutos y sin siquiera comprobar si Jubanne se había despertado ni avisar a los hijos, se encontró en la calle y bajó a paso ligero hacia la casa de los gemelos. En el horizonte, los primeros toques de color rojizo se filtraban entre las nubes y por el fondo del cielo, desvaneciendo las últimas estrellas de la mañana.

Al cabo de unos minutos, empujó la puerta entornada y, sin siquiera anunciar su llegada, se dirigió al dormitorio. La parturienta tenía a los dos recién nacidos en la cama con ella; en la habitación no hacía mucho frío. Debajo de la cama, estaba el brasero, el cual, con su calidez, templaba el aire que penetraba por las fisuras de las ventanas. Incluso a la luz tenue, a Mallena le bastó una mirada para

reparar en los labios violáceos de los gemelos. Uno en particular: el más pequeño de los dos, con una mata de pelo oscuro en la cabeza, estaba débil y parecía dormir.

Mallena fue a la cocina y se encontró con la madre de la parturienta, que ya había llegado. La anciana estaba atareada sosteniendo en las rodillas a una gallina, cuyo cuello había retorcido hacía unos instantes.

–Tengo que darme prisa en desplumarla –se excusó, apenas levantando la mirada, mientras las manos se movían veloces sobre las plumas, que caían lentas hasta llegar al suelo.

–Ponga dos tejas de terracota a calentar en el fuego –le ordenó Mallena.

La anciana interrumpió lo que estaba haciendo, se limpió las manos con el delantal y salió a la huerta, para escoger algunas de las tejas más grandes entre las que conformaban el cerco del parterre de dalias coloridas. Los nietos más mayores, que se habían levantado nada más oír llegar a la abuela, jugaban con las peonzas de madera fabricadas por su padre, el Moreno; de vez en cuando, se detenían para contemplar a la anciana, que, con las plumas todavía pegadas al delantal, llevaba a cabo aquella operación insólita, para ellos terminantemente prohibida.

Cuando las tejas estuvieron calientes, Mallena envolvió cada una en un paño de lana y colocó a los recién nacidos encima, en las dos cunas fabricadas para ellos. Vio que el más pequeño, delgado, pálido y sin fuerzas, estaba hundido, sin mostrar el más mínimo interés en la vida.

–Me he dado cuenta enseguida de que él era más débil que el hermano –dijo la madre, que miraba al más frágil de los dos recién nacidos.

Mallena le pellizcó el talón, hasta aquel momento adormecido, y, reparando en que el niño hacía una mueca, probó a pegarlo al pecho de la madre.

–No tiene fuerzas ni para chupar. *Mischineddu*… –dijo la abuela, que, con los brazos caídos a los costados, lo miraba negando con la cabeza.

–Por eso mismo ayer por la noche mandé a mi marido a buscarte –precisó la parturienta, entre suspiros.

–Lo siento, pero no pude venir. –Observando a aquel pequeño sin tono muscular, Mallena se preguntaba por qué no habría intuido la situación–. Conforme la terracota se vaya enfriando, cambie las tejas por otras calientes. –La partera, tras volver a la cocina, le repitió las indicaciones a la abuela.

La anciana, mientras tanto, después de colocar en un plato la carne de la gallina, había echado al patio las entrañas, y los dos gatos, que, hasta entonces, habían dormido arropados por el calor incipiente de la mañana, se abalanzaron con un maullido de júbilo.

–¿Se puede hacer algo más por esas criaturas? –le preguntó sin darse la vuelta, mientras con gestos rápidos metía la gallina entera en una olla grande que colgaba de un gancho de hierro sobre el fuego de la chimenea. El agua salada hacía un rato que hervía.

–Si le digo la verdad, no sé qué más hacer por ese bebé –respondió Mallena.

Con el ceño fruncido, la anciana prosiguió con sus quehaceres, como si de ello dependiera la salvación del niño y del mundo entero. Los aromas del caldo atrajeron a los gatos, los cuales, maullando, se acercaron a la puerta que daba al jardín.

–Dentro de poco, iré a buscar al *prejde* Nieddu para el bautizo –dijo la anciana, que, con gestos lentos y sosteniendo en la mano una cuchara con agujeros, retiraba de la olla la espuma que se formaba en la superficie.

–He hecho mal, tendría que haber venido ayer, pero… –agachando la cabeza, Mallena se interrumpió en aquella última frase.

–Tú márchate. Yo, antes de ir a por el sacerdote, tengo que terminar de cocinar; necesito el caldo para prepararle un potaje a mi hija. Quién sabe si acabará dando leche o no. Luego, sacaré la gallina de la olla y, por la noche, terminaré de cocinarla en la sartén con vino blanco y patatas. Así, tendré la comida lista para todos. –Y, señalando la puerta con la mano, añadió–: Ahora márchate, márchate, y, si puedes, vuelve después.

Mallena salió de la casa, apesadumbrada y cabizbaja.

Por la calle se sintió perdida; necesitaba hablar con alguien. Notaba que, si no compartía la carga que llevaba, acabaría enloqueciendo. Pensó en Mimina, que era su amiga más querida, pero también muy joven y frágil, en especial desde que el marido partió a la guerra.

Tan solo la *tzia* Nonnora podría ayudarla. A pesar de que la doblaba en edad, había sentido cierta afinidad por aquella anciana desde su llegada a Norolani. Fue una de las pocas personas que no la juzgaron cuando, hacía ahora más de dieciséis años, apareció acompañada de Jubanne después de haberlo conocido unos días antes en Nuoro. Se habían conocido en la fiesta de inauguración de la estatua de Cristo Redentor, cuando, provenientes de media Cerdeña, se presentaron en el monte Ortobene cientos de caballos y carros adornados, en los que viajaban fieles ataviados con los trajes tradicionales de cada pueblo. Jubanne había vuelto a Norolani montado en su caballo; sentada delante, estaba aquella joven desconocida, y el pueblo había tardado meses en aceptarla y en digerir el escándalo. Pero no había sido así para la *tzia* Nonnora: nunca la había juzgado o tratado como una *istranza*, una forastera.

A pesar de que la anciana, hoy día, estaba encorvada por el paso de los años y por cargar ella sola con los pesares de todo el pueblo, Mallena seguía viéndola como una criatura procedente de un mundo invisible, donde un dios desconocido le insuflaba fuerzas y aliento. Tenía la impresión de que las manos y la mirada de aquella mujer desprendían un poder misterioso capaz de comprender los secretos más inescrutables, la sustancia y la esencia de toda la naturaleza. Por encima de todo, sabía que compartía su mismo deseo de trabajar por el bien de los demás.

Enfermos, miserables, desconsolados y desafortunados, muchos venían en busca de la *tzia* Nonnora, no solo la gente de Norolani, sino también de lejos, para dejar en sus manos el peso de toda su vida y pedirle ayuda. Ya fueran pastores, campesinos, sirvientes, terratenientes acomodados, ignorantes o instruidos, pues todos podían necesitar ayuda, ella los recibía con generosidad, sin pedir ni aceptar recompensas. Les encontraba una solución, una explicación o una respuesta: la que no les había dado la medicina, la religión, el Estado, la justicia o la suerte en los que tanto habían confiado. La

tzia Nonnora tenía una oración para todos, un saquito de hierbas con fines curativos o un escapulario que coser a la ropa o que guardar debajo de la almohada para atraer fuerzas benéficas, así como una miríada de infusiones, emplastos y demás remedios para tratar la fiebre, el dolor de estómago, el mal de ojo o alteraciones en el estado de ánimo, como la *mala spezie* o la depresión.

Mallena tomó el camino cuesta abajo y casi a la carrera llegó a la casa de Lucia: sabía que, a aquella hora, la *tzia* Nonnora estaría con ella, pues había parido hacía poco.

Se encontró a la anciana sentada en la cocina, pelando habas.

Alta, delgada, siempre vestía de negro, desde que había perdido a su hija y tiñó de negro toda su ropa con la corteza del nogal que su marido había plantado en el huerto. Y, pasados tantos años, todavía le servía aquella misma ropa. La blusa, de mangas amplias y abullonadas, que una vez había sido blanca, estaba cubierta por un chaleco negro y corto, que ella seguía llevando puesto tanto en verano como en invierno porque ensalzaba su aspecto austero.

–*Tzia* Nonnora, he cometido un error –dijo Mallena, observando los movimientos lentos de sus dedos, las semillas que caían sobre su falda negra y las vainas, finas y vacías, en el suelo.

El pañuelo que llevaba la anciana, anudado debajo del mentón y puesto de tal forma que le cubriera la frente, no dejaba entrever ni un solo pelo.

–Ven aquí –le dijo, haciendo un gesto para que se sentara enfrente de ella, en la silla cerca de la mesa.

–Me siento culpable por lo que le está pasando al bebé del Moreno. –La voz trémula y las manos sudadas traicionaban su consternación, mientras le hablaba de la petición de ayuda que había recibido la noche anterior y que había desatendido–. Yo supe que no se encontraba bien nada más nacer y tendría que haber ido enseguida, pero tenía *penzamentos*…

–Si es como dices, significa que el niño que estaba debajo ha soportado hasta el nacimiento el peso del hermanito que estaba encima. No puedes hacer nada, nadie puede hacer nada. Pasará lo que tenga que pasar. –Se acercó a Mallena un poco más–. ¿Qué otra cosa te preocupa? Ven aquí. –Dejando a un lado las habas, le cogió

las manos entre las suyas y, observando las palmas, comenzó a ejercer presión en las articulaciones de los dedos–. Veamos si hay algo que pueda hacer por ti. –Sirvió un poco de agua en un vaso, se santiguó varias veces y, en voz baja, entonó una letanía que a Mallena le resultó incomprensible; entonces, lentamente, dejó caer en el interior del vaso, uno a uno, granos de trigo y unos cristales de sal gruesa que había sacado del bolsillo del delantal negro–. Aquí hay algo que no está bien. Cuéntamelo, *fizza mia istimada*, dime qué es lo que te oprime el corazón.

Mientras hablaba, seguía estudiando el movimiento de los granos de trigo en el interior del vaso. Mallena vio que algunos se habían depositado en el fondo, mientras otros flotaban en el agua. *Tzia* Nonnora, a su vez, reparó en que, en torno a algunos de los granos, se había formado una pequeña bola de aire.

–Te han echado un mal de ojo, y de los buenos, pero hay algo más, ¿verdad?

La anciana, en los huesos, con la piel arrugada y un cuerpo castigado por los años, transmitía una fuerza interior que Mallena era incapaz de explicar con palabras, pero que, en todo caso, sentía, veía y casi tocaba.

–No es solo por eso, es que en la cabeza me revolotean tantos pensamientos y el recuerdo de tantas personas, vivas e incluso muertas…

Mallena se puso en pie y se volvió a sentar varias veces, indecisa, mirando a su alrededor para cerciorarse de que nadie podía oírlas. Lucia estaba en la cama, descansando, de modo que le reveló a la *tzia* Nonnora los pesares de su vida pasada y los fantasmas que creía haber sepultado hacía mucho tiempo. Con las manos en las de la anciana, sentada delante, le contó la pesadilla que había tenido la pasada noche. Insegura al comienzo, luego con un ímpetu creciente, como uno de esos torrentes que, en invierno, confluyen en el río Cedrino, le habló de cuando tenía trece años y vivía con su familia en Orgosolo, en el áspero corazón de Cerdeña.

–Ese pueblo mío… es una tierra donde todo es difícil… Es difícil nacer, crecer…, más aún ser feliz. Solo morir puede resultar sencillo. Una persona puede perder la vida no solo por robar el yugo de los

bueyes, el ganado o por mover las piedras de los lindes, sino también por un error que haya cometido un pariente o por una promesa de matrimonio rota.

Tzia Nonnora la escuchaba en silencio.

–*Mamaj* Rosa era bella y el color del cielo despejado estaba todo en sus ojos. Una fuerza buena y pura animaba cada fibra de su ser.

La anciana asintió con la mirada dulce, viendo cómo se superponían lentamente, ante sus ojos, las imágenes del relato de Mallena.

–Yo lo amaba todo de ella: su manera de entonar los *muttos de amore*, su cabello negro, que resplandecía incluso en la penumbra, la forma en la que me consolaba al caer la tarde, porque por la noche, que en esos montes era aún más oscura, a nosotros, los niños, nos dominaba el miedo a las brujas *cogas* y las vampiras *surbiles*, que les chupaban la vida a los más pequeños hasta dejarlos sin sangre… –Rosa había sido partera tradicional, como lo había sido su madre antes que ella e incluso su abuela. Una de esas mujeres acostumbradas al olor de la sangre y la vida que, ayudando, consolando y sosteniendo a las demás, se dedicaban a esa profesión antigua, guardiana de los misterios del mundo femenino–. Ya de pequeña acompañaba a *mamaj* al bosque de encinas más antiguo de la zona, para recolectar borraja, santolina, euforbio y muchas otras hierbas. La observaba mientras las ponía a secar o preparaba con sabiduría emplastos y decocciones. –Por una razón que desconocía, con cada frase Mallena se sentía más ligera y, apoyándose en el respaldo de la silla, sintió que la cicatriz que tenía en el cuello y en los hombros dejaba de tirarle tanto–. Durante años, acompañé a *mamaj* cada vez que asistía a un parto en el pueblo o, las dos montadas a caballo, íbamos a las casas aisladas en el campo para socorrer a las parturientas.

Tzia Nonnora, que la escuchaba, ni siquiera se inmutó cuando el pequeño nieto se fue sin permiso al dormitorio, para reclamar las atenciones de la madre, que tendría que guardar cama una semana más. Llegado el momento, antes de volver a la normalidad, se sometería en la iglesia a la *incresiada*, el rito de la purificación y

agradecimiento por haber derrotado a la muerte que acecha a todas las mujeres en el momento del parto y en los días siguientes.

Sentada en la silla de madera con asiento de paja, Mallena proseguía con su narración:

–Yo no era más que una jovencita, pero ayudé a *mamaj* cuando dio a luz a mi hermano. Hice lo que ella me decía y recordé lo que, en otras ocasiones, le había visto hacer en circunstancias como aquellas.

Poniéndole una mano en el hombro, *tzia* Nonnora la mandó beber el agua del vaso con el trigo; casi todos los granos habían terminado en el fondo.

–Luego, unos pocos días después de dar a luz, a *mamaj* le subió la fiebre y le sobrevino un dolor insoportable que no le daba tregua ni de día ni de noche. Aullaba como los lobos, hasta tal punto que ni siquiera los vecinos podían conciliar el sueño.

Mallena, en aquel momento, volvió a oír con nitidez aquellos gritos, a pesar de estar convencida de que los había enterrado para siempre. La anciana tenía los ojos brillantes, pero permanecía sentada en silencio, escuchando los lamentos de Mallena y tratando de asir parte de su sufrimiento entre sus manos castigadas por la edad.

–Unas semanas después del nacimiento de mi hermano, además de la fiebre, el cuerpo de *mamaj* comenzó a pudrirse por dentro; desprendía un olor fétido que se olía desde fuera de la casa. Incluso los animales que pasaban por la calle polvorienta escapaban ahuyentados por aquel hedor a muerte. El doctor no llegó a tiempo y, cuando al fin llegó a nuestra puerta, ya era demasiado tarde. Y yo no supe hacer nada. *Mamaj* falleció en el año 1893. Tenía solo treinta y cinco años de edad y yo, apenas trece.

–Eso explica la pesadilla que tuviste anoche. –La anciana colocó los dedos huesudos sobre la cabeza de Mallena y murmuró algo que ella fue incapaz de entender, pero supuso que eran los *brebus*. No palabras, sino el Verbo con mayúscula, una mezcla de plegarias y fórmulas paganas antiguas cargadas de misterio. Una sabiduría que su antecesora le había transmitido oralmente después de escogerla para que la relevara en aquella misión ardua y siempre gratuita, pero

indispensable para preservar el equilibrio de la comunidad–. No tengas miedo, es para alejar al *Ammuntadore*, la criatura de las pesadillas, que te atacó en mitad de la noche oprimiéndote el corazón y paralizándote el cuerpo para arrebatarte, así, el aliento y la voz. Al marcharse, te dejó anclada en este estado de pavor en el que te encuentras –dijo, acariciándole el cabello–. Y ahora márchate; estoy agotada y tengo un poco de frío.

Antes de irse, Mallena contempló a la anciana, que daba la impresión de estar fatigada y dolorida, como si hubiera levantado un gran peñasco con las manos. En las arrugas de su rostro aparecían escritas su vida y la de todos los demás.

Capítulo 10

Cuando salió de la casa de la *Tzia* Nonnora, daban las doce y Mallena se encontró con el *prejde* Nieddu, que se detuvo delante de ella.

–Voy de camino a bautizar a esas dos criaturas para salvar del purgatorio sus almas impuras, por si, cumpliéndose la voluntad de Dios, no sobreviven.

–Esta mañana temprano he visto a los niños.

–¿Ya los has bautizado tú? –preguntó el sacerdote, con una vehemencia repentina–. Sabes que, como comadrona, estás autorizada; tienes el deber y la responsabilidad de administrar el santo sacramento del bautismo, pero solo en caso de extrema necesidad. Aun así, si lo haces, tienes que avisarme al momento para que yo pueda tramitar la inscripción en el registro.

–No, no los he bautizado, no me ha parecido necesario. Además… –prosiguió, mirándole directamente a los ojos–, sé que a usted no le importaría bautizarlos dos veces, por… conveniencia personal.

El sacerdote la miró, apartándose la *berrita* con el índice y rascándose el centro de la cabeza calva.

–Te equivocas y, como de costumbre, hablas más de la cuenta. En muy pocas ocasiones se ha dado el caso de que yo repitiera el bautismo *sub conditione* después de ti. Si lo repito es porque, aunque yo me he esforzado por instruirte y entrenarte, a veces me asalta la duda de que estés en condiciones de llevar a cabo correctamente el rito más importante de toda la religión católica…, con todo el alboroto que montáis las mujeres en esas situaciones y con la lengua que tú tienes.

Mallena sintió que le latían las sienes y le fulminó con la mirada, sin saber si sería mejor mencionar el donativo que el padrino debía meterle en el bolsillo al sacerdote al terminar el sacramento o las absoluciones y bendiciones que dispensaba a cambio de limosnas por muy grave que fuera el pecado cometido.

Prejde Nieddu era un hombre de complexión robusta, con un estómago prominente que le sobresalía de la túnica. Detrás de aquella insolencia, no había más que inseguridad, una inseguridad que le impedía forjar vínculos sociales. Por otro lado, por debajo de la sotana negra que vestía, estaba convencido de que era una persona importante y de que, por tanto, era intocable. Si bien llevaba más de veinte años siendo el párroco del pueblo, los vecinos seguían añorando a su predecesor, el padre Fadda, un buen hombre, sencillo y con buena disposición, que seguía los dictámenes del Evangelio más con los hechos que con las palabras. Todo lo opuesto al *prejde* Nieddu, pensó Mallena.

–También debo pasar por tu casa, para dar unas palabras de consuelo a Jubanne, e iré, pero que quede claro: solo porque la que me lo ha pedido ha sido la *tzia* Zizza.

Cuando llegaron a las inmediaciones de la casa de los gemelos, la abuela, entrada en años, estaba asomada a la puerta, a la espera de que llegara el párroco.

–¡Tú también vienes, Mallena! Serás la madrina de los niños. ¿Verdad, *prejde* Nieddu?

El sacerdote no se dignó a mirar a la partera, se encogió de hombros, sacudió la cabeza y entró en la casa con los brazos cruzados sobre el breviario.

Poco después, volvió del campo Tomaso el Moreno.

–Espérenme, que ya casi estoy listo.

El hombre apenas tuvo tiempo para depositar la podadera en un rincón y lavarse las manos en el cubo de agua fresca sacada del pozo. En la cocina, los gemelos seguían acostados sobre las tejas, uno en el regazo de la abuela y el otro en el regazo de la partera. El sacerdote, de pie en el centro de la estancia, se colocó la estola en el cuello y comenzó el rito bautismal, haciendo una breve alusión a

la alegría con la que los padres habían recibido a sus hijos como un regalo de Dios.

Mallena observó al más pequeño, que sostenía en brazos, y cayó en la cuenta de que no se movía. Después de preguntar por los nombres de los niños, el sacerdote pronunció, como entonando un monótono canto, la fórmula bautismal:

> Con gran regocijo Cristo os acoge.
> En su nombre yo os santiguo.
> Y, después de mí, padres y madrina,
> haréis en los niños la señal de Cristo Salvador.

Y, sin añadir nada más, con agua y aceite, trazó en la frente de los gemelos la señal de la cruz, invitando al padre a repetir ese mismo movimiento. Acto seguido, con un gesto de la mano, sin siquiera mirarla, indicó a Mallena que hiciera lo propio.

El más grandecito de los dos recién nacidos, al entrar en contacto con las manos frías de los adultos, rompió a llorar; el otro torció la comisura de la boca y, cuando movieron el paño que lo cubría, le quedó el brazo colgando de la teja. Pero el sacerdote, complacido por haber salvado las almas de los recién nacidos de la mancha del pecado original, no se dio cuenta.

Una vez que terminó el rito, la abuela removió con una cuchara la sartén donde burbujeaba la salsa con las vísceras y el hígado de gallina, que usaría el domingo para condimentar los *maccarrones de busa*, los cuales se preparaban enrollando finas tiras de pasta en torno a una aguja de hierro. Entonces, hurgó en el bolsillo de la falda y sacó algo. Antes de que el *prejde* Nieddu se despidiera, le entregó dos liras y, con los ojos llenos de lágrimas, le dio las gracias y le besó las manos.

Al volver a entrar en la cocina, vio que la partera negaba con la cabeza y comprendió lo que había ocurrido.

Mallena cogió la teja sobre la que descansaba el pequeño exánime, de una profunda palidez interrumpida tan solo por los labios lívidos, y lo acomodó junto a la madre. Las tres mujeres tenían los ojos llorosos.

–Así lo ha querido el Señor –dijo la anciana.

Solo entonces, ante aquellas palabras de la suegra, Tomaso el Moreno se dio cuenta de lo que había sucedido y rompió a llorar en silencio.

–Ayer por la noche, después de que Tomaso regresara a solas de tu casa, yo fui a la de… ella –añadió la anciana.

–¿A la de ella, quién? –preguntó Mallena.

–A la de la *tzia* Nonnora. Me dio varios consejos. Así, al volver, coloqué sobre los niños una cinta verde, dejé en el umbral de la puerta un manojo de trigo y encendí una vela de cera virgen. Me dijo que el pequeño ha cumplido su misión: al permanecer vivo hasta el parto, permitió que el hermano naciera sano y salvo. Aunque le llevará algo de tiempo, este se convertirá en un niño fuerte y esto, para nosotros, es suficiente. Por lo demás, es la madre naturaleza la que manda.

La mujer, resignada, se aproximó para consolar a la hija, que, a su vez, lloraba desesperadamente.

Mallena permaneció en la casa para acompañar a la familia, a la espera de que llegasen los demás parientes.

La abuela, susurrante, como si de una lenta melodía se tratara, entonó el *attitidu*, un antiguo canto fúnebre; ansiaba acompañar con su voz a aquel nietecito que, para ella, había sido un héroe antes incluso de venir al mundo. Con la cabeza, Mallena hizo un gesto de aprobación en dirección a la anciana y, tras dedicarle una mirada a la joven madre, se marchó sin decir nada más.

Mallena recorrió el camino de vuelta a casa con la mirada baja y no por el sol, que había alcanzado el punto más elevado sobre el horizonte.

Sus hijos ya debían de haber regresado de la escuela y ella apuró el paso entre los adoquines desiguales, recordando que había salido al amanecer sin decirles nada. Cuando casi había llegado, se volvió a encontrar de frente al *prejde* Nieddu, que salía, precisamente, de su casa.

–Será verdad que, si ha estallado esta guerra, es porque mucha gente se ha dejado engañar… Pero estas desgracias caen incluso con más fuerza sobre personas como vosotros, que no confiáis en la misericordia de Dios, nuestro salvador.

Y, después de que le dedicara estas palabras de desaprobación, Mallena lo observó marcharse indignado, bajando por la cuesta con el traje negro largo hasta los talones, abotonado por la parte delantera, que ondeaba como la barbilla de un pavo.

Al entrar en casa, Mallena vio que Rosa estaba llorando. Se acercó y le secó las lágrimas con su pañuelo.

–¿Qué ha sucedido? ¿Qué te ha dicho el cura para hacerte llorar de esta manera?

–El cura ha dicho que… lo que le ha pasado a *babaj* solo es culpa suya porque no ha tenido suficiente fe, no ha rezado ni tampoco ha confiado en la infinita bondad y misericordia divina de Dios –le dijo la hija entre sollozos, sonándose la nariz con el pañuelo de tela.

–¿Y Jubanne qué le ha dicho?

–*Babaj* ha blasfemado contra el cura y la Iglesia. –La chica se persignó tres veces seguidas y comenzó a llorar de nuevo–. El *prejde* Nieddu ha dicho que… –continuó, entre hipos y temblores– que lo único que se puede hacer es decir diez misas, todas este mes. Pero, para obtener la absolución, debemos pagar veinte liras.

Mallena abrazó a la hija, no tanto para consolarla como para que no le viera la cara, que ardía de rabia.

–No te preocupes, Rosa. Necesitamos el dinero y lo invertiremos mejor en el médico. Nos será más útil que la cura que nos ha ofrecido el *prejde* Nieddu.

Capítulo 11

A la mañana siguiente, con el tañido de las campanas de las siete, Rosa y Daniele se levantaron y se dieron cuenta de que, una vez más, su madre no estaba. La joven encendió el fuego y preparó el desayuno también para el padre. Apurada como estaba porque debía ir a la escuela, dejó la cocina sin limpiar y la cama sin hacer.

Del fuego encendido por la mañana temprano, una vez que regresó de visitar a una de las mujeres que habían parido durante los últimos días, Mallena tan solo encontró unos pocos rescoldos debajo de las cenizas. Se quedó mirando las brasas, a punto de apagarse. Figuras de personas reales e irreales, de vivos y de muertos, de animales feroces y fantásticos, de *majarzas* y sanadoras con su magia buena, de demonios, de miles de santos y de las *janas*: todo esto pasaba por la cabeza de Mallena. Atormentada por sus propios pensamientos e indiferente al desorden de la casa, entró en el dormitorio. Jubanne estaba despierto. Después de ayudarlo a ponerse en pie, salieron al jardín y se sentaron cerca de Pitiola; desde el día anterior, ninguno de los dos había hecho mención a la visita del *prejde* Nieddu.

Ella admiró la floración de las zinnias y los ciclámenes, que no parecían temer al viento. Peinándose el cabello enmarañado, pensó que siempre le había gustado contemplar aquellas flores crecer, reproducirse y propagarse. La tenacidad de las plantas la conmovía aún más este otoño preñado del viento maestral y de insólitos temporales.

–¿Recuerdas todas las veces que te has burlado de esta pasión mía por las flores? Me repetías que mejor debería dedicarme a

plantar más coles.

–Bueno, las flores serán bellas a la vista, fragantes y coloridas; no digo que no, pero, desde luego, no sirven para nada más. No dan dinero ni comodidad ni tampoco quitan el hambre.

Al oír hablar a Jubanne, la invadió un agudo sentimiento de nostalgia. Necesitaba que su marido volviera a ser siempre así, una presencia de carne y hueso en su vida, una voz a la que aferrarse de verdad. Desvió la mirada hacia Pitiola para no cruzarse con los ojos de su marido, consciente de que él le leería sus pensamientos.

–¿Todavía recuerdas ese 29 de agosto de 1901? Cuando mi tío nos llevó a mí y a sus hijos a la fiesta del Redentor en el monte Ortobene, en Nuoro.

–¿Cómo podría olvidarlo? Ahí nos conocimos.

–Cuando te vi en ese monte, me embargó una sensación de calidez, no solo en el rostro, sino en todo el cuerpo. Algo que jamás me había ocurrido.

–Y, aquella misma noche, escapamos juntos, sin casi saber nada el uno del otro, tan solo lo indispensable. *Ite macos*, qué insensatez; nos comportamos como unos verdaderos locos –dijo él, haciendo un amago de sonrisa.

Inhalaron el aire perfumado del jardín florido y siguieron contemplando el movimiento de las hojas secas, a merced de los vientos. Mallena aguardó a que él retomara la palabra, pero el silencio los engulló una vez más.

Daniele regresó solo del colegio: miró la mesa, la chimenea apagada y la casa vacía. Se quedó desconcertado unos instantes; luego, se asomó al jardín y, al ver a los padres, suspiró aliviado.

–¿Dónde está Rosa? Cuando salí de clase, no la vi –preguntó, acercándose a ellos.

–¿Y nos lo preguntas a nosotros? Seguirá en la escuela –respondió Mallena, interrumpiendo así la quietud que se había instalado entre ella y Jubanne.

–Pero ¿hoy no hay nada para comer? Y tampoco tenemos fuego… –se quejó Daniele alzando la voz, como si le preocupara que, de otro modo, no fueran a oírlo.

La madre tragó el nudo que se le había vuelto a hacer en la garganta y entró de nuevo en la casa, seguida del hijo. Mientras el niño reavivaba las llamas de la chimenea, ella se puso a cocinar distraída un poco de panceta salpimentada en una sartén grande, que comenzó a chisporrotear al instante. Añadió de cualquier manera una cebolla cortada de cualquier manera, un manojo de hojas de llantén y unas patatas cortadas en cuadraditos. A pesar de la poca atención que le estaba poniendo, de la sartén emanaba un buen olor, que Mallena, aun así, no apreciaba.

–El *majstru* Meloni me ha dicho que le ha sorprendido que un borrico calzado y vestido como yo se supiera de memoria el poema «Iglesia y escuela».

Mallena no lo había escuchado.

Cuando Rosa llegó jadeante, Daniele ya estaba sentado y, con los codos en la mesa, esperaba la comida, olisqueando el aire.

–¿Dónde estabas? –le preguntó la madre, mirándola desconcertada por aquella tardanza tan inusual en ella.

–He dado un paseo por la plaza de Sa Rughe y he ido a ver a Nina. Me he quedado un rato con ella.

–¿Por qué te has quedado un rato, con la hora que es?

–Hace unos días que no viene a la escuela y he ido a hablar con ella, nada más.

–No vuelvas a irte sin mi permiso.

–Como usted diga, *mamaj*.

Rosa bajó la cabeza, mortificada por aquella regañina que consideraba inmerecida, sin atreverse a replicar.

–Siéntate a comer –le ordenó la madre, sirviendo la comida en el plato.

Mallena se había olvidado de que la hija era joven. Se había olvidado de que Rosa cuidaba de su hermano, de los animales y de la casa durante todas las horas en las que ella se ausentaba por su trabajo de comadrona, ya fuera de día o de noche. También se había olvidado de que le había confiado tareas inusuales y complicadas para la edad que tenía, como obligarla a asistir al nacimiento de los niños de Norolani cuando la llevaba consigo. Y, sobre todo, se había

olvidado de lo mucho que Rosa la ayudaba desde que Jubanne había regresado en aquellas condiciones.

Mallena continuaba reflexionando sobre el error que había cometido con aquel recién nacido, sobre las veinte liras que el *prejde* Nieddu exigía para la absolución de Jubanne, sobre la ansiedad que la carcomía por dentro a causa de los acontecimientos de los últimos días y sobre los fantasmas que parecían haberse despertado todos a la vez en su interior.

Comieron en silencio, con la excepción de Daniele, que les habló de lo que había sucedido en la escuela y de aquel poema que había tenido que recitar de memoria.

–Aunque, siendo sincero, no me ha quedado claro de qué está hecho ese «pan de la ciencia» que sale en el poema.

Por la tarde, se presentaron los padres de Jubanne, pero fue el doctor Onnis quien despertó la curiosidad de Daniele y de los demás niños que jugaban en la calle al *luna monta*. Intrigados por la calesa y el caballo, interrumpieron los saltos que daban los unos por encima de la espalda de los otros para observarlos de cerca.

–Oh, mirad qué ruedas, y hasta tiene puertas… –comentó el más intrépido de todos, que se había acercado el primero para mirar.

El caballo, poco más que un potro y todavía indómito, tiraba enérgicamente de las riendas hasta casi derribar al médico, que trataba de atarlo al aro de hierro fijado en el muro al lado de la entrada.

–Nunca había visto un caballo con el pelo tan brillante y las orejas y los cascos tan pequeños. ¿Qué clase de caballo es? –se interesó el niño; todo el grupo se había aglomerado a su alrededor para admirar al animal.

–Lo he comprado hace unos meses en la Finca Real de Abbasanta, el mejor criadero equino de todo el reino.

El médico, tratando de calmar al caballo alborotado, se esforzaba por ocultar que estaba muy poco familiarizado con aquel animal.

–Sí, pero ¿de qué raza es? –insistió el niño, más osado que los demás y empeñado en saber todo lo posible sobre aquel caballo,

hasta el punto de que se puso a hablar en italiano, en vez de sardo.

–Es un árabe-sardo, hijo de un semental árabe de Talata u Kamsin.

El niño abrió mucho los ojos, pensando en la gran distancia que habría recorrido aquel caballo para llegar hasta allí desde aquellas tierras tan lejanas.

El médico se sentía muy orgulloso del animal, que, junto con la pipa y los manjares que le preparaba la casera, le hacía la vida en Norolani un poco más llevadera.

–Es precioso. Nosotros tenemos un bayo de Sarcidano. En realidad, también tenemos dos burros, pero, para mí, esos no cuentan, no son nada elegantes y, como dice mi *babaj*, solo sirven para trabajar –añadió, acariciando el cuello del caballo. Entonces, observó perplejo a aquel hombre alto, vigoroso, de porte erecto y ropa señorial que a saber cuánto le había costado. Seguía tratando de atar las riendas al anillo de hierro que sobresalía del muro; le estaba costando, y no poco, mantener a raya la agitación del caballo–. Si me lo permite, de esto me puedo encargar yo en un santiamén –dijo, señalando las riendas con el dedo.

Los traviesos del grupo se rieron a carcajadas, contemplando el berrinche de aquel animal más adecuado para la Sartiglia, un espectáculo ecuestre celebrado en carnaval en Oristán, o para temerarias carreras de caballos que para pasear una calesa.

El muchacho cogió la brida y ayudó al médico a atar al animal.

–Bien. Bueno, como eres tan diestro, vigila tú al caballo y, ya que estás, la calesa también.

El crío se emocionó ante aquel gesto de confianza y le sonrió al doctor Onnis, que, al fin, pudo bajar el maletín y entrar en la casa.

–Adelante, *vossennoria su dotore*.

Tzia Zizza le indicó el camino al médico, que se apresuró a soltar el maletín de cuero de vaca, se quitó la capa y la chaqueta, y se remangó la camisa blanca de puños almidonados. Examinó a Jubanne, quien con paciencia permitió que le viera la herida, le palpara el abdomen, le tomara el pulso y le mirara los ojos y la lengua. Con paciencia, hasta que, sin un motivo aparente, soltó un grito e hizo que el doctor Onnis se sobresaltara. El médico reculó un

paso y guardó silencio durante unos minutos, tomando apuntes con un lápiz en una libreta.

–¿Qué ha pasado, Jubanne? –le preguntó, cerrando el pequeño cuaderno y esperando con los brazos cruzados por detrás de la espalda a que le explicara el motivo de aquel grito, a su parecer, injustificado.

–De vez en cuando, me pasan cosas muy desagradables por la cabeza y me parece que sigo allí, en la trinchera.

–Lo entiendo… –dijo, si bien su expresión indicaba lo contrario–. ¿Y qué pasó allí, en la trinchera?

–A los de la brigada Sassari nos mandaban atacar y, después, defender la posición. Nos llamaban «los diablos» por lo valientes e impávidos que éramos. Pero… eso solo fue al comienzo, porque, después, tuve mucho miedo…, y de qué manera.

–¿Y luego…? –insistió el médico.

–Me alcanzó una granada austríaca. Me llevaron al hospital de campaña, en la retaguardia, a cinco kilómetros de la línea de fuego. Yo estaba medio muerto y poco recuerdo del trayecto.

Mallena lo escuchaba, pensando en lo que el marido había tenido que soportar aquellos días, solo y lejos de casa. Veía su rostro endurecerse, como si el mero hecho de narrar aquellos hechos lo envejeciera.

–En el hospital, el doctor, un hombre muy competente, dijo que me habían unido la fosa «poprítera» y, después, me habían cortado toda la pierna, para que los bichos de la trinchera no me infestaran la sangre.

–Santo cielo, fosa poplítea, se dice po-plí-te-a, y entiendo que se refiere a los virus de la trinchera, no los bichos…

–En fin, yo no tengo ni idea de qué es eso de la fosa poplítea. Eso sí, señoría, otra cosa no, pero bichos había para dar y tomar. Los veía todos los días, no solo en mis compañeros muertos, que no podíamos enterrar, sino también en los vivos que estaban heridos. En el barro y hasta en la comida también los veía.

–Aun así, sigo sin entender por qué has gritado de esa manera. Pero, en fin, mi ilustre profesor de patología médica en la Universidad de Cagliari me mostró casos similares al tuyo.

–Y, entonces, ¿de qué se trata? –preguntó Mallena, yendo de aquí para allá por la habitación, mientras Rosa y los padres de Jubanne permanecían de pie, pegados a la pared.

–Sin duda alguna, se trata de un caso de hidrartrosis, como bien se describe en el *Tratado de patología especial médica y terapia* de Vallardi. Ha habido un aumento considerable de vasos capilares y de plasma sanguíneo, lo que deriva en exudaciones y acumulaciones, estirando los espacios internos de la articulación de la cadera y causando, asimismo, una presión elevada; todo esto se suma a la sintomatología dolorosa de la que se queja Jubanne –concluyó en tono académico.

Al doctor Onnis le encantaba alardear de su erudición, paseando la mirada por toda la habitación, y lo hacía siempre como si estuviera subido a un escenario, a pesar de que, a menudo, los presentes tenían en la cabeza pensamientos bien distintos y casi siempre tenían dificultad para comprender todas aquellas palabras en italiano, en vez de en sardo. Sentía placer al ver las caras desconcertadas y admiradas de los pacientes y de sus familiares, absortos en sus disertaciones.

–*It'è*? No he entendido ni una palabra de lo que ha dicho. Resumiendo, ¿cómo está la cosa? –intervino Mallena, que todavía confiaba en que el médico entendiera de verdad la situación y no estuviera haciendo alarde de cierta pedantería.

–La situación no es grave; ahora os escribiré una lista de ingredientes para que la llevéis al farmacéutico y preparéis todo lo necesario.

El doctor Onnis se acercó a la superficie de la cómoda y escribió la receta.

Solución de Carrel-Dakin.
Pomada de yoduro de mercurio: 20 gramos.
Láudano líquido: 4 gramos.
Masa fuerte vesiculosa para la preparación de vesicantes: 50 gramos.
Pomada de Saint Bois: 8 gramos.
Ungüento de zinc: 20 gramos.
10 sanguijuelas para la parte lateral de la cadera.

–En las inflamaciones agudas, el aumento del flujo sanguíneo puede ser perjudicial; por eso también debéis recurrir a las sanguijuelas, pero, cuidado: no las pongáis todas en el mismo sitio, sino a unos centímetros de distancia unas de otras. La herida, en todo caso, curará bien.

El médico, mientras seguía escribiendo, era consciente de que todos los presentes tenían la mirada fija en él. Alineados a un lado de la pared opuesta a la del doctor Onnis, todos sintieron alivio al oír las últimas palabras, las únicas que habían comprendido del todo.

–*Deo gratias*. Entonces, ¿la herida curará bien? –preguntó la *tzia* Zizza, besando el rosario que aferraba entre los dedos.

–Sí, por supuesto. Además, le daréis medio litro de agua azucarada, tanto por la mañana como por la noche. Y tú, Mallena, asegúrate de que se preparen bien los medicamentos y ni se te ocurra ponerte a experimentar por tu cuenta.

El médico hablaba evitando con cuidado la mirada de la mujer.

Ella recordó todas las veces en las que el doctor se había desentendido de los problemas de las mujeres embarazadas y de las parturientas, pues no consideraba honrado asumir tareas propias de una comadrona, a no ser que hubiera que asistir a clientas pudientes. En este caso, el médico no aceptaba injerencias.

–Sí, doctor, por supuesto –respondió Mallena, hastiada de aquella actitud arrogante, pero confiaba en que la medicina científica que practicaba él y que prometía prodigios consiguiera sanar a Jubanne.

–Lo importante es mantener alejados del enfermo esos remedios populares que preparas tú, los cuales, como la brujería de la vieja, no tienen fundamento científico y son solo fruto de la ignorancia.

–Lo sé, sé que usted ha estudiado mucho a través de los libros y ha curado enfermedades sirviéndose de medicinas y que también sabe usar los hierros que tiene, pero no todo el mundo quiere sus curas ni se puede permitir sus servicios. –Mallena pensó en las pinzas anatómicas, en las sondas quirúrgicas y en los cuatro fórceps de los que hacía gala el médico en la vitrina de su consulta–. ¿Cuánto costarán todos estos remedios?

–Eso no lo sé. Yo lo único que sé es que a mí me debéis diez liras por la consulta y la visita a domicilio del enfermo. El resto

pregúntaselo al farmacéutico y, ya que estás, compra un buen jabón Solvay de bicarbonato y deja de usar esas mezclas de grasa y hierbas que en este pueblo seguís preparando en casa como los salvajes –dijo, dirigiendo la mirada hacia lo alto.

–Es muy fácil hablar cuando se tiene el bolsillo lleno de dinero.

Los presentes contuvieron la respiración, a la espera de los dardos que, de un momento a otro, el doctor Onnis le lanzaría a Mallena como respuesta a aquellas palabras. La madre de Jubanne se santiguó. A Rosa, que siempre se mostraba cohibida delante de la gente, sobre todo en presencia del médico y de personas importantes, se le anegaron los ojos en lágrimas.

Él miró a Mallena y no dijo nada, optando por armarse de paciencia ante aquella mujer descarada, con la que nunca sabía adónde podrían ir a parar. No comprendía el motivo, pero los ojos de ella le incomodaban.

Mallena abrió el cajón de la cómoda y cogió el dinero que guardaba debajo de la ropa. Se puso a contarlo; esto sí que sabía hacerlo bien. Era casi todo lo que tenían y se lo entregó. La *tzia* Zizza, viendo que el doctor se acercaba al lavamanos, cogió la jarra del agua y la vertió en la jofaina. Después de secarse las manos, el hombre tiró al suelo la toalla de lino bordada, se peinó el cabello, se arregló las mangas de la camisa y se abotonó los puños almidonados. La anciana se aprestó a agacharse para recoger la toalla y la colgó del asa del lavamanos.

–*Gratzias* a usted, señor doctor –dijo el enfermo, esbozando una sonrisa cargada de aflicción.

La madre de Jubanne le tendió al médico la chaqueta, la capa y el sombrero. Acompañándolo hasta la puerta, se despidió de él con una reverencia y, al hacer ese gesto, notó un dolor en la espalda, ya encorvada por el paso del tiempo y por el duro trabajo en el campo.

–Viene de la ciudad y será todo lo «estudiado» que queráis, pero no tiene ni idea de lo dura que es la vida de la gente como nosotros –comentó Mallena, en cuanto el doctor Onnis se marchó.

Fuera, para desatar la brida, el médico tuvo que esquivar de malas maneras a los niños, que durante todo este tiempo se habían quedado a admirar al caballo y la calesa con las iniciales escritas. El

que estaba de guardia había mantenido a raya a sus compañeros alterados, y, junto con Daniele, permanecía al lado del animal, que parecía agradecer su presencia.

–Cómo me gustaría cabalgarlo en las carreras de la fiesta del patrón –dijo, mientras le acariciaba la crin.

El caballo levantó la cabeza e inspiró el aire proveniente del mar, que portaba consigo los aromas de la salicornia, el lentisco y el enebro. Acto seguido, en cuanto el médico lo liberó, el animal se apartó y, con un poderoso relincho, se irguió sobre las patas de atrás.

Capítulo 12

–¿*It'è*, Rosa? ¿Por qué no has abierto la boca todavía?

Mallena miraba a la hija, que seguía sentada cerca de la chimenea, ya apagada.

–Esta mañana todavía era de noche cuando usted, *mamaj*, se marchó sin decir nada.

–Pero yo salí para hacer recados, para prestar unos servicios.

–Sale a cualquier hora del día y de la noche, y ninguno de nosotros sabe nunca cuándo volverá. Yo, en cambio, no puedo estar ni un cuarto de hora a mi aire –prosiguió la joven, indignada, de brazos cruzados.

–Vas a la escuela todos los días, ¿acaso eso no es salir? –inquirió la madre, sentándose a su lado.

–La escuela, la casa, sacar agua del pozo, preparar la leña, encender la chimenea, cocinar, barrer la casa, ir a ayudarla a usted cuando puedo… Y, por la mañana, otra vez toca levantarse e ir a la escuela. Preferiría que me mandara a trabajar de sirvienta; al menos, me pagarían.

Mallena negó con la cabeza. Para ella, la escuela era un lugar bendito, como un árbol sagrado que prometía los mejores frutos, esos que ella jamás había podido coger.

–Veo que estás enfadada conmigo. Recuerda que la *iscuela* es lo mejor para ti. Si yo hubiera tenido la oportunidad…, a mí también me habría gustado ir, aprenderlo todo.

Se acercó un poco más, observando a su hija, a la que nunca había visto comportarse de aquella manera.

Rosa guardó silencio, con la mirada fija en la chimenea.

Mallena salió a dar de comer a los animales de la huerta. Al entrar de nuevo en la cocina, durante un rato se puso a ordenar la casa, encendió el fuego y, de vez en cuando, miraba de soslayo en dirección a la hija.

–¿Te apetece un poco de café? –le preguntó, con la esperanza de contrarrestar el tono ofendido con el que había hablado antes.

–No, *mamaj*, ahora mismo no quiero nada, en estos momentos no… no necesito nada.

Mallena se acordó de cuando ella tenía trece años, de aquella tarde de verano, mientras, en un insólito momento de ocio, jugaba con las amigas cerca de una charca. Para convencerlas de que no tuvieran miedo de las ranas, había cogido un par muy pequeño en la palma de la mano y, al acercárselas a la cara, una le había saltado dentro de la boca. Se había quedado de piedra con la boca abierta, entre las carcajadas de las demás.

Ante aquel recuerdo, miró a Rosa con ternura.

Le vino a la mente cuando también ella, a pesar de que habría preferido dedicarse a otros menesteres, seguía por las calles polvorientas de Orgosolo primero a su madre y luego a su abuela, también *llevadora*, que le había enseñado todo aquello que *mamaj* Rosa no había tenido tiempo de transmitirle.

Y recordó cuando, estando junto a las muchachas de su edad, todas la escuchaban en un asombrado silencio mientras hablaba de la naturaleza de las mujeres, de los días de la luna, de embarazos y partos, revelándoles los secretos del mundo femenino.

Al terminar sus quehaceres, vio que la hija seguía sentada en el banco con la espalda apoyada contra la pared, pensativa e inmóvil, con las manos entrelazadas en el regazo. Rosa notó la mirada de su madre sobre ella.

–Usted está pendiente de todo el mundo: se marchó a la hora de la cena para el nacimiento del hijo de Maria, corrió cuando Lucia empezó a tener contracciones, preparó unas mezclas para el escozor en las partes íntimas de la *tzia* Sabella, pero a mí… a mí, que soy su hija…, a mí… ni siquiera me ve.

–Pero ¿qué dices, Rosa?

Al oírla hablar con tanto resentimiento, Mallena comenzó a preocuparse de verdad y la observó con una expresión de impotencia. Estudiando el labio torcido de la joven, comprendió que debía detenerse a escucharla.

Muchas veces, a lo largo de los años, había sentido que el deber de asistir corriendo a otras madres y sus hijos le estaba impidiendo darles a Rosa y a Daniele las atenciones que le habría gustado darles. Sabía que no era una madre como las demás. Sabía que en Norolani, y también en Tennairi, ella era la única que trabajaba fuera de casa y sin horarios, sin reglas fijas. De las demás mujeres de la zona, solo algunas iban a ganarse la vida en los campos como jornaleras, dejando a los hijos a cargo de las abuelas o de las vecinas. Otras tejían *pibiones* en mantas de lana y algodón con urdimbres y alfombras de colores vívidos para el ajuar de las esposas; otras trenzaban asfódelo para fabricar cestas, cestos y las *cannisteddas*, canastas tradicionales de varios tamaños con el fin de intercambiarlos, también en los pueblos aledaños, por bolsas rebosantes de habas, cebada o trigo. Pero todas seguían el ritmo del sol y de la luna y, por la noche, les preparaban la cena a los hijos, dormían en sus camas. Mallena podía salir al despuntar el alba y regresar a la hora del almuerzo, pero, en ocasiones, salía al atardecer y volvía a casa tan cansada que no se daba cuenta de que el sol ya se había vuelto a elevar en el cielo.

Pensó en las demás madres, que, los días de fiesta, preparaban pasta *malloreddus* o raviolis *culurzones* rellenos de requesón y acelgas silvestres, o patatas sazonadas con queso de oveja y, de postre, *sebadas* al limón recubiertas de *saba* o de miel. Recordó el día de la fiesta de San Juan Bautista: había ido a asistir a una mujer y el bebé se había puesto a llorar enseguida después del parto, pero la placenta seguía sin salir y ella había tenido que esperar el tiempo necesario. Al regresar a casa, se había encontrado en la mesa un recipiente de terracota. Tras retirar el paño que lo envolvía, se había sentido mortificada: Rosa y Daniele le habían dicho que lo habían recibido de la la *tzia* Zizza; viéndolos solos en la procesión y sin saber a qué hora volvería la madre, les había preparado la comida.

–Ayer me dolía mucho la barriga, pero de usted, *mamaj*… –Rosa retomó entonces la palabra, negando con la cabeza en señal de desaprobación–, de usted no había ni rastro.

Mallena se sobresaltó; Rosa seguía sentada cabizbaja.

–¿Y qué hiciste tú? –se apresuró a preguntar.

–Preparé una infusión de semillas de hinojo y en pequeños sorbos me bebí un tazón entero.

–Muy bien, *fizza*, has hecho lo correcto. Ya ves que, aun estando sola, sabes lo que hay que hacer.

–No, *mamaj*, no me ayudó para nada, fue una pérdida de tiempo. Es más, el dolor no se me ha pasado. Después, empecé a sentir algo extraño aquí –añadió Rosa, señalándose con timidez la entrepierna–. Y, al ver todas esas gotas de sangre que estaba derramando, en un primer momento pensé que me había hecho daño y no sabía cómo.

–*Fizza mia istimada*… –Mallena ardía en deseos de abrazar a su hija, que se esforzaba por reprimir las lágrimas, pero se limitó a sentarse en el banco a su lado–. ¿Y después…?

–Caí en la cuenta de que habían llegado… los días de la luna y, aunque sabía que tarde o temprano iba a ocurrirme a mí también, me sentí perdida y usted… usted no estaba. –En la voz endurecida de Rosa, Mallena percibió toda la fuerza de su acusación–. Usted estuvo desaparecida todo el día. Yo me puse un paño de algodón y hoy, después de la escuela, he ido a la casa de Nina, para hablar con ella.

Quería preguntarle si, a pesar de todo, seguía considerándola una buena madre, pero sabía que sería una respuesta difícil de dar. Apretó el brazo de su hija, incapaz de traducir en palabras todo el amor que sentía y que no expresaba.

–¿Y Nina qué te ha dicho? –le preguntó con voz cariñosa, acercándose un poco más.

–Aunque a ella ya le viene desde hace un año, no me ha dado ánimos, para nada; al contrario, a ella también le dolía el estómago y parecía más aturdida que yo.

–¿De verdad?

–Lo cierto es que hace un tiempo que se comporta de manera extraña; muchas veces se salta las clases, está distraída. Cuando

hablamos, cambia de estado de ánimo sin un motivo aparente y se entristece.

–Ahora que lo dices, hace unos días, cuando volvía de Tennairi, me detuvo por la calle. Quería hablar conmigo, pero yo tenía prisa y no la escuché.

–Últimamente ya no se ríe como antes, está taciturna y parece que la acosan malos pensamientos…

Mientras hablaba, Rosa apoyó la cabeza en el hombro de la madre.

Mallena se enterneció al recordar los tiempos en los que buscaba consuelo en el hombro de su propia madre. No siempre lo encontraba: su madre, Rosa, también estaba casi siempre ocupada socorriendo a alguien más, pero todos los días se sentaba junto a ella, le apretaba las manos y, aunque fuera solo un rato, encontraba un hueco para hablar de lo que había sucedido durante el día, de los pequeños imprevistos o de las anécdotas graciosas.

De joven, Mallena era consciente de que las de su madre eran manos que jamás le permitirían caer en el abismo. Manos que elevaban a la vida a recién nacidos ensangrentados, nada más salir de un vientre, y que también sabían hallar, cuando era necesario, las manos de su hija. Pensó en lo mucho que le gustaría contar con la presencia de su madre ahora, en este período en el que sentía que su vida se desmoronaba por completo. Apretó con fuerza las manos de Rosa entre las suyas.

Sintiendo que la cabeza de su hija se hundía contra su hombro, no permitió que sus pensamientos se extraviaran una vez más en imágenes lejanas.

–Bueno, ¿sabes lo que haremos? –dijo, pasado un rato–. Nos quedaremos aquí tranquilas; luego, con calma, nos prepararemos una infusión de milenrama.

–De acuerdo –murmuró Rosa.

–Sí, nos la beberemos juntas. Yo también me tomaré una taza y, si quiere, tu *babaj* podría beber un poquito también.

Rosa respiró hondo y, por el motivo que fuera, Mallena pensó en el viento maestral, que justo en ese momento barría las calles en el exterior y limpiaba el aire.

–Ya verás como la infusión te ayudará a superar el dolor de estómago.

–¿Qué está pasando? ¿Qué? –quiso saber Daniele, irrumpiendo en la estancia después de abrir de par en par la puerta; se dirigía a la jarra para servirse un vaso de agua, pero se detuvo, intrigado por la intimidad de las dos, que hablaban abrazadas en voz baja.

–Bebe agua y vete. Pero rápido como un rayo, que son cosas de mujeres –le dijo la madre, levantando apenas la voz.

No hubo que repetirle la orden dos veces y el niño dejó a la madre y a la hermana a solas. Ellas continuaron hablando de aquel acontecimiento tan trascendental, símbolo de una energía vital que no sabían definir con claridad, pero que sentían expandirse por toda la tierra y señalaba, una vez más, un nuevo comienzo.

Pese a que la mortificaba haber estado ausente en un momento tan importante para Rosa, Mallena se sintió agradecida de presenciar aquella fuerza que florecía, crecía y se abría en su interior. Y, si bien era consciente de que no tardarían en regresar, por unos instantes tuvo la sensación de que el tormento por la salud de Jubanne y las pesadillas del pasado le habían dado una tregua.

Capítulo 13

Aquella misma tarde, Mallena fue a la casa de Mimina y le contó lo de Rosa y la destreza con la que había gestionado aquella situación, a pesar de su ausencia.

–Tu hija, en ciertos aspectos, se parece mucho a ti y, como tú, no perdió el ánimo, a pesar de encontrarse sola en un momento como ese.

–Y tampoco ha querido perderse la escuela. Deberías verla cuando hace los deberes: escribe en líneas rectas, sin una sola mancha, y en su libro no hay ni una página con arrugas o borrones de tinta. Yo, a veces, la observo y hojeo a escondidas su cuaderno.

–Salta a la vista que a Rosa le encanta estudiar.

–También me quedo mirando las letras del abecedario en el libro de Daniele; las reconozco y, a veces, sé cuáles hacen falta para escribir una palabra.

–Qué suerte tienes. A mí no se me ocurriría ponerme con esas cosas, que con los libros jamás me he entendido y tampoco he tenido nunca tiempo.

Al oír aquella frase de la amiga, Mallena sonrió sin llegar a abrir los labios; estiró tan solo una comisura de la boca. A diferencia de Mimina, a ella le gustaría aprender a leer y a escribir. En esto, y en muchas otras cosas, ellas dos eran polos opuestos, pero, aun así, las unía un profundo afecto. Se veían con frecuencia y, desde que sus maridos se marcharon al frente con pocas semanas de diferencia el uno del otro, se veían casi todos los días. Con el tiempo, aquella pausa para degustar juntas una tacita de café se había convertido en

toda una necesidad para las dos; su amistad las protegía, las ayudaba a resistir la dureza de sus vidas.

–Tengo que ir a por las medicinas de Jubanne. El doctor Onnis ha escrito una lista larga larga. *Ajò*, ¿me acompañas a la farmacia?

Por la calle, las dos amigas convinieron que era toda una suerte disponer de una farmacia en Norolani, la cual prestaba servicio, asimismo, a los pueblos aledaños. La había abierto hacía unos pocos meses un joven de buena familia que se había diplomado en Roma.

Cuando cruzaron la plaza desierta en el centro del pueblo, Mallena pensó una vez más en lo diferente que había sido aquel lugar hasta hacía dos años, antes de que estallara la guerra y se llevase a los hombres. A poca distancia de las casas bajas con puertas enmarcadas por vides, cada primer martes del mes se organizaba el mercado, y, cuando le era posible, a ella le gustaba pasear entre los puestos donde se exponía la mercancía, entre cestas rebosantes de cereales, castañas de Aritzo y naranjas de Milis. Había telas y bordados provenientes de Bosa, peces limón y sardinas (sacados del mar hacía pocas horas por los pescadores que, con las caras morenas por el sol, zarpaban en pequeñas falúas de vela) y cacerolas de terracota, sartenes de aluminio y utensilios para la cocina de madera elaborados por los artesanos de la zona. Le gustaba observar los rostros de los hombres que alcanzaban acuerdos con un apretón de manos, gesto que valía más que un documento firmado ante notario. A falta de dinero, pues había muy poco en circulación, se recurría con frecuencia a trueques, intercambiando lo que se tenía por lo que se necesitaba.

En esa misma plaza, antes de que la guerra lo cambiara todo, a finales de junio los vecinos de Norolani se reunían para las fiestas en honor de san Juan Bautista. Después de la procesión y de la misa, bebían malvasía y saboreaban los dulces ofrecidos por el sacristán. Al atardecer, acompañados del acordeón y del *launeddas*, chicas y chicos bailaban *su ballu tundu* hasta bien entrada la noche, sosteniéndose de la mano y moviéndose al son de aquella música que hacía vibrar los sentidos, sin dejar de gritar de puro júbilo.

Ahora, en el tablón de anuncios situado al fondo de la silenciosa plaza, donde una vez se anunciaba a los *sonadores*, se colgaban los

comunicados de guerra y los avisos de defunción de los soldados caídos en el frente.

Antes de entrar en la farmacia, Mallena se detuvo para observar la entrada. Colocada sobre la jamba del escaparate y tallada en madera oscura y reluciente, una guirlanda de hojas de roble y de laurel rodeaba una cruz dorada. Nada más entrar, la invadió el olor de esencias, bálsamos y fragancias. Gracias a su buena memoria olfativa, reconoció algunas de las plantas y de las hierbas que utilizaba el farmacéutico como ingredientes. Pero, unida a la fascinación por aquellos aromas, experimentó una sensación de inquietud al detectar otros olores: los de los preparados químicos que contenían los medicamentos. Nunca había puesto un pie en aquella farmacia, que había abierto hacía poco. Y, además, hasta la llegada del doctor Onnis, la idea de la medicina moderna seguía siendo ajena a Norolani: ella y los demás residentes siempre se habían curado por su cuenta o con la ayuda de la *tzia* Nonnora. Muchos vecinos de la zona, de hecho, seguían negando la existencia de ciertas enfermedades, que interpretaban como formas de reacción a disgustos, miedos o castigos divinos.

Mallena sabía que en aquella farmacia podría comprar desinfectantes y demás productos de utilidad para sus parturientas, pero también que había que pagar en efectivo. Una vez que había llamado al médico a causa de una mujer que tenía la fiebre alta, el doctor Onnis había mandado al marido a la farmacia para comprar sobres de antipirina. El medicamento había surtido efecto, pero el tratamiento completo le había costado al hombre tres ovejas y una cabra, a las que había tenido que renunciar para pagar los fármacos.

El joven de bata blanca las recibió con un saludo cordial, extendiendo los brazos. Puesto que nunca las había visto en la farmacia, las observó a las dos tratando de descubrir quiénes eran y de asociar un nombre a aquellas caras.

–*Ite logu bellu*. Cuántas cosas hermosas y cuántos olores hay aquí –murmuró Mallena, contemplando los tarros de cerámica cerrados que se exponían, hermosos, en las estanterías de madera.

–Bienvenidas, señoras. Soy Vittorio Amedeo Decortes, ¿en qué puedo ayudarlas?

El farmacéutico aguardó a que le explicaran el motivo de la visita, pero ninguna de las mujeres dijo nada. Mallena revisaba con la mirada las vitrinas, en cuyos estantes se alineaban frascos de cristal de desinfectantes de yodoformo, ácido bórico y acético, medicamentos antimaláricos con extracto de quina y tinturas madre. Se detuvo en el estante donde estaban dispuestos los tarros con sales vegetales obtenidas a través de la calcinación de plantas medicinales. En el último estante, había otras sustancias medicamentosas de origen vegetal, animal y mineral: eran nitratos, bicarbonatos y bromuros. No sabía leer las etiquetas y muchas de aquellas sustancias le eran desconocidas, aunque, de alguna forma, se sentía atraída por todas ellas.

El farmacéutico carraspeó dos veces y Mimina tuvo que sacudirle un brazo a la amiga.

–Mallena, eh, Malle –la llamó en voz baja.

Esta seguía absorta, hipnotizada como estaba por el poder milagroso que parecía emanar de aquellas sustancias, aunque no por ello dejaba de sentir cierta desconfianza por aquella clase de medicina tan diferente a la que practicaba ella. Con esta mezcla de sentimientos, miró al hombre y, tras aclararse la garganta, pronunció como si se tratara de un poema aprendido de memoria:

–Buenas tardes, necesito todo lo que está escrito en esta receta que el doctor Onnis ha preparado para mi marido, Giovanni Manca.

Le entregó la prescripción y él sonrió, reparando en que la mirada de la mujer seguía vagando entre las estanterías.

–¿Cuánto tiempo durará el tratamiento? –le preguntó, a la par que leía la receta del médico.

–No sabría decirle. Entiendo que el doctor lo habrá dejado escrito en el folio.

–No, no lo ha escrito. ¿Le parece bien que le haga un preparado magistral para una semana?

–¿Y qué es eso de «magisteral»?

–Son indicaciones sobre cómo se ha preparado el remedio, cuánto hay que darle al enfermo y cómo hay que suministrárselo. Le pondré por escrito todo lo necesario. Por cierto, me olvidaba –añadió,

tocándose levemente la frente con el índice–, ¿alguna de ustedes sabe leer?

–Tenemos a mi hija, Rosa, que, además de leer, hasta sabe escribir, y muy bien, por cierto –contestó con orgullo.

El joven se aproximó a la báscula de madera y colocó las sustancias necesarias para la preparación de los medicamentos en el plato de cristal, mientras que en el otro, de latón brillante, que a Mallena le pareció de oro, dejó un objeto con forma de moneda que había sacado de un pequeño cajón de madera maciza, donde guardaba toda una colección de pesos de diferentes formas y dimensiones. Intrigado como estaba por el interés que demostraba Mallena, la observaba por el rabillo del ojo ensimismarse con los aromas que emanaban de cada rincón del local y que ella olisqueaba dilatando los orificios de la nariz como un animal.

–Veamos… –dijo, poniéndose sin más dilación a hacer los cálculos en un cuadernillo negro.

Ella regresó a la realidad.

–¿Cuánto me costará todo esto, doctor?

–El preparado para una semana, nueve liras.

Ella dejó caer los brazos.

–No pensaba que el tratamiento fuera a ser tan caro.

El farmacéutico la miró a los ojos unos segundos. Mallena le devolvió la mirada con firmeza. En cuanto a Mimina, tenía la vista clavada en el suelo.

–De acuerdo –dijo el joven–. Deme lo que tenga; el dinero que falte me lo dará mañana, cuando venga a recoger el preparado, junto con las indicaciones por escrito de las que le he hablado.

La tarde del día siguiente, Mallena regresó a la farmacia para recoger todo lo que el médico le había encargado.

–Usted es la partera, ¿no es cierto? Ayer no estaba seguro de haberla reconocido, pero me sorprendió su interés por los productos de la farmacia y le he preguntado al doctor Onnis.

Mientras el joven sonreía, la mujer reparó en que tenía un bigote pequeño y bien peinado y un hoyuelo profundo en el mentón

afeitado.

–Sí, soy la partera –dijo–. Me gustan las hierbas y las conozco bien. Aunque no las haya estudiado en los libros, sé preparar remedios con decocciones, *ammisture* y emplastos. Y aquí –continuó, levantando la mirada y olisqueando el aire con los ojos cerrados–, aquí huele a la hierba de san Juan.

–Efectivamente, el hipérico, pero ustedes lo llaman por el nombre popular. Justo esta mañana he preparado una pomada para quemaduras.

–También sirve para las enfermedades del pecho, para la *mala tempera* y para el dolor de cabeza.

–Ah, ¿de verdad? ¿Y qué más sabe usted sobre esta planta?

Mallena se puso a explicarle que se podían emplear las flores de aquella hierba silvestre, que ella recogía cerca del mar, para curar irritaciones, picazones y rojeces de la piel.

–Para llagas y quemaduras, sin embargo, preparo un emplasto a base de azucenas silvestres.

El joven la escuchaba, asombrado por la sabiduría de aquella mujer, que hablaba de cada planta con una maestría que ni él mismo creía poseer, ya que a menudo tenía que consultar sus libros para resolver dudas. Luego, le entregó los medicamentos que había preparado para Jubanne, con las indicaciones escritas en un folio doblado en cuatro.

Mallena extendió la mano y permaneció unos instantes con el brazo estirado antes de decidirse a coger el paquete. Su mirada acariciaba las estanterías.

–Ayer pagó seis liras; le faltan por pagar tres –dijo el joven, depositando el bulto en la mano de ella.

Del bolsillo de la falda, Mallena extrajo el saquito de tela con el dinero: después de desembolsar el importe, en el saquito no quedaron sino unos pocos céntimos.

Antes del crepúsculo, todos los medicamentos y compuestos farmacéuticos prescritos por el doctor Onnis descansaban sobre la cómoda de la habitación de Jubanne.

Mallena le pidió a Rosa que le leyera las indicaciones. Fue muy útil la explicación exhaustiva que había escrito el farmacéutico, puesto que detallaba cómo suministrar y utilizar los preparados y los medicamentos.

–Si no fuera por este folio, a saber en qué embrollo nos meteríamos –les dijo la joven a los padres.

Sin las instrucciones, habrían corrido el riesgo de dar a beber a Jubanne la solución de Carrel-Dakin o, peor aún, el láudano, que, de llegar a ingerirlo, lo narcotizaría sin que le pasara el dolor. Pero Rosa leyó con paciencia, traduciendo las palabras al sardo, y comenzó de cero cada vez que algo no quedaba claro.

–Menos mal, lo hemos conseguido –dijo Mallena, satisfecha, después de suministrar los medicamentos.

Terminaron cuando las campanas tocaron el avemaría y el sol ya se había rendido a la luna.

–Me siento mejor –dijo Jubanne, cuando la esposa regresó a su lado más tarde, y aquella noche durmió como nunca desde su regreso a casa.

La nueva visita, en la que el doctor no hizo más que repetir las mismas prescripciones, costó otras tantas liras, que Mallena tuvo que pedir prestadas a los suegros.

–Hola de nuevo, señora Mallena –la saludó el farmacéutico cuando la vio entrar otra vez, esbozando una sonrisa que dejaba a la vista sus dientes blancos y rectos.

Mientras preparaba todo lo necesario para la nueva prescripción, se interesó por el estado de salud de su marido, luego trató de charlar sobre asuntos del pueblo, pero ella, habituada como estaba a mostrarse reservada con la gente, se limitaba a asentir con vaguedad. Mallena, en el fondo, lo que deseaba era que se lo explicase todo acerca de aquellos medicamentos sintéticos que ella no conocía, pero temía que sus preguntas resultaran ingenuas. Después de un suspiro, se armó de valor y le preguntó por las propiedades del ungüento de zinc.

–Tiene propiedades astringentes y descongestionantes, y se emplea para tratar irritaciones en la piel. Si le interesa, señora Mallena, le mostraré en el laboratorio cómo lo preparo –le dijo, alzando la parte móvil del mostrador para dejarla pasar.

Siguiéndolo a través de una puertecita camuflada entre las estanterías, ella, de pronto, se avergonzó de su ropa modesta, poco adecuada para entrar en un laboratorio como aquel, prácticamente inaccesible para los profanos, donde se preparaban con gran destreza medicamentos de verdad. Pero el joven no parecía prestar atención a la ropa. La invitó con cortesía a que inspeccionara la sala y ella le hizo preguntas a propósito de los frascos de cristal, las básculas, los recipientes de maceración, los jarabes, los tarros y las sustancias que había en su interior. Olisqueó el majadero de madera dentro de un mortero de mármol, que se empleaba para realizar ungüentos, polvos y otros preparados.

–¿Qué es esto? –Mallena señalaba con el dedo un alambique de cristal situado en la encimera del laboratorio que le pareció diferente a los demás.

–Sirve para destilar gota a gota esencias como esta.

El joven retiró la tapa de un frasco de cristal oscuro y se lo entregó. Mallena inspiró con los ojos cerrados la fragancia de aquellas florecillas que tan bien conocía.

–Esto es *ispigula areste*.

–Exacto, nada más y nada menos que lavanda.

El farmacéutico asintió, sonriendo.

–¿Y eso? –preguntó ella, señalando algo en otra estantería.

–¿Esto? –El joven cogió un frasco grande–. Esto es bicloruro de mercurio, un potente bacteriostático. –Acto seguido, reparando en la expresión de perplejidad de ella, añadió–: Es un antibacteriano, es decir, cómo se lo explico… Mata las bacterias que son malas para la salud.

–Ah. Y… ¿puedo olerlo?

–Será mejor que no –respondió, dejando el frasco en la superficie–. Tiene un olor levemente dulzón, pero inhalarlo podría resultar perjudicial para la salud.

–Pero es la nariz la que nos permite diferenciar las cosas seguras de las peligrosas; hasta los animales lo saben. ¿Cómo es posible que una medicina se pueda beber, se pueda ungir en el cuerpo, pero no se pueda oler?

Él vio que Mallena se tocaba la cabeza, dubitativa, y, puesto que no sabía cómo responder a aquella pregunta, se prometió para sus adentros que lo consultaría en los apuntes de las clases de Giovanni Pellini, su profesor de química farmacéutica y toxicológica.

–Señora… Disculpe que cambie de tema así, de pronto, pero quisiera preguntarle… por algo que me dijo la vez anterior y que me causó mucha curiosidad.

Mallena se puso colorada y se llevó las manos por detrás de la espalda, como una colegiala.

–¿Preguntarme algo a mí, doctor?

–A usted. Me parece… experta en la materia. Quisiera preguntarle si puede decirme algo más acerca del remedio para las quemaduras que mencionó la semana pasada.

Ella le facilitó toda la información que le pidió acerca de las formas de recolecta y de preparación y del modo de empleo del emplasto de azucenas. Se sintió halagada por el interés que sus conocimientos habían suscitado en aquel joven instruido y de tan buenos modales.

–Si aplasta el bulbo, obtendrá una pasta cremosa que debe aplicar sobre la zona de la quemadura. Y mi *mamaj* lo hacía de la misma manera. Ella curó a mucha gente, a mucha más que yo, y hacía todo lo que hiciera falta, porque, por aquel entonces, no había médico. Yo, en cambio, asisto a las mujeres cuando dan a luz, solo que, a veces, también ayudo a la *tzia* Nonnora, una anciana del pueblo que prepara medicinas y oraciones para todos los que no podemos ir al médico ni tampoco visitarle a usted.

Se explayó en la descripción de algunos casos en los que los efectos de los remedios habían sido extraordinarios, como la grave quemadura que había sufrido ella de pequeña. Al farmacéutico le cautivaba su relato, y en más de una ocasión abrió su cuadernillo negro para tomar notas.

–Pero… da la impresión de que usted ha estudiado.

–Por desgracia, no he ido a la escuela ni un solo día en mi vida –contestó Mallena, pensando en lo que podría haber sido de haber tenido la oportunidad de recibir una educación, de haber aprendido a utilizar los productos y los objetos de aquella farmacia.

Cuando volvió a la realidad, después de recoger la pomada de yoduro de mercurio y el láudano, pagó con el dinero que le había prestado la *tzia* Zizza. Vittorio Amedeo le tendió la mano y le dio un caluroso apretón. Al salir, ella se despidió con un gesto de la cabeza.

Capítulo 14

Durante las siguientes noches, después de cenar, Mallena preparaba una infusión de menta y manzanilla, y se bebía una taza junto con Rosa, mientras hablaban de lo que habían hecho durante el día. De vez en cuando, se interrumpían para escuchar si Jubanne, desde el dormitorio, se quejaba o pedía algo. Luego, reanudaban sus confidencias.

–Daniele, ¿quieres un poco de esta infusión?

–¡Qué cochinada! Ni muerto me bebo yo ese brebaje tan extraño; no es para hombres –dijo, haciendo una mueca con la boca y arrugando la nariz–. Eso sí, unas uvas pasas sí que me comía.

Hacía semanas que Mallena no tenía un momento de descanso, entre Jubanne y las mujeres de Norolani. Había muerto uno de los hijos del Moreno, pero habían nacido otros dos niños en el pueblo y uno más en Tennairi. Por la noche, cuando se tumbaba exhausta al lado del marido, los pies le dolían y notaba el cuello tenso.

–Mallena, ponme esa pomada, que me sienta muy bien –decía él cada vez con más frecuencia.

El tono de vaga esperanza que oía en su voz hacía que se pusiera en pie de un salto para untarle la pomada de láudano, preguntándose si también sería eficaz con la dolorosa cicatriz que le tiraba desde el hombro hasta la nuca.

–Me alegro de que las medicinas del doctor Onnis te estén sentando bien. Aunque no tenga buenos modales, sus consejos sí que son de provecho. Claro que ojalá supiera tratar con los

enfermos, en vez de dedicarse a intimidar a todo el mundo como si fuera Dios en persona.

A pesar de que no aspiraba a entender nada de aquella medicina «docta» que aparecía escrita en los libros, y a pesar de que no se atrevía a confesarle a nadie nada de esto, Mallena estaba convencida de que era necesario cierto equilibrio entre la medicina oficial del doctor Onnis y la medicina práctica y tradicional que conocía ella. Solo entonces las dos conseguirían mejorar de verdad la salud de las personas, o, al menos, así lo creía ella. El comportamiento del doctor Onnis, en cambio, no le parecía tan útil. Los ansiados beneficios que prometía su medicina corrían el riesgo de permanecer fuera del alcance de muchos paisanos, en especial de los menos pudientes, a los que él visitaba raramente y para los que sería aún más difícil comprar los medicamentos que prescribía.

Una mañana, la madre de Nina se presentó a primera hora en la casa de Mallena. Rosa y Daniele habían salido hacía poco para ir a la escuela.

–Ven corriendo, Nina se encuentra mal…

Y, sin darle más explicaciones, la mujer se aferró a ella y la arrastró por un brazo.

Mientras bajaban por la calle a paso ligero, a Mallena enseguida le vino a la mente el encuentro con la amiga de Rosa hacía una decena de días, cuando ella volvía de Tennairi; la muchacha le había pedido ayuda y ella, preocupada como estaba por otros asuntos, no le había hecho caso y luego se había olvidado por completo. Cuando llegaron a casa de Nina, la joven estaba sentada en un rincón de la cocina con ambas manos en el vientre.

–¿Qué te pasa?

–Le duele mucho la barriga –intervino la madre con una urgencia algo excesiva.

–¿No será que has comido o bebido algo que te ha caído mal? ¿O que has estado caminando descalza y te ha cogido el frío?

Mallena siguió interrogando a la joven, que guardaba silencio.

–No, no es por nada que haya comido ni por el frío… Ya lleva así varios días –dijo la madre, que seguía respondiendo en lugar de la hija, mientras esta, sin moverse de su rincón, no abría la boca y fijaba la mirada en Mallena, como en busca de consuelo.

–Nina, ven conmigo. –La partera cogió de la mano a la chica y se dirigió con ella al dormitorio. La madre las siguió, pero Mallena se dio la vuelta y le impidió el paso, escudando a la joven–. Quiero hablar con ella a solas.

–No te dirá nada –contestó la madre, que las siguió, insistiendo en entrar en la habitación.

Mallena aferró a la mujer por los hombros, la condujo hasta el exterior y le cerró la puerta en las narices. Esta, al fin, se rindió y se quedó ahí a la espera. Mallena le pidió a Nina que se tumbara en la cama y le levantó el vestido. Observó el bajo vientre y vio que, en la zona externa de los genitales, sobresalían dos bultos de color rojo oscuro. Los observó con atención: eran coágulos de sangre; le recordaron al hígado de cerdo. Los tocó para comprobar su consistencia y se llevó los dedos a la nariz para olerlos. Fue un alivio constatar que aquel derrame no olía mal.

–¿Qué has hecho? –la interrogó, buscando sus ojos; sabía bien que la mirada es transparente y que no tiene tiempo para calcular mentiras ni engaños.

Nina no respondió, pero seguía contemplándola implorante.

Sin dejar de observarla, Mallena reparó en que había unas hojitas verdes pegadas a los coágulos de sangre.

–¿Quién ha hecho esto? –preguntó, reculando un paso.

La muchacha negó con la cabeza, tratando de cubrirse el pubis con una mano, mientras con la otra seguía sosteniéndose el vientre. Mallena repitió la pregunta con un tono más tajante.

–Ha sido el demonio, el demonio –dijo Nina, recuperando el habla, y, entonces, torció la cabeza hacia el otro lado.

–¿El demonio?

–Sí, el demonio, con todo un infierno en los ojos… –dijo la chica, que comenzó a sollozar.

–¿Y… ha sido el diablo el que te ha dejado embarazada?

–Sí, ha sido él, ha sido él.

Nina se llevó las manos al rostro contraído, al borde del llanto.

–¿Y qué aspecto tenía este demonio…?

–Venía por la noche, en la oscuridad, y yo tenía tanto miedo que era incapaz de moverme, de defenderme. Me quitaba la ropa, me humillaba dejándome desnuda, y me toqueteaba por todos lados, primero con las manos y, después, con…

Mallena veía que Nina se estremecía entera.

–¿Y después? Tranquila, no se lo diré a nadie.

–Y después… con eso de lo que no se puede hablar. Cuando se me ponía encima, era todo terror, dolor, y el fuego del infierno me penetraba desde aquí abajo –explicó, llevándose las manos al bajo vientre.

–Pero ¿tú veías quién era este infame, este canalla miserable? –preguntó Mallena, con la cara roja y la mirada colérica.

–En la oscuridad de la noche, lo que veía era que tenía… tenía unos ojos que soltaban chispas de fuego, y sentía que estaba sucio, que era malo, que olía mal, que daba asco, y, además… –La joven se interrumpió de nuevo, sin palabras–. Ha sido un infierno, un infierno, y nadie en casa podía oírme, me parecía que me ahogaba, me parecía que me habían enterrado viva en la oscuridad. Para mí en esas noches no existía nada más que el diablo y el infierno.

–Dime, ¿quién ha sido? Es imposible que no le hayas visto la cara en alguna noche de luna, cuando la luz se filtra en la oscuridad.

Mallena permanecía sentada con ella en el borde de la cama y le colocó un brazo en el hombro. La joven, que seguía negando cabizbaja, no quiso decir más.

–Tú lo conoces, ¿no es cierto?

–Pare, se lo pido por favor. Pregúntele a mi *mamaj.*

Mallena se lavó las manos en la palangana situada al lado de la ventana y se secó con las enaguas blancas debajo de la falda. Cuando dejó entrar a la madre de Nina, levantó el vestido de la muchacha y le señaló la sangre coagulada entre las piernas.

–¿Qué le has hecho a esta chica? –La mujer permaneció en silencio, evitando la mirada dura de Mallena–. ¿Por qué me has hecho venir, a ver? ¿Qué diablos quieres de mí? –Su tono alterado hizo que Nina se sobresaltara.

La madre dudó, indecisa entre confesar la verdad o no.

–¿Qué habría sido de su vida si yo no hubiera intercedido? –Golpeándose las sienes con ambas manos, al fin rompió a llorar–. ¿Qué habrían dicho en el pueblo de una madre soltera que no es más que una cría? En una paria, en eso se habría convertido. No podía imaginar, para la única hija que me ha quedado, una vida así. Una vida castigada *dae Deus* y por los hombres…

–¿Te das cuenta de lo que has hecho? –dijo Mallena, zarandeando a la mujer por los hombros–. ¿Te das cuenta?

–Habría tenido una vida solitaria, falta de amor para ella y para ese niño. Soy su madre y debo cuidar de ella. La he ayudado con un… un emplasto de perejil.

Mallena sacudió la cabeza, mirando a la mujer con rencor por la insensatez que había cometido. Entonces, se acercó a Nina, se sentó en la cama y la abrazó, llevándose la cabeza de la joven al regazo y acariciándola con dulzura.

–También pensé en usar una aguja de tejer, pero me dio miedo y le di a beber unas tazas de infusión de perejil; luego, metí un poco dentro de la vagina para asegurarme de solucionar el problema.

–¿Sabes que se puede llegar a morir si se ingiere en grandes cantidades? Podrías haberla matado, ¿lo entiendes? –comenzó a gritar Mallena, aún alterada.

Entonces, se contuvo al mirar a aquella bella jovencita, un poco mayor que su hija: ahora parecía una vieja temblorosa encerrada en el cuerpo de una niña.

Pidió que le trajeran un paño y agua templada. Limpió la sangre oscura que le manchaba la piel, le dijo que ya podía incorporarse y le dio indicaciones a la madre para que preparara una taza de infusión de bolsa de pastor. Cuando la mujer regresó con la taza humeante, Mallena la cogió y la dejó en la mesilla de noche. Después de que se enfriara un poco, se la entregó a Nina, quien, agarrándola con las dos manos, comenzó a beber a pequeños sorbos.

–De mi boca no saldrá ni una sola palabra de esto. Nunca he hablado con nadie de todo lo que he visto, oído y hecho durante

tantos años de trabajo. Y tú estate tranquila. Confiemos en que lo peor ya haya pasado.

Nina asintió, bebió otro sorbo y fijó la mirada en la nada, sumiéndose en quién sabe qué pensamientos. Tal vez reflexionaba acerca de sus sueños rotos de niña, sueños de amor tierno, de leves caricias y palabras dulces susurradas al oído. Mallena imaginaba que ella y Rosa hablarían con frecuencia de esas cosas, como hacían todas las jóvenes.

Eran los mismos sueños que había tenido ella a su edad, pero, tal y como le había ocurrido a Nina, sus sueños también se habían roto en mil añicos contra las piedras de un muro un día terrible de hacía veinte años.

La imagen de las aves rapaces que arremetían contra la presa regresó a su mente unos instantes. Una nube negra de pájaros predadores. Pero la desechó y pensó en Jubanne, en su sonrisa abierta que, si acaso, estaba volviendo a la vida.

–Y tú recuerda que tienes el deber de proteger la sangre de tu sangre, pero, desde luego, no de esta manera. ¡Desgraciada!

–Pero si lo he hecho es para protegerla, para protegerla y nada más. Lo he hecho para que esta *fizza mia* no tuviera que cargar con el peso de esa mancha, que la habría acompañado para siempre. Que la habría obligado a vivir en la vergüenza el resto de su vida.

–Pero ¿tú lo conoces? –Mallena reparó en la conmoción del rostro de la madre–. Lo conoces, tú sabes quién es, ¿no es cierto?

La madre de Nina también fijó la mirada en la nada. Tal vez volvía a ver con los ojos de la mente la expresión del demonio ebrio que por las noches irrumpía en la habitación de la hija.

Mallena negó con la cabeza de nuevo. La falta de la madre de Nina le parecía muy grave, imperdonable incluso. Antes de marcharse, acarició la cabeza de la jovencita, que estaba sentada, abrazándose las rodillas, como si siguiera conteniendo en su cuerpo un grito, un sufrimiento imposible de expresar en palabras. Pensó en aquel demonio, apestando a vómito, con la cara desfigurada por los efectos del vino, que entraba en la habitación de la muchacha para profanar su cuerpo y sus sueños.

Capítulo 15

Después de varios días en los que parecía mejorar, Jubanne empezó a quejarse de que le dolía el abdomen. Aquella mañana, no había querido desayunar y tampoco había querido levantarse de la cama.

Cuando Mimina pasó a hacerle una visita a Mallena, se la encontró en el jardín, mientras, bajo la dócil mirada de Pitiola, llenaba el abrevadero del animal. Después de saciar la sed, bajando la cabeza, la burra olisqueó el rocío que, aquella noche de cielo sereno y sin viento, se había posado silencioso sobre la hierba.

Tras entrar de nuevo en casa, las dos amigas se sentaron delante de la chimenea, coronada por una repisa de basalto oscuro. La leña ardía y, como todos los días en todas las estaciones, el fuego era el gran aliado doméstico. Además de calentar la casa, de iluminarla y permitirle cocinar, aquellas llamas brindaban consuelo a Mallena con su fragancia particular; en el olor reconfortante de la leña quemada reconocía el aroma mordaz del eucalipto, el más fragante del madroño y el de la encina que, pesada y compacta, ardía despacio. Ahora que Jubanne no podía hacerlo, eran ella y los hijos quienes se encargaban de salir a buscar leña con Pitiola; cortaban ramas secas con la podadera y recogían palos en el bosque o por los senderos, para luego colocar la carga en la albarda de la burra.

–Me siento aturdida, desanimada… –dijo, mientras reordenaba algunos trozos de leña al lado de la chimenea–. ¿Y si en realidad Jubanne tiene algo más serio? A veces pienso que no solo ha sufrido daños en la pierna, sino que se ha quedado tocado de la cabeza.

–No digas esas cosas. Hay que seguir adelante, adelante, siempre adelante. Lo único que podemos hacer es mirar hacia el futuro.

Mimina estaba convencida de sus palabras. Ante ella, veía tan solo dos posibles acontecimientos: el regreso de Antoni del frente y el fin de la guerra, que impediría que su marido tuviera que partir de nuevo. Mallena lo sabía y asintió, tratando de convencerse de que la amiga tenía razón.

Después de que se marchara Mimina, se quedó mirando el resplandor del fuego. Los pensamientos se agitaban en su mente como llamas, alargándose en lenguas que a veces le hablaban de la enfermedad de Jubanne y otras le recordaban lo que había sucedido hacía unos días con Nina. Le preocupaba el estado de salud de la joven; aquella hemorragia no era baladí, pero, sobre todo, la embargaba cierta amargura por lo que no se habían dicho las tres mujeres, por todo lo que no se podía decir en voz alta. De pronto, se puso de pie de un salto y decidió que iría a hacerle una visita.

–Voy a hacer un recado –le dijo a Jubanne, asomándose por la puerta del dormitorio, pero no especificó cuál. En la mesilla de noche, dejó una taza de leche y una lengua de gato–. Por si te apetece comer algo.

Mientras recorría la calle polvorienta, Mallena se encontró con el señor Sotgiu, el alcalde, que se dirigía a su despacho en el ayuntamiento. Su intercambio de miradas, breve pero intenso, dio a entender que tenían una conversación pendiente.

Cuando llegó a casa de Nina, se la encontró sentada en la cocina; tenía el semblante blanco, pálido, como los labios resecos. Mallena tuvo la impresión de que la estaba esperando y, con apenas un gesto de la cabeza, se fueron al dormitorio. Al revisar la entrepierna de la joven, la partera sintió alivio al ver que, a pesar de que el derrame no había cesado, la sangre era líquida, sin coágulos ni malos olores.

La madre de Nina estaba de pie contra la pared.

–Espero que esta situación no se vuelva a repetir –le dijo Mallena, trazando círculos en el aire con el índice–. Y con esto me refiero a que tu hija no tenga que sufrir más.

–Créeme, estoy haciendo todo lo posible, pero ella no tiene ganas de nada, ni de comer ni de ir a la escuela ni tampoco de ver a ninguna de sus amigas.

Las tres mujeres regresaron a la cocina. Con la boca torcida en una mueca y con aire ausente, Nina miraba por la ventana el mundo exterior, que tan lejano se le antojaba.

–Lo que quiero decir –retomó la palabra Mallena– es que tienes que coger la sartén por el mango, empezando por hablar con tu marido.

Ante aquellas palabras, Nina se sobresaltó; luego se desplomó como un títere sin vida sobre el asiento que había entre la mesa y la ventana.

–¿Qué te han dicho? –preguntó la madre, con la frente sudada–. ¿De qué te has enterado?

–Nadie me ha dicho nada; vosotras dos ya me habéis dicho todo lo que había que decir –respondió con brusquedad–. Hay ciertas cosas que no hace falta expresar en palabras para que se entiendan.

Mallena fijó la mirada en la *berrita* de domingo que colgaba de un clavo en la jamba oscura de la puerta. Con un gesto decidido, aferró ese sombrero de hombre y lo arrojó a una esquina.

–Te aseguro que no me enteré nunca de lo que pasaba; de lo contrario, no lo habría permitido, bajo ningún concepto.

La madre hablaba manteniendo la mirada baja, con un ligero temblor en el labio inferior.

–¿Cómo quieres que me crea que, durante tanto tiempo, has tenido la suerte de permanecer en una beata ignorancia? No vayas por ahí, que no te lo crees ni tú.

La mujer cayó de rodillas, escondió la cara entre las manos y agachó la cabeza, hasta casi tocar el suelo. Mallena se preguntó cuánto duraría aquel numerito; ya se estaba alargando demasiado. Entonces, alzando la cabeza, la mujer abrió los ojos y miró a su hija con una mezcla de amor y resentimiento.

–Si hubiera nacido varón, nos habríamos ahorrado todo este sufrimiento.

Nina parecía a punto de caerse de la silla; notaba las piernas y los brazos cada vez más débiles.

–Durante mucho tiempo, no quise ver, oír ni saber nada de lo que sucedía entre estas cuatro paredes –continuó la mujer, sosteniéndose la cabeza con las manos–. Tienes tú razón, soy una desgraciada.

–¿Qué harás ahora? ¿Lo has pensado? –quiso saber Mallena.

–Ahora seguiré esperando.

–¿Y a qué esperas? ¿A qué más hay que esperar? Yo misma hablaré con él; dime dónde está.

–No está. Hace dos días que no pasa por casa. Antes de ayer, llenó la *bèrtula* y subió al campo. Las ovejas están pariendo y hay que estar pendientes.

De espaldas, Nina seguía mirando un punto más allá de los pequeños cristales de la ventana. Mallena supuso que no quería mirar a la madre a la cara.

–¿Quieres que venga por aquí cuando él vuelva?

–Más adelante, tal vez. Ahora tengo otros asuntos que atender.

La mujer tragó con dificultad. Se puso en pie. Por su cabello despeinado, por su rostro tenso y por sus ojos rodeados de arrugas resultaba evidente lo exhausta que se sentía, pero Mallena no dejó de presionarla.

–Debes hablar con él, debes hacer algo: no puedes quedarte de brazos cruzados. Recuerda lo que pasó hace años en Tennairi con la hija del *tziu* Andria –la advirtió.

La mujer enmudeció. No solo se acordaba, sino que pensaba con frecuencia en aquella muchacha que, una noche de invierno hacía una decena de años, se había arrojado, junto con el hijito recién nacido, a las aguas heladas del río. En el pueblo todavía se estremecían cuando se mencionaba al señor Andria, quien, ahora viejo y solo, seguía errando sin hallar la paz por los campos, aullando con los lobos el nombre de aquella hija a la que no había dejado otra opción.

Comenzó a balbucear algo que solo ella entendía. Recordaba bien las noches de oscuridad y resignación, cuando la fría negrura de su dormitorio parecía oprimirla y encadenarla al infortunio ineludible que les había tocado vivir a su hija y a ella. Recordaba cuando, inmóvil en la cama, advertía el aliento de aquella sombra oscura

arrastrarse fuera del dormitorio, y ella, ahora a solas, se repetía cada vez que sucedía lo mismo: «Te lo pido por favor, hija mía, no digas nada, no te resistas, déjale hacer y todo terminará antes». Entonces, permanecía a la espera, durante toda una eternidad, hasta que la sombra regresaba, revelándose poco a poco ante sus ojos.

–Esto no lo sabe nadie, pero hace tiempo que rezo todos los días para que Dios nos guíe y nos ayude.

–Sí, por supuesto, siempre esperamos que Dios nos ayude –respondió Mallena, apretando los dientes–. Pero ¿cómo va a guiarte si tú, mientras tanto, no pones de tu parte? –Se quedó mirándola, intuyendo en cierta medida lo que pensaba. Le parecía que aquella madre estaba metida hasta el cuello en aguas pantanosas y que agitaba pies y manos para tratar de mantenerse a flote–. Algunos sentimientos equivocados son peores que las malas hierbas –siguió advirtiéndola.

–Lo sé, y este de verdad que es despreciable; cada vez se va haciendo más grande como una planta venenosa y yo jamás me perdonaré por mi parte de culpa, por mi grandísima culpa, por no haber sabido reconocer el mal que habitaba en mi propia casa.

–Como la peor de las enfermedades, debemos curarla con toda la fuerza que tengamos y… también con la que no tengamos. Si no ayudas tú a tu hija, aquí acabaréis todos muy mal. Y os perseguirá toda la vida.

Roja de pura rabia, Mallena se preguntaba qué naturaleza maligna, qué demonio podía desencadenar en los hombres aberraciones tan violentas e incontrolables como esta.

Se marchó de la casa, pero el silencio de la muchacha seguía martilleándole las sienes, propinándole golpes dolorosos. Ya fuera, se dio la vuelta y reparó en que Nina seguía en la ventana, contemplando el camino que daba a un mundo para ella inalcanzable y ante el que ansiaba volverse invisible.

Capítulo 16

Después de entrar despacio en el dormitorio, Mallena abrió la ventana y un hilo de luz iluminó a Jubanne, que tenía los ojos abiertos y los puños cerrados sobre el pecho. Por encima del cabecero de hierro forjado, una grieta se abría en la pared blanca y desnuda.

–Ya era hora. El dolor va y viene; a veces me siento destrozado por dentro. Un café quizá me ayude –dijo él, incorporándose sobre los codos y colocando en su sitio la almohada detrás de la espalda.

Al cabo de un rato, Mallena regresó con dos tacitas humeantes, se sentó en la cama y, mientras bebían el café de achicoria, sus brazos se rozaron.

Ella pensó en las recomendaciones del doctor Onnis: seguir al pie de la letra las indicaciones que le había dado y usar tan solo los medicamentos prescritos. Pero estaba convencida de que, como con las pérdidas de sangre que seguían atormentando a Nina, uno de sus remedios podría venir bien para tratar el dolor de estómago de Jubanne.

–He decidido que iré al monte esta mañana, ya que ha dejado de llover. Además, no hay ningún parto a la vista.

Ninguna de las mujeres de Norolani que esperaban un hijo estaba a punto de parir y Mallena sabía que podría estar tranquila; de hecho, para que cambiara la luna todavía quedaban algunos días. Sabía, desde que tenía uso de razón, que la luna, aquella gran luz en la penumbra, era la soberana que dominaba las cosechas, el ciclo fértil de las mujeres e incluso las mareas. También sabía que el siguiente cambio en el ciclo lunar propiciaría el parto de las mujeres

que, pasadas ya diez lunas, se encontraban en la fase final del embarazo.

Cogió la cesta de juncos trenzados y guardó en su interior la pequeña azada de mango corto, que le era útil para desenterrar raíces. Del arquibanco sacó una de las dos capas de lana de color gris con capucha; aquel tejido robusto, elaborado a partir de fieltro de lana de oveja, era una indumentaria masculina, pero a ella no le importaba y se la ponía a modo de chal para protegerse de la lluvia y del mal tiempo o cuando en invierno debía salir por las noches. Al aferrarla, el contacto de las manos con el tejido áspero le recordó a la forma en la que, hacía dieciséis años, envueltos en aquellas capas, ella y Jubanne, en la silla de su caballo, recorrieron el trayecto desde Orgosolo hasta Norolani, a un día entero de distancia a caballo.

En la fiesta del Redentor, en Nuoro, nada más conocerse, ella le confió sus penas y, poco después, terminaron planificando su vida juntos. Incluso pensaron en los nombres que les pondrían a sus hijos, y Jubanne le describió con todo lujo de detalles Norolani, aquella tierra para ella desconocida, lejos del lugar donde había conocido tantos pesares. Así, después de que se terminara la fiesta, cuando ella regresó a Orgosolo junto con un tío y los primos, Jubanne siguió en la distancia su carro. Por la noche, después de recoger sus pocas pertenencias en un fardo de tela, Mallena se reunió con él en la fuente que había a la salida del pueblo. Con la ayuda de la luna llena, cabalgaron durante casi toda la noche, ceñidos el uno contra el otro, deteniéndose tan solo unas pocas horas para descansar en una cabaña abandonada. Al rayar el alba, dejaron atrás el nuraga Losa en la planicie de Abbasanta. Envueltos en las capas, nadie parecía reparar en ellos, y llegaron a Norolani por la tarde.

Ahora, Mallena rozó levemente con los dedos el traje tradicional de Orgosolo que descansaba en el arquibanco. Sus colores llamativos desentonaban al lado de los tejidos oscuros de las capas de lana de orbace.

Antes de salir, entró para despedirse de Jubanne y comprendió, por su mirada ausente, que mentalmente debía de haber vuelto una

vez más a la trinchera del monte Zebio. Antes de alejarse, sin decir nada, le dio un beso en la frente.

No era un trayecto muy largo. Tras recorrer unos pocos centenares de metros, ya se encontraba en campo abierto. Era un día nublado y la lluvia de la noche anterior había formado charcos de agua en la tierra. No obstante, lo primero que notó fue la armonía de los colores: no solo el amarillo, el naranja y el rojo de los rosales silvestres que habían perdido los pétalos, sino también el verde, más brillante y vívido gracias a las gotas de lluvia posadas sobre la hierba, el marrón y el violeta de los ciclámenes silvestres. Aquella belleza le resultó conmovedora.

En las proximidades del bosque, entre los robles y las encinas, adentrándose en la vegetación más frondosa, advirtió perfumes que le eran familiares: el olor fresco del musgo henchido de lluvia, el de la humedad que conservaban las hojas caídas en la tierra, el de los troncos mojados e incluso el de los líquenes. Por unos instantes, cerró los ojos y se dejó cautivar por aquella armonía sensorial: el más intenso era el olor que desprendían los boletus, un aroma penetrante que evidenciaba su presencia invisible. Si bien se hallaban cubiertos por la vegetación, Mallena sabía que crecían apretujados unos contra otros como los miembros de una familia. Pero no estaba ahí para recolectar setas y siguió caminando, pisando con cuidado aquella alfombra de helechos, musgo y hojas. Sin dejar de avanzar, no se sentía en la necesidad de memorizar el recorrido: era como si quedara dibujado detrás de ella, y en los momentos de incerteza observaba el cielo, donde, entre las nubes en movimiento, intuía por aquí y allá la posición del sol.

Con cada paso que daba, por debajo de los zapatos sentía el latido del corazón del bosque. Advertía las señales de los animales, que reconocía pese a que no llegaba a verlos: el lento crujido de las tortugas, que se preparaban para hibernar, el de los erizos, que llenaban la madriguera de hierba y hojas secas para el invierno, donde se acurrucarían con las púas erectas, y el paso de conejos, culebras y zorros, tan discreto como el suyo.

Sabía que, en aquel período del año, encontraría semillas de hinojo silvestre, pero tuvo que caminar más de media hora para

llegar a las inmediaciones del arroyo, donde la cosecha sería más abundante. Cuando el viento comenzó a revolver el follaje de los robles y de los olivos, haciendo que se rozaran unos contra otros, aquel alboroto le resultó semejante al de su propia vida. No recordaba un comienzo de otoño tan lluvioso y frío, y le dio la impresión de que la estación en sí también estaba confundida, al igual que ella aquellas últimas semanas.

Allí cerca, oía el flujo del agua. Parecía un torrente por lo mucho que se había ensanchado con las lluvias. Dejándose guiar por el olfato, que para ella era el sentido más importante, más visceral e íntimo, encontró enseguida el hinojo; algunas plantas medían más de un metro de altura. Habían florecido en verano y su color se había vuelto amarillento, pero las flores seguían unidas al tallo erecto. Ayudándose con la pequeña azada, cogió algunas plantas enteras, cortó las raíces y, después de retirar la tierra sobrante, las dobló y las colocó en el fondo de la cesta. A continuación, con la hoja de la *leppa*, cortó las vistosas inflorescencias, donde se ocultaban las semillas rayadas de color oscuro. Sacó del bolsillo un pañuelo de hombre y lo desplegó sobre las raíces. Se puso a golpear las flores contra el borde de la cesta para separar las semillas y que cayeran sobre el pañuelo. En cuestión de poco tiempo, logró llenarlo y lo anudó por las puntas. En cuanto llegara a casa, limpiaría y deshidrataría al calor de la chimenea las raíces y tamizaría las semillas, que conservaría en un recipiente hermético para que no perdiera la fragancia, similar a la del anís. Conocía bien las propiedades de aquella planta, útil para aliviar los cólicos de los recién nacidos y para mejorar la producción de leche de las parturientas. Además, era capaz de estimular el apetito, favorecer la digestión y bloquear la fermentación de la comida en el intestino, frenar el vómito y el hipo, y quién sabe qué más.

Tenía por costumbre recolectar pocas hierbas al mismo tiempo y tenía cuidado de mantenerlas separadas para evitar mezclas potencialmente peligrosas. Se aseguraba de coger solo lo que necesitaba, ya que consideraba que la tierra era como una gran madre, estricta pero generosa, a la que debía rendir sus respetos. Si estuviera en Orgosolo, recogería, asimismo, belladona, con sus

grandes hojas ovaladas y bayas similares a cerezas, brillantes y negras. Conocía sus propiedades y sabía utilizarla para mitigar las dolencias, las neuralgias y los espasmos que padecían las mujeres. Pero estaba en Norolani y se contentaba con lo que había recolectado. Decidió regresar antes de que empezara a llover.

Sostenía algunas semillas entre los dedos y, durante el camino de regreso, de vez en cuando las frotaba para olerlas. Le encantaban aquellas plantas que crecían solas, sin la intervención del hombre. Decidían dónde nacer y no se dejaban domesticar. En esto pensaba Mallena mientras se llevaba a la boca alguna que otra semilla de hinojo. En el bosque se sentía aceptada, respetada y protegida, como si estuviera en su casa.

Mientras se dejaba llevar por aquellas sensaciones y saboreaba las semillas silvestres, de detrás de un árbol se asomó un hombre.

–¿Quién anda ahí? –preguntó, reculando algunos pasos.

Se mantuvo alejada una veintena de metros. El desconocido permanecía oculto a la sombra de las ramas bajas de un roble y ella sabía que, apoyado contra el tronco, la estaba observando. Entre la vegetación y la semioscuridad del día, era incapaz de discernir si él estaba armado.

Mallena cogió la *leppa* del bolsillo de la falda.

–¿Quién diablos anda ahí?

–No importa quién sea –respondió el hombre, y en aquella voz ella reconoció un acento diferente al de los habitantes de Norolani; aquellas pocas palabras, pronunciadas con una entonación tan particular, le recordaron a la lengua típica del interior de la isla, más parecida a la suya.

No pudo evitar que la invadieran, una vez más, esos pensamientos que siempre la atormentaban: el noviazgo del que había huido, concertado a sus espaldas por su padre con un hombre quince años mayor que ella. Un hombre al que no amaba y al que, de hecho, detestaba, porque era brusco, prepotente y violento. Un hombre que sabía conseguir lo que se proponía y que tan solo se reía en compañía de sus amigos después de beber unos cuantos vasos de vino agrio. Con ella, sin embargo, no había hecho ni un solo amago de sonreír jamás. Su padre le había dicho que había concertado

aquel compromiso para forjar una alianza entre las familias. Inmediatamente después de fugarse con Jubanne, se había desencadenado, por otros motivos, una sucesión de atentados, robos y homicidios; una gran reyerta que había causado lutos y arrestos en masa en todo Orgosolo. Mallena se había enterado de las noticias desde la distancia. Quizá por ese motivo su padre deseaba aquella «alianza». Pero ella nunca había llegado a entender cómo era posible que quisiera dejar entrar a ese bruto en su casa. Pasados muchos años, no estaba segura de haber perdonado a su padre, pero, desde luego, a quien no había perdonado era a aquel hombre. Del mismo modo, pasados muchos años, y a pesar de su condición, seguía convencida de que Jubanne era el mejor hombre que encontraría jamás. Nada más prometerse con él, por el tono de su voz sereno y firme, por sus ojos tan fijos en los suyos, le había quedado claro que la situación en la que se encontraba ella no había asustado a Jubanne; al contrario, le había dado el valor necesario para enfrentarse a todos los riesgos implícitos en aquella relación. Así, sin pensarlo mucho, acariciándose levemente las manos, se habían elegido el uno al otro. Por este motivo, sabía que le debía mucho a Jubanne y a la luna que los había guiado la noche de su fuga.

–¿Se puede saber quién diablos eres? ¿Y qué quieres de mí? –Mallena desafió al desconocido; el corazón le latía en las sienes.

–He dicho que no importa quién sea; lo importante es que yo sé quién eres tú.

–¿Has venido a buscarme? –dijo ella, muy a su pesar, con voz temblorosa–. Responde: ¿¡quién te envía!? –inquirió, temiendo la respuesta.

Sabía que aquel prometido la estaba buscando, como si ella fuera una delincuente, porque sentía que había ofendido su honor. Sabía que aquel hombre siempre ajustaba sus cuentas pendientes; por este motivo, había tenido varios encontronazos con la justicia y conocía bien la Rotonda, la cárcel de Nuoro. Desde luego, no se detendría. Si la encontrara, ella no podría eludir el código no escrito de la venganza. Y, a pesar de que llevaba dieciséis años viviendo en la clandestinidad, haciéndose llamar Mallena, en vez de Maddalena,

estaba convencida de que él seguía buscándola y su cicatriz, que no podía esconder del todo, era un rasgo distintivo que podría llegar a delatarla.

El hombre avanzó unos pasos, pero se detuvo a cierta distancia. En la mano sostenía una hoz, de las pequeñas, afilada, con la punta cortante y capaz de rajar el abdomen de una persona de un solo golpe. Ahora ella podía verlo mejor: era alto, de tez oscura y de edad indefinida, y, sobre todo, estaba desaliñado, con el pelo largo y despeinado, al igual que la barba. La *berrita*, calada en la cabeza hasta cubrirle las orejas, le caía por un lado. Él también llevaba puesta una capa de capucha negra, con cordones y sin botones.

–Hace tiempo que te espero –dijo el hombre, volviendo a dar varios pasos.

Mallena había oído que en los campos de las inmediaciones de Norolani vivía, desde hacía una temporada, un ermitaño que rara vez se dejaba ver. Había quien decía que podía tratarse de un bandido que se había echado al monte; otros sostenían que había agredido a varias muchachas con las que se había cruzado en el bosque. Pero ella no había prestado auxilio ni oído de primera mano a las confidencias de ninguna de las supuestas víctimas.

–¿Qué quieres?

A aquel grito lo siguió el crujido de las hojas y de las ramas secas en la tierra que la rodeaba: eran los pequeños animales, que escapaban raudos, buscando un refugio más seguro en los alrededores.

–Silencio, mujer.

El hombre avanzó dos pasos más hacia ella.

–Si intentas acercarte un solo paso más, te abro en dos como a un cordero –le dijo Mallena, al tiempo que le enseñaba la navaja abierta.

–Tengo temor de morir, pero tú, *donna*, eres peor –dijo el hombre, vacilando unos instantes; entonces, avanzó unos pasos más.

Sin árboles entre ellos, Mallena se dio cuenta de que andaba apoyándose en una rama sin hojas. Reparar en su caminar renqueante le infundió seguridad y, entonces, fue ella la que se aproximó, sosteniendo el cuchillo en la mano. Con cada paso que

avanzaba, la embestía el hedor que emanaba del hombre: una mezcla de suciedad y de sudor agrio lo envolvía en una pestilencia repugnante.

El desconocido vaciló de nuevo, dejó la hoz en el suelo y se detuvo; entonces, descubriendo una pierna, desveló una hinchazón del tamaño de una naranja.

Ella abrió mucho los ojos.

–Sé que tú sabes preparar medicinas, conoces los secretos de las hierbas y de las plantas, y te he visto muchas veces recogerlas. ¿Qué puedo hacer con esta pierna? No se me pasa; al contrario, cada vez se hace más grande, y si sigue así, estoy convencido de que moriré en este estado tan lamentable, vagabundeando de aquí para allá como un desgraciado.

–A saber cuánto hace que no te lavas y no te cambias de ropa. –Sintió compasión por aquel hombre vulnerable, con los pantalones bajados hasta el suelo y cubierto a duras penas por los bajos de la camisa larga–. Como mínimo, podrías asearte; ya ves que los pantalones se aguantan solos de pie de lo sucios que están.

–Eres peor que una víbora; cállate y ayúdame –dijo él, mirándola con ojos febriles.

–Si vives aquí, desde luego, por el agua del arroyo que no sea. Apestas como una cabra. –En la cara del hombre se dibujó una mueca, pero no se quejó–. Bueno, está bien. Déjame ver.

Mallena se agachó y colocó la palma de la mano sobre la parte rojiza, que estaba muy caliente.

–Y ahora ¿qué haces?

–No lo sé, nunca había visto un bulto tan grande –dijo, palpando la pierna alrededor de la hinchazón, donde notaba que se tensaba la piel a causa del líquido que fluía por debajo. Reflexionó unos instantes; notaba la mirada confiada del hombre fija en ella. Entonces, se puso en pie y se dirigió hacia una chumbera que crecía a pleno sol, alejada de los árboles. Con la *leppa* afilada, cortó una de sus palas ovales–. ¿Estamos muy lejos del lugar donde vives? Necesitamos fuego y una cacerola o un caldero con agua –dijo, sosteniendo con una mano la pala oval–. Tengo que hervir esto.

–No, estoy en un *barracu* aquí cerca y hay fuego.

El desconocido señaló un lugar entre la espesura de los árboles y le hizo un gesto a Mallena para que lo siguiera.

Llegaron a un claro donde se erguía una choza con la base perimetral de piedra, sobre la que habían levantado unos troncos para crear una estructura cónica cubierta de ramas.

Exhausto, él se tumbó en una estera sobre la paja. Ella observó el interior de aquella vivienda improvisada: dos bancos de madera sin tratar, todavía con la corteza, estaban dispuestos a lo largo de las dos paredes laterales; en el centro de la choza, un par de ramas ardían en silencio. Al lado, no muy lejos, había un caldero ennegrecido de hollín lleno de agua. En el hueco creado en la pared de enfrente había unos estantes agrietados en los que se guardaban utensilios y unos pocos objetos más. Eso era todo.

Sin decir nada, Mallena cerró la *leppa* que había sostenido en la mano hasta aquel momento y la guardó en el bolsillo de la falda. Apoyó el recipiente entre los troncos y enseguida la choza se llenó de un humo denso, que, en parte, al subir, salía por el tejado de ramas y cañas. Metió en el agua la pala oval de la chumbera, a la que había quitado las espinas, y la puso a hervir.

A pesar de su aspecto cansado, el desconocido observaba cada movimiento que hacía ella. Al cabo de aproximadamente una hora, durante la cual los dos se contemplaron con cautela, sin casi decirse nada, Mallena escurrió la pala oval, la dejó reposar unos minutos y, todavía caliente, la colocó sobre la hinchazón; el hombre se quejó por lo bajo, pero, sosteniéndose la pierna con ambas manos, trató de colocarse de tal forma que la pala de chumbera no cayese al suelo.

Permanecieron en silencio otro lapso de tiempo que Mallena fue incapaz de estimar.

Comprendieron que la acumulación de pus había estallado cuando los dos oyeron un plof, instantes antes de que el bulto expulsara una sustancia densa, de un color entre amarillo y verde y maloliente. Presa de la consternación, el hombre estiró sin previo aviso la otra pierna, volcando la cesta que Mallena había dejado allí cerca.

–¿Qué pasa ahora?

–Ahora que se ha abierto, quiero que salga esta sustancia podrida –dijo ella, apretando la parte infectada.

El desconocido la miraba inmóvil y, de vez en cuando, apretaba los dientes.

Mallena prosiguió hasta que vio salir sangre; entonces, lavó la pierna y limpió la herida con un paño mojado en el agua que seguía hirviendo y donde había añadido un puñado de sal.

–Y ahora ¿qué tengo que hacer? –preguntó él.

–Lávate bien con agua y sal, pero cógela de la fuente, que está más limpia, y ponle encima un poco de borraja; tal vez te suene más por el nombre de «borrachuela». Cuando se seque un poco, sobre la herida abierta puedes poner una telaraña; te ayudará a cerrarla. Y no tengas miedo de lavarte, que nunca se ha muerto nadie por eso.

–¿Y después? –preguntó, aferrando la mano con la que ella, sirviéndose del paño mojado, seguía limpiándole la pierna.

Aquella mano sobre la suya parecía una brasa ardiendo. Mallena sintió que una corriente de aire frío le bajaba por la espalda, se tensó y reculó de golpe.

–Y después… después que se te lleve el diablo, por haber tirado esa cesta con todo lo que había recolectado.

Pensando en Jubanne, por quien había recogido aquellas hierbas, se agachó para enderezar la cesta, en la que todavía había algunas raíces. Trató de recuperar al menos una parte de las semillas de hinojo que habían caído al suelo y, después de soplarlas, las volvió a poner en el pañuelo y lo anudó de nuevo. Le dio la espalda al desconocido y, sin decir nada más, se marchó.

El hombre permaneció allí, inmóvil, suspendido en el tiempo.

Capítulo 17

Después de preparar el desayuno y de atender a los animales en la huerta, Mallena calentó un poco de agua y llevó a la habitación la jofaina, que tenía grietas en el esmalte. Todavía arropado por las mantas, Jubanne miraba fijamente la fisura de la pared, como si de ahí surgiesen visiones que tomaban forma ante él, lo quisiese o no.

–Cómo me gustaba, temprano por la mañana, antes de ir al campo, lavarme la cara en el jardín debajo del cenador de la vid –dijo, mientras se enjabonaba–. Sobre todo cuando, para asearme, tenía que romper la capa de hielo de la tina con los dedos, sin dejar de respirar la fragancia del arbusto de romero y de tus flores. ¿Y ahora…?

Ante aquella pregunta, Mallena sintió un pinchazo en su interior, como si la hoja de su cuchillo se le hubiera clavado dentro.

–Te prepararé una infusión de semillas de hinojo –dijo, volviendo de golpe la cabeza, y salió de la habitación para ocultar la angustia que le había suscitado aquel pinchazo.

Al cabo de un rato, mientras Jubanne, en la mesa de la cocina, sorbía a regañadientes la infusión que la esposa le había preparado, Mallena tomó aire y se decidió a hablar:

–Siento tener que decirte esto, pero nos hemos quedado sin dinero. Dentro de pocos días tendremos que comprar otra vez las medicinas en la farmacia y, por muy amable que sea, ese joven lo que quiere es dinero. No podemos volver a pedírselo a tus padres.

–Yo espero que el dinero de la pensión de guerra no tarde mucho más en llegar, pero, mientras tanto, tienes razón: ¿qué vamos a hacer?

–Iré a hablar con el alcalde, y espero que esta vez, dadas las circunstancias, se decidan a pagarme: aunque no sea todo lo que me deben, al menos una parte.

Mallena encontró al señor Giuseppe Sotgiu en su despacho. Era una estancia en la planta baja del pequeño ayuntamiento, donde se había quedado estancado el olor de los cigarrillos y de las pipas que, con el paso de los años, se había fumado la gente que venía a ver al alcalde. Este estaba atareado con unos archivadores, probablemente llenos de papeles y de documentos sobre las vidas de los habitantes de Norolani; de los fascículos se elevaba el polvo que se había ido depositando con el tiempo y que ahora se levantaba a la luz del sol que se filtraba por las ventanas.

–*Sindigu*, tiene que sacarme de este aprieto. Ahora debo pagar también los medicamentos de Jubanne, y son muy caros. Tiene que darme lo que me corresponde –comenzó Mallena, sin darle tiempo al hombre de preguntarle por el motivo de su visita.

Por otro lado, tampoco era necesario: la cuestión de si compensar o no con un salario a la partera por la asistencia a las mujeres embarazadas de Norolani llevaba ya dieciséis años irresuelta. El alcalde había tratado en varias ocasiones de buscar una solución, pero nunca había insistido a fondo y Mallena, a su vez, seguía trabajando a pesar de no estar habilitada para el ejercicio de esta profesión sanitaria. Hacía unos días, Sotgiu se había enterado de que ella había ido a ver al alcalde al ayuntamiento de Tennairi, el pueblo limítrofe donde también prestaba sus servicios, así que se esperaba que pronto se presentara también ante él.

Mallena tomó asiento, y, al notar que comenzaba a agitarse, él inspiró hondo, para reordenar los pensamientos y dirigirlos por el camino correcto. Apoyó el brazo en el espacio libre del escritorio, rebosante de archivos viejos y nuevos.

–Estamos al tanto del tema desde hace tiempo y yo siempre he hecho todo lo posible por usted. Antes de la guerra, conseguí que usted percibiera una recompensa de cien liras, a modo de subsidio,

pero, ahora, con los tiempos que corren, de verdad que me es imposible.

–Eso fue hace más de tres años. ¿Sabe cuántas veces, desde entonces, mis hijos y yo hemos tenido que comer?

Seguía mirándolo fijamente a los ojos y él, ansioso por no caerse en aquel abismo negro, desvió la mirada. Se puso a deshacer los nudos de las cuerdas de cáñamo con los que se cerraba uno de los archivadores de cartón forrados de piel de color verde, y luego a firmar los documentos de su interior. Como muchos de sus colegas en toda Cerdeña, al no disponer de los recursos financieros necesarios para instaurar un servicio obstétrico reglado, había seguido permitiendo que una comadrona sin título ejerciera de forma irregular la profesión. En realidad, con las restricciones y los inconvenientes derivados de la guerra, hasta lo había visto con buenos ojos. Algunos alcaldes habían encontrado la manera, en ocasiones fantasiosa, de resolver el problema de cómo pagarle a la comadrona, pero la mayor parte de ellos no lo habían hecho, como era su caso con Mallena.

–Yo lo he intentado…, pero ahora el dinero que tenemos es muy poco y, aunque planteara el asunto en el consejo del ayuntamiento, no… Allí hay dos abogados –dijo, sin dejar de firmar los documentos que el secretario lo había depositado sobre la mesa por la mañana–. El abogado Maxia, en especial, es un hueso duro de roer y estoy convencido de que votará en contra, ¡porque las leyes no permiten pagarle a una partera sin diploma, sin *patente* y sin autorización siquiera! Estoy atado de pies y manos… Tiene que entenderlo. –Hojeó los papeles como si buscara uno en particular. Al final, cogió un par y se los enseñó a Mallena–. ¿No ve todo lo que hay que pagar? –le preguntó, como si ella pudiera entender algo de lo que aparecía escrito en aquellos documentos.

En un primer momento, el hombre parecía esperar una respuesta, pero, al recordar que ella no sabía leer, retiró los documentos con torpeza. No entendía cómo podía ser posible que, incluso pasados tantos años, Mallena siempre se las arreglara para incomodarlo.

–¿Qué quiere decir con eso de que ni siquiera tengo autorización? Entonces, ¿por qué fue a llamarme usted en persona cuando

nacieron sus hijos? Y no una vez, sino cuatro…, de momento.

–Sí, cuatro, pero mi esposa y yo la hemos compensado –dijo, casi ofendido–. Y siempre le hemos estado agradecidos.

–¿Y entonces? ¿De qué leyes habla usted? ¿De las que deben facilitarle la vida a la gente o, al contrario, y creo que por ahí van los tiros, de las que solo quieren complicársela más y más?

–Ya basta. Hagamos lo siguiente: ahora márchese y yo le prometo que sacaré el tema en el próximo consejo del ayuntamiento. ¿Le parece?

El alcalde se puso de pie y se crujió uno a uno los nudillos de las manos, demostrando un extraño alivio al oír ese sonido. Si bien a Mallena la irritaba el ruido, lo miró y, luego, asintió, con la esperanza de que, esta vez, esa reunión sirviera para algo. Se dijo para sus adentros que se fiaría de las palabras del alcalde una última vez.

Y el alcalde, al menos esa vez, mantuvo su palabra. Al cabo de pocos días, convocó la sesión con el siguiente orden del día:

> En el año mil novecientos diecisiete, a 3 de octubre, el Consejo del Ayuntamiento de Norolani, en vista del anuncio de la primera convocación, enviado y entregado a las personas pertinentes conforme a lo dispuesto por la ley, se ha reunido en una asamblea pública en la sala municipal, donde han intervenido el alcalde Giuseppe Sotgiu y los siguientes consejeros: Michele Oggiano, el abogado Emanuele Salaris, Salvatore Uras, Macario Angioi, el doctor Angelo Maria Onnis, Emanuele Unali y el abogado Antonio Maxia.
>
> Presente el número mínimo de participantes que establece la ley para avalar las deliberaciones, la reunión fue presidida por el señor Giuseppe Sotgiu en calidad de alcalde y del señor Melis Angelo, secretario del ayuntamiento.
>
> El orden del día estaba compuesto de los siguientes puntos:
>
> 1. Dimisión del asesor Michele Oggiano.
> 2. Creación de la Guardia Municipal.
> 3. Subsidio a favor de la partera sin estudios Mallena Devaddis.

El debate acerca de la petición de dimisión del asesor Michele Oggiano fue breve, casi inexistente. Se resolvió, en efecto, casi al instante.

> El consejo ha tramitado la petición de dimisión del asesor Michele Oggiano, pues ha sido llamado a las armas en defensa de la patria. Acepta la dimisión y le

manda un afectuoso saludo y un aplauso por el servicio prestado en beneficio de la población de Norolani.

El consejo lo aprueba unánimemente.

Todos los presentes, unos pocos viejos y algún que otro miembro del personal, se levantaron en una ovación. También fue breve el debate a propósito de la creación de la Guardia Municipal.

El consejo aprueba unánimemente la creación de la Guardia Municipal, tanto para el servicio en el pueblo como en los campos, debido a la imposibilidad de fundar una Compañía del Barrachel, puesto que la mayoría de los hombres aptos han sido llamados para servir a la patria.

La Guardia Municipal tendrá un sueldo fijo de 720 liras al año percibido mensualmente a mes vencido.

El servicio de velar por el orden público en el pueblo, tanto en lo referente al control del territorio como a la prevención del robo del ganado, antes de la guerra era competencia del nutrido grupo de la Compañía del Barrachel, formada por unos quince voluntarios; ahora quedaba en manos de aquella guardia que acababa de formarse.

Llegó, al fin, el turno del debate que concernía a Mallena. Después de inspirar hondo, el alcalde introdujo este último punto, con la esperanza de encontrar una solución para darle a la partera al menos un modesto subsidio.

–Estimados señores consejeros, es imperioso concederle este reconocimiento, en especial ahora que el marido de la partera ha regresado del frente en las condiciones que todos sabemos y, hoy por hoy, sigue sin cobrar el subsidio que les corresponde a los heridos de guerra –empezó diciendo.

Entonces, respirando hondo, volvió a sentarse al lado del secretario, que lo transcribía todo en el registro, prestando más atención a la belleza de la caligrafía que al contenido.

–Estoy de acuerdo –intervino el doctor Onnis–. Como médico del pueblo, no me ha pasado desapercibido que, con la asistencia que presta la partera a las mujeres del pueblo, a pesar de que carezca de instrucción alguna y utilice métodos tan… poco científicos, los

casos de muerte entre las parturientas y los recién nacidos son, en verdad, excepcionales.

Se llevó la pipa a los labios y la chupó, llenándose la boca de humo que, después, exhaló en una nube caliente. El consejero que se sentaba al lado le dedicó al doctor Onnis una sonrisilla, que él le devolvió.

–En cuanto a los gemelos del Moreno, ya que ambos nacieron de forma prematura, con mucha probabilidad el más pequeño habría muerto de todos modos, incluso de haber contado a tiempo con ayuda experta como la mía. El otro, en cambio, goza de buena salud y está creciendo como debe –prosiguió el médico, que, antes de sentarse de nuevo, satisfecho, se metió de nuevo la pipa en la boca.

–Si se me permite, en calidad de secretario municipal, quisiera señalar que, además, existe un precedente. En efecto, en el municipio de Sinighe, a falta de una obstetra diplomada, se decidió por unanimidad que la mujer que presta el servicio de comadrona, pese a no estar en posesión de título alguno, cobre un subsidio a la espera de que consiga, cuando menos, la licencia.

El secretario recibió una mirada de agradecimiento por parte del alcalde, antes de volver a coger la pluma y mojarla en el tintero para proseguir con la transcripción de la reunión.

Levantándose de golpe, el abogado Maxia pidió la palabra. Se abrochó el último botón del chaleco y tiró de los dobladillos hacia abajo.

–Pero, señores míos, resulta evidente que no están familiarizados con el estudio de las leyes y sus preceptos. Desde los tiempos del reglamento Bonghi y de la ley Crispi, ya no está permitido ejercer la profesión de comadrona sin haber obtenido el título en una universidad del reino. Más que como consejero veterano, lo digo porque conozco bien las normativas que, en las salas de los juzgados de media Cerdeña, para mí son el pan de cada día.

–No obstante, si me lo permite, querido colega Maxia, no se puede privar a las mujeres, en especial a las más pobres, de un mínimo de asistencia, aunque la preste una partera sin licencia –intervino el abogado Salaris, poniéndose en pie con timidez.

En su intervención a favor del subsidio, más que sus ideas personales, prevalecía el insistente apremio de su esposa, la señora Annetta, que conocía y admiraba a Mallena por su sensibilidad humana, más allá de la pericia profesional de la que tanto había oído hablar.

–Tenía que ser usted de entre todos, abogado, el que hable con tanta vehemencia…, usted, a quien nunca le ha hecho falta una comadrona –comentó Maxia.

En la sala, que era la más amplia de todo el edificio del ayuntamiento, motivo por el cual se celebraban allí todas las reuniones de Norolani, se oyó alguna que otra carcajada en los bancos de madera. Después de aquellas palabras, al abogado Emanuele Salaris comenzaron a sudarle las manos y una sensación de desasosiego que conocía bien se apoderó de él hasta dejarlo paralizado. El descaro y, a veces, la maldad de su colega eran por todos conocidos.

–A este no le llega con ser un malaspulgas, sino que, además, es un inútil, ahí donde lo ves –le estaba diciendo en voz baja uno de los consejeros al que se sentaba a su lado–. El domingo pasado, el abogado Maxia quiso venir con nuestro grupo para la partida de caza del jabalí. Cada vez que daba un paso, parecía que llevaba consigo una manada entera de toros y los animales, que le oían de lejos, no hacían más que escapar.

–Si sigue así, un día de estos acabará disparándose sin querer –intervino el otro consejero.

–Pues sí, y le estaría muy bien, por toda la maldad que tiene en el cuerpo. Al cazar, hay que ver cómo masacra a los animales; los curte de una manera que… Luego, ni siquiera los perros se los pueden comer. Y no hay una sola vez que no salte por encima de las piedras que usamos para cercar las fincas sin tirarlas todas al suelo. Y sabe muy bien que los que las volvemos a poner en su sitio somos nosotros; si no, el ganado se escapa y eso nos perjudica a todos, pero a él le importa un pimiento.

–Y eso que es abogado y que sabe bien cómo son las cosas en el campo: por abrir una albarrada o dejar una cancela sin cerrar, puedes acabar en el cementerio en un santiamén.

Después de beber un sorbo de agua, el abogado Emanuele Salaris buscó en los rostros de los demás algún indicio que lo ayudara a retomar la palabra.

–Insisto en que no se puede privar a las mujeres pobres de la asistencia… al menos de una partera –dijo en voz alta.

–Quién sabe si mi colega habrá cumplido alguna vez con la señora Annetta. Ahora ya casi tiene cincuenta años y ni con un milagro podría tener un hijo, a no ser que se haga cargo por las malas del niño de algún pobre que ya no sea capaz de mantenerlo.

Ante aquellos dardos que no paraba de lanzarle, el semblante del abogado Salaris pasó de rojo a morado y fue incapaz de decir nada más. Del mismo modo, el resto del consejo municipal se quedó sin palabras. En esta ocasión, el descarado abogado Maxia se había superado; los consejeros hablarían durante meses, mientras bebían con los colegas, de sus malvados comentarios.

El alcalde se acercó al secretario y le sugirió algo al oído. Este se puso en pie de un salto.

–Puesto que se ha hecho tarde, debemos posponer para la próxima sesión el debate y la votación del punto número tres, en relación con el subsidio a favor de la comadrona sin titulación Mallena Devaddis –dijo, resuelto, para luego transcribir sus propias palabras en el acta.

A continuación, retomó la palabra para cerrar la reunión:

> La presente acta, leída a la asamblea y por esta aprobada, queda firmada por el presidente, por el miembro veterano entre los presentes y por mi persona, el secretario.
>
> El alcalde presidente, Giuseppe Sotgiu
>
> El consejero veterano, el abogado Antonio Maxia
>
> El secretario, Melis Angelo

Aquella misma noche, de vuelta en casa, el abogado Salaris le contó a la esposa, con calma fingida, solo una parte de lo que había sucedido durante la sesión del consejo municipal. Entre las omisiones y las reservas del marido, la señora Annetta comprendió que había algo más.

–¿Se puede saber qué es lo que ha pasado?

–En el orden del día había muchos puntos que debatir y… no… no hemos podido terminar –respondió él, pasándose una mano por la frente.

–Sí, pero ¿habéis aprobado el subsidio de Mallena o no? –le urgió, caminando de aquí para allá con los nervios a flor de piel; la suela de sus zapatos chirriaba en el suelo reluciente del salón.

–No, es que no ha habido tiempo… –El abogado se sentía como un animal acorralado y las palabras murieron en su garganta.

Todavía tenía preguntas que hacerle al marido, pero la señora Annetta, al ver que se metía los dedos en el cuello de la camisa y lo aflojaba como si le faltara el aire, decidió, por el momento, no insistir más.

Una de las consecuencias de la guerra era la producción limitada de cereales: el conflicto bélico había arrancado muchos brazos fuertes de los campos, y todo esto lo agravaban las condiciones climatológicas adversas, que habían reducido aún más la cosecha de aquel año; de ahí que, en el almacén de Monte Granatico, se hubieran agotado las provisiones de trigo y cebada. Faltaban tanto los suministros que distribuir a las familias sin recursos como la cantidad de semillas que se debía entregar a los campesinos más pobres para la siembra de la próxima temporada.

Aquel año, el Gobierno nacional había apremiado a los campesinos que todavía quedaban en activo a que aumentaran el cultivo de trigo y de cereales, pero en Norolani, como en el resto de Cerdeña, faltaban no solo campesinos, sino trigo que sembrar y dinero para comprarlo. Por este motivo, al cabo de pocos días, hubo que convocar otra sesión del consejo, no solo para concluir el debate acerca del subsidio de Mallena, que seguía pendiente, sino porque se había añadido al orden del día otro punto con carácter urgente, que pasó a ser el primero:

1. Abastecimiento de víveres a la población sin recursos de Norolani.
2. Subsidio a favor de la partera sin titulación Mallena Devaddis.

El alcalde dio comienzo a la sesión tomando la palabra, como se reflejaría más tarde en el acta:

> En cuanto al abastecimiento de víveres para satisfacer las necesidades de la comunidad, independientemente de la grave crisis que, en los tiempos que corren, impone a la patria toda clase de sacrificios, la administración municipal, a pesar de las limitaciones de los escasos recursos económicos de los que dispone, debe no solo con palabras sino con el ejemplo abastecer a la población materialmente, de tal forma que los ciudadanos se vean afectados lo menos posible por las desgracias de la guerra, agravadas por la desfavorable producción de cereales de este año.
>
> Dicho esto, invito al consejo a expresarse para crear un fondo de recursos con el que obtener la cantidad necesaria de cereales para el próximo invierno.

El primero en intervenir, sin siquiera levantar la mano, no fue otro que el abogado Maxia.

–Yo puedo comprar cereales en Campidano, donde la cosecha ha sido modesta, y puedo conseguirlos a un precio muy ventajoso.

–¿A quién quiere engañar? Como son las tierras de su familia, el precio ventajoso es para él, no para nosotros –dijo en voz baja uno de los que estaban sentados en el banco de enfrente.

–Todo el mundo sabe que sus jornaleros pasan más hambre que los lobos del bosque –murmuró otro, lanzando una mirada de soslayo al temible Maxia.

> El consejo, por unanimidad, aprueba y aplaude la propuesta. Se compromete a modificar el presupuesto y se fija, tanto en ingresos como en gastos, la cifra de 3 800 liras para el abastecimiento de cereales.

–En cuanto al subsidio de la partera sin título –prosiguió el alcalde, con la esperanza de que la decisión que acababan de tomar, que acogía de buen grado la propuesta del abogado Maxia, lo animara a votar a favor en la siguiente cuestión, para así quitarse de encima el peso que Mallena parecía descargar sobre su conciencia–. Como ya dije en la sesión anterior, existe el precedente del municipio de Sinighe, al que nos podemos acoger para salir del paso.

El secretario municipal se volvió para mirar al alcalde, ya que se estaba apropiando de sus palabras, pero no protestó.

–Y, tras informarme con mi colega de Villanurargia –añadió el señor Sotgiu–, puedo decir que en ese municipio, que también carece de comadrona diplomada en la universidad, se ha decidido por unanimidad conceder un subsidio a la partera sin titulación y licencia, la cual lleva veinte años ofreciendo sus servicios por el bien de las mujeres del pueblo.

En esta ocasión, el secretario municipal se aclaró la garganta varias veces, contrariado por la forma en la que el alcalde se había atribuido el mérito de aquella indagación que, en realidad, había llevado a término él mismo en persona, enviando telegramas y *fonogrammi* a sus colegas. El señor Sotgiu, esperando ansioso la siguiente intervención, ni siquiera lo miró.

Pero el abogado Maxia, acostumbrado a conseguir lo que se proponía –es decir, todo– y a no dar su brazo a torcer, se puso de pie sin más dilación. Soltó un suspiro teatral, metió los dedos en el chaleco y se puso a hablar con voz de reproche, como hacía siempre que comenzaba una de sus vehementes arengas:

–Pero ¿cómo les tengo que decir que en el real decreto 466 del año 1906, y miren que ya han pasado diez años, en el que se regula la asistencia sanitaria, se especifica que debe establecerse un servicio obstétrico que asegure a todas las mujeres, pobres y pudientes, la asistencia de una comadrona diplomada en las universidades del reino, y no de la mujercita de turno sin conocimientos ni formación? –Girándose hacia una parte y a otra de los bancos, prosiguió–: Y, ante todo, tengan en cuenta que incumplir las disposiciones de ley vigentes equivale a contradecir a los presidentes que las han firmado. Mi colega no tendrá problema por confirmar todo lo que acabo de decir, ¿o acaso piensa oponerse?

El abogado Salaris, que venía muy preparado a la reunión, gracias, asimismo, al apoyo de la señora Annetta, intervino, más solemne que nunca:

–Yo considero que, en estos momentos tan difíciles, en los que el ayuntamiento no dispone de los recursos financieros necesarios para establecer un servicio obstétrico, a las mujeres de Norolani, solas y

sin ayuda como están, no se las puede privar de una mínima asistencia como la de Mallena Devaddis. ¡Y estoy dispuesto a defender esta opinión con todas mis fuerzas, como hombre de ley y como hombre de a pie! –exclamó, golpeando el banco con la mano; se oyó un débil ruido y cayeron unas gotas de sudor en la superficie de madera.

–Vaya, vaya, vaya –contestó el colega Maxia, golpeando, como respuesta, su manaza en el mismo banco, que por el estruendo parecía estar a punto de romperse–. Me sorprende la pasión exacerbada de mi colega en este punto del orden del día en concreto. ¿Hay algún otro lado de su virilidad que el abogado quiera demostrarnos hoy, en esta sala?

Se oyeron carcajadas por doquier.

El abogado Emanuele Salaris inspiró por la nariz, se prometió de nuevo que no caería en la trampa y prosiguió con el discurso que había preparado con la ayuda de la esposa:

–Es una cuestión de coherencia y de justicia. La señora Devaddis lleva dieciséis años prestando este servicio. Usted, abogado, ¿trabajaría sin honorarios durante tanto tiempo?

Antonio Maxia bajó ambos pulgares y giró la cabeza hacia la derecha y la izquierda, sacándoles una sonrisa, a su pesar, a los presentes.

–¿Yo? ¿Me lo pregunta a mí, abogado, que he trabajado sin descanso y a cambio de nada más que satisfacción personal, haciendo uso de todos mis conocimientos para dar de comer a la gente pobre de este pueblo con el acuerdo que acabamos de aprobar? Me cuesta reconocerlo cuando se comporta con tanta valentía, querido colega. –Y, sin comprobar si había alguien más que quisiera intervenir, espetó–: Si, en vez de gestionar los asuntos del pueblo conforme a la justicia, hemos venido a esta sala a hacer favores a conocidos y amigos, al menos tenga el valor de traer ante nosotros a la mujer que en realidad mueve aquí los hilos.

Se volvió hacia el abogado Salaris, que se puso en pie de golpe, con la cara colorada:

–¡No, ya… ya basta con estas acusaciones deshonrosas! Siempre he respetado la ley y a las personas, a diferencia de algunos que

están en… en esta sala.

Cuando se volvió a sentar, un tic comenzó a contraerle el ojo.

–Estimados señores míos, yo ya he expuesto todos mis argumentos –dijo el abogado Maxia, haciendo oídos sordos–. Cuando me eligieron para este cargo de representante del pueblo, tan honorable como oneroso, juré lealtad a nuestro rey, Víctor Manuel, y a nadie más. Si hay quien prefiere incumplir lo que ha dispuesto el rey a través de sus presidentes, que lo diga ahora... –Paseó la mirada por los presentes sentados en los bancos–, y con mucho gusto seré el primero en denunciarlo.

–El rey está lejos –respondió el abogado–. Y si estuviera al tanto de la situación, también votaría a favor de concederle un subsidio a la partera.

–*Ubi lex voluit dixit, ubi noluit tacuit* –declamó Maxia con su voz fuerte–. Cuando la ley quiso, dispuso; cuando no, guardó silencio –se apresuró a traducir. Ahora era como un torrente imparable–. Por tanto, señores míos, si de verdad se va a gastar dinero, entonces que se establezca un servicio obstétrico con todas las garantías y que se contrate a una comadrona diplomada en una universidad del reino. Así, las mujeres tendrán acceso a ese servicio indispensable por el que tanto se preocupa mi colega abogado Salaris. Con el beneplácito del rey, de los legisladores y de todo el consejo municipal de Norolani.

Ninguno de los presentes se atrevió a añadir nada más. Tan solo algún que otro carraspeo incómodo deshizo el silencio que siguió a aquella batalla dialéctica. Una batalla en la que todos sentían que no solo se enfrentaban los dos abogados, sino los hombres y las mujeres y, tal vez, la ley y la justicia.

Una vez que terminaron las intervenciones, se procedió a la votación.

Después de las intervenciones de los presentes, el señor presidente invita al consejo a proceder a la votación secreta.

Votantes: ocho.

Papeletas en la urna: ocho.

Votos a favor: tres.

Votos en contra: cinco.

El presidente, debido al resultado de la votación de cinco votos en contra y tres a favor, dictamina que no se puede conceder el subsidio a la partera sin estudios Mallena Devaddis, pero que se contratará a una comadrona diplomada que recibirá un salario fijo de 540 liras al año, percibido mensualmente a mes vencido.

La presente acta, leída a la asamblea y por esta aprobada, queda firmada por el presidente, por el miembro veterano entre los presentes y por mi persona, el secretario.

El alcalde presidente, Giuseppe Sotgiu

El consejero veterano, el abogado Antonio Maxia

El secretario, Angelo Melis

Al señor Sotgiu le quedó claro que solo él, el abogado Salaris y el secretario municipal habían votado a favor del subsidio. Por el contrario, para los demás consejeros, las amenazas del abogado Maxia habían tenido más peso que el deseo de solucionar la situación de Mallena. El abogado, sosteniéndose entre las manos la cabeza, la cual se había convertido en todo un pedrusco, permaneció en silencio, escuchando al secretario terminar la lectura del acta.

Capítulo 18

Cuando volvió a casa, antes de encerrarse en su estudio, el abogado le pidió a la esposa que no le molestara porque tenía que «revisar unos documentos», pero la señora Annetta lo conocía como si lo hubiera parido y ya había intuido lo suficiente para saber cómo había ido la sesión. Siendo una mujer práctica, se acercó a la puerta y llamó antes de entrar.

Lo encontró de brazos cruzados, hundido en el sillón, como si quisiera que se lo tragase la tierra.

–Dile tú a Mallena lo que ha pasado y que… lo siento.

Adoptando un tono intencionadamente persuasivo, ella se acercó al marido:

–¿Qué más podemos hacer?

–Bueno, hace años que las leyes no dejan ninguna vía libre en un contexto como este, pero cabría… –dijo en voz baja, incapaz de levantar la mirada siquiera– cabría la posibilidad de enviar una súplica al rey, a la reina o al ministro del Interior, pero será dif…

–Bien, entonces, no hay más que hablar: te encargarás, como dices tú siempre, *pro bono* –lo interrumpió.

Al día siguiente, Mallena se encontraba delante del escritorio del abogado Salaris. Antes de sentarse, por miedo a deformarlo, retiró el cojín y lo dejó en la otra silla. Sin ningún apoyo, el respaldo alto del asiento de madera de nogal la obligó a adoptar una postura antinatural.

Para mitigar la tensión, Mallena se puso a observar una a una las estanterías, protegidas por un cristal: en perfecto orden, en un

estante se hallaban los archivos de los clientes, en otro los tomos del código penal, del código civil y de los enjuiciamientos. Mientras los miraba, pensaba en cómo sería su vida si pudiera leer lo que estaba escrito en aquellos libros. Cerca de la entrada de la gran estancia convertida en estudio, había un canapé para tres, con los reposabrazos y el respaldo acolchados y revestidos de brocado rojo, y dos sillones, donde ella imaginaba que se acomodarían los clientes importantes.

El abogado Emanuele Salaris, cumpliendo con su función y con todo lo que le había ordenado su esposa –es decir, velar de manera desinteresada por los intereses de Mallena y de las mujeres de la zona–, aún con la pluma entre los dedos manchados de tinta, acababa de terminar de redactar la súplica y miraba a la partera.

–Ahora mismo te la leo –le dijo en un hilo de voz apenas si audible.

Cuando Mallena se volvió hacia él, se aclaró la voz.

Al excelentísimo señor ministro del Interior – Roma

Mallena Devaddis, casada con Giovanni Manca, residente en Norolani, humildemente expone lo siguiente:

Que desde hace dieciséis años presta en este municipio el complejísimo servicio de la obstetricia por el bien de las mujeres de Norolani y de los pueblos y aldeas aledaños, a pesar de no estar en posesión de un diploma.

Tras recurrir en el pasado y en varias ocasiones a las administraciones locales de este municipio para obtener un subsidio, no ha sido posible recibir suma alguna ni tampoco se le ha concedido una asignación anual mínima para la vigilancia y la asistencia prestadas sin descanso a las madres, incluidas las que se hallan en situaciones más peligrosas, en especial cuando han sido expulsadas del techo paterno y se ven sujetas a tormentos, privaciones y sufrimientos de todo tipo, en ocasiones a causa de castigos impuestos como consecuencia de haber sido madres sin que se conozca al responsable. Castigos que, en ocasiones, pueden terminar en un aborto. Ella debe ayudar a estas jóvenes sin recibir un salario ni compensación alguna, a pesar de su conocido estado de abandono y de miseria…

Mallena clavó la mirada en el hombre.

–Abogado, discúlpeme si le interrumpo, pero…

–Pero ¿qué?

–No me parece bien que mencione la asistencia que he prestado a esas pobres infelices que han sido expulsadas de sus casas o víctimas de la violencia.

–Pero ¡es la única manera de exhortarle a que nos conteste con caridad cristiana, como esperamos!

Sentada en el borde de la silla, Mallena trataba de comprender el significado exacto de las palabras que aparecían en la súplica y que le leía el abogado.

–¿Y qué quiere decir eso de… «sortar»?

–«Exhortar»; quiere decir que estoy intentando conseguir el dinero que te corresponde.

–Sé que las mujeres no pueden pagarme, pero yo las ayudo por piedad humana. ¿Cómo podría negarme? Pero, si le soy sincera, estoy cansada de seguir pidiendo una recompensa a quienes me la deben, como si yo fuera una mendiga que va por ahí pidiendo limosnas.

–Por eso debes dejarlo en mis manos; este es mi trabajo.

–Y mi trabajo es socorrer a esas mujeres, sea cual sea el motivo por el que me pidan ayuda, sin tener que explicarle al ministro o a quien sea los detalles más escabrosos e íntimos…

Mallena le lanzó una mirada de las suyas y se quedó a la espera de que le contestara.

–De acuerdo, corregiré enseguida la súplica, pero ahora déjeme terminar.

> … Asimismo, se ve obligada a asistir personalmente a la presentación oficial de los recién nacidos, legítimos o ilegítimos, delante del responsable del registro civil de los municipios donde haya tenido lugar el parto y donde se ha de registrar el nacimiento en los plazos indicados.
>
> Y, además, tuvo que presentarse en el juzgado en calidad de perito, para confirmar la violación de la soltera Maria Rosa Locai, de diecisiete años. En aquella ocasión, tuvo que desplazarse a pie varias millas sardas…

–No me diga que también ha metido a esa pobre criatura en esto –exclamó, cerrando las manos en puños, contrariada.

–Primero déjame terminar; luego, si lo consideras necesario, lo hablamos.

Se ve en la obligación de bautizar al recién nacido en caso de peligro de muerte. Las administraciones públicas no impiden que ella preste sus servicios, sino que, no habiendo en las inmediaciones ninguna comadrona diplomada, exigen que continúe ofreciendo asistencia a las mujeres de Norolani y de los pueblos vecinos, pero se empeñan en negarse a pagarle y, a causa de la falta de fondos, agravada por el contexto bélico en el que nos encontramos, siguen sin convocar el concurso para contratar a una comadrona diplomada.

SUPLICA

Al Excmo. Sr. que ayude a esta humilde mujer, obligando a este municipio a darle un subsidio o una asignación anual o a autorizarla para ejercer la profesión, y se pone a disposición para someterse a un examen práctico delante de una comisión sanitaria, incluso en la regia Universidad de Cagliari, acontecimiento que espera con urgencia y justicia.

De su humildísima suplicante

MALLENA DEVADDIS
(escrito por mano ajena)

–Pues bien, Mallena, ahora hay que enviar la súplica y esperar la respuesta –dijo, mirando a la mujer y apoyando bien los codos en la gran mesa de madera de nogal abrillantada con cera de abeja.

En una mesita más baja destacaba un cuenco de plata colmado de semillas de lavanda y la fragancia, al difundirse por la estancia, lo impregnaba todo. Antes de hablar, Mallena, como para aunar fuerzas, inhaló aquel conocido aroma.

–Abogado, usted ha escrito cosas que no debería ni siquiera mencionar y que yo jamás quisiera que aparecieran por escrito, por el respeto y la confidencialidad que les debo a las mujeres a las que asisto.

Con el dedo, señalaba las palabras dispuestas en renglones ordenados en el folio, como si pudiera leerlas.

–Permíteme hacerlo a mi manera, al menos por esta vez, Mallena; te pido que me dejes hacer mi trabajo –dijo él con tono molesto.

Ella volvió a inhalar aquella fragancia reconfortante, tratando de aplacar la frustración que le suscitaban sus palabras, ya que la

hacían parecer más digna de compasión de lo que le hubiera gustado.

–Le agradezco las molestias. Sin embargo, yo no puedo ir a Cagliari a hacer el examen práctico… No tiene sentido implorar que me permitan hacerlo, que es precisamente lo que ha escrito usted.

–Debemos demostrar que estás dispuesta a regularizar tu situación.

–De acuerdo, se hará como usted diga. Aquí el entendido es usted.

Después de una pausa de vacilación, con una ligera mueca en la cara, el abogado guardó la carta en el sobre. Receloso y atento a cualquier detalle que dejaran escapar las personas que tuviera delante, estaba acostumbrado a encasillar a la gente en categorías bien definidas, lo cual para él era un consuelo.

Con Mallena no había manera. Se escapaba a todo intento de clasificarla.

Capítulo 19

Cuando se preparó para bajar del carruaje, Angelica sostenía el pequeño sombrero con una mano y con el otro, la bolsa de viaje.

–¿Podría hacerme el favor de bajar las maletas y la bolsa? –le preguntó al conductor del carruaje.

–Desde luego, señorita.

El conductor descargó los bártulos sin apartar los ojos de la joven de piel clara, lisa como la porcelana, y cabello rubio, insólito entre las mujeres de la zona.

Después de tenderle la mano para ayudarla a apearse, desvió la atención al dobladillo de la falda, justo por encima del tobillo, que dejaba entrever los botines de piel negra y recién pulidos. El hombre tampoco fue capaz de apartar la mirada del corpiño flojo, que lo invitaba a imaginarse los pequeños senos. Molesta por su mirada, ella le entregó una moneda para darle las gracias y para marcar las distancias entre ellos. Con un pequeño sobresalto y esbozando el amago de una sonrisa, él se sonrojó, alcanzó a hacer una torpe reverencia y volvió a subir al carruaje para proseguir la marcha.

El plano urbano del pueblo era tan sencillo que resultaba imposible perderse. La joven ni siquiera tuvo que pedir información; le bastó con seguir los pocos puntos de referencia que había anotado para llegar a su destino.

–Bienvenida, querida, soy la señorita Sofia.

La anciana, de pie en la puerta, la recibió con una gran sonrisa. Tenía el pelo blanco, los ojos grisáceos y brillantes, y lucía un vestido elegante. La blusa color crema tenía un cuello de encaje,

almidonado con esmero: se trataba de la maestra que, hasta hacía unos años, había dado clase a generaciones y generaciones de alumnos en la escuela de Norolani.

A petición del subdelegado de Gobierno, el doctor Onnis le había buscado a la joven –diplomada hacía tres años en la Universidad de Pavía– un alojamiento adecuado. La casa de la anciana maestra le había parecido al médico la mejor solución y esta, que vivía sola, había aceptado de buen grado aquella oportunidad de acoger a una inquilina en su vivienda.

–Esta es su habitación. Conserva bien el calor y entra mucho sol; verá que será de su agrado.

–Es muy bonita, gracias –respondió la joven, admirando los cristales coloridos en la parte superior de la puerta de madera barnizada de color claro.

El cuarto se encontraba en la primera planta de la casa estilo modernista, diseñada por el ingeniero y arquitecto turinés Annibale Rigotti y ubicada en la propia plaza, en el corazón de Norolani. Todos la consideraban una de las viviendas más hermosas del pueblo.

Una vez que dejó las maletas, Angelica se asomó a uno de los dos balcones de la habitación que daban a la plaza: enfrente, había unas residencias señoriales de dos y tres plantas, cada una con un portal abovedado que daba al patio interior, para permitir el paso del carruaje de los señores y del carro de los granjeros; más abajo, en la calle, se veían los tejados rojos de las casas bajas. Inspiró el aire salobre, mientras una bandada de mirlos revoloteó sobre su cabeza. Sin previo aviso, uno de los pájaros giró hacia el oeste y los demás lo siguieron en dos grupos, dirigiéndose hacia el mar de Sa Caminera. Tuvo la impresión de que, al igual que los soldados, estaban adiestrados para cumplir cualquier orden que les dieran y ahorrar energía aprovechando las corrientes.

Regresó al interior y contempló la decoración armoniosa del cuarto. En el centro del techo había un rosetón de estuco. Con la cabeza levantada hacia atrás, se quedó admirando los motivos florales entrelazados entre sí. Después de que la casera la dejara a solas, se sentó en la cama grande con dosel. Levantó varias veces las piernas, reparando con gusto en que el colchón era mullido y las

sábanas estaban bien planchadas. Rozó con los dedos el tapete, también almidonado, que había debajo de la lámpara de la mesilla de noche. En la pared entre los dos balcones, descansaba un escritorio de caoba al que habían sacado brillo con cera, al lado de una pequeña biblioteca con algunos libros de historia y otros tomos más pequeños: los *Relatos rústicos* de Giovanni Verga, los relatos de Luigi Pirandello y las novelas de Grazia Deledda. Angelica se prometió que los leería durante las tardes de invierno que tenía por delante, siempre y cuando no estuviera ocupada con el trabajo. Fue a abrir el armario con un espejo en la puerta y encontró en el estante interior algunas toallas con bordes de encaje y flecos. Cogió una y hundió en ella la nariz: olía a recién lavada y a espliego. Se sentía satisfecha con su nuevo alojamiento, el cual, sin duda alguna, le parecía mejor que el anterior.

Había llegado a Cerdeña poco antes de que estallara la guerra, cuando, al acabar los estudios y contraviniendo los deseos de su familia, aceptó el puesto de trabajo en un pueblo de Gallura, perdido entre las montañas de resplandeciente granito, pulidas por la lluvia, por el viento y por el aire salobre procedente del mar cercano.

La anciana Sofia invitó a Angelica a acomodarse en el comedor y, yendo de aquí para allá, sirvió la mesa. A juzgar por sus pasos lentos, daba la impresión de que cruzaba con nostalgia la gran cocina, donde hacía muchos años las señoras de la casa y las del servicio se atareaban preparando raviolis de requesón y queso o embutidos, salpimentando jamones y conservando la fruta para el invierno, como las uvas, que se colgaban en racimos tupidos, o los higos, deshidratados y ensartados uno a uno en un cordel como si de un colgante se tratara. Después del fallecimiento de los padres y de la hermana en un intervalo de pocos años, la maestra, que jamás se había casado, se había quedado sola; tan solo una joven del vecindario venía a ayudarla a limpiar. Pero en la cocina desierta seguía oliendo, al menos, la fragancia de las manzanas y de los membrillos, colgados en racimos de los ganchos debajo de la viga barnizada de blanco.

Sentada enfrente, Angelica degustaba en pequeños bocados el conejo estofado con laurel y aceitunas verdes, conservadas en salmuera desde el año anterior.

–Para mí es un placer hospedarla en mi casa. A pesar de que usted sea mucho más joven, es una mujer que ha decidido por su cuenta cómo vivir su vida y ha optado, precisamente, por trabajar. Al igual que yo hace ya tantos años. El doctor Onnis me ha informado de que tenía otro empleo. ¿Por qué ha decidido mudarse aquí, a Norolani?

–He preferido cambiar de provincia porque el salario era muy bajo…, porque con las mujeres no me entendía, un poco por el idioma, un poco por muchas de sus exigencias. Para que se haga una idea: por mucho que protestara yo, se empeñaban en que querían dar a luz en el suelo, en un camastro improvisado, como no hacen ni los animales. –Ante aquellos recuerdos, la expresión de su semblante se ensombreció–. Las mujeres no se fiaban de mí –continuó, dejando en el plato los cubiertos–, y muchas veces, en plenas contracciones, si les pedía a las demás presentes que fueran a buscar más sábanas o a coger más agua, ellas salían, pero para volver con una mujer de la zona que, sin formación teórica alguna, prestaba asistencia al parto en mi lugar, mientras que a mí me pedían que me marchara.

–Bueno, no se desanime, querida mía –contestó Sofia, y, tendiéndole la cesta de manzanas perfumadas, suspiró hondo.

–Sí, ahora soy feliz de verdad. Al fin tendré un salario y una vida dignos tras años de estudio y de sacrificios, gastos y dificultades lejos de casa.

Por la noche, al recorrer el pasillo, Angelica oyó a la casera rezar en latín. Después de verter en la palangana agua de la jarra de cerámica con adornos, se lavó despacio; luego, sentada al escritorio, leyó *La Obstetra*, la revista científica a la que estaba suscrita.

> … Sabemos, gracias a una fuente fiable, que desde el Ministerio del Interior se está preparando un proyecto para reconocerlas a ustedes, que han cursado estudios reglados y que han sacrificado tiempo y dinero para obtener el diploma en las universidades del reino y asegurar una plaza para el día de mañana…

Como pueden ver, queridas obstetras, ¡les depara un porvenir espléndido!

Con las palabras de aquel editorial que le parecían escritas a medida para ella, se metió en la cama, entre las sábanas suaves, llena de esperanza ante aquel nuevo comienzo.

Al día siguiente, mientras la luna daba paso a los primeros rayos del sol, Angelica se levantó y, todavía en bata, bajó para prepararse el desayuno. En cuanto la yema del huevo, que había batido con rapidez junto con dos cucharaditas de azúcar, se convirtió en una suave espuma de color claro, añadió leche y café humeante. Aunque no tenía apetito, comió una rebanada de pan blanco, sobre la que había untado una cucharadita de mermelada de moras, dulce y ácido a la vez.

Un poco más tarde, al bajar por la calle, notó que la seguían con la mirada. Oyó los comentarios de algunas ancianas, que iban a por leña tirando del burro.

–Esa falda que deja los tobillos al descubierto no es precisamente para una jovencita de bien…

Los dos ancianos que estaban sentados fumando un *zigàrru* con la parte encendida dentro de la boca, dispuestos a criticarlo todo y a todos, incluso a los moscardones que pasaban volando por ahí cerca, tuvieron mucho que decir sobre su sombrerito colorido, que ella sujetaba para impedir que saliera volando con el viento, y aún más sobre su blusa de color melocotón. Muy a su pesar, con el paso de los años, Angelica se había acostumbrado a aquellas miradas y no dio mucha importancia a los comentarios, que intuía que eran críticas, aunque, en realidad, no entendía del todo lo que decían. Caminando con los zapatos de tacón, en pequeños pasos medidos para no torcerse el pie con los adoquines, se dirigió hacia el ayuntamiento.

Al llegar, a la joven comadrona la recibieron como a una celebridad.

–Señorita Angelica, al fin tenemos el honor de recibirla en nuestro ayuntamiento –exclamó el alcalde, nada más llegar y con aspecto

todavía somnoliento–. Ya le he pedido al secretario que prepare la documentación que hay que firmar para formalizar el contrato –dijo, señalando al secretario y hablando complacido, con un tono decidido.

Apoyando la bolsita y el sombrerito en el escritorio, ella tomó asiento en la silla que el alcalde le había acercado.

–El puesto es temporal y la remuneración correspondiente, quinientas cuarenta liras anuales, percibidas mensualmente a mes vencido –leyó en voz alta el secretario.

Después de firmar, el alcalde le tendió con timidez la mano a la joven.

–Y esta es la lista de los pobres que residen en Norolani y que, por tanto, tienen derecho a la asistencia sanitaria gratuita. En breve, también le entregaremos el registro en el que anotar los partos –concluyó el secretario, tendiéndole a la comadrona los folios con los nombres.

–Y, sin más dilación, ordénale al pregonero que, todos los días varias veces, recorra el pueblo para avisar a la población de la llegada de la señorita Angelica Ferrari, comadrona diplomada en la Universidad de Pavía, y de su servicio, para que las mujeres puedan gozar de su asistencia, sus cuidados y su consuelo en momentos de necesidad.

Con un gesto de la cabeza, el secretario asintió, apresurándose a colocar ordenadamente los documentos firmados dentro del archivo.

Cuando volvió a casa, la joven se encontró a la casera ordenando algunos volúmenes en la estantería.

–Te he dejado unos pocos libros en tu cuarto, pero, si quieres, puedes coger más –dijo, sonriendo y pasando a tutearla–. ¿Sabes? He tenido mucha suerte de tener un padre que me diera una educación moderna y me animara a estudiar para obtener el diploma de maestra –prosiguió, levantando los ojos de vez en cuando hacia el techo decorado.

Angelica pensó en su padre, quien, sin embargo, jamás había aceptado las elecciones de su única hija mujer, y se preguntó si

algún día llegaría a sentirse orgulloso de ella. En la última carta, ella le había facilitado a su familia su nueva dirección. Hasta aquel momento, había sido su madre la que le había ido dando todas las noticias, como respuesta a las suyas. En aquellas ocasiones, el padre se limitaba a añadir, al final, unas pocas y frías palabras, antes de la firma y sin siquiera despedirse.

–Sí, ha sido usted muy afortunada. Mi padre, en cambio, quería que yo acatara unas reglas que no entendía y que no me parecían en absoluto justas, como quedarme en casa a bordar, y, por la noche, cuando él volvía de su bufete, tocar al piano, para su disfrute, el *andante grazioso* de la sonata número 11 de Mozart. –Tras acercarse a la estantería, se puso a mirar distraídamente los libros con tapas de cuero–. Y, algún día, casarme con un hombre que hubiera escogido él con mucho cuidado, porque debía ser un buen partido, algo que yo, por mis propios medios, decía que sería incapaz de valorar –continuó, y, mientras se sinceraba, comenzó a morderse el labio inferior.

–Aunque he tenido mis oportunidades, nunca me he casado y, a quien me pregunta si no me he arrepentido nunca de no tener un marido e hijos, le respondo que mis alumnos son como mis hijos, incluso hoy, siendo, como son, hombres hechos y derechos -dijo la anciana maestra.

Sintiendo que se le hacía un nudo en la garganta, Angelica se despidió y subió a su dormitorio. Sacó del cajón del escritorio la última carta que había recibido de Anna, su amiga y colega más querida, con la que en Pavía había compartido los años de universidad, y la leyó de nuevo.

Mi querida Angelica:

Te escribo para ponerte al día, tal y como me has pedido en tu última carta. Ahora estoy en Turín: al fin me animé y, hace unos meses, alquilé un hermoso apartamento en la primera planta de un edificio con soportales, cerca de la iglesia de la Gran Madre. Ya que es bastante espacioso, he destinado una parte a la consulta, donde examino a las mujeres, que, si me lo piden, pueden incluso alojarse en una habitación separada con todos los servicios necesarios, desde unos días antes del parto hasta la semana siguiente.

Gano suficiente dinero para cubrir no solo el alquiler y todos los gastos, sino también para comprar comida buena y abundante para las parturientas y costear el salario de las sirvientas, dos hábiles jóvenes, humildes pero atentas, fuertes y voluntariosas.

Amiga mía, empezar de cero es verdaderamente una sensación maravillosa.

Un cariñoso abrazo y escríbeme pronto con tus noticias.

Tuya,

ANNA

Llevada por la necesidad urgente de responder a su amiga para informarla de las últimas novedades, abrió la ventana de su dormitorio y se sumergió en la luz y en los colores de los ciclámenes otoñales y de las flores de pensamiento que se exhibían en toda su belleza en los balcones de las casas de enfrente. Sentada al escritorio, notó la luz del sol de mediodía en el semblante y en el cuello descubierto y, sonriente, comenzó a escribir con sosiego.

Mi querida Anna:

Sigo un poco descentrada, pero estos últimos días han sido muy especiales y ha habido muchos cambios. Verás, he dejado el norte de Cerdeña, donde me encontraba hasta ahora y de cuyas dificultades laborales te he escrito en numerosas ocasiones.

Por fin, ayer me mudé a Norolani, un pueblo en la provincia de Sassari donde me han contratado para el servicio obstétrico con la asignación anual de 540 liras.

Levantó la pluma, que agarraba entre el pulgar y el índice, y se puso a pensar en la tía Agnese, comadrona y hermana de su madre, que había sido para ella una figura decisiva a la hora de decidir que se dedicaría a estudiar obstetricia. Si bien hacía años que no la veía, la recordaba libre e inconformista, a diferencia de las demás mujeres de la familia, incluida su madre, y, por este motivo, ella siempre había querido ser como la tía Agnese. Era fuerte y decidida, y salía sin sentirse en la necesidad de que la acompañara un hombre de la casa, ya fuera el padre, el hermano o el marido, como era la costumbre.

La sonrisa que florecía en sus labios se paralizó al pensar en su padre.

Precisamente porque estaba convencido de que las mujeres debían vivir en el ámbito doméstico, bajo la guía, la protección y la tutela de una autoridad masculina, la cuñada Agnese le resultaba antipática y había prohibido que la esposa y la hija fueran a verla. La de comadrona era, para él, una profesión despreciable que condenaba a su suegro, un ilustre notario, a las insinuaciones de que era incapaz de mantener él solo a la familia.

Mojó de nuevo la pluma en el tintero, interrumpiendo aquel flujo de pensamientos y recuerdos que la angustiaba y que sabía que podría acabar alterándola del todo.

El pueblo me gusta, parece bastante grande y he podido ver que se extiende por una colina todavía verde que, en su descenso por el valle, alcanza una llanura de viñedos de colores cálidos, ya otoñales. Imagino que, antes de la guerra, debían de estar bien cuidados y generar perfumados vinos. Por el este, se ve el mar resplandeciente y, ayer por la tarde, desde el balcón de mi habitación, admiré la costa, que se prolonga sugerente hasta el infinito.

Pero el dueño supremo de esta isla, amiga mía, parece ser el viento, que aquí también vino a presentarse ante mí el mismo día de mi llegada. Soplando desde el mar hacia el pueblo, porta consigo los aromas del lentisco y del enebro; cuando, sin embargo, proviene del norte, arrasa con todo lo que se encuentra, dejando limpias las calles. Espero que, con la llegada del invierno, no me amedrante el mero hecho de salir de casa.

He podido constatar que aquí también hay muchas personas que visten trajes tradicionales, me observan con atención y me saludan con un gesto de la cabeza. Por la calle, oigo hablar la lengua local y poco italiano, pero el alcalde me ha informado de que aquí viven varias personas instruidas, no solo notarios y cuatro abogados, sino algunas maestras y un profesor. En cuanto al ámbito sanitario, me ha explicado que, para mi tranquilidad, en caso de que lo necesite en el ejercicio de la profesión, en Norolani trabajan un médico y un joven farmacéutico procedentes de la ciudad.

Te confieso que estoy emocionada y también impaciente, como si me hubieran pedido que escriba toda mi vida en una pizarra nueva. Tras años de estudio para adquirir sólidos fundamentos científicos, ardo en deseos de ejercer en la práctica mi profesión y, al fin, escribir yo también a mi familia acerca de las grandes satisfacciones que me dará el trabajo que he elegido.

Te mando un fuerte abrazo y espero tus noticias.

Tuya,

ANGELICA

Las campanas daban la una. Tras dejar la carta a secar en el escritorio, Angelica se asomó al balcón: en el cielo azul, las nubes pequeñas y blancas le parecían plumas delicadas. Cerró la puerta y, al pasar por delante del espejo, hizo una pirueta; a continuación, se apresuró a bajar las escaleras para almorzar.

–Esta vez no quiero dejar nada en manos del azar y los próximos días los dedicaré a conocer a fondo Norolani –anunció, colocando ambas manos en la mesa.

–Puedes empezar por visitar al doctor Onnis, que se ha encargado de encontrarte este alojamiento –respondió Sofia con una fina voz cariñosa, acercándole la bandeja humeante.

–Y al que todavía no he tenido el placer de conocer personalmente –añadió Angelica, sonriente.

Cogió el pastel de calabacín y queso y, antes incluso de servirse, le llegó a la nariz el olor de la corteza dorada que se había formado por la superficie.

Se pasó la tarde preparando los letreros, donde había escrito con una hermosa caligrafía y grandes letras: OBSTETRA ANGELICA FERRARI, seguidas, inmediatamente debajo, de la dirección en la que podrían encontrarla.

Nada más terminarlos, hizo una lista en una hoja: comenzaría con el médico, seguiría el camino para conocer al farmacéutico y, durante los próximos días, se acercaría a la tienda de comestibles, en la que se vendía de todo un poco. En la hoja anotó, asimismo, una visita a la tienda de sales y tabaco, a la sastrería, a la mercería y, por último, a la zapatería. Mientras limpiaba con esmero la pluma de oro antes de volver a guardarla en el estuche, pensó que destinar varios días a aquellas actividades sería provechoso, teniendo en cuenta que todavía no le habían suministrado el material de obstetra con el equipo y los instrumentos necesarios para garantizar las debidas medidas de desinfección durante la asistencia al parto. En el caso de que tardaran en entregarle todo lo necesario para la asistencia, decidió que compraría en la farmacia lo indispensable

para tener preparado un maletín de emergencia cuando recibiera la primera llamada.

Al día siguiente, envolvió los letreros en papel de estraza y, a media mañana, salió con paso decidido para encontrarse con el doctor Onnis. Al notar que el sol le acariciaba las mejillas, se alegró de haberse olvidado el sombrerito en la mesa de la entrada.

La recibió con una sonrisa de oreja a oreja, acompañada de un apretón de manos, cuyo ímpetu se le antojó un poco excesivo, y justo después de acomodarla en su estudio, el médico se ausentó para pedirle amablemente a la casera que les sirviera un café con las lenguas de gato que esta había preparado hacía dos días.

Sola en la estancia, Angelica se puso a mirar a su alrededor. Era un cuarto espacioso y ordenado, amueblado con sencillez. Detrás del escritorio, una estantería con pocos libros, menos de los que se esperaba encontrar. Lo que le llamó la atención fue la vitrina de tres estantes. En lo alto, descansaban varios instrumentos médicos: pinzas anatómicas, tijeras con puntas redondeadas y sondas quirúrgicas. En el estante central, cuatro fórceps de diferentes formas. Al verlos, sintió algo de vértigo y le recorrió la espalda un repentino escalofrío fruto de la inquietud. Desvió la mirada rápidamente hacia el suelo, donde estaban alineados, unos al lado de otros, espéculos para la exploración de las cavidades internas del cuerpo. Reparó, en particular, en un laringoscopio de espejo inclinado con unas superficies tan relucientes que le dio la sensación de que nunca había sido usado.

–Veo que está pasando revista a mi colección de instrumentos –dijo el doctor cuando, al regresar a la sala, se la encontró de espaldas, mirando hacia la vitrina.

Habló con voz complacida, casi orgullosa.

–Sí…, disculpe la indiscreción –respondió ella, algo incómoda, como una niña a la que han sorprendido curioseando dentro de un cajón.

Entonces, extendió la mano con la que aferraba el letrero.

–Tenga por seguro que lo colgaré en un lugar donde se vea bien, y lo haré con mucho gusto. Ya era hora de que trajeran hasta aquí la ciencia médica, incluido el campo de la obstetricia. Hace años que el

servicio obstétrico, en todo el reino y por ley, debe reservarse a comadronas diplomadas en la universidad, pero aquí no había ni una sola mujer que hubiera estudiado las nociones básicas de la profesión o que hubiera hecho los exámenes ante una comisión médica. Solo Mall… –se interrumpió de golpe, como si pronunciar aquel nombre lo asfixiase.

Recordaba muy bien todo lo que había dicho durante la sesión del consejo municipal: si bien los servicios que prestaba Mallena a las mujeres del pueblo se basaban en conocimientos transmitidos desde quién sabe cuántas generaciones, los casos de fiebre puerperal o las muertes neonatales por complicaciones durante el parto habían sido sorprendentemente pocos.

Antes de retomar la palabra, se aclaró la garganta unas cuantas veces.

–En fin, hemos tenido que esperar hasta hoy para contar con una profesional de verdad que conozca la importancia de la esterilización de los instrumentos, de los fármacos y de los tratamientos de la medicina moderna.

Y, con un gesto afectado, colocó el letrero sobre el escritorio, instantes antes de que la casera entrara sosteniendo una bandeja con el café y los dulces. Él, con un ademán de la mano, invitó a Angelica a servirse.

–Gracias, doctor. Aprecio mucho sus palabras, que reconocen el valor del estudio y de la formación –respondió, reanimada, aferrando entre las manos la tacita, convencida de que al fin iba por buen camino.

Por la tarde, recibió el maletín de comadrona. Impaciente y con el corazón disparado por la emoción, se lo llevó a su dormitorio y se puso a revisar con atención que el contenido cumpliera las expectativas. Entre los desinfectantes y los antisépticos, había cinco paquetes de ácido bórico para diluir, algodón fenicado, tintura de yodo, nitrato de plata y permanganato de potasio, así como medicamentos para detener hemorragias en caso de emergencia. En el fondo, encontró unos guantes de goma, un gorro de algodón y

una bata de manga corta, junto con el cepillo para las uñas y el jabón, en paquetes separados. Además del estetoscopio de madera, envueltos en papel, había un termómetro centígrado y un irrigador vaginal con dos tubos de cristal. Y más aún: una sonda para la extracción de la orina, pinzas hemostáticas, una bobina de seda y tijeras redondeadas para cortar el cordón umbilical después de atarlo.

Dentro del maletín, a un lado, encontró por último una copia del reglamento para el ejercicio de la obstetricia que desde el Ministerio de Sanidad habían preparado para todas las comadronas contratadas en el reino. Decidió que lo leería más tarde, aquella misma noche, para comprobar si, respecto al anterior, había habido alguna modificación que afectara al procedimiento. Lo cogió en la mano y lo dejó en el escritorio. Ahora tan solo faltaba que desde el ayuntamiento le entregaran el registro para anotar, en orden cronológico, los datos civiles de las parturientas, el día y la hora del nacimiento, el número de partos y abortos que hubiera tenido la mujer con anterioridad y la aparición, durante el alumbramiento, de complicaciones para las que fueran necesarias prácticas especiales o la intervención del médico.

Mientras volvía a meter el material recibido en el interior de su maletín de cuero de vaca, se percató de que en la madera del estetoscopio había una pequeña rotura y, decepcionada, pensó que tendría que comprar otro sin más dilación.

El resto del día, hasta la hora de la cena, lo pasó inmersa en el estudio del *Manual para comadronas*, de Alessandro Cuzzi. Siempre le había parecido especialmente interesante aquella octava edición, enriquecida por las revisiones de su profesor de obstetricia teórica y clínica, Innocente Clivio. Las trescientas ilustraciones en blanco y negro y a color, detalladas y precisas, le aclaraban aún más los conceptos.

Ya casi había anochecido cuando, cansada pero satisfecha, alzó los ojos del libro: se sentía preparada para los retos que la esperaban.

Capítulo 20

La noticia de la llegada de la comadrona le había sentado a Mallena como un jarro de agua fría. Durante días deambuló con expresión consternada, contrariada e incrédula ante aquella decisión que le parecía carente de toda lógica.

Después, Jubanne volvió a acaparar sus pensamientos.

Observaba con alivio la mejora del marido, quien, ayudándose con las muletas, había vuelto a encargarse de las gallinas y de Pitiola. Los ojos brillantes de la burra contemplaban al dueño casi como si quisiera demostrar que se acordaba de él antes de que se marchara a la guerra. Mallena tenía la convicción de que aquella mejora se debía a los medicamentos del doctor Onnis, así como a sus hierbas.

–Oye, Mallena –dijo Mimina, asomándose a la puerta de su propia casa y gritando para que la oyera desde el otro lado de la calle–. ¡No hay quien te vea el pelo! Pásate por mi casa para hablar un rato, que ya no me acuerdo ni de tu cara.

Mallena reflexionó unos instantes; entonces, antes de reunirse con su amiga, cogió algo del aparador y lo metió en el bolsillo de la falda.

–Desde que ha llegado la comadrona, esto es un sinvivir. Nunca se me habría pasado por la cabeza que el alcalde me fuera a traer hasta aquí a esa jovenzuela sin hijos y sin ninguna experiencia.

–Lo sé, yo también me he sentido mal por ti. Tomemos una taza de *tzicchera de caffè*, que siempre ayuda a recuperar el ánimo –dijo Mimina.

En la voz de Mallena al hablar de la nueva obstetra se percibía una amargura que la amiga jamás había notado en ella.

–Esto es un golpe bajo. Aunque no tenga experiencia, la señorita Angelica no deja de ser diplomada universitaria. Me he enterado de que le pagan cuarenta y cinco liras al mes; a mí me habría llegado solo con diez, me habría dado con un canto en los dientes, pero nada… Como si ya no tuviera bastantes desgracias encima.

–No te lo tomes a pecho, que aquí nosotras solo te queremos a ti. Y, oye, ¿quién sabe? Si Dios quiere, todo se solucionará –contestó Mimina.

Se había puesto a trajinar con la cafetera de aluminio, que tenía que poner sobre el fuego.

–Esperemos que el ministro acepte esa súplica que le he enviado –comentó poco después Mallena–. Él sabrá cuál es la situación; el abogado Salaris le ha explicado todo con pelos y señales. Mejor dicho, a mí me parece que se ha pasado con los detalles.

–Debemos tener fe en la divina providencia.

–*Mancu male* que, en la última semana, Jubanne ha mejorado y hasta ha empezado a comer más. Es verdad que las curas que le ha recetado el doctor Onnis son muy caras, pero han reducido la inflamación y, en especial, gracias al «laduano» ese, el dolor también parece que ha disminuido. Incluso le he puesto sanguijuelas un par de veces, pero, al final…, lo que importa es que Jubanne está mejorando y se está recuperando –dijo Mallena, al tiempo que añadía una cucharadita de miel en la taza.

–-Yo tampoco me siento tranquila. Pobre Antoni *meu*, quién sabe por lo que estará pasando –suspiró Mimina, pensando en su marido, allá en el frío, bajo la lluvia y las granadas, prisionero de aquella guerra que no comprendía.

Tal vez suspiró también por sí misma y por la dificultad de seguir adelante, sin recursos y con el marido lejos. Cogió la tacita ya vacía de las manos de Mallena y la dejó sobre la mesa, abarrotada de medias de lana, paños por remendar y pantalones de los niños que había que ensanchar, zurcir y alargar.

–Yo, ahora que Jubanne está mejor, me siento aliviada de haber hecho todo lo que debía hacer. *Mancu male* no ha pasado como con *mamaj* Rosa, que murió sin cuidados, aullando entre los tormentos

como un lobo, y ni siquiera *jaja* mía, que conocía los poderes y los secretos de cada raíz, de cada hierba, pudo hacer nada por salvarla.

–Que tu madre esté en la gloria, ahí arriba, en el cielo…

Antes de marcharse, Mallena cogió del bolsillo de la falda el paño de tela dura en el que solía envolver el pan para preservarlo. Lo desenvolvió y sacó un trozo.

–Todavía está caliente. Me lo ha dado la abuela del último recién nacido. Está bueno, parece pan blanco. Pruébalo –dijo, como si fuera una oferta casual, para no incomodar a la amiga.

Dejó el pan en una esquina vacía de la mesa y reflexionó sobre el hecho de que la comida, por lo menos, nunca le había faltado a su familia. Muchas otras mujeres de Norolani y de los pueblos vecinos no corrían la misma suerte. Hasta hacía dos años, cuando los hombres eran los que se encargaban de los campos, estos estaban fértiles y las cosechas eran suficientes para mantener a las familias. Luego, la guerra se llevó los mejores brazos: los campos, arados malamente por bueyes lentos y cansados, al igual que los ancianos que los miraban trabajar, y los viñedos, con hojas secas, invadidos de todo tipo de maleza, como la acederilla y el diente de león.

A pesar de la pobreza, que compartía con muchas personas, Mallena se sentía más afortunada que los demás gracias a las cestas de ciruelas oscuras y jugosas, de hortalizas, de pan fragante, de queso y de pescado recién salido del mar que traía a casa como compensación por su trabajo. El día del bautismo de los niños, a veces le pedían que hiciera de madrina; le regalaban los postres de la fiesta y, con frecuencia, el padrino, discretamente, le había puesto unas monedas en las manos. Si no compartiera la poca comida que recibía con la amiga, Mallena se sentía culpable. Para ella, siempre había sido así.

De niña, en Orgosolo, todavía recordaba el aroma de los albaricoques en el cestillo, o los discos finos, ligerísimos y fragantes del pan *carasau* recién horneado, que su madre, Rosa, traía a casa, y que a menudo la mandaba a darle un poco a la anciana viuda sin hijos que vivía en la casa de enfrente.

Recordaba bien a aquella mujer, sentada en la cocina oscura, frente al hogar, muchas veces apagado incluso en invierno, con una

sonrisa que por un instante interrumpía su expresión habitual de resignación, expresión que la acompañaba en sus días y en sus noches de soledad.

Mallena recordaba la melancolía que la había embargado tras la muerte de la anciana, cuando contemplaba la entrada de aquella casa donde las hojas se acumulaban día a día delante de la puerta cerrada, muertas ellas también.

Con la llegada de sus «días de la luna», pese a haber cumplido los trece años de edad hacía poco, Rosa ya se sentía toda una mujer. De vez en cuando, mirándose en el pequeño espejo sobre la jofaina en la esquina de la cocina, cerca de la puerta que daba al jardín, se peinaba el cabello negro en una larga trenza, imitando las expresiones faciales que veía en otras mujeres y que quería hacer suyas. Le habría gustado tener los ojos claros, como los de la abuela Rosa de los que le hablaba su madre. No le gustaban los suyos, oscuros como eran y con las pestañas tan largas; se asemejaban en exceso a los ojos huidizos de Mallena, que, en ocasiones, la intimidaban.

Rosa pensaba que tenía la capacidad de entender todos los pensamientos de su padre, incluso ahora, que tanto había cambiado, pero no estaba segura de comprender cómo era realmente su madre. Esta no mostraba interés, a diferencia de las demás madres, por enseñarle a bordar para empezar a preparar su ajuar, como ya hacían las demás chicas de su edad. Sus amigas se pasaban el tiempo libre sentadas bordando ramas de vid y racimos de uva en las esquinas de los manteles de muselina de algodón, dando vida, punto a punto, a maravillosas flores de colores y hojas en las toallas, trabajando telas bastas para adornar sábanas, fundas de almohada y colchas.

Ella no: en su tiempo libre, leía, estudiaba y, cuando la madre tenía un día complicado, a lo que se sumaba toda una noche sin dormir por culpa del padre, por no hablar de las mujeres de Norolani, y, por tanto, cuando no tenía tiempo para ocuparse de la casa, de los hijos ni tampoco de cocinar, Rosa le cogía el relevo.

Últimamente, incluso la había acompañado cuando iba a prestar asistencia a las mujeres y todo esto, en el fondo, la hacía sentirse especial.

Aquel día, probó a colocarse en la cabeza el chal de su madre, imitando su estilo, pero se coló una ráfaga de viento procedente del jardín que golpeó la puerta entreabierta. Ante aquel estruendo, Rosa se sobresaltó y los bucles rebeldes se le escaparon por la frente. Se apresuró a cerrarla. Conocía el viento maestral, podía dar pie a vendavales y oleajes capaces de inundar el litoral, dejando como único rastro la espuma sobre las rocas.

Acto seguido, dejó el chal en la silla que estaba al lado de la jofaina. Mientras iba a por el libro para estudiar, se preguntó si se parecería a su madre o no.

Con los indicios de mejora del padre, Rosa se percató de que Daniele, al igual que ella, parecía más tranquilo. Le gustaba animarlo con los estudios y ya hacía un tiempo lo había ayudado a aprender otro poema que el maestro quería que repitiera de memoria. Cada vez que se bloqueaba porque no recordaba una palabra en particular, ella le había acariciado el cabello con una naturalidad que no sabía que tenía y había visto que los ojos del hermano se iluminaban.

Aquel día, decidió preparar una crema a base de leche, miel y huevos, tal y como había visto hacer a su madre en varias ocasiones y a la abuela con mayor frecuencia. En la cena, al ver la sonrisa de Daniele mientras hundía la cuchara y saboreaba el postre, comprendió que había hecho algo importante para demostrarle a su hermano que lo quería, y es que era incapaz de decírselo en voz alta. Sintió una mezcla de ternura y orgullo por haber podido decirle, con aquellos pequeños gestos que tanto contaban, más que con las palabras.

Jubanne, a su vez, comenzó a hacer planes para el futuro.

–En cuanto me den el dinero de la pierna, compraremos otra parcela para ampliar el rebaño de ovejas. ¿Qué decís?

Miraba a los hijos mientras se servía en el plato un cucharón de sopa de alubias y cereales.

–¿Qué rebaño? –quiso saber Daniele, que ya había vaciado el plato y, con los codos sobre la mesa, degustaba un trozo de pan mojado en un vasito de *saba* densa y dulce.

–¿Cómo que qué rebaño? Pues el nuestro, el que le dejé a mi hermano cuando me fui a la guerra. Él, que no ha sido llamado al frente, va a pastorear con el abuelo, pero nos da la mitad de las ganancias a nosotros.

–Cuando crezca un poco más, iré yo a pastorear con ellos, ¿verdad, *babaj*?

El niño lo miró con cara seria; aquella conversación de hombre a hombre le suscitaba más interés que las aburridas lecciones del *majstru* Meloni.

–Por supuesto. Y, con más terrenos, tendremos más pasto, así que, cuando seas mayor, podremos tener más ovejas. –Jubanne casi se había conmovido al ver el entusiasmo de Daniele por aquel proyecto–. Y tú, Rosa, ¿adónde quieres ir a estudiar? ¿A Oristán o a Bosa?

–Iré a donde haya una facultad de Magisterio –dijo la muchacha, haciendo un amago de sonrisa ante aquel futuro ansiado y, ahora, por lo que parecía, también contemplado por su padre.

–¿Qué dices, Mallena? ¿La señora Annetta encontrará un sitio para Rosa en alguna universidad? –preguntó Jubanne, mirando a la esposa, que acercaba la nariz a una pequeña manzana. La había arrancado del racimo formado de frutas unidas entre sí por el pedúnculo que colgaba de la viga del techo. Durante todo el invierno y hasta que se comieran la última manzana, la cocina se impregnaría de su aroma–. Bueno, mañana le pediré a mi hermano que vaya a dar una vuelta, a ver si se entera de si hay a la venta terrenos buenos para pastorear. ¿Qué te parece, Mallena?

–¿Y con qué dinero?

–Por ahora lo pedimos prestado y, cuando llegue el dinero de la pierna, lo devolveré.

Había empezado a referirse así, «el dinero de la pierna», a la indemnización de guerra que esperaba recibir pronto.

–Sabes que hemos gastado todos nuestros ahorros. –Mallena tragó un trozo de la manzana, pero el nudo que sentía en la garganta seguía sin deshacerse. Todo su ser ardía en deseos de celebrar los planes repentinos de Jubanne, pero no podía olvidar la precariedad de su situación económica. Entonces, observó los ojos relucientes del marido–. Como tú quieras –cedió en voz baja, notando que desaparecía el nudo en la garganta, sustituido por una nueva y tímida esperanza.

–Pues no hay más que hablar. Dejaremos atrás los días tristes de una vez por todas y mañana mismo hablaré con mi hermano.

Por su tono de voz, Mallena sintió que Jubanne trataba de transmitirle esa sensación de confianza que durante mucho tiempo había permanecido ausente en aquella casa.

–Aunque últimamente las cosas no han ido como esperábamos, esta noche me siento feliz y… *jaja* Rosa también lo estaría –concluyó.

Siguió comiendo con gusto la manzana, pensando en la madre y en lo que no había podido ni había sabido hacer por ella el día en el que la vio morir con impotencia. Ahora que había hecho por el marido lo que había sido incapaz de hacer por ella, sentía que podía dejarla descansar en paz. Se sentía preparada, por fin, para perdonarse y hacer las paces consigo misma.

–Bueno, dejemos a los difuntos donde están; que no salgan de la tumba –dijo Jubanne, dedicándole una sonrisa insinuante a su esposa.

Estaba al tanto de lo mucho que se esforzaba ella por ahuyentar de su mente a los fantasmas que venían de lejos, y el peor espectro no era el de la madre: poseía los rasgos del hombre al que había sido prometida como esposa en contra de su voluntad y que tanto la había hecho sufrir. Jubanne conocía el secreto de Mallena y sabía que, pasados tantos años, ella seguía siendo incapaz de olvidarse de aquellos ojos negros de depredador famélico. Él mismo había visto, en alguna que otra ocasión, el escalofrío de puro pavor que recorría la espalda de su esposa ante aquel recuerdo.

Ella, como si intuyera sus pensamientos, le devolvió la sonrisa y se levantó para coger un racimo de uvas pasas, que compartió con

Jubanne y con los hijos.

Por la noche se sentaron fuera, en el jardín, los dos solos, el uno al lado del otro.

–Me gusta tu olor a manzana, a fruta, a… bueno.

Jubanne hundió el rostro en el cuello de Mallena. Ella apoyó la cabeza en el hombro del marido y lo notó firme, fuerte, a pesar de aquella pernera de pantalón vacía, enrollada y fijada con dos puntadas de hilo oscuro.

Aquella noche, Mallena se metió en la cama sin el camisón; él la contempló a la luz de la luna llena, que se filtraba en el dormitorio. Se acariciaron largo rato.

Mientras le besaba con delicadeza los pechos, la mano de Jubanne bajó más y más, hasta notar el sexo cálido y deseoso de ella. Le parecía que volvía a descubrir por primera vez el cuerpo suave, voluptuoso, perfumado de su esposa. El vigor inesperado que sintió en el cuerpo en esta ocasión no lo abandonó. Le susurró palabras al oído y, en la oscuridad, notó que ella se estremecía. Se amaron con una pasión que parecía haber sobrevivido incluso a la guerra, incluso a la crueldad del mundo circundante, y que ahora los unía una vez más.

Así estuvieron durante mucho tiempo, como jóvenes amantes, pegados el uno al otro, contemplándose a través del rayo de luz que penetraba por los postigos apenas entreabiertos de la pequeña ventana.

–Prenda de oro… Mi preciosa joya… –susurraba Jubanne.

Jugaban a seguir con los dedos el contorno de sus rostros, hasta que cedieron al cansancio: los dos cerraron los ojos, y, en contra de su voluntad, abrazados el uno al otro, se dejaron llevar por los sueños.

Capítulo 21

Aparte del farmacéutico, en el interior del local Angelica no encontró a nadie más. Era media mañana y se detuvo unos instantes en el umbral antes de entrar, sosteniendo debajo del brazo el letrero envuelto en papel de empaquetar y arrepintiéndose de haber venido sin Sofia.

El farmacéutico, intrigado, levantó la mirada del mostrador.

–Buenos días, señorita, ¿en qué puedo ayudarla?

–Buenos días –respondió ella con timidez, devolviéndole la sonrisa–, soy Angelica Ferrari, la comadrona recién nombrada por el alcalde. ¿Le importa que le moleste un momento?

–Pero ¡cómo me va a molestar usted! ¡Al contrario! Soy Vittorio Amedeo Decortes. Es un placer conocerla. Usted dirá –la exhortó, doblándose hacia delante en una media reverencia.

–Tengo que… –Vacilando, ella esbozó una leve sonrisa–. Verá, necesito un estetoscopio de Pinard de madera. El que me han dado está estropeado y a saber cuándo me entregarán uno nuevo. Sin él, no puedo auscultar el latido del feto ni el movimiento del cordón umbilical.

–Por supuesto, ahora mismo me encargo de que se lo traigan lo antes posible.

Después de unos segundos de silencio, ella se armó de valor.

–Eh…, en realidad, no he venido solo como clienta –dijo ella, un poco incómoda, agarrando con la mano el envoltorio que seguía sosteniendo debajo del brazo–, sino por otro motivo más.

–Usted dirá.

–Quisiera preguntarle si sería posible colocar aquí el letrero con mi nombre y mi dirección. En fin, para informar al pueblo de mi llegada y para que todos sepan que, en caso de que lo necesiten, pueden encontrarme en casa de la señorita Sofia, la maestra.

–Ha venido al lugar correcto. Seguro que muchas personas se pondrán en contacto con usted. –Y, por la ancha sonrisa del farmacéutico, Angelica supo que había acogido con entusiasmo su petición–. Bueno, si le soy sincero, por aquí no viene mucha gente, pero usted no se preocupe.

Ella lo siguió con la mirada mientras salía de detrás del mostrador para coger el paquete de sus manos y dirigirse a la entrada.

–Lo pondré justo aquí, bien a la vista –dijo, y señaló un punto en el centro del escaparate.

–Gracias, de verdad –respondió ella, con tono agradecido, dirigiéndose a la salida.

La puerta se abrió de repente y la joven se encontró frente a una mujer alta, de porte erecto y solemne, como si luciera con gracia trajes de una elegancia impecable y no la ropa sencilla que en realidad llevaba puesta. La desconocida entró y se detuvo entre los dos.

Por la mirada sorprendida del farmacéutico, seguida de una sonrisa forzada, Angelica comprendió al momento que había asuntos pendientes entre él y aquella mujer, la cual se había detenido a menos de un paso de ella. Vittorio Amedeo no las presentó; el silencio sugerente que se había formado entre los tres valía más que mil palabras.

Ese encuentro, si bien mudo, dejó a Angelica en un estado de tensión. Se preguntaba por qué el farmacéutico no había aprovechado la oportunidad de presentarla a aquella mujer y mencionarle su nuevo cargo. De hecho, a pesar de la sonrisa forzada que les había dedicado a las dos, su incomodidad no le había pasado desapercibida.

Durante el almuerzo, no mencionó lo acontecido y, por la tarde, aceptó la oferta de la casera, que insistió en acompañarla para

entregar el letrero en el bazar del pueblo. La señorita Sofia era conocida y respetada por todo el mundo y su presencia reconfortante podría serle útil.

Tras dejar la calle larga y luminosa en la que estaba la casa, recorrieron otras más estrechas antes de llegar a una plaza.

–Aquí la tiene: esta es la principal tienda del pueblo. Aquí se puede encontrar de todo un poco: desde alimentos vendidos al peso a utensilios para la casa. Aquí la gente viene no solo para comprar, sino también para charlar un rato y, más que nada, para ponerse al día de lo que pasa en el frente y enterarse de cómo están nuestros soldados –dijo la casera, mientras se dirigían hacia el edificio, cuya entrada estaba rodeada por un arco de piedra y no tenía ningún rótulo.

Nada más entrar por la puerta abierta de par en par, una miríada de aromas –harina, especias, café y estanterías de madera– embargó a Angelica.

–Ave María, comadre.

De pie detrás del mostrador, la mujer de mediana edad acompañó el saludo con una ancha sonrisa, y luego pasó a estudiar a la joven que estaba al lado de la madrina de bautizo de uno de sus hijos.

–*Bona die*, comadre. Le presento a la señorita Angelica; es la comadrona recién llegada al pueblo –anunció con alegría Sofia.

–Un placer conocerla. Llevo aquí pocos días y me gustaría que todos sepan que pueden consultar conmigo cualquier cuestión relacionada con los partos.

–Ha venido a traer su letrero, para que todos sepan dónde localizarla.

–Eh… La cosa es que… –murmuró la comerciante– aquí las mujeres no saben leer y no sé si será útil… ese letrero.

Se expresaba en un hilo de voz, casi un silbido.

Angelica mantuvo el tono cortés:

–Lo entiendo, pero quisiera que a todas les quede claro, aunque haya algunas que no sepan leer, que pueden contar conmigo.

–La cosa es que Mallena lleva aquí tantos años… y a ella no le han hecho falta… papeles, títulos ni nada para trabajar de *majstra'e partos* –continuó la otra con tono tajante.

Angelica se volvió hacia Sofia, que le dedicó una débil sonrisa, y comprendió que aquel letrero representaba toda una revolución para el pueblo. Después de cruzar la mirada con la comadre, la comerciante, con lentitud, cogió el cartel de las manos de la joven.

–Lo dejaré cerca de la puerta, para que lo vea la gente al entrar.

Y, con un resoplido apenas perceptible, fue a colocarlo encima de un saco de cereales, al lado de la entrada. Colgado encima a poca distancia, un cartel amarillento de la Institución Nacional de Seguridad anunciaba la nacionalización de los seguros de vida, aprobada en el año 1912 por el Gobierno de Giolitti a través de una ley propia. A saber quién lo había dejado en aquel lugar, pensó la joven.

Al salir a la calle, la casera la cogió por debajo del brazo.

–No será fácil, querida –admitió–. Esto solo es el comienzo y habrá que armarse de paciencia.

Angelica notó que la tensión le subía por todo el cuerpo hasta paralizarle los hombros. Se aferró con más fuerza al brazo de Sofia.

Hacía años que había decidido no esconderse detrás de nadie y ahora no tenía pensado ocultarse detrás de la sonrisa reconfortante de su casera. Durante los días siguientes, Angelica decidió completar a solas la ronda por las tiendas de los artesanos para presentarse y entregar personalmente los letreros que había preparado. Quería ir sola a estrechar aquellas manos, a fijarse en aquellos ojos y ver la mirada que le devolvían.

Los rayos de sol se reflejaban en los muros de piedra de las casas, mientras la joven se dirigía con paso decidido a la zapatería. Cuando cruzó el umbral del pequeño local, reparó en el aire impregnado del olor acre a cuero, pegamento y clavos. El anciano, encorvado en un pequeño mostrador al lado de la puerta, dejó de martillear y alzó con rapidez la mirada.

Angelica le explicó brevemente y en voz alta el motivo de la visita, mientras el hombre asentía, pero la mirada y la expresión perplejas revelaban que era incapaz de entender el italiano, como si aquellas palabras se disolvieran en el aire sin hallar un lugar donde posarse.

–Ah, *sissede, sissede* –murmuró, sin dejar de asentir, cuando ella le tendió el letrero.

Aferrándolo con manos ásperas y callosas, se puso a girarlo por ambos lados, como tratando de comprender su función, antes de colocarlo con cuidado en la estantería, donde descansaban viejos zapatos arreglados, con nuevas suelas y recién pulidos, que llegado el momento entregaría con orgullo como si fueran nuevos.

La tienda del sastre contaba con una estancia amplia y luminosa que daba a la calle y una más pequeña donde tomar las medidas y probar la ropa. En su interior reinaba el orden: en una estantería, había algunos retales de tela y bobinas de hilo bien alineados que, con la excepción del blanco, del rosa y del azul celeste, eran, en general, de tonalidades oscuras.

El hombre estaba muy delgado y, después de quitarse las gafas, con la mirada desorientada, esbozó una sonrisa tímida y cordial.

–Vincenza, ven aquí –llamó nada más oírla hablar.

De la otra habitación salió una jovencita; Angelica comprendió al instante que estaban emparentados.

–*Babaj* es un gran sastre, pero el italiano no se le da nada bien; yo me trabo con las palabras, pero me manejo mejor.

Tras explicarle el motivo de su visita, Angelica supo, por la expresión de perplejidad del hombre después de que la hija le tradujera sus palabras, que había ido un poco mejor que con el zapatero, pero no muy bien. La historia se repitió en la tienda de sales y tabacos.

–¿Qué tal ha ido? –le preguntó más tarde Sofia, mientras preparaba la cena.

–No lo sé, han sido todos muy amables, pero no me ha quedado claro si han entendido bien lo que les he dicho –se limitó a responder Angelica, poniendo la mesa grande.

Ojalá pudiera encontrar las palabras adecuadas para describir que se sentía como si en la lejanía se cerniera un temporal de verano: la

invadía una mezcla de curiosidad, desconfianza y temor.

Capítulo 22

Llevando adelante los proyectos de los que había hablado en familia hacía unos días, Jubanne había encargado al hermano que, cuando fuera a entregar la leche a la fábrica de lácteos después del ordeño del día, les preguntase a los demás criadores de la zona si había terrenos a la venta. Todas las noches, cuando se metía en la cama, imaginaba que, al día siguiente, recibiría una respuesta.

Pero aquella noche volvió a sentirse agitado, incapaz de conciliar el sueño; no por el mismo trance erótico de hacía unas noches ni tampoco por pensar en el terreno que deseaba comprar ni por el dinero que esperaba recibir del Ministerio de Guerra como justa indemnización por todo lo que había perdido. Tampoco se debía a las pesadillas angustiosas que le devolvían una y otra vez al frente.

–Mallena, mírame la pierna; por la noche me dolió…, pero era un dolor diferente al de siempre.

Tras abrir los postigos de la ventana para que entrara la luz del día, Mallena destapó el muñón para revisar y palpar toda la zona.

–No veo nada.

–Mira bien.

Ella se agachó y repasó cada centímetro; palpando con los dedos, recorrió la larga cicatriz, que notaba contra la piel como un cordón duro, del grosor de un dedo. Entonces, algo llamó su atención.

–Tú no te preocupes, tranquilo –le dijo, colocando el dedo sobre una pequeña mancha de color gris azulado por encima de la cicatriz.

–¿Qué pasa?

–Tienes un *marcu* pequeño de color oscuro; tal vez sea porque estos días has pasado mucho tiempo de pie.

–Mira mejor, porque sentí una punzada… Como si tiraran de mí, pero… muy fuerte.

–No hay *nudd'ateru,* te lo aseguro –dijo por instinto, acariciándole la mano.

Jubanne frunció el ceño y, con un gesto repentino del brazo, tiró las mantas al suelo.

–Tú no entiendes nada. Nadie lo entiende –se lamentó.

–A veces gritas en sueños por el dolor de la pierna y me pregunto: ¿cómo es posible que te duela esa pierna si ya no la tienes?

Mallena aguardó, con la esperanza de recibir al fin una respuesta a aquella pregunta.

–Pero es que sigo sintiendo igual la pierna que he perdido. Noto en qué postura está, me molesta e incluso me parece que puedo moverla con la mente, como si aún la tuviera. Es como un fantasma, una *pantuma* que no deja de perseguirme.

–A mí todo esto me resulta muy extraño; tal vez sea por todo lo que has vivido en la guerra, que te ha tocado un poco el *sentidu*, pero pasará…, pasará –le dijo, mientras hacía la cama.

–Es inútil, mira que eres dura de mollera, no quieres entender que el dolor de esta pierna no me deja en paz y no me dejará en paz jamás…, jamás en la vida.

–Estás cansado; con el tiempo, lo superarás. Ahora, de noche, hablas y llamas a gente que estaba ahí contigo en el monte Zebio, pero ya verás que, con un poco de paciencia, lo superarás. Sí, lo superarás –dijo, agarrando las mantas y tratando de estirarlas sobre la cama–. Y estate tranquilo, que no es nada grave; con este tratamiento del doctor, estás mejorando, y mucho.

Con un gesto de la mano, Jubanne apartó a la esposa, gimiendo de dolor o, si acaso, de desesperación. Con la otra, se subió la sábana hasta el mentón.

Mallena pensó en las caricias de hacía unas noches; eran las mismas manos que ahora la alejaban.

Aquella mañana, después de desayunar, Rosa y Daniele se fueron a la escuela. Jubanne se había levantado tarde y Mallena le había

esperado para comer juntos.

–¿Qué dices, voy a ver al doctor Onnis? Ya hace tiempo que no lo llamamos, ¿no? Desde que te dio las medicinas, hemos hablado unas pocas veces por la calle o en la farmacia, pero ahora le puedo pedir que venga a visitarte y a verte la pierna, si es que la notas diferente.

Mientras tanto, cogió un racimo de uvas pasas, pero todavía jugosas, del cordel que estaba colgado de la viga de la cocina y las comieron juntos, con una rebanada de pan y un trozo de queso *pecorino*.

–El médico ya no se deja ver por ningún lado. Y mucho menos volveremos a ver el dinero que hemos gastado en las medicinas. –Después de suspirar hondo, Jubanne siguió picoteando las uvas–. Sí, vete y dile que me duele la pierna y que ahora tengo una mancha color vino que no sé qué es.

Mientras se dirigía a la casa del médico, Mallena recordó aquel encuentro en la farmacia. Por el atuendo elegante e impecable de la joven, había intuido a quién tenía enfrente, a menos de un paso, y por la mirada sorprendida del farmacéutico, seguida de aquella sonrisa forzada, había tenido la certeza de que no se trataba de una clienta proveniente de uno de los pueblos aledaños para comprar un medicamento, sino de la comadrona. Los segundos siguientes, en los que nadie había pronunciado ni una sola palabra, habían supuesto para ella una confirmación.

Cuando llegó a la casa del doctor Onnis, ante su insistencia, la casera la recibió. La condujo a la sala que el doctor utilizaba a modo de consulta para examinar a los pacientes. Mallena permaneció a la espera, con las manos unidas, sentada en el pequeño sofá.

El médico apareció poco después, con su infalible pipa entre los labios. A Mallena le gustaba el aroma dulce que emanaba del tabaco. Le recordaba a la canela e imaginaba que sería un producto muy caro, exportado de quién sabe qué tierras lejanas, tal vez del continente americano. Quizá llegaba en uno de esos grandes barcos

de vapor, los mismos a los que, hasta que estalló la guerra, se subieron muchas familias para emigrar hacia una vida mejor.

En el año 1913 se marchó, como muchas otras, una pareja de vecinos de Norolani con los cuatro hijos, la mayor de siete años y el pequeño de uno. Después de su partida, a los padres ancianos, vecinos suyos, les llegó una sola carta, escrita quién sabe por quién, y enseguida buscaron a Rosa, que sabía leer.

> Lamento darles la triste notizia de qe el dia 10 de agosto, solo un mes despues de abistar la tiera de America, perdimos al ijo peqeño por dolor de bariga. Todos los dias le digo a mi muger que sea baliente y que este en paz qe a sido dios qe no a qerido qe este con nosotros y se lo a llevado y nosotros como vosotros nada podemos hacer solo tener pazienzia.
>
> un beso a todos y rezad por mi muger y por mi
>
> vuestro ijo
>
> GIUSEPPE POZZOLU

En su mente seguía grabada la imagen de aquella y de muchas otras familias que, con ropa modesta y todo su mundo encerrado dentro de un fardo atado con un cordel, partían en busca de pan y de dignidad hacia aquellas tierras lejanas.

Mallena desechó aquellos pensamientos y, entonces, el olor del tabaco le recordó a la *tzia* Nonnora, la única mujer que conocía que tenía la costumbre de esnifar tabaco por la nariz. La anciana siempre extraía una cajita de hojalata abollada del bolsillo de la falda y, con los dedos en pinzas, cogía una pizca de tabaco y lo acercaba a la nariz, aspirando con fuerza para esnifarlo. Cuando la observaba, Mallena tenía la impresión de que participaba de manera indirecta en aquel ritual, el cual parecía imprimir un aire nuevo y sereno en el mundo circundante. Pero probablemente, pensaba, no se debía al ritual del tabaco, sino a la presencia tan pura de la anciana, colmada de su sabio halo de misterio.

–¿Qué pasa, Mallena? –preguntó el doctor Onnis, rompiendo el hilo de sus pensamientos. Mallena parpadeó y centró la mirada en el doctor–. Hace unos días, me dijiste que tu marido se encontraba

bien, y me alegro; significa que el tratamiento que le he prescrito ha surtido efecto.

–Estas semanas parecía estar mejor –admitió ella–, pero ahora no se encuentra bien; le duele la pierna.

–No me puedo creer que el tratamiento que le he prescrito no esté funcionando. ¿Estás segura de que estás siguiendo bien mis indicaciones?

–*Sissede*, doctor, pero ahora le ha salido una *ispezie* de marca que parece una gota de vino y, además, sigue sintiendo dolor en esa pierna que… que ya no tiene.

–Eso les pasa a muchos soldados. Un colega mío del continente, que ha participado en un estudio sobre soldados heridos, me ha comentado que se trata del «síndrome del miembro fantasma». Es un trastorno mental… –Y, cruzándose con la mirada llena de interrogantes de Mallena, prosiguió–: Una broma de mal gusto que hace que la cabeza todavía se acuerde de la pierna perdida y que el cirujano militar Ambroise Paré, hace más de tres siglos, ya conocía. Pero pasará; tarde o temprano, pasará –concluyó, dando una calada a la pipa, complacido con lo exhaustivo que había sido en aquella explicación.

–Yo intento aparentar normalidad, pero temo que Jubanne acabe aislándose, como le pasó a Totore, que, desde que ha vuelto de la guerra, está encerrado en casa, sin hablar, y camina de aquí para allá todo rígido, con los brazos colgando y la mirada perdida –dijo Mallena, asustada por sus propios pensamientos–. Y su familia dice que no deja de llorar sin un motivo aparente o que se queda horas sentado en un taburete y hasta se le cae la baba de lo *attontau* que está. La *mamaj*, pobrecita ella, a veces incluso se lo encuentra comiendo la ceniza de la chimenea o la tierra del huerto.

Cerró por unos instantes los ojos: sentía que le ardían y no quería que el doctor la viera llorar.

–Lo sé, lo sé, pero Totore es un tonto de guerra; de esos que, si van a la costa a Sa Caminera, no ven ni el agua. Pero el caso de Jubanne no será así, tranquila.

–Pero es que él siente como pinchazos de aguja o le parece que puede mover la pierna que no tiene –continuó–. Sufre, sufre y yo

también sufro por verlo así.

–Si has seguido mis indicaciones, puedes estar tranquila. Pero cuidado: sigue dándole todo lo que le he recetado y haciéndolo e-xac-ta-men-te como te he dicho yo. Luego, uno de estos días, iré a verlo.

Mallena estaba a punto de preguntarle algo más. Además de la situación del marido, le habría gustado saber si de verdad él también estaba convencido de que llamar a una comadrona joven y sin experiencia era lo mejor para las mujeres de Norolani. Si de verdad se sentiría más tranquilo con los partos que estaban a la vuelta de la esquina.

No obstante, el olor de la pipa de aquel hombre henchido de soberbia que le hablaba de aquella manera tan arrogante de pronto le revolvió el estómago. Se mordió el labio inferior, se colocó el chal sobre la cabeza y se marchó sin despedirse.

Al salir de la escuela, entre la algarabía de los niños, Rosa buscó con la mirada a Daniele.

–Vuelve a casa solo; yo voy a ver a Nina.

Dando brincos, su hermano se unió al pequeño grupo que subía hacia la parte alta del pueblo.

–¿Cómo estás? –le preguntó Rosa a la amiga después de llegar a su casa.

Nina estaba en la cocina, mientras la madre cocinaba; en la sartén chisporroteaba una loncha de tocino con cebolla y borraja.

–Ni yo misma sé cómo estoy –respondió, volviendo la cabeza hacia la ventana que daba al jardín.

–Vuelve a clase. Ahora que es una escuela pública, quizá añadan un sexto curso y, entonces, aprenderemos muchas más cosas.

Antes de hablar, Nina le lanzó una mirada a la madre, que cocinaba fingiendo que no las escuchaba. Entonces, miró atentamente a la amiga.

–Desde que mi *babaj* se ha marchado, mi *mamaj* ya no me deja salir de casa. Tal vez te hayas enterado de que incluso han organizado una batida en los campos y en el bosque. Con la ayuda

de las personas del pueblo, los *carabinieri* lo están buscando por todas partes, pero sigue sin saberse nada de él.

La madre de Nina había presentado la denuncia de desaparición en el cuartel de los *carabinieri*. Los militares habían ampliado la búsqueda hasta los campos y los rediles de la zona, luego habían llegado hasta el mar en Nuras y en Sa Caminera, peinando a caballo y a pie cada arbusto, roca o recoveco. No habían encontrado ni una sola huella del hombre y habían declarado su desaparición. Así y todo, entre las personas a las que habían interrogado para recabar más información, varias les habían mencionado a los *carabinieri* que, en los últimos tiempos, Mallena había ido de visita varias veces a la morada del desaparecido.

Y, así, dos jóvenes militares se habían presentado en su casa.

–Buenos días, sabemos que Nina, la hija del hombre desaparecido, es amiga de su hija Rosa. Queríamos saber si ha visto o hablado con el padre de la muchacha.

–No, hace mucho tiempo que no lo veo.

–Pero usted ha sido vista en varias ocasiones en el domicilio de este hombre. ¿Por qué motivo ha ido con tanta frecuencia a su casa?

–Por nada importante –había respondido con frialdad, devolviéndoles la mirada a los dos–. Una vez, fui a pedirle una rama de romero, que me hacía falta para cocinar un conejo, y de la otra no me acuerdo, así que no debió de ser nada.

–Lo entiendo. La esposa tampoco ha podido darnos información útil. A este hombre parece que se lo ha tragado la tierra –había dicho el *carabinieri*, mirando al colega más joven, el cual guardaba silencio y aferraba entre las manos el sombrero del uniforme con el característico adorno dorado.

Mallena les había fulminado con la mirada, como inquiriendo si querían algo más, pero los dos se habían despedido sin hacer más preguntas.

Para sorpresa de Mallena, el médico se presentó en su puerta unos días después de la charla en su consulta. En la silla de paja de la entrada, apoyó la capa y el sombrero de fieltro de ala ancha con una

hendidura en el centro que usaba para protegerse de las inclemencias del tiempo y, sobre todo, para darse aires de señor.

–A ver qué te pasa. Tu esposa me ha metido prisa para que viniera.

–Doctor, ¿por qué la pierna me duele más que antes?

–Si el tratamiento no está funcionando, la culpa es tuya. A saber qué chapuza estáis haciendo y qué brebajes te habrá dado a beber tu esposa –dijo, clavando su mirada inquisitiva en Mallena.

–Aunque no sepa ni leer ni escribir, soy capaz de seguir sus instrucciones y las del farmacéutico –replicó ella–. Y tengo experiencia con el uso de las plantas, como la tuvo mi madre antes que yo, y a la pierna, desde luego, daño no le he hecho.

–Estoy seguro de que no has seguido bien mis indicaciones; si no, no estaríamos como estamos: me has obligado a volver aquí para perder el tiempo y repetir lo mismo de siempre.

–He seguido al pie de la letra lo que me ha dicho usted. Solo que, cuando las cosas van bien, el mérito es todo suyo; cuando se tuercen, la culpa siempre es de los demás. Yo sé muy bien de qué pie cojea usted.

Mallena se calló, pensando en todas las veces que, por muy contradictorio que fuera, el médico había despreciado su sabiduría tradicional para luego requerir sus servicios siempre que los necesitara. Sabía que él, a diferencia de ella, curaba a sus pacientes dependiendo de cuánto le pagarían: rápido y bien si la familia era pudiente, poco y mal si podía recompensarle solo con requesón.

El doctor Onnis examinó al enfermo, revisando el muñón tanto con la vista como con las manos. Después de palpar la zona, se quedó pensativo, notando las miradas atentas de Mallena y de Jubanne.

–La herida, efectivamente, está exudando líquido serohemático con reacción supurativa.

–Ah… ¿Qué es lo que acaba de decir? –preguntó Jubanne.

–Tengo que prescribir un antibacteriano.

–¿Y para el dolor qué se puede hacer?

–Para el dolor… te voy a recetar morfina. Esa medicina sí que obra milagros.

El médico preparó la receta y Mallena lo acompañó a la puerta. Antes de que saliera, lo retuvo por un brazo.

–Y… esa mancha oscura que tiene en el muñón de la pierna cortada, ¿qué es? –le preguntó en voz baja, para que el marido no la oyera.

–Por ahora haz lo que te he dicho; más adelante, si la mancha sigue agrandándose, puede ser, aunque solo es un decir…, puede ser que sea necesario operarle para amputar otro poco más y limpiar la herida. Y sigo estando convencido de que tú has hecho lo que te ha dado la gana y le has dado algo que le ha sentado mal.

–¿Volver a a cortar? ¿Y quién lo va a hacer? ¿Y dónde?

–Tiempo al tiempo, no nos adelantemos a los acontecimientos. De darse el caso, habrá que consultar a un buen cirujano. En Cagliari hay al menos dos eruditos de renombre que han estudiado en el continente. Uno, en particular, es muy respetado.

–Pero ¿cuánto dinero podríamos necesitar para que viniera hasta aquí?

–Cuánto se sabrá solo después de contactar con él. Y, además, habrá que ver si iréis vosotros a Cagliari o si tendrá que venir él aquí. Pero no hay prisa, por ahora sigue con el tratamiento que te he dado y no te inventes nada. Y ya está bien de cháchara, que se ha hecho tarde.

Con la boca entrecerrada, Mallena se quedó aferrada a la puerta, viendo al médico marcharse, mientras una profunda inquietud le subía por la espalda hasta apoderársele de los hombros y del cuello.

Capítulo 23

La visita del doctor Onnis había sumido a Mallena en un inesperado estado de desconsuelo. Mimina, que, a la mañana siguiente, fue a hacerle una visita, se la encontró sentada en una esquina de la cocina, envuelta en un cono de sombra, masajeándose las sienes.

–Oh, lo último que necesitaba era esta noticia, justo ahora que la situación parecía empezar a mejorar y Jubanne y yo comenzábamos a hacer planes de futuro para la familia –dijo Mallena.

Mimina le tenía cariño, la quería como si fuera de la familia. La mayoría de las veces, era Mallena la que la sostenía y la consolaba, no al revés, y aquella inversión de los papeles la dejaba desconcertada. Sin moverse, la abrazó solo con la respiración y con la mirada.

Apenas tuvieron tiempo para tomarse un café, sin llegar a confiarse sus penas, cuando una mujer se asomó a la puerta entrecerrada de la entrada.

–Mi vecina tiene contracciones desde anoche, pero ahora se han vuelto más fuertes.

Mimina se despidió con un gesto de la cabeza, levantando tras de sí un aroma a helicriso y a café de cebada tostada. Asomando apenas la cabeza por el dormitorio, Mallena se apresuró a decirle a Jubanne:

–Voy a salir.

Y, sin esperar una respuesta, cogió el chal y se fue.

Esquivando algunas gallinas que escarbaban en la calle, a paso ligero avanzó entre los muros de piedra oscura que marcaban el camino, interrumpidos de vez en cuando por los geranios de los

alféizares. Sabía dónde estaba la casa. La mujer que había venido a llamarla, corpulenta y de baja estatura, apenas lograba seguirle el paso y, en más de una ocasión, estuvo a punto de caer rodando cuesta abajo.

Cuando llegaron al tramo plano de la calle, de un camino lateral salió Angelica y Mallena se detuvo de golpe. Entre las dos, no más que una mirada fugaz, antes de que la mujer que la seguía haciendo aspavientos casi tropezara con ella.

–¿Alguien ha ido a llamarla a ella también? –le preguntó Mallena, sosteniéndola por los hombros, para que no se cayera.

La otra se estremeció de pies a cabeza mientras negaba con la cabeza una y otra vez, casi ofendida.

Las dos expertas se miraron en silencio. Habiendo comprendido el significado de la frase, la más joven se sintió presa del desaliento y notó un ligero temblor en las piernas. Se quedó observando a las otras dos, que reemprendían la marcha a paso ligero, hasta que ella también siguió su camino, aunque seguía sintiéndose inquieta.

–*Mancu male* que has venido; temía morirme si no llegabas ya.

–¿Por qué estás sola?

Antes siquiera de terminar de formular la pregunta, Mallena recordó que aquella familia, como muchas otras, desde hacía años iba de desgracia en desgracia: en 1913, se había visto afectada por la sequía que había acabado con la vida de más de la mitad de los animales de la zona; a finales del mismo año, la suegra de la mujer había fallecido de malaria. Después de aquel año de desgracias, al siguiente la filoxera había echado a perder los viñedos: primero se habían secado las hojas, luego habían muerto las cepas.

–¿Cómo que por qué estoy sola? ¿Te has olvidado de que, como si no nos bastaran todas las desgracias que nos han caído encima y que nunca vienen solas, el invierno pasado también murió mi *mamaj*, que se cayó redonda cuando iba al río para lavar la ropa?

Ambas sabían bien que, desde que los hombres habían tenido que partir al frente, las mujeres se habían quedado solas luchando contra todo, incluida contra la naturaleza, para sobrevivir. A medida

que los quehaceres se volvían, día tras día, más exigentes, más de una había acabado de forma prematura en el cementerio.

En pleno combate en el frente, manipulando con manos casi congeladas un arma de retrocarga, el marido de la mujer había provocado por error una llamarada que le había causado quemaduras en las manos. Le habían curado en el hospital del campamento y le habían enviado a casa para pasar algunas semanas de convalecencia. Había llegado a Norolani a comienzos de febrero, el día de la Candelaria. La familia se había puesto en contacto enseguida con la *tzia* Nonnora, quien había recitado durante días sus oraciones y había frotado el cuerpo y la ropa del hombre con menta, romero y lavanda para mantener alejadas a las moscas y a los mosquitos, aunque también a parásitos como pulgas y ácaros, mientras que Mallena había preparado para él un emplasto a base de bulbos de azucenas silvestres y de aceite de lentisco, que había aplicado todos los días sobre las quemaduras. El hombre había vuelto a marcharse los últimos días de Cuaresma, sin saber que un hijo venía en camino.

–Vete ahora mismo a llamar a alguien más. ¿No ves que nosotras solas no nos apañamos? –le ordenó Mallena a la vecina, que, de pie, se había apoyado con los codos en la mesa para recuperar el aliento, sofocada como estaba por la carrera.

Si fuera por la tarde o por la noche, le habría pedido a Rosa que la acompañara para que la ayudara, pero, por la mañana, no; prefería que la hija fuera a clase.

La mujer, jadeante, salió de nuevo meciendo las anchas caderas.

Después de unas pocas contracciones, con un único empujón, casi escurriéndose en el líquido amniótico que se había soltado sin previo aviso, el recién nacido salió solo, como si hubiera estado esperando los paños calientes que Mallena había tenido el tiempo justo de colocar debajo de la pelvis de la madre.

Mientras el pequeño chillaba sin cesar, la vecina se presentó acompañada de otra mujer: una acercó los otros paños calientes que estaban delante de la chimenea y la otra fue a coger un cubo de agua del pozo para llenar el caldero sobre las brasas.

–Tenía tanta prisa por salir que hasta ha nacido con la camisa puesta –comentó Mallena, sonriente, apartando la membrana del saco amniótico que envolvía parte del cuerpo del pequeño.

–Ni siquiera ha tenido tiempo de quitársela –bromeó una de las vecinas, sonriendo y acercándose a la partera para ver mejor–. Que esto sea señal de salud y buena suerte.

Lo secaron con delicadeza y lo envolvieron con firmeza.

–Así ceñido, el bebé se siente protegido y a salvo, como si siguiera dentro del vientre.

Después de enseñarle el recién nacido a la joven madre, que la miraba a ella desorientada, Mallena se lo tendió.

–Pero así… no puede ni moverse el *mischineddu* –dijo, vacilante.

–Acaba de nacer; dale el tiempo suyo para que se acostumbre al mundo exterior, que es mucho más grande que el mundo interior que conoce él.

Colocándole el bulto entre los brazos, Mallena la miró satisfecha y la madre, levantándose para sentarse mejor, enderezó los hombros en un intento por serenarse.

Volvió a pensar en Rosa y se sintió aliviada al saber que estaba en la escuela. A menudo se sentía entre dos aguas: deseaba transmitirle sus conocimientos, pero estaba convencida de que aquel era el lugar más apropiado para su hija. Allí podía tener una educación mejor que la que le podría dar ella tan solo con la sabiduría práctica, aunque esta también le pareciera indispensable. Estaba convencida de que, en la escuela, podría aprender no solo a razonar y a entender la vida, sino también a encontrar su lugar en el mundo sin tener que depender, en un futuro, de la familia o de un marido, como era el caso de casi todas las mujeres que conocía. Y pensó que tendría más posibilidades de que reconocieran sus derechos sin tener que sufrir tanto, como le sucedía a ella desde que tenía uso de razón.

Al volver a casa a comienzos de la tarde, se encontró a Jubanne en la cama. Después de hacer los deberes, Rosa y Daniele se habían

ido con Pitiola a las afueras de Norolani para recoger un haz de leña, tal vez dos si no se ponía a llover.

La energía que se había despertado en su interior debido a la urgencia de tener que ayudar a una parturienta se disipó y la invadió una necesidad imperiosa de descansar. Se sentó con los codos bien firmes sobre la mesa de la cocina, que, en aquellos momentos, le parecía el único punto de apoyo lo suficientemente robusto como para sostener el peso que notaba sobre los hombros. Comenzó a reflexionar sobre las palabras que le había dicho el médico: «Amputar otro poco más». ¿Cómo sería posible? La pierna de Jubanne ya estaba cortada… ¿Y qué podía haber hecho ella para empeorar la situación de aquella manera? El sudor le bañaba el surco encima del labio superior; sentía que sus pensamientos estallaban como esquirlas que salían disparadas de un rincón de la cabeza al otro.

Y, además, con un nudo en el estómago y los ojos cerrados, sus sentidos revivieron fragmentos de sus pesadillas más frecuentes: imágenes del monte Fumai y de las cuevas kársticas del Supramonte, gritos de rabia que casi parecían emerger de la tierra y, por último, Jubanne, los arranques de pasión que sentía por él y sus gritos cuando no soportaba el dolor del cuerpo.

Tenía la certeza de que se le estaba escapando el control de su vida.

Cuando se acercó a la casa de Jubanne para pasar un poco de tiempo con su hijo, la *tzia* Zizza encontró a Mallena en ese estado y le hizo un gesto con la mano para que saliera al jardín.

–Ven, que aquí fuera podremos hablar más tranquilas. Si es que, de verte así, me estoy quedando sin aire.

–Sí, mejor salgamos –respondió ella, colocándose al lado de la suegra, que se había sentado debajo del níspero, en una punta de la piedra pulida que descansaba a modo de asiento debajo del árbol.

Mallena tenía las manos sudadas y, en ciertos momentos, sentía que no paraban de temblarle.

–¿Qué ha pasado?

–El doctor ha dicho que, si esa mancha sigue creciendo, tendrán que cortarle más la pierna… –le reveló–. Pero me da miedo que le quiten toda la pierna hasta… hasta deslomarle entero. Pobre Jubanne, mi amor…

–Madre de Dios, ¿cómo es posible? ¿Y quién haría algo así? El de aquí no creo.

–No, él no, ha dicho que habría que llamar a un *luminato* de Cagliari, a uno que ha estudiado en el continente.

–Me parece increíble, con lo bien que estaba yendo todo… No, no, Jubanne ya ha sufrido bastante, ya verás que un moratón o una mancha tan pequeña no puede ser tan grave. *Animu*, Mallena.

–Yo, en cambio, pienso que, con todo lo que ha estudiado el doctor Onnis, sabrá mejor que nosotras cómo está la cosa y si ha dicho eso…

Suspiró, y, como hipnotizada, fijó la mirada en las grandes hojas del níspero que yacían en la tierra como una alfombra deshilachada y olvidada.

–Se me parte el corazón… –dijo la suegra, que, estremeciéndose, la miró consternada, y, entonces, se giró para esconder las lágrimas que comenzaban a resbalar por sus mejillas.

Sin hablar, permanecieron debajo del árbol con lágrimas duras y silenciosas, como si fueran granos de arena del mar. Ambas sentían que les quemaban los ojos, precisamente como si aquella misma arena se les hubiera metido entre los párpados.

–Venga, ten coraje, *fizza* –dijo al fin la suegra, sonándose la nariz sin hacer ruido con un pañuelo de hombre que había sacado del bolsillo del delantal negro–. Siempre le digo a todo el mundo que sabes cuidar de ti misma y de tu familia mejor que nadie.

Mallena le agradeció aquellas palabras de ánimo.

–Y, en caso de necesidad, sé depender de mí misma y de mis propios brazos –respondió entre suspiros, consciente de que aquello no siempre era cierto, pero en aquel momento necesitaba creérselo.

–Pero recuerda que, aunque seamos pobres, también nos tenéis a nosotros para echaros una mano; no importa que tengamos que vender hasta el último pañuelo que tenemos –dijo, agitando el que tenía en la mano–. ¿Sabes qué vamos a hacer, Mallena? Vamos a

hablar con el *prejde* Nieddu, que ha estudiado en el seminario en Cagliari y seguramente conozca a ese médico *illuminato*.

–Pero el doctor Onnis no me ha dicho ni siquiera cómo se llama el doctor de Cagliari ni tampoco en qué hospital trabaja…

–No te preocupes, conoce a mucha gente y ya verás que nos ayudará a encontrar a ese doctor. Además, es de todos sabido que los curas, si quieren, entran hasta en el mismísimo *inferru*.

Cuando las dos mujeres se presentaron en la iglesia, justo acababa de terminar la misa vespertina y encontraron al sacerdote todavía con la casulla y la ropa litúrgica puestas.

Sin dejar de murmurar entre sí, la sirvienta del cura y algunas mujeres presentes en la iglesia estaban atareadas retirando el mantel y el resto de las cosas para la misa. El sacristán estaba terminando de pasar el matacandelas por la iglesia: con el cono de metal colocado en la punta de una vara de madera, se acercaba a los candelabros de latón perfectamente bruñidos, hasta el punto de que parecían de oro, como si la sirvienta del cura, con aquel resplandor, tratara de expresar su devoción.

El sol había desaparecido en poniente, pero sus reflejos sangrantes todavía teñían todo el interior de la iglesia, donde perduraba el olor a incienso y a las velas que acababan de apagarse.

Después de que la *tzia* Zizza hubiera terminado de exponer el motivo de la visita, el sacerdote se quedó mirando a las dos mujeres.

–No estaría de más que también pensarais en la salvación del alma, además de la de la pierna. ¿Quién os ha visto a vosotras dos en la casa de Dios?

La sirvienta, que los escuchaba a pocos pasos de distancia, asintió, pero aquella acusación dejó a la *tzia* Zizza atónita.

–Pero yo… yo no he faltado nunca a la primera misa del domingo y he venido a todas…, bueno, casi todas las novenas del patrón san Juan y también a las ceremonias en honor de santa María del Mar. He venido, y eso que… para llegar hasta aquí he de caminar durante más de una hora.

Mallena había acudido a ver al cura a regañadientes, para contentar a la suegra y sin esperarse nada bueno. Aun así, si en su corazón todavía albergaba la esperanza de que aquel hombre la ayudara, en sus palabras había percibido un violento sentimiento de ira. Una vez más, el *prejde* Nieddu se mostraba incapaz de escuchar al prójimo, de sentir compasión, de acercarse a quienes confiaban en él como representante del ser supremo que todo lo gobernaba, como sí sabían hacer su predecesor, un hombre sereno y generoso, y otros religiosos a los que ella había conocido.

Trató de contenerse, pero, cuando pensó en el dinero que el padre había exigido para dar la absolución a Jubanne, siendo muy consciente de que les hacía falta para comprar los medicamentos, sintió que la sangre se le subía a la cabeza.

–Usted solo sabe hablar claro cuando le conviene, y lo que le conviene dista mucho de lo que se predica en el Evangelio… Si no, lo que dice no es más que una sarta de palabras vacías, un sinsentido detrás de otro. No se le entiende nada: sus sermones no se quedan pegados ni en la pared –dijo, mirándolo con desprecio.

–Más vale que te calles –masculló el cura, levantando la cabeza.

–Jesús, María y José –se había puesto a murmurar, mientras tanto, la *tzia* Zizza, y acompañó sus palabras de una larga serie de persignaciones.

El cura, que notó un escalofrío en la espalda, no encontraba más palabras con las que responder a aquella insolente.

–Sí, quédese callado, que así está más guapo. Debería ser capaz de dar consuelo y de llegar al corazón de la gente pobre como nosotras, pero, cada vez que abre la boca, sus palabras o son dardos o, solo de oírlas, dan ganas de taparse los oídos.

En el fino cuello de Mallena, las venas oscuras se habían hinchado de tal forma que parecían a punto de estallar. Siguió mirando fijamente al cura, desafiante. Una de las mujeres presentes, con el conopeo de seda del sagrario aún en la mano, se acercó para ayudar al *prejde* Nieddu, cuyo rostro se había puesto colorado. Un relámpago siniestro atravesó los ojos del párroco.

–Pareces una hija del demonio. Sal de aquí, sucia, y no vuelvas a poner un pie dentro. ¡Fuera, fuera, fuera de la casa de Dios! No eres

más que una infiel.

Con las facciones desfiguradas por la rabia, el *prejde* Nieddu alzó el brazo y con el índice la señaló primero a ella, a la puerta después. La endeble sirvienta, temiendo que el cura pudiera desmayarse, se aproximó, dispuesta a inmolarse para ayudar al hombre.

Mallena cogió a la *tzia* Zizza de un brazo y la arrastró fuera de la iglesia. Sin entender siquiera dónde estaba poniendo los pies, la pobre anciana tropezó con uno de los peldaños de la entrada y estuvo a punto de caerse al suelo. Solo cuando las dos mujeres dejaron atrás la plaza, el cura, que las había seguido con la mirada perpleja desde la puerta de la iglesia, bajó el brazo con el que las señalaba. Entonces, volvió a entrar. La sirvienta, no sin esfuerzo, le quitó la casulla que él aferraba con la otra mano con tal fuerza que las uñas, clavadas en el tejido, habían rasgado la valiosa tela.

Apoyándose en la devota, el párroco tuvo que sentarse en uno de los bancos, mientras una de las mujeres lo abanicaba y, para que se refrescase, le tendía un vaso de vino fresco, el *cannonau*, que habían cogido fresco de la sacristía, de una garrafa colocada dentro del mueble donde se guardaban los registros parroquiales.

El sol se había ocultado allende el mar hacía al menos una hora cuando Mallena regresó a casa. Estaba consternada por la forma en la que había reaccionado con el *prejde* Nieddu y por la angustia en la que había dejado sumida a la *tzia* Zizza, que había querido volver sola a su casa. Dejándose caer en una silla en la cocina, reparó en que una sensación de cansancio se apoderaba de todo su cuerpo. La cicatriz del cuello le tiraba y limitaba sus movimientos.

Ante ella, Rosa estaba colocando en la chimenea los leños que hacía un rato, junto con Daniele, había descargado de la albarda de la burra, pero, a pesar de que soplaba con ímpetu, estaban tan frescos y húmedos que le llevó tiempo y paciencia encenderlos. En los breves instantes en los que la muchacha conseguía reavivar el fuego, la luz de la llama iluminaba su delicado semblante y, entonces, refulgía su cabello negro, como el de su madre, recogido en una larga trenza.

Pudieron comer la cena cuando las campanas ya habían dado las ocho y el humo se había adueñado de cada rincón de la cocina, llegando hasta el interior de las otras dos habitaciones.

Aquella noche, Mallena fue incapaz de conciliar el sueño, pues pensaba en el *prejde* Nieddu y se preguntaba qué significarían para él ese Padre Eterno sobre el que predicaba y la fe a la que dedicaba toda su vida. En la religión, ella veía algo que iba más allá de la Iglesia, algo que abarcaba todos los poderes que el hombre no podía y no sabía controlar, los que no respondían a las reglas de la razón. «¿El cura sentirá alguna vez las mismas cosas que sentimos nosotros?», se preguntó, sumida en un duermevela, pero no pudo responderse.

Capítulo 24

Si su llegada le había parecido prometedora, a pesar de alguna que otra dificultad a la que había tenido que hacer frente, para Angelica fue toda una desilusión darse cuenta de que, después de un mes de firmar el contrato de trabajo, las mujeres de Norolani y de Tennairi seguían prefiriendo a Mallena.

Hasta entonces, no se le había ocurrido pensar que todo lo que le había sucedido en su anterior cargo como comadrona pudiera repetirse en otro lugar. Conocía bien la sensación de sentirse paralizada, sin trabajo, en un lugar desconocido y hostil, y decidió que no podía volver a pasar. Se preparó con esmero y, después de recogerse el cabello y de calzarse los zapatos nuevos de tacón medio, fue al ayuntamiento y preguntó si podía hablar directamente con el alcalde.

–He venido para informarle de que, en todo este tiempo, no he asistido a ninguno de los partos que ha habido en Norolani y en las inmediaciones –dijo de corrido, antes incluso de que el señor Sotgiu la hubiera invitado a sentarse–. Pero esto usted ya lo sabía, teniendo en cuenta que no me he presentado en la oficina del registro civil para tramitar ni un solo certificado de nacimiento, y eso que ha habido cuatro en el último mes. Todas han recurrido a esa practicante, esa comadrona sin estudios que vive aquí.

–Verá, señorita… Sea paciente y deles tiempo a estas mujeres. Tienen que acostumbrarse a usted, que las mira con los ojos de una forastera. Como entenderá, son pudorosas –contestó el alcalde con una sonrisa, y desvió inmediatamente la mirada.

–Ya llevo aquí varias semanas… Mejor dicho, más de un mes. He avisado a todo el mundo, he dejado mi letrero en la tienda, en la farmacia, en la consulta del médico, en el puesto de sales y tabacos y hasta en la sastrería, en la zapatería y en la mercería, pero no me han llamado ni una sola vez.

La joven se dejó caer en la silla que el señor Sotgiu le había acercado.

–Ya se habrá enterado de una forma u otra de que en Norolani muchas personas, en especial las mujeres, no saben leer. Pero que sepa que yo le he mandado al pregonero que recorra el pueblo todos los días una y otra vez para anunciar su llegada a toda la población. También me han dicho que en Tennairi el alcalde lo ha pregonado de la misma manera –añadió, evitando en todo momento la mirada de la comadrona con mucho cuidado.

–Pero ¿cómo es posible que, entre las mujeres que han parido esta semana, ninguna me haya mandado llamar? Todas han confiado en esa partera, que las ayuda a dar a luz sin tener estudios y que, por si fuera poco, me parece que es completamente analfabeta.

–Pero, señorita Angelica…, la señora Mallena lleva aquí dieciséis años y usted es una recién llegada –dijo el hombre, esbozando una sonrisa.

Trataba de aplacar la decepción de la joven comadrona, pero, en realidad, pensaba en Mallena, en su trabajo, en el que nunca había escatimado esfuerzos, y en las circunstancias en las que se encontraba ahora que Jubanne había regresado con una grave discapacidad que le impedía mantener a la familia. Y seguía pensando, desde luego, en la hiriente derrota en el consejo municipal. Permaneció en silencio, con el ceño fruncido, y la joven lo interpretó como un indicio de que estaba reflexionando sobre su situación.

–Lo que usted diga –prosiguió Angelica–. Creo que la he visto en alguna ocasión, aunque no nos han presentado ni hemos intercambiado una sola palabra. Aun así, me ha quedado claro que ella es una persona importante en esta comunidad –reconoció, muy a su pesar–. Sea como fuere, seguiré a la espera de una oportunidad

para hacer mi trabajo. Pero no quisiera que, delante de nuestras narices, las autoridades toleren con tanta negligencia que una mujer ejerza de manera ilegal de comadrona.

Y, a modo de despedida, esbozó una leve sonrisa con la boca cerrada.

El secretario, el ordenanza y el otro funcionario municipal se asomaron por la puerta de sus oficinas para seguir con la mirada a la joven, que se alejaba alicaída con el sombrerito en la cabeza y los hombros tensos.

El alcalde sabía que no solo era cuestión de tiempo. Por la información de la que disponía, recabada casi toda por su esposa, las mujeres de Norolani no tenían ninguna intención de confiar, a la hora de traer al mundo a sus hijos, en una desconocida proveniente de la ciudad.

Al cabo de unas horas, cuando volvió a su casa, el señor Giuseppe Sotgiu seguía inquieto por la situación en la que se encontraba Angelica y más aún por la de Mallena, de la que, en parte, se consideraba responsable. Sobre todo, el caos que se había desatado en su cabeza se debía a que era consciente de que, si él hubiera sabido gestionarla mejor, la situación de Mallena se habría podido resolver hacía ya años. Pero sabía que, a estas alturas, era demasiado tarde.

Se reunió con su esposa en la cocina y, en cuanto ella terminó de colocar debajo del fregadero las dos ánforas de terracota con agua para beber, que la criada había ido a coger a la fuente de la plaza, le preguntó qué le parecía el boicot que se había organizado contra Angelica. Era un boicot que le costaba casi seiscientas liras: tal era el sueldo que cobraba la obstetra.

–Vuestra «obstreta», o como sea que la llaméis, se habrá diplomado en la Universidad de Pavía y todo lo que tú quieras, pero para nosotras no deja de ser una *istranza*, una forastera –dijo la mujer, gesticulando–. Y no sigas fingiendo que no te has dado cuenta de la *tontesa* que lo que habéis hecho tú y el consejo municipal ha sido una metedura de pata de las buenas, que parece que en la cabeza tenéis patatas en vez de un cerebro como Dios

manda –continuó con seriedad, mientras tapaba las ánforas con unos corchos.

–Pero tú sabes cuánto me habría gustado a mí que las cosas hubieran sido diferentes, sobre todo para Mallena –se defendió el hombre. Sabía bien que el descontento de su esposa reflejaba el de las demás mujeres de Norolani.

–Para empezar, vaya manera que tiene de hablar la tal *sennorina* Angelica, que no le entendemos ni una palabra. Y me da igual que Italia, como tú dices, sea desde hace cincuenta años nación unida también en la lengua. Y ¿por qué? Solo porque lo han puesto por escrito en una hoja de papel, se creen que ya no hay más que hablar. Pero ¿qué es eso de que ahora tenemos que hablar en otra lengua, a ver? –prosiguió ella, visiblemente irritada–. Las cosas son como son: con esa *istranza* va a ser difícil que nos entendamos, y eso mismo es lo que dicen todas las demás.

El alcalde se miraba los zapatos.

–¿No teníais nada mejor que hacer tú y los demás que contratar a esa mujer? ¿Y Mallena? –prosiguió la esposa, que, cuando se acaloraba, gesticulaba como si la sangre le hirviera en las manos–. Imagino que no tendrás una respuesta que darme. En fin, mientras te lo piensas, yo voy a hacer un recado y… a respirar un poco de aire fresco, ya que estamos.

Salió dando un portazo.

Solo en casa, el alcalde comenzó a pensar que la esposa tenía razón. Se desplomó en una silla y rememoró aquellas últimas cinco o seis semanas desde la conversación que había tenido con Mallena en su despacho. Le pareció oír, una vez más, los pasos de ella dirigiéndose a su despacho, el sonido de los clavos de sus suelas mojadas…

Varias veces, desde entonces, se había cruzado con ella cuando iba de camino a las casas de las mujeres de Norolani, de las que habían tenido un hijo y de las que lo habían perdido. Se había enterado de que había gastado en la farmacia todos sus ahorros y de que, para costearse los medicamentos del marido, también había pedido prestados los ahorros de los suegros. Un sentimiento de compasión por aquellos infelices lo acompañó el resto del día.

Angelica esperó unos días más a que hubiera algún cambio, pero el alcalde había prometido poco y había hecho incluso menos. Si tuviera más información, la obstetra sabría que el alcalde y la administración municipal se comportaban con ella con la misma ambigüedad que llevaban años demostrando con Mallena. Igual de ambigua era la conducta de los legisladores a la hora de tratar de resolver la cuestión de las parteras sin licencia que trabajan ilegalmente de comadronas, con una serie infinita de soluciones transitorias. Todos sabían muy bien que ninguna ley podría eliminar de golpe a las parteras sin título, a quienes los propios administradores y legisladores reconocían el valor de la práctica y de la experiencia, traicionando, así, las expectativas de las comadronas diplomadas en la universidad.

Una mañana, desvelada por una sensación de desasosiego poco antes del amanecer, antes incluso de vestirse, Angelica apartó la cortina de la puerta que daba a uno de los balcones. Observó pasar a una anciana que regresaba con dos atados de madera seca, uno sobre la cabeza y otro sobre los hombros. Le temblaba el cuerpo del esfuerzo. Angelica reflexionó sobre la vida de las mujeres de aquella comunidad, que libraban, al igual que los hombres luchando en el frente, una extenuante batalla día tras día.

Con melancolía cerró la ventana, se sentó al escritorio y cogió una hoja de papel, la pluma y el tintero. Se puso a escribir.

> Excmo. Sr. subdelegado de Gobierno de Bosa:
>
> La abajo firmante, Angelica Ferrari, de veintisiete años de edad, comadrona encargada del servicio obstétrico en el municipio de Norolani, expone que, desde que ha sido contratada, ninguna de las parturientas ha solicitado sus servicios. Se pone en su conocimiento la presencia de Mallena Devaddis, que ejerce como comadrona clandestina incluso en los pueblos limítrofes, importunando a la abajo firmante en el ejercicio de su profesión y perjudicando no poco sus intereses.

Depositó delicadamente la pluma y se detuvo unos instantes; cogió la pequeña jarra de vidrio y se sirvió un vaso de agua. Después de beber algunos sorbos distraída, se sostuvo la cabeza entre las manos. Sentía, por un lado, que no quería interferir con

tanta malicia, y, por otro, que deseaba reafirmarse en un derecho que consideraba sagrado: el de ejercer en paz la profesión de comadrona en Norolani. Recobró la compostura y siguió escribiendo.

La mujer en cuestión no pide dinero a cambio de su asistencia con el fin de ganarse el respeto de las mujeres, en su mayoría ignorantes, y presta servicios sin conocimiento. El médico, si bien ha intervenido a mi favor, parece no solo tolerar su presencia, sino incluso confiar en esta comadrona ilegal.

La abajo firmante se encuentra sola, lejos de su familia, privada de protección y rodeada de personas que ni siquiera hablan italiano.

Espero que su Excmo. Sr. consiga solucionar el asunto y permita a la abajo firmante ejercer la profesión de obstetra para la que tanto ha estudiado y para la que ha sido contratada.

Reciba saludos cordiales.

Firmado
ANGELICA FERRARI
Norolani, 10 de noviembre de 1917

Con movimientos lentos, colocó la tapa en el tintero, limpió la pluma y guardó todos los instrumentos de escritura en el cajón del escritorio. Mientras se secaba la tinta de la carta que acababa de escribir, abrió la puerta del balcón y se sentó en una silla. Se quedó contemplando las pequeñas nubes blancas que se desplazaban despacio por el cielo y notó que una brisa ligera le atravesaba la bata.

Pensó en los años de su niñez, antes de que se alejara de su familia y de las comodidades de su gran casa en Pavía. Vio de nuevo los balcones con vistas al río Tesino y la neblina que, al elevarse de la corriente, se unía a esas nubes bajas que casi le parecía que podía tocar. Pensó con ternura en su madre y en sus ínfulas de señora, en su coquetería innata.

El escalofrío que le recorrió el cuerpo no se debía a la brisa, sino al pensamiento de qué diría su padre abogado si llegara a enterarse de su miserable situación en aquella tierra lejana y hostil, situación que ella tenía cuidado de ocultar en las cartas que, con frecuencia, escribía a la familia.

Pensó en lo que le había dicho el alcalde acerca de su puesto de trabajo temporal y del salario de quinientas cuarenta liras anuales, cobrado a mes vencido. Pensó en que era el sueldo más bajo de todos los trabajadores municipales, a pesar de que, a diferencia de los demás, ella debía estar disponible a cualquier hora del día o de la noche, tanto en días laborables como festivos, sin ningún tipo de limitación. Si no conseguía ganarse la estima de las mujeres de Norolani, no le renovarían el contrato.

Cerró la puerta del balcón y regresó al escritorio. Después de doblar y meter en un sobre la carta, observó la luz que entraba por la puerta y se percató de que estaba llorando.

Mientras se enjugaba las lágrimas y se recomponía, decidida a no mostrar en público su desconsuelo, oyó la voz de Sofia:

–Baja, querida. El desayuno está listo.

Capítulo 25

Como sucedía a menudo, Jubanne dormía en compañía de los cadáveres descompuestos, de los gemidos y de los alaridos de los compañeros heridos en las montañas. Nada más desvelarse de la pesadilla, palpando las sábanas buscó el contacto con la esposa.

–Soy incapaz de olvidarlo… El silbido de las granadas… El tiempo que pasábamos ahí esperando parecía infinito; horas, semanas… Y las detonaciones parecían salir del vientre de la tierra, que se abría entera, entera. –Ella le aferró el brazo, como para no caer en ese abismo que le describía–. Cuántos chicos muertos para… para nada, solo por el antojo de los *zenerales*. Hombres más locos que ellos no los hay ni en el manicomio y, aun así, los ponen a dar órdenes.

Hundió el rostro en el hombro de ella.

Mallena no encontraba las palabras para paliar la angustia de su marido ni la suya propia, que parecía tener la capacidad de tocarla y de respirar por su cuenta.

–Cuando murió el general al que llamaban el León, y no por su valor, sino por la arrogancia con la que daba órdenes, nos alegramos, brindamos y no nos avergonzamos de ello. A cuántos de nosotros envió a la muerte para… para nada. Muchos soñaban con matarlo.

–Intenta dormir, que estás diciendo cosas sin sentido –fueron las únicas palabras que, abrazándolo, logró pronunciar ella en voz baja.

A la mañana siguiente, Mallena esperó a que las primeras luces se filtraran por los postigos para levantarse. Cuando oyó que las campanas daban las siete, llenó la jofaina de agua para que Jubanne se lavase y dejó la ropa en la silla al lado de la cama. Ambos

agotados por la larga noche que habían pasado dando vueltas entre las sábanas de áspero lino, en aquel limbo entre el sueño y la vigilia donde todo era vago e impedía el verdadero descanso, entraron en la cocina cuando los hijos ya habían terminado de desayunar. Rosa, sorprendida, no apartaba la mirada de su madre, que se había presentado con el largo cabello suelto y, cosa insólita en ella, despeinado.

–*Mamaj*, olvidé decirle que ayer por la tarde, cuando salimos con Pitiola, nos encontramos con la señora Annetta, que me ha dicho que vaya a verla lo antes posible porque tiene algo que decirle.

–Tal vez haya llegado la respuesta de la súplica. Espero que sean buenas noticias, algo que me anime un poco. Estoy que no puedo más. –Entonces, le preguntó a la hija–: Dime, Rosa, ¿qué cara tenía *donna* Annetta? ¿Sonreía? –Pero Rosa no respondió y siguió preparando el desayuno para los padres–. Ojalá sean buenas noticias; así, podríamos comprar medicinas y también ese terreno del que hemos hablado –dijo, sentándose al lado del marido.

Con la mirada fija en las ojeras marcadas de la esposa, pero advirtiendo la esperanza y la impaciencia que destilaba su voz, Jubanne la animó a ir a su encuentro sin más dilación.

–Sí, ahora mismo voy. *Donna* Annetta es toda una señora, pero se levanta con las gallinas, como yo.

–Mejor más tarde; ahora debe descansar, *mamaj*, que tiene una cara… –Rosa habló en voz baja mientras servía las tazas rebosantes de leche caliente.

Daniele, que esperaba a la hermana para ir a la escuela, avivaba los leños encendidos con el fuelle, observando fijamente las chispas y las llamas luminosas.

–¿Sabéis qué? –propuso la madre, dirigiéndose a Rosa–. Con la hora que es, mejor salimos juntos y, antes de ir a casa de la señora Annetta, os acompaño a la escuela, que queda de camino.

Daniele volvió la cabeza boquiabierto; a continuación, como despertándose de un encantamiento, preguntó, mostrando los dientes en una sonrisa y sorprendido por aquella novedad:

–¿Lo dice de verdad?

Por la calle, contento de ir a la escuela con la madre, el niño brincaba cuesta abajo, para luego volver a subir y cogerla de la mano. Mallena los observaba a ambos, pensando, con un vuelco del corazón, que debía comprarles ropa nueva. Si la súplica era bien recibida, podría tener dinero para pagar al *majstru'e pannos*, el hábil sastre y a la hija, Vincenza, que coserían un par de pantalones de paño grueso para Daniele y una falda plisada conjuntada con una blusa clara para Rosa.

Cuando llegaron a la entrada de la escuela, Rosa parecía orgullosa de la presencia de la madre y Daniele, aferrando de nuevo la mano de Mallena, le depositó en el dorso un húmedo beso, antes de correr hacia los compañeros.

Tras llegar a paso ligero a la casa de los Salaris, la partera llamó a la puerta y esperó, admirando la aldaba de latón, tan brillante que le pareció de oro. Vino a abrirle la criada y Mallena aguardó en el vestíbulo hasta que apareció doña Annetta, que la hizo entrar en el despacho y la invitó a acomodarse con un gesto de la mano. Cohibida, tomó asiento con cuidado de no apoyarse en el respaldo del sillón revestido de brocado rojo, en el que debían de sentarse los clientes importantes. Como si fuera la primera vez que entraba en aquella habitación, observó el canapé para tres personas con el respaldo y los reposabrazos acolchados, y olió el perfume que desprendía el cuenco de plata colmado de semillas de lavanda, colocado en el centro de la mesita baja. Dos amplias ventanas daban al patio de la casa y, entre las cortinas, recogidas a ambos lados con una cinta, vio un azufaifo alto y todavía repleto de frutos de color marrón.

Mallena les comentó al abogado Salaris y a la esposa el estado de desánimo en el que se encontraba por la conversación con el doctor Onnis de hacía unos días, así como tras el encontronazo con el *prejde* Nieddu.

–Por el doctor no te preocupes, que te prometo que mi marido moverá cielo y tierra para ponerse en contacto con un buen médico de Cagliari, ¿verdad, Emanuele? –lo urgió la señora Annetta,

reparando en que el marido ya había asentido antes incluso de que lo interpelara.

–Conozco bien a Enrico Pernis, es el director del hospital de San Giovanni di Dio de Cagliari. Él sabrá decirme quién es el mejor cirujano –dijo el abogado Salaris, al que le encantaba alardear de sus conocidos de ciudad, aunque no de la misma manera que el abogado Maxia, quien no desaprovechaba jamás la ocasión de vanagloriarse de las amistades importantes e influyentes que tenía.

Doña Annetta se levantó del sofá y se alisó la falda de muselina color claro, pasándose las manos por las anchas caderas.

–Bien, pues no hay más que hablar. Bueno…, ¿te apetece una taza de café?

Mallena asintió, aguardando ansiosa a que le revelaran la noticia.

La mujer se aclaró la garganta dos veces, girándose hacia el marido.

–Hay otra cosa que debes… que debes saber, Mallena… –comenzó él, de pronto reticente, dando golpecitos a la mesa con un lápiz que sostenía entre los dedos.

–A ver, ¿quieres arrancar de una vez? No le des tantas vueltas. Dile lo que hay y punto.

El abogado miraba a la esposa, la cual, en la puerta que acababa de abrir, se apresuraba a pedirle a la criada que preparara un poco de café.

–Lo lamento…, pero la súplica no… no ha sido aceptada.

Al terminar la frase, soltó el lápiz sobre la mesa y reclinó la cabeza en el respaldo del sillón.

–¿Por qué…? –quiso saber Mallena, sobresaltándose.

–Me han enviado la decisión; han contestado con rapidez, pero…, por desgracia, no es la respuesta que esperábamos. –El hombre la miró mortificado y le dio la sensación de que ella estaba a punto de ponerse en pie de golpe, pero permaneció sentada–. Pensándolo bien, quizá habría sido necesario acompañar la súplica de declaraciones de aprecio por parte del alcalde… por… por la buena praxis, por la dedicación al trabajo o por la asistencia prestada en estos dieciséis años a las mujeres pobres de la zona –añadió,

hablando más para sus adentros que para las mujeres presentes en la sala.

Mallena, a su vez, comprendió que tendrían que haber solicitado y enviado aquellos documentos junto con la súplica y que solo él estaba en condiciones de saberlo y de tramitarlos como era debido.

–¿Lo sirvo yo? –preguntó la criada, entrando en la estancia con el café humeante.

–No, gracias, déjalo por aquí –respondió doña Annetta, peinándose el cabello recogido en la nuca.

La sirvienta apoyó la bandeja de plata en la mesita de madera de nogal decorada con taraceas. Acto seguido, la señora Annetta se acercó con la bandeja y Mallena, al tratar de levantar el platillo de porcelana china con manos temblorosas, volcó la tacita y derramó el café por el precioso centro bordado que decoraba la superficie.

–Oh, no… –exclamó, con la mirada fija en la mancha oscura que, por debajo de los platillos, se extendía hasta inundar las granadas y las avefrías representadas con esmero en el bordado de seda fina. Incluso tuvo la sensación de que presenciaba la escena desde un lugar extraño y lejano.

–Tú no te preocupes, que no es nada –la tranquilizó la señora Annetta, colocándole una mano en el hombro.

Mallena, inmóvil, seguía observando la mancha del café, mientras los dos cónyuges la miraban en silencio, hasta que la vieron ponerse de pie de pronto e, inmediatamente después, caerse redonda al suelo.

Cuando ambos se inclinaron para socorrerla, no hallaron rastro de la elegancia innata que siempre realzaba el porte de Mallena ni de su belleza austera. En el suelo vieron tan solo a un ser demacrado, cubierto de ropa modesta y desgastada. Lo que quedaba de una mujer extenuada.

Tuvieron que recurrir a las sales de amonio, que doña Annetta le colocó debajo de la nariz, y a las atenciones de la sirvienta para que Mallena volviera en sí; seguía en el suelo cuando abrió de nuevo los ojos.

La blusa abierta por arriba dejaba a la vista el cuello y la parte superior del pecho. La piel blanca estaba bañada en el agua fría de

los paños que la sirvienta le había puesto en el pecho y en la frente.

–Me hierve la cabeza, siento que el cuello no me la sostiene. ¡Qué vergüenza! Discúlpenme, pero estoy *stronata,* no sé ni siquiera quién soy ni dónde estoy…

–No te preocupes, y lamentamos todo lo que ha pasado. Tanto mi marido como yo esperábamos que aceptaran la súplica. –La señora Annetta estaba arrodillada y sostenía a Mallena por los hombros–. Cuando te recuperes, le diré a la criada que te acompañe a casa.

Las campanas daban las once y el sol, en lo alto, calentaba los adoquines de la calle y los huesos de los ancianos que se sentaban a las puertas de sus casas. El vapor que se elevaba del agua de los charcos se unía al del sudor de la sirvienta, una mujer de unos cincuenta años que, en mitad de la cuesta, se rindió, agotada. Se despidió de Mallena y la dejó a un centenar de metros de su casa.

Con la escoba de mijo, Mimina barría delante del umbral.

–¿Entras un rato? Enseguida pongo la *culiniedda* al fuego –le propuso cuando la vio pasar.

Le gustaba llamar a la cafetera de esa manera, por el fondo ennegrecido: hacía tiempo que había dejado de frotarlo con la lejía de ceniza para abrillantar el aluminio. Como sí hacía antes de que nacieran los niños, antes de que el marido se marchara, antes de que los días se volvieran pesados.

Volvió a repetir la propuesta, pero Mallena pareció no oírla y siguió avanzando por la cuesta. Nada más entrar en casa, cogió la jarra de terracota en la cocina y bebió ávidamente dos vasos de agua.

–¿Qué, tenías la garganta seca? Bueno, ¿qué te han dicho? ¿Ya se ha solucionado todo?

–No me han dicho nada de nada. Hay que armarse de paciencia, Jubanne, que estos van a su ritmo y no informan de nada.

–Ah, me lo dices a mí, que en la trinchera no teníamos ni la menor idea de lo que pasaba… No nos decían nada y no nos enterábamos de nada –continuó él, sin fijarse en la palidez de la esposa–. Lo único que entendíamos era que había que «servir a la patria» y que

las órdenes venían de personas que no sabían nada y que no habían presenciado una sola batalla en sus vidas.

–Sí, ese es el problema de la gente como nosotros: quieren que obedezcamos sin rechistar ni entender por qué –suspiró Mallena.

–Aparte de unos pocos –prosiguió Jubanne, que parecía tener ganas de abrirse–, éramos todos campesinos, artesanos y pastores, y, aunque delante de los superiores nos avergonzaba decirlo, solo dos de nosotros sabían leer, escribir y hablar en italiano. Cuando nombraron capitán de nuestro regimiento de infantería a Emilio Lussu, un joven de Armungia que era diplomado en Derecho y tenía que llevar gafas por todo lo que había estudiado, decía que el rigor que se nos exigía a los soldados era una crueldad que de nada serviría. Pero él nos respetaba a todos, pobres campesinos; no paraba de repetir que estaba orgulloso de los sardos y que nosotros también deberíamos estarlo, en lugar de sentirnos avergonzados.

Sin responder al marido, Mallena tomó asiento en un lugar apartado. Dejó de escuchar a Jubanne, que seguía rememorando, en fragmentos, aquel regimiento de infantería del que había formado parte, compuesto de sardos impávidos a los que llamaban «los diablos rojos». Sentada en una silla, el aturdimiento la acompañó el resto de la mañana, hasta que Rosa y Daniele, tras volver de la escuela, no encontraron nada preparado para comer.

–¿Qué le parece si preparo unos huevos fritos con un poco de panceta en una sartén? –propuso la muchacha, y, no recibiendo respuesta, fue a coger los huevos de la cesta debajo de la ventana de la cocina.

Reincorporándose sin previo aviso de la silla, como si tuviera algo ineludible que hacer, Mallena se dirigió a la puerta principal.

–Comed vosotros; yo voy al ayuntamiento a hablar con el alcalde.

De camino, no prestó atención adónde ponía los pies ni a los charcos ni a las zanjas de desagüe que, como riachuelos, se encontraban a ambos lados de la calle, manchándose los zapatos de barro y mojando el dobladillo de la falda. No paraba de reflexionar, de preguntarse cómo podría hacer ella para conseguir el dinero que necesitaba y, así, hacer frente a los gastos. Sabía que, al igual que el doctor Onnis y el farmacéutico, el médico que llegase de Cagliari no

aceptaría como pago por sus servicios ni leche ni huevos ni tampoco manteca de cerdo o requesón. No eran como ella y esto lo tenía bien claro.

Miraba a un punto lejano en el horizonte, al mar que, desde aquella distancia, parecía en calma, pero que, probablemente, estaba arremetiendo con violencia contra los escollos. Sintió que se apoderaba de ella la rabia y, a medida que se le disparaban los latidos del corazón en las sienes, apuró el paso.

A punto de marcharse para almorzar, el alcalde vio por la ventana a Mallena dirigirse hacia el edificio. Estaba convencido de que aquella visita no le traería nada bueno.

–Me voy a casa. Si viene alguien a buscarme, dile que tengo cosas que hacer y que hoy no vuelvo; además, es hora de comer –le dijo al secretario del ayuntamiento, que lo observaba caminar a paso ligero hacia la puerta que daba a la parte trasera.

Mallena, ya en el pasillo del edificio, lo había visto y, después de perseguirlo, le impidió el paso.

–Veo que hoy tiene prisa. Yo también ando apurada, pero tengo que hablarle de un asunto urgente.

Frente a frente, el señor Sotgiu no tuvo más remedio que acceder a hablar con ella. Regresó a su despacho resignado, seguido de Mallena, que, con cada paso que daba, dejaba en el suelo huellas de barro.

–Yo ya no sé qué más tengo que hacer; debe buscar la manera de pagarme por todos estos años de trabajo. Esta vez no me moveré de aquí a no ser que reciba al menos parte de lo que me corresponde. Y tendrá que sacar el dinero aunque sea de debajo de las piedras, si hace falta.

–¡Tienes que entender que yo ya he hecho por ti todo lo que podía y más! –respondió él, tuteándola, si acaso para intimidarla.

–Yo lo único que entiendo es que a mí primero me dice una cosa y después hace otra. Llevo dieciséis años escuchándole y no es posible que ahora todos me dejen sola en este aprieto que no le deseo ni a

un perro, fíjese lo que le digo. Ya no tengo dónde caerme muerta; me estoy volviendo loca.

–Pero yo qué le voy a hacer… –dijo el señor Sotgiu con voz lastimera.

–Ahora hasta ha llamado a esa *sennorina* Angelica. Me he enterado de que le pagan casi seiscientas liras al año; no es, que se diga, lo que cuesta un plato de lentejas.

–Lo sé, me vuelvo loco solo de pensar en todo ese dinero, con los tiempos que corren, con la guerra, que parece no tener fin, y en todo lo que he tenido que gastar para conseguir algo de provisiones en el almacén de Monte Granatico y ayudar un poco a los más necesitados… –se lamentó el alcalde, levantando los ojos y los brazos al cielo.

–¿Y qué hay de mí? No tengo dinero ni para pagarle al farmacéutico ni para comprarle un par de pantalones a mi hijo, que cada día que pasa está más grande…

–Y en vez de estar contenta –prosiguió el alcalde, como si no la hubiera oído–, la comadrona también ha venido a protestar, a quejarse de que tú le quitas el trabajo. Que no es capaz de meterse en las casas del pueblo por tu culpa, porque las mujeres te siguen llamando a ti.

–Y yo seguiré yendo mientras sigan llamándome y necesiten mi ayuda.

–Dios santo, entre comadronas y parteras, me vais a volver loco; sois más testarudas que una docena de burros juntos. ¿Qué más puedo hacer yo, eh? –preguntó, uniendo las manos con los codos encima de la mesa, como si de verdad le estuviera rezando a algún santo.

–Deje a los burros en paz, que si algunos que yo me sé tuvieran la cabeza de mi Pitiola, no habría tantos problemas y la vida de las personas como yo sería mucho más fácil.

El alcalde respiró hondo; con ese gesto, se le hinchó el pecho y se le movieron los botones del chaleco marrón de terciopelo acanalado.

–Escúchame bien, Mallena –dijo, tratando de recuperar la calma–. Tú eres una mujer respetada y yo siempre te he tratado con deferencia. A fin de cuentas, ayudaste a mi esposa cuando nacieron

mis hijos y de eso no me he olvidado. Pero no consiento que me levantes la voz –prosiguió, dejándose llevar, muy a su pesar, por la irritación– ni que despotriques contra nadie que represente la ley y al Estado. ¿Te ha quedado claro? –lo había dicho todo de corrido; pareció satisfecho con la manera en la que había puesto los puntos sobre las íes.

De pie delante de la mesa del alcalde, Mallena sentía que la rabia serpenteaba en su estómago. Apartó algunos archivadores que se interponían entre ellos con la mano, levantando una nube de polvo.

–Pues no, porque durante todos estos años me habéis exprimido como un limón. El primero de todos, el doctor Onnis, que, aunque sigue cobrando dinero del ayuntamiento para atender gratis a los pobres, prefiere tratar solo a la gente que le puede pagar tarifas mucho más caras. El resto del tiempo se queda de brazos cruzados, sin mancharse esas manos tan delicaditas que tiene con la gente sin recursos. En fin, si por él fuera, los que aparecen en la lista de los pobres como si se pudren en el infierno.

Al oír a Mallena hablar en ese tono de voz, el alcalde empezó a preocuparse de verdad.

–Después está el *prejde* Nieddu, que me pide que bautice a los niños que han nacido de forma prematura o que han nacido mal y corren peligro de muerte, en especial si nacen de noche. Así, él se queda calentito en la cama y, después…, si sobreviven, los vuelve a bautizar en el altar…, llenándose los bolsillos de las limosnas del padrino y de la familia… Amén.

Consciente de que era el próximo de la lista, el señor Sotgiu decidió anticiparse y contraatacó:

–Mira que sueltas veneno por esa boca que tienes; tú no sientes respeto por nadie. Te lo advierto: intenta calmarte y cierra el pico –bramó. Entonces, bajó la voz, tratando de volver a hablar con tono conciliador–: Yo, al fin y al cabo, te he molestado poco y, cuando así ha sido, creo que siempre te he compensado.

–¿Que me ha molestado poco? ¿Que me ha compensado? –gritó Mallena, sin dejar de mirarlo–. Usted, que durante todos estos años me ha dejado a cargo del servicio de asistencia a las parturientas sin desembolsar ni un mísero céntimo, usted, de entre todos, ¿me dice

que me ha molestado poco y que me ha compensado? ¿Es que está ciego? ¡Desde luego que no! Me ve subir y bajar por estas calles, de día y de noche, llueva o truene, para atender a quien lo necesite. ¡Todos me ven cuando corro al ayuntamiento para certificar el nacimiento de los niños, pero todos se olvidan de mis derechos! ¡Me han utilizado y se han burlado de mí! Ahora que estoy como estoy, ¿hasta me pide que cierre el pico?

–Ahora que hay una comadrona en el pueblo, ¿quieres hacer el favor de entender que debes quedarte en tu casa cuidando de tus hijos y de tu marido? –respondió el alcalde–. Ya verás que todo irá mejor cuando llegue la pensión de guerra de ese pobre tulli…, del pobre Jubanne. –El alcalde se detuvo, sintiendo que había dicho demasiado.

Mallena abrió la boca para continuar, pero era como si mil frases pujaran por salir a la vez. La humillación de todas las veces que la habían despreciado hizo mella en ella, y aquella humillación se tornó en un ataque de furia que le recorrió el cuerpo de arriba abajo. Saltó hacia delante y se agarró al escritorio; aunando todas sus fuerzas, lo levantó por un lado, lo suficiente para que cayeran sobre el hombre los archivadores polvorientos que descansaban en su superficie y para que, del susto, él se cayera hacia atrás de la silla.

–*Agitoriu!* ¡Ayuda, socorro! –alcanzó a decir el alcalde señor Giuseppe Sotgiu, con la voz entrecortada por el estupor y la humillación.

Sin dignarse a dedicarle ni una mirada, Mallena salió dando un portazo y nadie la vio pasar; alguno apenas tuvo tiempo para reparar en los flecos del chal que ondeaban a su paso.

–¡Fuera! Sal de aquí ahora mismo y no te atrevas a ir a casa de ninguna mujer más –seguía gritando el alcalde, que se había quedado solo en la estancia, hasta que, con todo el alboroto que se había armado, apareció el secretario.

Este se encontró al alcalde consternado, tirado en el suelo entre documentos oficiales firmados, timbrados, sellados y certificados, que ahora se desparramaban por encima de él y a su alrededor.

–Ayúdame, deprisa, que me duelen todos los huesos.

Tendiéndole el brazo, el secretario lo ayudó a ponerse en pie, con cuidado de no pisar los papeles que se habían caído de los archivadores.

–Vaya desorden; todos estos documentos se han caído de los archivadores. Más me vale que vuelva a ponerlo todo en su sitio. De lo contrario, pobre de mí, ¿qué dirá el subdelegado de Gobierno si no tengo los documentos en regla? –dijo, pensando con preocupación en la opinión de la autoridad gubernamental que le había concedido la licencia y le había dado el puesto de trabajo.

–Esta vez esa mujer se ha extralimitado; ha acabado con el respeto que le tenía. Me veo en la obligación de tomar decisiones con mano de hierro –masculló el señor Sotgiu, tratando de recobrar la compostura–. Ah, cómo me duele... Pero esto no va a quedar así… La denunciaré ante el subdelegado de Gobierno por ejercer ilegalmente de comadrona. Eso mismo haré.

–Era lo que nos faltaba, justo ahora que ha venido la obstetra diplomada y hay que sacar de las arcas, ya de por sí escasas, quinientas cuarenta liras para su sueldo –añadió el secretario, desconsolado, repitiendo aquella cifra que tan bien conocía–. Y encima con los tiempos que corren, sobre todo teniendo en cuenta el dinero que hemos tenido que desembolsar a regañadientes para el aprovisionamiento de los cereales… –continuó, reflexionando en voz alta, mientras alineaba simétricamente sobre la mesa los folios que recogía del suelo y pensaba en los campesinos encorvados sobre las tierras de la familia del abogado Maxia, a los que pagaban con pan seco y tocino rancio y que nada verían de aquel dinero abonado a sus terratenientes.

–Vamos a escribir al subdelegado de Gobierno ahora mismo, pero, escúchame bien, ni una palabra a nadie de lo que ha pasado aquí con Mallena. No quiero que me tomen por un hombre sin carácter al que cualquiera puede ofender y marear, hasta una mujer. Aunque me habría gustado saber qué habría hecho cualquier otro si tuviera que vérselas con esa mujer de armas tomar…

–No hay tiempo que perder –asintió el secretario, mientras el señor Sotgiu mascullaba indignado, arreglándose la camisa, que se

le había salido de los pantalones, para luego tomar asiento de nuevo.

Ayuntamiento de Norolani
Al subdelegado de Gobierno de Bosa

14 de noviembre de 1917

Puesto que el día 10 de noviembre la obstetra Angelica Ferrari, con domicilio en Norolani, presentó una queja en contra de Mallena Devaddis, residente, asimismo, en este municipio, por ejercer ilegalmente la profesión de comadrona, con la presente se comunica a su Excmo. Sr. que la susodicha ya ha sido puesta sobre aviso verbalmente por parte del abajo firmante. Este ayuntamiento desea unirse a dicha queja, con el fin de que se hagan las indagaciones pertinentes y se tomen las medidas que procedan, en caso de que ella no se atenga a la ley.

Firmado
Alcalde del municipio de Norolani
Giuseppe Sotgiu

–Listo, así debería estar bien, no muy extenso, pero suficiente para ponerla a ella en su sitio. Una falta de respeto como esta no se puede tolerar bajo ningún concepto; de lo contrario, en el futuro, cualquiera que esté insatisfecho con lo que decidamos se sentirá en el derecho de venir aquí a tirarme la mesa encima o algo peor.

–Voy a enviarlo ahora mismo.

Mientras salía con el papel en la mano, el secretario oyó al alcalde gritar:

–¡Y debería estarme agradecida de que no la denuncie directamente a la justicia por agresión!

Capítulo 26

Si la mañana no había ido bien, la tarde no fue mejor. Mientras que Jubanne se quejaba de la pierna, a Mallena, a pesar de que nunca le había sucedido algo así, empezó a dolerle la cabeza de tal forma que se quedó inmóvil donde estaba, con el cuerpo rígido y la mandíbula apretada.

La luz del sol la molestaba y se quedó en la cocina, con los ojos cerrados, sin mencionarles ni al marido ni a los hijos lo que había pasado con el alcalde o, el otro día, con el *prejde* Nieddu. Le preocupaba haber perdido el control en dos ocasiones en un lapso de tiempo tan breve: sentía que se había desbordado más que el río Temo en invierno. Sabía que el alcalde no se quedaría de brazos cruzados ante aquella humillación, sobre todo porque en las oficinas del ayuntamiento, a aquella hora, estaban presentes el secretario y otro funcionario. Sabía que esto era lo que más habría ofendido al hombre; sabía, además, que lo acontecido aquella mañana había sido más grave que las típicas discusiones en las que se enzarzaban los dos desde hacía ya años. Lo que no sabía, sin embargo, era que la maquinaria en su contra se había puesto en marcha con una rapidez y una diligencia insólitas.

Cuando Mallena abrió la puerta de su casa para ir a la farmacia a comprar la morfina prescrita por el médico, la luz del sol le dañó los ojos y el dolor de cabeza se agudizó, pero, nada más salir a la calle, el olor que desprendía la tierra impregnada de otoño, entremezclado con el aroma de la leña que ardía en las chimeneas y del salitre, la consoló un poco.

Al entrar en el local, alargó el cuello hacia el laboratorio, donde vio al joven farmacéutico absorto entre ampollas, alambiques, morteros, polvos y majaderos.

–Buenas tardes, señora Mallena, ¿en qué puedo ayudarla? –le preguntó, haciéndole un gesto para que se le uniera.

Ella se aproximó aferrando la receta entre las manos y siguiendo con la mirada los movimientos del joven, que seguía ensimismado en sus preparados.

–Esta mañana, he preparado sulfato de quinina; es un buen remedio para la malaria. Hasta hace unos años, el Gobierno se lo suministraba a los municipios, que, a un precio bajo, lo ponía a disposición de terratenientes y empresarios, pero, con la guerra, los alcaldes han dejado de comprarlo y ahora se vende directamente a los interesados. Y usted, señora, ¿por casualidad no habrá preparado… un emplasto de azucenas silvestres últimamente? –Y, viendo que ella asentía, continuó–: Si no le importa, quisiera pedirle más detalles. Por ejemplo, ¿añade algo más al compuesto?

Ella, por unos instantes, se olvidó del dolor de cabeza y le respondió, complacida por el interés del joven:

–Depende; a veces se puede añadir un poco de aceite de oliva o de lentisco.

El farmacéutico dejó a un lado la receta que Mallena le había entregado, cogió del bolsillo un lápiz y se puso a anotar meticulosamente cada dato en un cuadernillo negro y pidiéndole que repitiera si le parecía que no la había entendido bien. Prosiguió con las preguntas acerca de aquel preparado a base de azucenas que la partera aseguraba que utilizaba desde hacía años para curar heridas y quemaduras. Cuando estuvo satisfecho, cogió de un cajón los viales de clorhidrato de morfina y se los empaquetó, antes de entregárselos con una amplia sonrisa.

A paso lento, Mallena emprendió el camino de vuelta a su casa. De vez en cuando, tocaba los viales que guardaba a buen recaudo en el bolsillo de la falda, envueltos en papel. Le había dado al farmacéutico todo el dinero que tenía encima. El dolor de cabeza la obligó a ralentizar la marcha y a inspirar hondo, buscando consuelo en el aire limpio.

Al llegar a casa, Mallena se tendió en la cama al lado de Jubanne, para descansar un poco antes de la cena, pero, justo entonces, oyó que llamaban a la puerta.

–¡Uf! ¿Y ahora qué pasa? –preguntó Daniele, preocupado por si la madre tenía que salir de nuevo.

Rosa dejó el libro y fue a abrir. En la puerta, un hombre anciano apoyaba una mano en la jamba y con la otra se sostenía en un bastón.

–Mi hija se ha puesto de parto. Dile a tu madre que haga el favor de venir, que, aunque está esperando el tercer hijo, no quiere estar sola. Mi esposa está en casa con los nietos y yo subo ahora al campo y no sé si esta noche podré volver; mis ovejas también están de parto y tengo que estar pendiente. Si no, los lobos se comerán a los corderos y para mi familia sería la ruina.

Rosa no le dijo ni que sí ni que no, entró en el dormitorio e interrogó con la mirada a su madre, esperando de pie una respuesta que no obtuvo. Después de aguardar un rato en vano en la puerta, el hombre se marchó cabizbajo, cojo y tambaleante, apoyándose en el bastón de madera de haya.

Al verlo alejarse con dificultad cuesta abajo, a Rosa se le hizo un nudo en el estómago.

–Debería haber visto a ese anciano, *mamaj*. Me ha dado tanta pena, tenía miedo de que se cayera de un momento a otro. –En su voz se reflejaba la aprensión que sentía por ese rechazo de su madre tan inusual, el segundo en un intervalo de pocas semanas.

–¿Qué le vamos a hacer, Rosa? –dijo Mallena, cerrando enseguida los ojos.

La joven, en silencio, permaneció en la puerta del dormitorio.

Consciente de la angustia de la hija, Mallena decidió ponerse en marcha.

–Bueno, vale –dijo, pasándose una mano por la frente. Sin añadir nada más, le apretó el brazo a Jubanne y, con paso incierto, se dirigió a la cocina, seguida de Rosa–. Pero tú también vendrás a echarme una mano, que hoy me siento extraña, un poco *attontada*. Coge algunos trapos limpios, un trozo de jabón y llena la escudilla de caldo: he reconocido la voz del anciano y en esa casa a la que

tenemos que ir no tienen ni agua en la jofaina; ya te imaginas el resto.

La joven preparó con diligencia todo lo que le había pedido. Acto seguido, cogió con cautela el recipiente donde estaba el caldo de pollo: no quería arriesgarse a derramarlo en mitad del camino.

–Ese pobre hombre, aunque no es muy mayor, enfermó de polio. La enfermedad lo ha dejado cojo y no es capaz ni siquiera de seguir a las pocas ovejas que tiene, que ya están todas viejas. Como para mantener también a la hija y a los nietos… –dijo Mallena.

–Pero, por lo menos…, pensándolo bien, por lo menos él no tuvo que ir a la guerra –dijo Rosa, pensando en su padre–. Y seguirá caminando con las dos piernas quién sabe cuántos años más.

Aguardaron el tiempo necesario, con la paciencia propia de quien está acostumbrado a la espera sagrada de la vida.

Una vez que vino al mundo, el recién nacido respiró por primera vez en su vida; con el primer llanto, el aire humoso le entró en los pulmones.

Ante aquella escena, Mallena se olvidó del cura, de la súplica, de Jubanne y de toda la angustia que la embargaba, y se quedó observando a aquel niño, su esfuerzo por conciliar el instinto de la curiosidad con el miedo que le suscitaba toda aquella libertad repentina, todo aquel desconocimiento infinito que lo rodeaba. Y contempló los ojos brillantes de aquella joven exhausta que esperaba para abrazar a su hijo.

Rosa también miraba al pequeño, que, después de chillar con fuerza, descansaba ceñido en los brazos de la madre y descubría por primera vez el olor de esta, el perfume de su piel. En aquel equilibrio perfecto, lo vio hallar la paz.

Cuando regresaron a casa, madre e hija se dejaron caer exhaustas en sendas sillas, con la mirada fija en el espectáculo de las llamas de la chimenea encendida. Mallena todavía tenía dolor de cabeza. También se le habían puesto rígidos los hombros y notaba que la cicatriz le tiraba de la nuca.

Comieron el pan con *berdas* que les había traído la *tzia* Zizza. Degustaron en silencio, en pequeños mordiscos, aquellos pedazos de pan todavía templados, con uvas pasas, carne blanda de cerdo y restos del tocino que se había derretido para elaborar la manteca. El calor y el crepitar del fuego las envolvieron como en un abrazo.

Capítulo 27

El comandante del Cuartel de *Carabinieri* de Norolani, Matteo Lorandi estaba sentado con una sonrisa jovial a su escritorio. Con movimientos precisos, desenvolvía el paquete color avena que tenía delante. Cincuentón, tenía la cara redonda y la piel juvenil, lo que no hacía más que confirmar que a lo largo de toda su carrera siempre se las había apañado para no tener que preocuparse en exceso; su complexión corpulenta, a su vez, insinuaba un carácter festivo, amante de los placeres de la vida.

–Coged un trozo de *pè dei mòrcc* –les dijo a los dos jóvenes agentes que estaban de pie delante del escritorio.

Originario de un pequeño pueblo en la provincia de Brescia, le encantaban los sabores de su hogar y el pastel conocido como «pan de los muertos» era uno de sus postres preferidos. Un postre simbólico, elaborado a base de almendras, azúcar, corteza de limón y licor, que en su tierra celebraba la muerte, pero también el renacimiento.

–Bueno, ¿qué me contáis? –preguntó en su dialecto, haciéndoles un gesto con la mano para que se sentaran en las sillas y se sirvieran, mientras él cortaba otro trozo del pastel rectangular.

–Pues nada de nuevo –respondió uno de los dos, mientras, con la boca llena, saboreaba con gusto el postre.

Era un joven alto y desgarbado, también él proveniente de un pueblecito de Brescia. Era su primer empleo y el comandante había solicitado que lo destinaran a Norolani para intercambiar alguna que otra palabra en aquel dialecto que hacía que se sintiera menos lejos

de casa. Además, así le daba al joven la posibilidad de adaptarse al trabajo en la isla.

–Está muy bueno. Se lo ha enviado su familia, ¿eh?

–Me lo ha metido mi madre en el último paquete que me ha enviado; lo he recibido hoy mismo. –El comandante se alegraba de compartir con sus hombres aquel «pan de los muertos»–. Me parece verla, a mi madre, con su precioso vestido oscuro, sentándose para comer un trozo de este pastel a la vuelta del cementerio, donde habrá encendido las velas y, agachando la cabeza, habrá asistido a la misa –dijo, esbozando una sonrisa nostálgica al pensar en su madre anciana y en aquel rito de conmemoración por el que se preparaba este postre y al que ella se sentía muy unida. Cuando terminaron, les entregó a los dos jóvenes una carta–. Acabo de recibirla.

N.º 1023 de registro

Bosa, 19 de noviembre de 1917

Trabajo ilegal de comadrona

Al Ilmo. Sr. comandante del Cuartel Real de *Carabinieri* de Norolani

Pongo a su Ilmo. Sr. en conocimiento de las quejas aquí adjuntas que el señor alcalde Giuseppe Sotgiu y la comadrona municipal, Angelica Ferrari, ambos con domicilio en Norolani, han presentado contra Mallena Devaddis, del mismo municipio, por ejercer ilegalmente de comadrona y le ruego que lleve a término las pesquisas que sean necesarias.

Se ordena que Mallena Devaddis sea vigilada por el cuerpo del Cuartel Real de *Carabinieri* y por las autoridades municipales.

A la espera de su citación en la subdelegación y hasta entonces, se le impide ejercer tal profesión y se ordena que se abstenga a todos los efectos de dar asistencia a las mujeres.

Firmado

SUBDELEGADO DE GOBIERNO

–¿Entonces? ¿Qué debemos hacer? –preguntó uno de los dos jóvenes en cuanto terminó de leer.

El comandante conocía a Mallena, pues la había visto dirigirse varias veces a las viviendas de las mujeres del pueblo y, en alguna

ocasión, se habían saludado con un gesto, y conocía a Jubanne por haber estado presente en el regreso del soldado a Norolani. El día de su llegada, en primera fila al lado del alcalde, se había armado de valor y le había estrechado enérgicamente la mano, que había notado privada de toda fuerza.

En más de una ocasión, desde entonces, se había prometido que iría a hacerle una visita e incluso había pensado en los temas de conversación que podría sacar a colación sin llegar a sentirse incómodo en presencia de un superviviente de guerra: del tiempo, ya que le parecía que esa era una cuestión importante para la gente del campo, o de los trabajos a los que se podría dedicar Jubanne en cuanto recuperara las fuerzas. Había descartado la guerra y las dificultades a las que debían enfrentarse los combatientes en el frente y los soldados que habían vuelto, puesto que no estaba seguro de estar en condiciones de abordar de manera adecuada una conversación como esa.

Al recibir la carta del subdelegado de Gobierno, el comandante Matteo Lorandi se rascó el mentón y se quedó pensando en el que tal vez era el mayor aprieto en el que se había encontrado jamás.

–*Alura..., ne´ pio¨ ne´ me´ no. In primis*, debéis avisar a Devaddis de que no ejerza de manera ilegal de comadrona, luego, constatar que, efectivamente, obedece la orden y, de ser necesario, impedirle que preste asistencia de manera irregular.

Dicho esto, se puso en pie. Mientras esperaba la respuesta de sus hombres, se toqueteó los botones de la casaca cruzada, que a duras penas se cerraban sobre la barriga prominente, coherente con el resto de la complexión del hombre.

–A sus órdenes, señor comandante –dijeron los dos, todavía removiendo con la lengua los trozos de almendra que se les habían quedado entre los dientes.

Tras vestirse la casaca de paño, los dos *carabinieri* se pusieron la bandolera de cuero negro y se colocaron la capa que escondía el arma, así como la cartuchera cargada. A pesar del frío, salieron para cumplir con su deber: avisar, constatar y vigilar con diligencia que Mallena Devaddis se abstuviera de asistir a los nacimientos de la zona, tal y como lo imponía la autoridad.

El viento empujaba sus pasos, acompañados del murmullo del ramaje de los árboles que, en la plaza de la iglesia de San Juan Bautista, parecían querer doblarse sobre los peldaños irregulares que conducían a la entrada de la nave central. Cuando emprendieron el camino cuesta arriba hacia la casa de Mallena, el viento los embistió con más fuerza, agitando las capas oscuras.

Se presentaron en la puerta entornada y dieron tres toques a la aldaba, un pesado anillo de hierro fijado a la puerta con cuatro clavos artesanales de cabeza cuadrada.

Rosa apareció en el umbral y no les dio tiempo a los dos ni de abrir la boca.

–Son los *carabinieri* –anunció en voz alta, volviéndose para que la oyeran los padres, que estaban en el jardín.

–La justicia en nuestra casa… ¿Cómo se entiende?–preguntó Mallena.

–Que pasen, quizá sea por la pensión –le dijo Jubanne a la hija, sin hacer ademán de levantarse de la punta de la piedra pulida que utilizaba a modo de asiento, pero su tono de voz dejó entrever las expectativas que le generaba aquella visita.

Los dos entraron en el jardín y se quitaron el sombrero a modo de saludo, quedándose de pie y con la espalda recta.

–Tiene buena cara. Mejoría se ve. Se nota que estar en casa lo ayuda a curarse –dijo el más joven de los dos, en posición de firmes.

–Sentimos gran admiración por los hombres como usted que, con mucho valor, combaten por la Italia unida; nos habría gustado decírselo el mismo día de su llegada, pero… –se apresuró a añadir el otro, dándole un codazo discreto a su colega de Brescia.

Originario de Cagliari, él también llevaba poco tiempo de servicio en la zona y, a pesar de su aspecto despreocupado, siempre cumplía solícito las órdenes que recibía.

Con las manos detrás de la espalda, Rosa se había colocado al lado de la madre y, al oír aquellas palabras, esbozó una sonrisa complacida, pero a Mallena no le pasó desapercibida la mirada cargada de lástima que le dedicaban a Jubanne, la misma con la que lo habían observado el día de su llegada.

–Lamentamos molestarlo una vez más –continuó el oriundo de Cagliari, tratando de mitigar la incomodidad de los dos y dirigiéndose a Mallena–. Ya lo molestamos la otra vez para preguntarle si tenía usted información útil para dar con el hombre desaparecido, que, por cierto, sigue sin dar señales de vida.

Y, entonces, explicó por qué estaban allí. Contagiada por la esperanza del marido, ella también se había ilusionado con la presencia en su casa de los militares, pero, al oír los verdaderos motivos de la visita, todos enmudecieron.

Mallena ardía en deseos de ponerse a gritar, pero, con la mirada fija en los dos jóvenes que tenía delante, cohibidos, rígidos y con el sombrero en la mano, se contuvo. Su cara consternada revelaba toda la angustia que sentía por aquella advertencia formal de las autoridades.

–Pero yo me pregunto, con la que nos está cayendo: ¿de verdad que esta gente ha perdido toda la vergüenza?

Y negó con la cabeza, incrédula.

Sin añadir nada más, los acompañó a los dos a la salida. Ya se veía venir que fuera a ocurrir algo así, pero permaneció en el umbral, incapaz de reaccionar. No se movió ni siquiera cuando la corriente de aire cerró de golpe la puerta trasera, encerrando en el jardín a Jubanne, Rosa y las nubes, que, empujadas por los vientos, cargaban unas contra otras.

Los dos jóvenes habían acordado que se dividirían las tareas, pero el de Brescia, que, además de no entender la lengua sarda, escribía en italiano incluso peor de lo que lo hablaba, obligó a su colega no solo a hacer las preguntas, sino también a anotar con un lápiz las respuestas en el cuaderno negro que siempre llevaba en el bolsillo de la casaca.

Los dos *carabinieri* recorrieron las calles del pueblo, entre las casas bajas que serpenteaban a ambos lados de los caminos. Primero se acercaron a aquellas donde había recién nacidos o niños muy pequeños.

Lucia abrió la puerta, sosteniendo en brazos al hijo, al que justo acababa de amamantar.

–Si les soy sincera, yo estoy satisfecha con Mallena y con sus servicios. Es una persona de mucha *passienzia* –respondió, mientras acunaba despacio al pequeño, que dormía entre sus brazos.

Entre todas las mujeres a las que escucharon a continuación, ninguna dijo ni una sola palabra que pudiera perjudicar a Mallena. Los *carabinieri* visitaron a las otras pocas personas que conocían en el pueblo, pero, en este caso, fueron todas muy correctas y ellos tampoco pudieron recabar información detallada. Decidieron, entonces, ir a interrogar al párroco, al alcalde, al farmacéutico y al médico. Junto con Mallena, ahora bajo vigilancia, estas eran las personas que sabían mejor que nadie lo que sucedía en el pueblo.

–¿Me preguntan por esa? No viene a oficios y, simple y llanamente, no sabe morderse la lengua. Solo les digo que no conoce el decoro. No tiene ningún respeto ni siquiera por la sotana que llevo puesta. No teme a Dios y, es más, a veces tengo la impresión de que está poseída por el diablo.

El de Cagliari lo anotaba todo escrupulosamente en el cuaderno, mientras que el colega de Brescia se centraba en observar los gestos y las expresiones faciales que acompañaban el tono exacerbado del cura.

El *prejde* Nieddu, que los había recibido a los dos en la penumbra de la casa parroquial, donde la luz entraba tan solo a través de una ventanilla con rejas, se sintió satisfecho por ser de utilidad a la justicia. Tras seguirlos a ambos con la mirada mientras se alejaban, dirigió los ojos al crucifijo que colgaba sobre la puerta de la casa parroquial: el cuerpo demacrado de Cristo y la sangre que se derramaba por un costado y por la cabeza inclinada hacia un lado incomodaron al sacerdote, que se apresuró a apartar la mirada de la cruz.

Cordial con todos, como siempre, el farmacéutico no criticó lo más mínimo a Mallena y sus servicios. Antes bien:

–Es una mujer muy diligente con su trabajo –se apresuró a decir el joven, mientras preparaba unos sobres con polvos de antipirina

que debía entregar aquella misma tarde–. No he oído ninguna queja de la gente de aquí. Al contrario…, la tienen en gran estima.

Cuando los dos fueron a ver al señor Sotgiu, este seguía turbado por el último encontronazo con Mallena.

–Siempre ha sido una mujer estimada y respetada, también por mi parte, pero ahora… ahora se cree con el derecho a alzarle la voz a todo el mundo, hasta a los representantes del Estado –dijo, bajando un poco la mirada y fingiendo que estaba muy atareado con unos documentos que sostenía en la mano.

El uno al lado del otro, como siempre, los dos siguieron recorriendo las polvorientas calles de Norolani. La investigación del hombre desaparecido se había estancado hacía dos meses y en el cuartel no tenían mucho más que hacer: veían aquella misión como una distracción y siguieron preguntando por Mallena a cualquier persona con la que se cruzaran por las callejas del pueblo, barridas por el viento maestral. Les gustaría tener un esquema de las actividades de la mujer para así informar al comandante de todos los detalles y cerciorarse, sin que hubiera lugar a dudas, de que Mallena no ejercía la profesión de manera irregular.

Cuando se encontró a la puerta a los dos forasteros uniformados, la anciana vestida de negro a la que querían interrogar a continuación no ocultó la irritación que sentía.

–¿Qué quieren de mí? –preguntó, colocándose mejor el pañuelo en la cabeza, por el que se le había caído un mechón de pelo blanco.

–Quisiéramos saber si ha visto a Devaddis ejercer ilegalmente la profesión de comadrona.

La mujer soltó un hondo suspiro.

–Ah, por mi familia Mallena solo ha hecho cosas buenas y, además, sin exigir nada a cambio –respondió la anciana, enderezando los hombros y levantando el mentón–. Además, ¿qué es eso de que ejerce «ilegalmente»? Lleva trabajando en esto desde que llegó. ¿Qué mosca les ha picado ahora para querer cambiar las cosas?

–Pues que, como no tiene diploma, ya no se le permite ejercer esa profesión. Lo dice la ley.

–Y dale con el diploma. Si no es más que un trozo de papel, para nada sirve. Y la ley… es esa misma que me ha quitado a mi hijo mayor para llevárselo a la guerra, hermoso como ninguno y más fuerte que un toro. A finales del año pasado, murió en una tierra extraña y sin ningún consuelo. –La anciana se llevó ambas manos al pecho, como para aliviar una punzada de dolor–. Y no me han devuelto ni sus pantalones para que yo pueda llorar por él… Para eso sirve la ley –concluyó, conteniendo un sollozo.

–Lamentamos lo de su hijo, estamos… consternados.

Incómodos, sin saber qué más decir, los dos jóvenes intercambiaron una mirada.

–Y ahora vivimos con el miedo por el menor, mi pequeño, *coro meu*, que solo tiene diecisiete años y la ley, de un momento a otro, le obligará a guerrear a saber adónde, y puede que no nos devuelvan ni los huesos. La ley de la que me hablan es justa, pero lo es siempre para quienes la hacen, para ustedes, que la escriben a su antojo. Para nosotros, no, no hay justicia, para nosotros la ley no es más que un dardo que se nos clava sin *peruna piedade*.

La forma en la que los miraba a los dos destilaba dolor y amargura.

–Pero…, verá…, nosotros solo hemos venido para preguntarle por la partera.

–¿Y qué quieren saber de la partera? Yo solo les digo que… *su chi ischit su foghile, non bessada de su jannile*. –A continuación, cruzó los brazos sobre el pecho y los desafió con una mirada severa.

Tratando de mitigar lo incómodos que se sentían y de zanjar aquella conversación que comenzaba a degenerar, el de Cagliari esbozó una sonrisa sin llegar a abrir los labios.

–«Lo que pasa dentro de casa se queda dentro de casa» –se apresuró a traducir, viendo que su colega estaba atónito, como si no hubiera entendido ni una palabra–. Lo cual quiere decir que, aunque sepa algo más, no se lo dirá a nadie y mucho menos a nosotros. ¿Verdad, señora? –preguntó, rascándose la cabeza.

La anciana sacudió la cabeza y les cerró la puerta en las narices, como si aquel gesto fuera suficiente para salvar al hijo más pequeño y mantenerlo a salvo.

Las órdenes de arriba que prohibían a todos los militares, incluido el comandante Lorandi, intimar con la población local no facilitaban el trabajo de los dos *carabinieri*. No tenían relación con aquella comunidad y no obtuvieron sino unos pocos datos más, imprecisos y fragmentarios.

–Será porque llevo apenas tiempo en Norolani –comentó el de Brescia.

–Será también por la desconfianza y por el secretismo de esta gente, ¿es que no lo ves? Más que nada, solo quedan mujeres y viejos. Todo el mundo sabe que los sardos son muy hospitalarios, pero no se fían mucho de los extranjeros, y su falta de confianza en las instituciones, que viene de antiguo, desde luego, no ayuda.

Tan solo los dos ancianos de siempre, los cuales, insensibles a las temperaturas de finales de otoño, se sentaban en la calle, respondieron a las preguntas de los dos *carabinieri* con todo lujo de detalles, muchos de ellos inventados, hallando en aquella conversación una agradable distracción.

–Por si les interesa, nosotros hemos visto a Mallena entrar y salir más de una vez de la casa de ese hombre que ha desaparecido sin dejar rastro. ¿Verdad, compadre?

–¿Y saben por qué motivo o en qué circunstancias la partera frecuentaba esa vivienda? –preguntaron los dos.

–¿Y cómo vamos a saberlo? Esa mujer, con lo discreta que es con su trabajo, no va a venir a contárnoslo a nosotros dos precisamente –respondió con sorna uno de los ancianos.

A pesar de la edad, conservaba el pelo blanco, largo y tupido, igual que la barba. Con la palma de la mano arrugada se agarraba con fuerza la rodilla; con la otra, les tendió a los dos jóvenes una calabaza llena de vino.

Levantando una mano abierta, los dos jóvenes rechazaron la oferta.

Pero el amigo que se sentaba al lado no se hizo de rogar y, después de beber un sorbo de ese mismo vino de la cosecha anterior, ya agriado, se pasó el índice por el bigote para secárselo y se lo alisó, apretándolo entre los dedos y girando las puntas hacia arriba.

–Antes de que esa *istranza* llegara aquí quién sabe de dónde, en el pueblo nunca se había visto una mujer igual. Se va de paseo sola a todas horas, de día y, sobre todo, de noche. Lo siento por el marido; la de quebraderos de cabeza que le dará al pobre.

Sacándose de los labios el cigarro que sostenía entre los dientes con la punta encendida dentro de la boca, el otro anciano, que se sentaba a su lado, mostró un canino y un incisivo ennegrecidos por todos los puros toscanos elaborados en Cagliari que, a lo largo de su dilatada existencia, se había fumado de aquella manera. Aquellos dos dientes conformaban toda su dentadura y a él no le hacían falta más. Reparó en la cara de sorpresa del más joven de los militares, el cual observaba la columna de humo que, de vez en cuando, soltaba por la esquina de la boca.

–Fumar así, con la punta encendida dentro de la boca *a fogu aintru*, me venía bien de joven, para que no me vieran en la oscuridad cuando iba a robar un cordero o un cabrito… Pero que quede claro, solo a los que tenían más de la cuenta, eh –dijo con una sonrisa socarrona, mientras los *carabinieri* abrían los ojos como platos, estupefactos por aquella confesión.

–Los bandidos que van de noche por los campos también fuman de esta manera; por eso nadie los ve pasar –observó el de Cagliari, dirigiéndose al colega.

–¡Pues claro! Y mi hijo me ha escrito desde el frente que fumar *fogu aintru* le ha valido para hacerles la vida imposible a los austríacos: una noche fue a dejar dinamita en la trinchera del enemigo y, después, sin ser visto, con su *zigàrru* escondido dentro de la boca, encendió la mecha y escapó rápido antes de que saltara todo por los aires. –En la voz del viejo se filtraba el orgullo que profesaba a aquel intrépido soldado, y en los ojos, que habían comenzado a brillarle, el temor por la suerte del hijo.

Después de que la llamara la casera, Angelica bajó a paso lento y con elegancia las escaleras, agarrándose con una mano a la barandilla de hierro forjado, y, cuando se encontró a los dos jóvenes uniformados delante de la puerta, aunque también se sorprendió, se

apresuró a colocarse detrás de la oreja un mechón de cabello rubio que le había caído por los ojos.

–Yo solo sé que las mujeres, cuando se ponen de parto, la llaman siempre a ella, a ella y solo a ella, y no a mí, que he estudiado en la universidad precisamente para esto. No consigo entender por qué me han traído hasta aquí si no me permiten ejercer mi profesión.

Durante los días siguientes, Mallena se volvió a encontrar con los dos jóvenes varias veces y, cuando no los veía por la calle, aun así advertía su presencia e incluso su olor. Rosa y Daniele también estaban preocupados.

–Cuando vamos a la escuela, bajando por nuestra casa, vemos siempre a esos agentes. *Mamaj*, pero… ¿qué están buscando?

–No sé qué están buscando, pero sé que lo que yo busco es justicia, y es que es mejor que nos falte el pan y no la justicia; sin esto último no se puede vivir. Eso sí, no me refiero a la justicia de ellos, que es completamente distinta. Que Dios nos libre de acabar en manos de su justicia –espetó, pensando tanto en su situación como en lo que estaba sucediendo en su pueblo natal.

En la plaza, hacía unos días, había oído la conversación de unos hombres que leían y comentaban un artículo del periódico *La Nuova Sardegna*. Al igual que Mimina cuando oía noticias sobre la guerra, ella se había parado a escuchar. El artículo del periódico hablaba de la famosa *disamistade* de Orgosolo, de la enemistad que había comenzado hacía casi quince años, cuando la muerte de un rico terrateniente de la zona, Diego Moro, desencadenó una disputa entre sus nietos por la repartición de las tierras y un cuarto de millón de liras en cequíes, napoleones, oro y joyas. Esto había alimentado una rivalidad que, según las crónicas, incluso había sobrepasado los confines de la isla: casi treinta homicidios violentos y ochocientos acusados en el juicio que se había celebrado después.

Durante años, la ley no intervino en la sangrienta contienda, que se regía por el código de venganza de Barbagia y por una serie de normas no escritas pero bien conocidas por la comunidad. Y, cuando

intervino, lo que hizo fue declarar el estado de sitio, con abusos y vejaciones de las fuerzas de la autoridad contra toda la población.

En una comunidad tan pequeña, no había familia que no se hubiera visto afectada.

En Orgosolo reinaba un ambiente de constante desconfianza y pavor. Muchos inocentes, solo por ser amigos o parientes de las familias implicadas en la contienda, conocida en la zona como «la gran *disamistade*», se veían obligados a vivir en la clandestinidad, ocultos en los recovecos del Supramonte o en los demás montes de la isla para huir de la persecución de los *carabinieri*, además de las represalias y la venganza de las familias rivales.

La intervención de las autoridades también había provocado arrestos indiscriminados y la encarcelación de muchos que no eran culpables: incluso unos cincuenta ancianos, mujeres y niños habían sido arrestados y trasladados en carros a la cárcel de Nuoro. La respuesta de la justicia, también en este caso, más que con los criminales, se había cebado con personas humildes e inocentes.

Detrás del fracaso de la justicia pública estaba una sed de venganza personal. Para Mallena, en aquella guerra entre familias que tantos muertos había causado, los rostros de las mujeres que todavía lloraban por sus difuntos eran la viva imagen del dolor.

Debido al tamaño de Norolani, la investigación de los dos *carabinieri* concluyó en poco tiempo. El hecho de que no tuvieran mucho más que hacer por aquella época no hizo sino facilitar las cosas.

Si, en vez de en Norolani, estuvieran en un lugar más parecido a Orgosolo o en ciertos campos de la isla, donde la presencia de bandidos ponía a prueba no solo los nervios de la población local, sino también los de las fuerzas del orden, desde luego, no podrían descuidar obligaciones mucho más apremiantes para dedicarse a una investigación como esta, aunque fuera a petición del subdelegado de Gobierno.

El comandante se sintió muy satisfecho por estar en posición de responder con tanta presteza, por cumplir las órdenes y preservar, así, su renombre. Cogió papel, pluma y tintero, y comenzó a escribir.

Cuartel Real de *Carabinieri* de Norolani, a 3 de diciembre de 1917

N.º 354 de registro

En respuesta al n.º 1023 del 19 de noviembre de 1917

Al Ilmo. Sr. subdelegado de Gobierno de Bosa

Me complace anunciarle que, en efecto, la susodicha Mallena Devaddis, que desde hace dieciséis años ejercía de partera sin título y que hoy por hoy es llamada por parte de las mujeres para tales servicios, tras una exaustiva investigación se ha demostrado que, desde que ha sido alertada por las autoridades, se astiene de asistir a los partos.

Casi todas de condición humilde, las mujeres afirman que el conportamiento de la señora Devaddis es impecable, siempre dispuesta a ayudar a las parturientas y mui discreta en su trabajo.

Por el contrario, no aceptan de buen grado las atenciones de la comadrona titulada Angelica Ferrari, contratada por el aiuntamiento de este pueblo, pues no les inspira confianza, no conoce la lengua de la zona y exije unas condiciones que no entienden y que, por tanto, no pueden cumplir.

Asimismo, informo a su Ilmo. Sr. que la señora Devaddis ha sido definida por algunos como una mujer indomita a la que le cuesta reconocer la autoridad y el orden.

Por aora, parece que respeta las normas, pero se la ha avisado formalmente de que se astenga de asistir a las parturientas y de que, de darse el caso, será sancionada.

Me conplace exponer todo lo anterior conforme a la ley, reservándome el privilegio de seguir informando a su Ilmo. Sr. al respecto.

Firmado

Comandante de la Real Comisaria de *Carabinieri* de Norolani

MATTEO LORANDI

–Bien, como decimos en Brescia: a buen oído, poca cháchara.

Mientras firmaba el informe de la investigación llevada a cabo por los otros dos, el comandante les dedicó a los jóvenes una sonrisa de satisfacción por el trabajo realizado.

–¿Lo enviamos ya? –preguntaron ambos al unísono, cuadrándose.

–Por supuesto –respondió Matteo Lorandi, dándose dos palmadas en el estómago, impaciente por que llegara la hora de comer; ya faltaba poco.

Capítulo 28

Después de que le prohibieran ejercer como partera, por primera vez desde que vivía en aquel pueblo, Mallena sentía que era el blanco de las críticas y las habladurías que habían comenzado a circular sobre ella, a pesar de que fueran pocos los que las alimentaran.

Muy especialmente, la sirvienta del *prejde* Nieddu, a la que le encantaba observarlo todo desde detrás de las cortinas de la ventana, no perdía la ocasión para soltar su veneno. Y, al ver pasar por delante de la casa parroquial a los dos *carabinieri*, se apresuró a salir a su encuentro, jadeante.

–Sé que buscan información sobre la tal… Mallena. Bien, si todavía les es de utilidad, yo puedo decirles que, si es capaz de asistir a las mujeres cuando dan a luz a sus hijos…, es de cajón que también ha de conocer a la perfección ciertas prácticas secretas y criminales para impedir que los niños vengan al mundo. En fin, no quisiera entrar en los detalles de… de actividades diabólicas como estas –dijo, persignándose, y, convencida de que les había revelado información valiosa, quedó a la espera de que se lo agradecieran.

–Pero ¿usted tiene pruebas concluyentes e inequívocas de esto que nos cuenta? Si llegara a confirmarse, sería algo muy grave –preguntó el de Cagliari.

–Como comprenderán, hay cosas que es mejor no presenciar, pero hasta el párroco dice que esa mujerzuela no es buena cristiana. Es más, he oído decir de primera mano que es una infiel desalmada, una mujer endemoniada.

Incluso el de Brescia, que normalmente estudiaba las expresiones faciales del colega sardo para interpretar, de manera indirecta, todo

lo que pasaba en aquella isla para él tan extraña, pareció caer en la cuenta sin ayuda. La sirvienta era digna, como mucho, de compasión. Los dos *carabinieri* se despidieron de ella y prosiguieron la marcha, pero la mujer, durante los siguientes días, le dijo a todo el mundo que había colaborado en la investigación.

En casa, aquellos días, Mallena y Jubanne compartían un mismo espacio en las pequeñas habitaciones de la vivienda, pero cada uno estaba encerrado en sus propios pensamientos. Sus miradas se cruzaban y, de pronto, se desviaban, para tratar de esconder todo lo que palpitaba en su interior: en el de Mallena, cólera y frustración; en el de Jubanne, el dolor creciente que le atenazaba el cuerpo y retazos de una esperanza irracional.

Mallena se preguntaba qué haría a partir de ahora. ¿Qué les diría a quienes vinieran a pedirle que ayudara a sus hijas, nueras, madres y hermanas?

–¡*Mamaj*, han encontrado al padre de Nina! –anunció entonces Rosa, entrando en la cocina con la respiración entrecortada, después de subir a la carrera la cuesta hasta la casa.

–¿Y dónde ha andado metido estos dos meses? –preguntó Jubanne en voz alta desde el dormitorio.

Reponiéndose al letargo inducido por la morfina, se incorporó en la cama, intrigado, para enterarse de qué había sido de aquel hombre al que acababan de encontrar.

–¡Qué sé yo! –respondió la hija–. Solo sé que lo han encontrado. También dicen que esta mañana temprano, acompañado de los *carabinieri*, ha ido a verlo el doctor Onnis.

Para el médico, había sido una mañana muy ajetreada.

Cuando al amanecer le pidieron que se acercara, escoltado por los dos jóvenes *carabinieri*, al lugar del hallazgo, había tenido que renunciar a su desayuno de siempre: leche de oveja, café, pan blanco untado en mantequilla fresca y la mermelada de moras que había preparado la casera a finales de verano. Durante todo el trayecto, pensó en el desayuno que se había perdido y solo al llegar cayó en la cuenta de que el ayuno era, en realidad, una ventaja.

–Es increíble el contraste entre esta escena y el entorno, tan…, ¿cómo decirlo…?, idílico –le comentó, casi como una queja, al comandante Lorandi, que ya había llegado al lugar y también observaba aquel espectáculo tan desagradable.

Entonces, el médico volvió a centrarse en el hombre que yacía en el suelo, en una ladera rocosa, tumbado de lado y encogido. Ayudándose de un palo seco, giró el cuerpo, reparando en que los rasgos de la cara casi habían desaparecido del todo. Por un lado de la boca le faltaba parte de los labios, y los dientes, incrustados en los huesos maxilares, quedaban a la vista. Reconoció la parte blanca que despuntaba de un agujero en el centro de la cara: era el hueso de la nariz. Al doctor Onnis se le paralizó la mano con la que aferraba el palo.

Ante la fauna cadavérica que había invadido la escena, entre la que destacaban los enjambres de moscas que zumbaban por doquier, el joven *carabinieri* de Brescia empezó a tener náuseas. El médico lo vio buscar con la mirada el arbusto más cercano al que recurrir en caso de necesidad.

–Amigo mío, esta mañana tengo el estómago a salvo gracias a que estoy en ayunas, pero que conste que tengo experiencia con escenas como esta y ya no me impresionan –le dijo, notando lo incómodo que estaba el agente y haciendo alarde de su frialdad.

Así y todo, al *carabinieri* no le pasó desapercibido que, antes de proseguir con el reconocimiento del cadáver, el médico también había tenido que detenerse y sentarse en una roca para respirar hondo, como si quisiera llenar los pulmones del aroma del mirto que tenía al lado.

–Diría que se lo han comido los jabalíes. ¿Ven esto de aquí? Tiene marcas de mordiscos de animal; le han destrozado la cara, la pierna derecha y parte de los genitales. Los animales se han cebado con este pobre hombre que, probablemente, tuvo una caída accidental, y le han causado estas lesiones. Sin duda, se han ensañado lo suyo.

Señalaba con el bastón las varias partes del cuerpo afectadas, pero sin una verdadera dilucidación lógica que conectara todas las heridas. Por otro lado, era consciente de que la exposición a las inclemencias meteorológicas durante todas aquellas semanas,

sumada a la intervención de larvas y parásitos, era suficiente para hacer del hombre una criatura irreconocible.

–Por todos los santos, es terrible… –dijo el joven de Brescia al oír lo que decía el doctor Onnis. Apretando con fuerza contra la nariz el pañuelo que había doblado varias veces, fue incapaz de añadir nada más.

–No me parece que la lesión en la arteria femoral fuera tal que muriera al instante. Creo, más bien, que ha debido de morir de frío o desangrándose despacio. Así, a primera vista, no puedo decir más. Debería proceder a la autopsia para un análisis más exhaustivo.

–Doctor, si no presenta indicios claros de hechos delictivos o relevantes desde el punto de vista judicial, yo no creo que sea necesario profundizar más solo para determinar si el pobrecillo ha muerto devorado por animales salvajes, por el frío o desangrado –intervino el comandante Lorandi, acercándose al médico–. No quisiera iniciar trámites innecesarios que supongan una molestia para todos y que, encima, conlleven gastos injustificados. En todo caso, enviaré un *fonogramma* a las autoridades judiciales para preguntarles cómo debemos proceder.

El médico reparó en la angustia de aquel hombre uniformado, robusto y con experiencia, que observaba el cuerpo destrozado con expresión horrorizada, al igual que su joven subalterno, que se había apartado apretando el pañuelo contra la nariz.

–En apariencia, las moscas y los escarabajos parecen insectos inofensivos, ¿no cree? Pero, cuando depositan miles de larvas que, para alimentarse, llegan a descomponer enormes cantidades de materia, mire, mire de qué son capaces –continuó, alardeando de su imperturbabilidad.

–Sí, visto así, un solo ejemplar no es nada peligroso, pero una multitud puede tener efectos devastadores –concordó Matteo Lorandi, tratando de apartar la mirada del trabajo realizado por los insectos en los despojos del hombre.

Todos los presentes, a esas alturas, se tapaban la nariz y la boca. Para evitar en lo posible inspirar el hedor, el comandante enterraba la nariz en el hueco del codo; con la casaca ceñida que llevaba puesta, caminaba cabizbajo, sin apenas alzar los ojos.

Alejándose unos pocos pasos, el joven *carabinieri* de Brescia no fue capaz de contenerse ni de llegar al arbusto: cayó de rodillas y vomitó hasta notar en la boca el sabor amargo de la bilis. En su ayuda vino el colega de Cagliari, que, tratando de desviar la mirada del charco verdoso, intentó levantarlo. Sintió las piernas y los brazos del compañero sin fuerzas y lo agarró por las axilas para sostenerlo y, así, ponerle en pie, no sin esfuerzo.

–Creo que falleció el mismo día de la desaparición o, como mucho, el siguiente. Tal vez tropezó al tratar de subir la ladera o se sintió indispuesto. El resto de la historia está delante de nosotros.

–Ya no sabe qué más decir –murmuró el *carabinieri* de Cagliari, mientras le ofrecía la cantimplora de agua fresca al compañero, sin dejar de observar al médico, el cual, frotando por debajo de la nariz una rama de romero silvestre, trataba de inspirar su agradable aroma.

Teniendo en cuenta las espigas clavadas en los pantalones de alta costura que vestía el doctor Onnis y las manchas de tierra y de barro a la altura de las rodillas, resultaba evidente que él también ardía en deseos de concluir lo antes posible el reconocimiento y marcharse de aquel desagradable lugar. Tan solo faltaba por confirmar la identidad del difunto.

Cuando los dos *carabinieri* se presentaron en la casa del fallecido con la orden de llevarse a un familiar para proceder a su identificación, se encontraron delante de la esposa.

–Tiene que acompañarnos –dijeron, sin entrar en más detalles, y ella no preguntó nada.

Al cabo de menos de una hora, llegaron al sitio.

–Sí, es él. Es él, no hay duda –confirmó ella, impasible en presencia del cadáver.

Las polainas de cuero estaban intactas; del mismo modo, el zurrón de lana y algodón seguía casi entero, así como la *leppa* con mango de hueso color claro. Presenciando la escena de pie, la mujer tenía la mirada fija en los jirones de los pantalones, de la chaqueta y de la camisa y, sobre todo, en el cuerpo destrozado del marido, sin revelar emoción alguna ni derramar una sola lágrima. Tan solo se tambaleó un poco, si acaso por una leve sensación de vértigo. Tenía la

impresión de que el viento fresco había cobrado vida y que soplaba a propósito para acariciarle el cabello, el semblante, para llevarse consigo el olor a muerte que la envolvía.

En Norolani, la noticia corrió como un reguero de pólvora. Pensando en la amiga de su hija, a la que en los últimos meses había visto en muy contadas ocasiones, Mallena quedó conmocionada con el luto que había entrado en la vida de aquella joven.

–Rosa, ¿más tarde vamos a casa de Nina para hacerle una visita por la muerte del padre? –preguntó, al verla con las mejillas encendidas y el rostro bañado en lágrimas.

–Sí, vayamos –respondió.

Entró en el dormitorio para echarle un vistazo a Jubanne y, al ver que estaba descansando, cerró la puerta.

–Mejor aún, como a *babaj* le ha hecho efecto la medicina, vayamos ahora mismo –dijo, y cogió el chal.

Nada más emprender el camino cuesta abajo en dirección al centro del pueblo, las dos se sobresaltaron al encontrarse de frente con los jóvenes *carabinieri*. Salían del callejón lateral de la pequeña iglesia de Santa Rughe: después de haber terminado por la mañana aquel operativo en el campo, habían venido, solícitos, a hacer un control por el pueblo, para escuchar los comentarios de la gente y respirar la brisa fresca del maestral, que arrastraba consigo la fragancia del mar.

–Buenos días, ¿adónde se dirige, señora Mallena?

–A visitar a la familia del difunto, que era el padre de mi amiga –respondió Rosa, adelantándose a su madre, por miedo a que ella pudiera reaccionar de forma inoportuna.

Percatándose del disgusto de la hija en presencia de los *carabinieri*, con la cara pálida enmarcada por dos trenzas negras y la mirada gacha, Mallena guardó silencio y los miró con desdén.

A pesar de las condiciones en las que se encontraba el cuerpo, la familia había querido que los restos fueran llevados a la casa, como marcaba la tradición. Después de las visitas de parientes y vecinos,

los demás habitantes de Norolani comenzaron la procesión del pésame. El ritual venía acompañado de los lamentos de las plañideras, que, con ese canto, buscaban exaltar la honradez y la rectitud que poseía el difunto y expresar su dolor.

El padre anciano del fallecido estaba sentado con los demás hombres en el vestíbulo de la casa y, a pesar de que tenía los ojos secos y apagados por las cataratas, de vez en cuando iba a la cocina para contemplar el cadáver del hijo, todavía incrédulo.

–Yo seguía albergando la esperanza de que, en estas semanas, se hubiera marchado para hacer un recado por ahí, en algún pueblo de Montiferru, de Guilcer o de Mejlogu. Esperaba que, por algún imprevisto, hubiera tenido que demorarse… –dijo, hablando para sus adentros.

Las mujeres, colocadas en las dos paredes opuestas de la cocina, proseguían con el ritual fúnebre, lamentándose en voz alta. La madre había vuelto a sentarse al lado de lo que quedaba del hijo y, golpeándose el pecho, repetía como una letanía:

–Tú has subido a los cielos, yo he descendido a los infiernos. –Y, cada vez que lo decía, fijaba los ojos en lo alto para acompañar la primera frase: «Tú has subido a los cielos», y, luego, bajaba la mirada y concluía con la segunda: «Yo he descendido a los infiernos».

Cuando llegaron a la vivienda del difunto, lo primero que oyó Mallena, antes incluso de entrar en la cocina, fueron esos cantos fúnebres. Acentuaban aún más el extraño ambiente de la casa. Ser consciente de que se alegraba de la muerte de aquel hombre hizo que le sobreviniera una sensación de repugnancia unida a cierto enardecimiento.

Estaba presente la familia cercana, en general mujeres que, antes de que empezaran a llegar las visitas, habían tratado de recomponer el cuerpo lavándolo como mejor podían y vistiéndolo. Inmediatamente después, lo habían cubierto de romero silvestre, hierbas aromáticas y semillas perfumadas, y, por último, lo habían envuelto con una sábana blanca y tumbado en un ataúd de madera encima de la mesa de la cocina.

Los pies del muerto miraban hacia la puerta de la entrada. En el pecho, la madre del hombre había depositado el crucifijo de madera que, hasta entonces, colgaba de un clavo en el dormitorio.

–No me puedo creer que haya tenido que morir solo y en unas circunstancias tan atroces –repetía, mesándose el cabello blanco y gritando–: Pobre *fizzu meu*, tirado en el suelo, embadurnado de sangre, *fizzu meu istimau*…

–Tenía que pasarle justo a él, obsesionado como estaba con que los jabalíes echaran a perder su huerto. Al final, se lo han quitado todo, no solo el huerto… –le contestó otra pariente, colocando una mano en el hombro de la madre anciana.

Una de las viejas encendió una vela bendecida y las demás se santiguaron frente a lo que quedaba del hombre.

–Esto ha sido obra del diablo o de algún amigo suyo –dijo una de ellas, persignándose, mientras miraba el pobre cadáver.

–Tienes razón, ninguna de nosotras había visto nunca un destrozo como este –corroboró otra, negando con la cabeza.

A Mallena no le pasó desapercibido que Nina seguía con la mirada a la madre, la cual, inclinada sobre el cuerpo, cerraba lo poco que quedaba de los labios, como para evitar que de ellos pudieran escapar los secretos de la familia. Los dientes, que quedaban al descubierto, sin tejido alguno que los tapara, hacían que aquel gesto fuera aún más macabro. Le pareció que la joven contemplaba la escena como si quisiera cerciorarse de que ya no tenía miedo.

Poco después de ese intento de recomponer el cadáver, el calor y la humedad, fruto de la respiración de los presentes y del fuego encendido, afectaron al cuerpo ya en estado de descomposición.

–¡Por todos los santos, es un *meraculu*! ¡Mirad, se mueve! –dijo una de las mujeres que estaba al lado de la viuda, fijándose en que la sábana se movía.

–¡*Fizzu meu*, que no quiere dejar este mundo!

Y, retirando la sábana, que Mallena también había visto moverse, la madre del hombre dejó a la vista los gusanos y las larvas que habían salido de cada orificio del cuerpo y buscaban refugio quién sabe dónde.

Ante aquel espectáculo, de una repulsión insoportable, unida al hedor a putrefacción, Mallena se puso en pie de un brinco y dio un paso adelante para que Nina y Rosa no tuvieran que verlo, mientras la madre, sin fuerzas, se estremeció. Soltó la sábana y, reculando un paso, escondió el rostro entre las manos.

–Tenemos que llamar al enterrador para que cierre ya el ataúd –se apresuró a decir una de las parientes, sosteniendo por un brazo a la anciana.

–Y pedidle al *prejde* Nieddu que adelante la bendición y el entierro de este cristiano –concluyó otra, sentando en una silla a la señora, que, con ojos pequeños y oscuros, seguía con la mirada fija en la sábana, como si creyera que estaba animada por el espíritu del hijo.

A Mallena se le cortó la respiración debido a la mezcla de piedad y desprecio que sentía por el difunto y, poco después, salió al patio para respirar un poco de aire fresco. Se quitó el chal para que la brisa fresca le entrara por la ropa, como invitándola a que se llevara consigo aquellos sentimientos contradictorios. Antes de volver a entrar en la casa, la alcanzó la viuda, que la había seguido al patio, y solo entonces se fijó en un detalle.

–¿Y esto? –le preguntó a la mujer, señalando con el dedo los bulbos que descansaban en la hornacina de piedra, al lado de la puerta del patio. Mallena conocía bien aquellas flores rosas y violetas, que parecían tan inocuas, tímidas incluso. Eran cólquicos. La viuda la miró sin responder–. Sé de alguien que vive en el monte Gonare que ha perdido todo el rebaño por culpa de esta flor –la apremió, acercándose al oído de la mujer para así hablarle sin tener que alzar la voz–. ¿Qué hace aquí esa cosa?

La mujer no dijo nada, ni una palabra.

–Mira que no son flores de azafrán, aunque lo parezcan; si se comen, provocan ardor, mareos, dolor de estómago y agujerean los intestinos. Se puede perder la cabeza… y la vida en solo medio día.

Mallena sabía que los efectos del veneno de aquellas flores suponían una amenaza de muerte para los animales de pasto y aterrorizaban a los pastores, pues eran tan potentes que, con solo ingerir una cantidad ínfima, bastaba para matar a un burro o a una oveja. O a un hombre.

–No sabía qué hacer para solucionar la situación, pero ahora… ahora ha dejado de atormentarnos.

Mallena la agarró por los hombros y le dio un tirón.

–¿Qué has hecho?

–¡¿Qué debía hacer?! Seguí recolectándolas… Por si, después de dárselas de comer con una tortilla de puerros, ese maldito asqueroso aun así volvía a casa.

–¡Podrías haberle puesto en manos de la justicia! –le dijo en voz baja, con cuidado de que no la oyeran las mujeres que estaban dentro de la casa.

–No me vengas con esas. ¿Tú de verdad crees que la justicia nos habría salvado? Solo Dios sabe, en todos estos años, cuántas veces he esperado a que alguien interviniera, he rezado, no solo al Señor, sino a todos los santos, para que lo ayudaran a superar ese arrebato de locura enfermizo que acabó con él y para que nos ayudaran a nosotras también. Pero nada, no se obró ningún milagro.

Mallena miraba a la mujer, que parecía conservar la calma; incluso sus gestos transmitían serenidad.

–No era este el remedio que quería, pero, créeme, no he encontrado otro mejor. Cada día me sentía más débil; además, después de ver a Nina en ese estado, de repente comprendí que debía ser fuerte, porque yo, solo yo, podía hacer algo. –hablaba con voz sosegada, casi con una sonrisa de satisfacción.

Cogió los bulbos que quedaban en la hornacina, entró en la cocina y los arrojó al brasero, donde desprendieron pequeñas chispas que saltaron en todas las direcciones y casi llegaron al ataúd. Las mujeres presentes, algunas de ellas acuclilladas en unas esteras en el suelo, asintieron, creyendo que las había lanzado a las brasas para perfumar el ambiente con su aroma. La chimenea, como era la costumbre en estos casos, estaba apagada.

De vuelta en la cocina, Mallena miró a su alrededor: las mujeres orantes, el cadáver en el centro de la estancia y la viuda con el rostro sereno. Sintió, por unos instantes, que en todo aquello no había discordancia alguna.

Durante el tiempo que permaneció en la casa, intercambió unas pocas miradas con la viuda; distraída, tenía los dedos entrelazados

sobre el regazo. Antes de despedirse, se acercó a Nina, que, sentada al lado de Rosa, había guardado silencio desde el comienzo.

–La muerte, en ocasiones, lo estropea todo; en otras, lo arregla –le murmuró al oído, incapaz de contenerse.

Poniéndose en pie para acompañarlas a las dos hasta la puerta, Nina aferró las manos de la amiga con una fuerza tal que Rosa hizo una mueca de dolor.

–No volveré a permitir nunca que nadie entre dentro de mí, que me haga daño, nunca, nunca en la vida –le susurró.

A Mallena le pareció que los ojos de la joven, por un segundo, brillaban febriles, convencida de verdad de que la muerte a veces destruye, otras repara. Notó, además, que aquella frase de Nina, pronunciada con un hilo de voz rechinando los dientes y, en apariencia, carente de sentido, había dejado a su hija enmudecida, presa del estupor.

–Algo le pasa a Nina, me ha parecido extraño lo que me ha dicho. Estará alterada por la muerte de su *babaj* o tal vez le haya pasado algo grave. Hace ya un tiempo que dice cosas que no entiendo.

–Como el viento proveniente del mar, que se siente, se respira e incluso parece que nos puede abrazar y entrar en nuestro interior, así es la muerte, *fizza mia*: nos abraza, nos acompaña y, en ocasiones, nos salva. Todos avanzamos por el mismo camino desde que nacemos.

Aquel olor que invadía la casa que acababan de dejar las acompañó durante parte del trayecto. A Mallena le pareció el mismo que el de la carroña de animal abandonada en los campos. Rosa no dijo nada más y subió en dirección a su casa sumida en el silencio; su madre estaba convencida de que resonaban en su cabeza las palabras de la amiga y las que había pronunciado ella misma.

Tras dejarse caer en una silla de la cocina, Mallena cruzó las manos sobre el corazón, como si deseara mitigar no solo su propio pesar, sino el de todas, incluida Nina y su madre. A todas ellas las acompañaban sus demonios; quién sabe durante cuánto tiempo más las seguirían atormentando.

Capítulo 29

Durante algunos días, los vecinos de Norolani se distrajeron con el hallazgo del cadáver. Luego, convencidos de que la historia ya no daba más de sí, el interés decayó rápidamente y volvió a centrarse en los hombres del pueblo que habían partido al frente y en la mala cosecha que casi había vaciado el almacén de Monte Granatico, dejando poco trigo y cebada que distribuir entre los campesinos que necesitaban suministros para la siguiente siembra, aunque siempre con la condición de devolverlos después.

Para Mallena y Jubanne, el poco dinero del que disponían, ese que se ahorra porque nunca se sabe, se había esfumado hacía tiempo.

–No se preocupe, me lo dará la próxima vez –le dijo el farmacéutico, sonriente, luciendo un traje nuevo debajo de la bata blanca.

Ya había fiado a Mallena en otras dos ocasiones en la compra de morfina y ella, para pagar los medicamentos, había tenido que recurrir a los ahorros de los suegros.

–Pinche aquí, en la parte externa y alta de la nalga. Recuérdelo, con mano firme y decidida, como le he enseñado.

La primera vez, Mallena había hecho la inyección bajo la supervisión del doctor Onnis, pero con tanta prudencia y lentitud que Jubanne se había quejado del dolor.

–Tienes mano dura, pero no importa. Gracias a este pinchazo, sueño con cosas hermosas, y eso es lo que importa –había dicho Jubanne, y, cerrando los ojos, había esbozado una sonrisa triste.

Mallena había aprendido rápido a inyectar y suministrar los medicamentos. Se sentía orgullosa de haber tenido la capacidad de

aprender cosas nuevas, impensables hasta hacía poco, y pensaba que, quizá, de ahora en adelante, cuando Jubanne se recuperara, aquellas nuevas habilidades le servirían para ayudar a los demás.

–Esta medicina es mucho mejor que el láudano ese –dijo una noche Mallena, después de inyectarle la morfina–. El farmacéutico me ha dicho que el otro tratamiento se elaboraba a base de opio macerado, pero me ha asegurado que este de ahora es mucho mejor. Es un milagro, no cabe duda. –Se detuvo para contemplar la forma en la que se transfiguraba el semblante de su marido después de la inyección: los músculos ya no se contraían, los surcos de la frente se deshacían y la mirada se serenaba–. Qué maravilloso es ese jovencito; es siempre muy cortés cuando voy a la farmacia a por las medicinas y se ve que le gusta hablar conmigo de todo un poco. –Desmontó la aguja y el émbolo de la pesada jeringa Luer de cristal, que el farmacéutico había encargado de Oristán a propósito para Jubanne. Colocó con delicadeza las piezas que la componían en una cajita de aluminio, comprada, asimismo, para la ocasión en la farmacia–. Después del pinchazo, empiezas a relajarte y se te borra esa cara de pocos amigos que tienes siempre. Luego, duermes como un bebé que acaba de tomar el pecho.

Aquella noche, Mallena volvió a revisar la que en un primer momento había parecido una pequeña mancha del color del vino en el muñón y que ahora se había extendido y se había vuelto oscura, casi negra. Pero el dolor, con los nuevos fármacos, se había reducido considerablemente y ella trataba de ignorar los malos presentimientos, aunque a menudo un hondo silencio se desplomaba sobre los dos.

Durante días, ninguno de los dos volvió a mencionar lo de comprar el terreno.

–A saber cuándo llegará el dinero… –repetía Jubanne de vez en cuando, pensando en lo que el Estado les había prometido a los heridos de guerra como merecida indemnización por las vidas que se habían roto en el monte Zebio, en Carso o en el monte San Michele–. No solo he perdido la pierna y me he quedado estropeado; también me encuentro mal mentalmente. Me han dejado así, sin sustento, incapaz de hallar la paz ni de día ni de noche.

–El abogado Salaris me ha dicho que el Gobierno de Giolitti, ya en el año 1912, después de la guerra en Libia, pagó a los soldados inválidos. Ya verás que a ti no tardarán en pagarte tampoco –dijo Mallena para tranquilizarlo, al notar que a él comenzaba a agitársele la voz.

–Pero a saber cuántos más la habrán solicitado. –Cerró los puños y se sumió en los recuerdos, como para convencerse de que de verdad se merecía aquella indemnización–. En junio, cuando atacamos la línea enemiga, nos fue bien, repelimos los tres contraataques austríacos. Pero, después, cuando no llegaron ni los refuerzos ni la comida, pocos salimos con vida y había centenares de hombres despedazados por doquier, todos sardos. Pasé días encima de mis compañeros muertos; todavía hoy, siguen apareciéndose ante mí como *pantume*.

–Cuando hay que dar órdenes que les convengan, los de arriba son muy rápidos, pero, cuando la cosa no va con ellos, se lo toman con toda la calma del mundo.

Ahora Mallena no podía ir a ninguna parte sin cruzarse con los *carabinieri*, quienes, siempre en pareja, le bloqueaban el paso para preguntarle, no sin cortesía, adónde se dirigía y por qué motivo. Habían informado al comandante Lorandi de las palabras de la sirvienta del *prejde* Nieddu.

–Por envidia, algunas son capaces de inventarse cualquier cosa –había añadido el de Cagliari, levantando los ojos hacia el cielo.

–¿Dónde queda la misericordia cristiana? –había asentido el de Brescia.

Pero, a pesar de que estaba convencido de que no eran más que conjeturas, el comandante quería despejar cualquier duda de que Mallena de verdad pudiera estar implicada en casos de abortos.

–Quiero intensificar la vigilancia sobre la partera y enterarme de cada paso que da, así que… oídos y ojos bien abiertos.

Hasta que, una mañana temprano, llamaron a su puerta.

–Buenos días, venimos a informarla de que la han citado en la subdelegación del Gobierno de Bosa el día 19 de diciembre. –Acto

seguido, al ver su cara de sorpresa, añadieron–: Es por esas… por esas quejas de la nueva comadrona, la señorita Angelica, y del señor alcalde –dijo el joven de Cagliari, incómodo.

Mallena asintió con expresión severa y los dos se despidieron con un gesto de la cabeza.

Pero que la vigilaran hasta tal punto no quería decir que la gente hubiera dejado de llamarla. Prácticamente a diario se presentaba alguien, ya fuera una muchacha o un anciano, un hombre o una mujer, todos con la misma motivación: pedirle que se acercara a esta casa o la otra, para asistir a una mujer que se había puesto de parto, que tenía contracciones antes de lo previsto, o para cerciorarse de que el recién nacido y la madre se encontraban bien.

–No puedo ir, la justicia no me lo permite, siempre están aquí fuera vigilándome y, si me descubren, vosotros también tendréis problemas. Tenéis que llamar a la comadrona. –Esta era la respuesta que, resignada, les daba a todos, pero eran pocos los que seguían sus consejos.

–Mi hermana a la *sennorina* Angelica no la quiere ver ni en pintura. Dicen que, cuando fue a asistir a Maria, la hija del zapatero, le metió las manos en sus partes íntimas y le hurgó dentro. ¿Cuándo se ha visto algo así? Ese es un lugar más bendito que el sagrario mismo.

Mientras le contaba todo esto, la mujer agitaba las manos por encima de la cabeza, alzando los ojos al cielo, escandalizada.

–Pero es que, si intento ir yo a casa de tu hermana, primero me multarán y, después, acabarán esposándome.

–La suegra de Peppino, el sastre, ha dicho que la comadrona quería poner a la nuera encima de la cama. ¿Cómo va a dar a luz una en esa postura tan incómoda y antinatural? ¿Y si se mancha la cama? –proseguía la mujer, gesticulando con los nervios a flor de piel–. Menudo problema, que antes del verano la lana del colchón no se puede ni lavar. Con toda esta ropa de cama, después, ¿qué haces? No, así no es como se hacen las cosas.

–Sí, he oído que, según la *sennorina* Angelica, en el suelo, sobre la estera, solo deben parir las bestias, no las cristianas. Y también me han dicho que no permite siquiera dar a luz sentada entre

taburetes. Pero ¿qué le voy a hacer yo? El alcalde la ha puesto al mando.

–Esta será estudiada, pero no tiene ni idea de lo que se puede y lo que no se puede hacer aquí. Viene del continente; es otro mundo –dijo la mujer. Y, entonces, tras tomar aire–: Es como el doctor Onnis, que se cree que puede luchar contra la malaria, la tisis y todas las demás enfermedades sin tener en cuenta que la gente pobre no puede comprar tantos medicamentos como los *sennori*. ¿Y de qué nos sirve curarnos? Si al final, acabamos igual en el cementerio, pero dejando a la familia endeudada hasta el cuello.

En la preocupación que transmitía aquella mujer, Mallena veía reflejada su propia inquietud y empezó a costarle respirar.

–Al médico no solo le gusta curar a la gente, también quiere imponer esto y prohibir lo otro. Todo lo que no salga de su boca está mal hecho, es de salvajes, pero, si nosotros no hacemos al menos lo que sabemos que funciona de toda la vida para curarnos…, en el cementerio habrá más muertos que ahora, por si fueran pocos –dijo con amargura.

–Es que esta gente, que ni siquiera es de aquí, está empeñada en prohibir todo lo que se ha hecho en este lugar toda la vida, desde que hay piedras en Montresta. Pues mira, yo a la casa de la *sennorina* Angelica no voy; iré a la de la *tzia* Nonnora y le pediré que me prepare una medicina o me diga alguna oración para que vaya bien el parto de mi hermana.

–Si… si vas a la casa de la *tzia* Nonnora, hazme un favor: dile que venga a ver a Jubanne. Yo también la… la necesito.

Al día siguiente, la anciana, tras pasar por delante de la pequeña iglesia de Santa Rughe, siguió caminando recto entre las casitas con puertas y ventanas enmarcadas de basalto, otras de traquita roja de Montiferru, y subió la cuesta hasta la casa de Mallena. Esta última se alegraba de que la visitara; hacía al menos una semana que no veía a la *tzia* Nonnora ni hablaba con ella.

–La necesito, señora. Quisiera que viera a Jubanne. Me gustaría saber qué piensa usted y preguntarle si hay algo que pueda hacer

por él. Cualquier cosa.

–Si hay algo que pueda hacer, lo haré.

–No me gusta nada esa mancha oscura en la pierna, que no para de crecer, y eso que estoy siguiendo el tratamiento del doctor Onnis.

Tzia Nonnora entró en la habitación donde se encontraba Jubanne. El efecto de la morfina comenzaba a pasar y el hombre empezaba a quejarse del dolor, incluido el de la pierna que ya no tenía. El tiempo de eficacia del estupefaciente opiáceo se reducía día a día y Jubanne oscilaba entre momentos de descanso y momentos en los que caía presa del dolor, de las pesadillas y de los fantasmas que seguían atormentándole incluso despierto.

–*Tzia*, ¿ve lo que hace? Está siempre así.

Tzia Nonnora permaneció delante del hombre, escuchando los lamentos y observando las muecas de la cara: las manos contraídas buscaban el muñón, luego los dedos se cerraban en puños.

–Es el dolor de la ausencia. La cabeza no es la única capaz de recordar; el cuerpo también tiene memoria, y vaya si es buena. Se acuerda de todo, hasta de la pierna que ya no está. –Con el brazo levantado a media altura, comenzó a hacer movimientos circulares con la mano–. Tráeme una teja.

Nada más regresar del jardín con una teja, Mallena se la entregó y fijó la mirada en las manos de la anciana: la vio meterse en la boca el pulgar y el índice, coger con destreza unas brasas del brasero junto a la cama con los dedos humedecidos y colocarlas sobre la teja. Ella y Jubanne la observaron sacar algo de un bolsillo de la falda, oculta debajo del delantal negro.

–Dame un paño y sostén la teja.

–Sí, *tzia*.

Mientras Mallena sostenía la teja con los brazos, la anciana comenzó a desmenuzar hojas y flores secas.

Ninguno de los dos identificó, ni siquiera sirviéndose del sentido del olfato, qué plantas eran. En silencio, ella colocó la teja en el regazo de Jubanne y le cubrió la cabeza y los hombros con un paño, para que respirara los aromas de las flores y de las hojas que, despacio, ardían sin llamas.

–¿Debo hacer o decir algo? –quiso saber él.

Tzia Nonnora no respondió y se puso a rezar en voz baja. Mallena sabía que, para que aquel ritual fuera eficaz, había que dejarla recitar algunas de sus oraciones sardas. Sabía que aquella mezcla entre plegarias comunes y otras arcaicas, desconocidas para ella y para Jubanne, era la parte más importante del ritual.

–*Anima de biu, torratinde dae nue ses beniu, anima de mortu, torratinde a postu.** –Fueron las únicas palabras que los dos consiguieron comprender.

Mallena sabía bien que la *tzia* Nonnora había dedicado toda su vida a proteger a los vecinos de Norolani. Con el paso de los años, había preparado infinitas infusiones y emplastos de hierbas y había confeccionado centenares de escapularios y amuletos, que variaban cada vez por la forma y por la fuerza invocada. Dependiendo de la clase de problema del que se lamentaba la persona que se dirigía a ella en busca de ayuda, lo más eficaz podría ser un conjuro o una solución propiciatoria, divinatoria o preventiva.

–Dejad esto debajo del *cabizzale* de la cama –dijo al final, agitando delante de los ojos de los dos un escapulario, antes de guardarlo debajo de la almohada.

–¿Qué es? –inquirió Jubanne con tono de desconfianza; entendía poco o nada de lo que la anciana decía y hacía.

–Nos ayudará a ver en tu interior. Debemos observar lo que hace la naturaleza, donde cada cosa tiene su función y se compenetra con las demás.

Si Mallena practicaba la medicina tradicional, sin por ello dejar de fiarse de la medicina oficial, la *tzia* Nonnora era una figura ambigua que hacía lo mismo con la religión, sirviéndose de prácticas arcaicas y siguiendo los influjos de la naturaleza y de los astros. Ambas mujeres reconocían que había algo poderoso e inconmensurable que permanecía invisible a los ojos; de ahí que sintieran que debían afinar la vista.

Antes de marcharse, la anciana se agachó para acariciar el semblante de Jubanne y, nada más posar las manos huesudas sobre el hombre, Mallena reparó en que un temblor recorría el cuerpo de la señora y parecía estremecerlo hasta la punta del fino cabello blanco.

–¿Qué sucede? –preguntó él, con ojos esperanzados.

Tzia Nonnora le dedicó una sonrisa henchida de compasión, pero no dijo nada; el glacial escalofrío le había llegado hasta los huesos.

–Déjala, ¿no ves que está agotada y que aún tiene que llegar hasta su casa?

Mallena, que se había dado cuenta del temblor, al igual que la anciana sabía escuchar e interpretar ciertos silencios.

---

* Fuerza de la vida, regresa de donde te has ido, fuerza de la muerte, regresa a tu lugar. (*N de la T*)

Capítulo 30

Aquella mañana, emocionados e impacientes como estaban, Rosa y Daniele salieron antes de lo acostumbrado hacia la casa de los abuelos. Era el día de la matanza del cerdo. El niño se sentía feliz por todos aquellos festivos consecutivos, puesto que el día anterior se había celebrado la fiesta de la Inmaculada Concepción y había asistido a la misa *Gaudens Gaudebo*, en la que también habían cantado.

–El año pasado estuvo mejor. ¿Te acuerdas, Daniele, cuando fuimos con la abuela a la procesión?

–Bueno, como sea: yo me alegro de no haber ido a la escuela ayer tampoco, que me he ahorrado las bofetadas del *majstru* Meloni. O algo peor, como lo que me hizo el otro día, cuando me olvidé de llevar las brasas a la escuela…

Durante el invierno, todos los alumnos debían llevar brasas a clase y depositarlas dentro del brasero colocado delante de la cátedra del maestro. Daniele, como todos los días, tendría que haberlas llevado dentro de un tarro con cierre de alambre.

–Ese despiste me salió caro. Me mandó acercarme a la cátedra y me obligó a tenderle la mano. Luego, tac, tac, dos golpes con la vara en los nudillos. Aún me duelen.

El niño levantó la mano izquierda y Rosa se la acarició con delicadeza: algunos dedos seguían hinchados, morados y calientes.

–¿Puedes moverlos? ¿Te duelen mucho? –preguntó, apesadumbrada porque no se había dado cuenta hasta entonces.

–Sí, ya puedo moverlos. Y aunque me dolió, me quedé quieto y no se me escapó ni un solo «¡Ay!».

Rosa se agachó para besarle los dedos al hermano, después de soplar sobre ellos, como si con eso fuera a desaparecer el dolor.

–¿Se hace así? –preguntó Rosa, pasando el pulgar por encima de un pedazo de pasta fresca que había separado de un espagueti del grosor de un dedo.

–No aprietes ni con mucha fuerza ni con poca. Deben quedar todos iguales; de lo contrario, algunos se cuecen de más y otros te parten los dientes.

Tzia Zizza observaba a la nieta por el rabillo del ojo mientras preparaba con destreza los *malloreddus*, que con el meñique colocaba rápidamente sobre un paño de lino.

En el fondo del jardín, mientras tanto, el abuelo había acaparado la atención de Daniele.

–Ven, *agnellino* de casa, quédate aquí conmigo, así verás bien y aprenderás cómo se hace.

Desde aquella posición privilegiada, el niño podía ver al tío, quien, en la porqueriza, junto con otro joven, trataba de apresar al cerdo que iban a sacrificar. Entre gruñidos y coces repentinas, el animal acorralado intentaba escapar de sus verdugos. Los jóvenes, jadeantes y bañados en sudor, tenían la ropa manchada de barro y agua sucia.

El abuelo los miraba sacudiendo la cabeza. Al final, les aconsejó:

–Echadles algo de comer, que estos animales hoy parecen poseídos por el diablo.

Hubo que recurrir a un puñado de bellotas para capturar al condenado. Era el más gordo, un macho castrado hacía nueve meses.

Cuando los sonidos guturales del animal aterrorizado llegaron hasta el interior de la casa, *tzia* Zizza se acercó a Rosa, que estaba colocando la pasta fresca sobre un paño.

–Vete con ellos, apúrate y… ten cuidado –le dijo, tendiéndole en las manos un recipiente de barro que había sacado de un estante.

La muchacha vaciló unos instantes antes de cogerlo y salir.

Con las patas inmovilizadas por los dos hombres, el animal gruñía contorsionándose y bufando por el hocico. Lo sacaron de la porqueriza hasta la explanada frente a la casa y, ahí, Daniele se cruzó con su mirada en el mismo instante en el que su tío le clavaba el cuchillo afilado en la base del cuello, apuntando hacia el corazón con la hoja. Tan solo el mango quedó fuera.

El niño leyó el terror que transmitían aquellos ojos y se estremeció. Se aferró a las piernas del abuelo por detrás y cerró los ojos, pero, con cada grito desgarrador y casi humano del animal, los abría de nuevo para constatar que el cerdo no estaba mirando en su dirección.

–No tengas miedo, que no te va a morder. Y tú, Rosa, ponte ahí y ten cuidado de que no se te caiga ni una sola gota, que si no… a ver quién aguanta a tu abuela –le dijo el abuelo.

Rosa estaba agachada al lado del animal. Con las mangas remangadas hasta los codos, se concentraba en recoger en el cuenco de barro la sangre que comenzó a brotar del cuello del cerdo en cuanto el tío extrajo el cuchillo. Primero a borbotones, luego fue disminuyendo, a medida que se apagaban las sacudidas y los estertores del animal.

–Bien, dámelo a mí.

Satisfecha con el trabajo de su nieta, la *tzia* Zizza le quitó de las manos el recipiente rebosante de sangre caliente y oscura para guardarlo sin más dilación en la cocina. Rosa, a diferencia de Daniele, no era la primera vez que presenciaba una escena como aquella, pero se quedó con las manos vacías extendidas hacia delante.

–Con esto prepararemos *sanguinaccio*, un postre que volvía loco a Jubanne y que seguro que no pudo comer ahí arriba en las trincheras –dijo la *tzia* Zizza.

Rosa sabía que aquel postre especiado, considerado todo un manjar, solo se podía degustar en aquel momento y que su padre hacía años que no lo comía. Mientras la mujer ponía a buen recaudo el cuenco lleno, ella se quedó mirándose las manos y los brazos manchados de sangre.

Daniele estaba al lado del abuelo y, de vez en cuando, se volvía a agarrar a los pantalones del anciano.

–No pensaba que fuera a gritar… tanto –susurró cuando comprendió que el animal había fallecido.

–A nadie le gusta morir, sobre todo siendo consciente de lo que está pasando.

–Y tardó mucho tiempo el *mischineddu*.

–¿Cómo pensabas que terminaba la carne en el plato? –le respondió el anciano, sonriendo y agachando la cabeza hacia el nieto.

–¿Aprovechamos las cerdas para hacer cepillos? –preguntó el joven que había venido a ayudar.

–No, no, las echamos al fuego y nos olvidamos; no hay tiempo que perder –respondió el hermano pequeño de Jubanne, apresurándose a coger un tizón del fuego que habían encendido en la explanada del patio hacía unas horas, sin dejar de pensar en la comida que, dentro de poco, pondrían a cocinar sobre aquellas brasas.

La madre les lanzó una mirada de desaprobación. Les había repetido cientos de veces a los hijos que «del cerdo no se desaprovecha nada»: podría haberle dado esas cerdas a un viejo del pueblo de al lado que pasaba a recogerlas y conseguir, a cambio, una gruesa brocha o un cepillo nuevo para la ropa.

Los dos jóvenes, con un rascador y una piedra pómez, limpiaron al animal. Cuando terminaron, derramaron sobre la piel raspada un poco de agua, hasta dejar a la vista la superficie rosa y limpia.

Comieron todos juntos al aire libre. Los hombres, acalorados, desprendían un olor a sangre y a sudor. Aquel hedor mordaz, unido a los líquidos del cerdo que se habían pegado a los pantalones de los hombres, invadía la nariz de Rosa y de Daniele, sentados un poco más allá, cerca de los abuelos. Las carcajadas estridentes y los vasos que rebosaban del vino tinto cargado del año anterior acompañaron las orejas, el hígado y la piel de cerdo, salados y cocinados al punto en las brasas.

Los dos jóvenes comían con apetito.

–Daniele, ¿quieres tomarte un traguito de vino con nosotros? –le preguntó el hermano de Jubanne.

–Deja al niño en paz, que ya tendrá tiempo para esas cosas –dijo el anciano, mirando de soslayo al hijo que, achispado, picaba al amigo, discutiendo sobre quién había sido más diestro a la hora de capturar al cerdo.

Daniele, que llevaba varios minutos masticando el mismo trozo de piel dura, intentaba tragar el que sería su primer bocado. No se reía; aquella fiesta del cerdo no era en absoluto como se esperaba. Rosa picoteaba migajas de pan y, de vez en cuando, cogía de una fuente una aceituna verde en salmuera con hinojo silvestre. Seguía amarga y se la comía despacio. A veces, bajaba la mirada hacia las manos: debajo de las uñas, aquella capa de color rojo oscuro no había desaparecido del todo.

Descuartizado y abierto en canal, habían puesto a secar al animal, chorreando sangre y despojado de sus vísceras. Colgando de un gancho boca abajo, durante los días siguientes, después de que lo salpimentaran, pasaría a convertirse en jamón, embutidos, salchichas y tocino para comer poco a poco a lo largo del año.

Aquella misma mañana, nada más terminar de atender a Pitiola y a las gallinas, Mallena decidió que debía hablar con Jubanne; no podía seguir retrasándolo.

–Dile a tu hermano que ahora no podemos comprar ese terreno. Es más, para que venga ese doctor, habremos de vender la parcela que tenemos a las afueras del pueblo, subiendo en dirección a Bosa; no es mucho, pero…

Secándose las manos en la falda del vestido, mantenía la mirada baja.

–Se puede vender parte del rebaño –replicó el marido.

–No, no, es mejor vender el terreno. Las pocas ovejas que nos quedan, dentro de unos años, le vendrán bien a Daniele. El terreno, en cambio… Tu padre, que ya tiene sus años, y tu hermano, que de salud está como está, ya no están en condiciones de cultivarlo… y

ahora ya no tienen a nadie que los ayude. –Mallena insistía en defender el rebaño.

–No, le he dicho a Daniele que compraríamos ese otro terreno; ahora no podemos vender la poca tierra que nos queda –dijo Jubanne, bufando, con el ceño fruncido.

–No es posible vender las ovejas.

Y, para disimular el disgusto que comenzaba a endurecerle el rostro, Mallena se agachó para recoger un calcetín que Jubanne había tirado al suelo de malas maneras para meterlo de nuevo dentro del zapato que descansaba a los pies de la cama.

–Que te quede claro: ¡aunque me falte una pierna, sigo siendo un hombre y estoy en condiciones de tomar decisiones, al menos en mi propia casa!

–Pero estamos endeudados con el farmacéutico; todavía hay que pagar esa jeringa que han encargado a propósito para ti desde Oristán. Y le debemos dinero a tu familia.

–Sí, pero romper una promesa es peor que contraer deudas. Yo quiero mantener mi palabra, aunque sea la que le he dado a mi hijo de ocho años.

–El farmacéutico es todo un señor y nos ha fiado, pero debemos darle el dinero lo antes posible o tal vez deje de darte las medicinas que necesitas. Y también tenemos que pagar a tu familia, que, en temas de finanzas, no está para tirar cohetes.

A Jubanne se le marcaron las facciones y tragó saliva varias veces.

–Cuántos sacrificios, cuántos sacrificios… –dijo, comenzando a balancearse, sentado como estaba–. Ojalá me hubiera muerto; así os iría mejor.

Al ver que tenía los ojos acuosos y ausentes, la esposa sintió que Jubanne se estaba deslizando, una vez más, hacia un lugar muy lejano.

–No digas tonterías –le regañó, acariciándole el rostro cubierto de barba–. Cuando llegue ese especialista de Cagliari, ya verás que todo irá a mejor y te curarás de una vez por todas.

Más tarde, sentados el uno al lado del otro en la cama, Jubanne comenzó a quejarse por el dolor. De vez en cuando, soltaba un grito agudo, hasta que, después de comer, Mallena le suministró el vial de

morfina y vio que su rostro, poco a poco, se serenaba. Luego, instantes antes de conciliar el sueño, volvió a surgir aquella sonrisa, cada vez más triste.

Ella también se tumbó al lado de su marido.

Cuando Rosa y Daniele, con la puesta de sol, regresaron al término de aquel día que tanto los había conmovido a los dos, se encontraron con que los padres acababan de levantarse de la cama.

–Tengan, esto es para ustedes. Otro día nos darán carne para tomar con vino, grasa y patas saladas para servir con garbanzos o habas –explicó Rosa, colocando en la mesa el recipiente que contenía trozos de hígado, pulmón y corazón, todavía empapados de sangre.

–*Babaj*, ay, ay, tendría que haber oído al pobre cerdo; gritaba como un desesperado.

–Tienes que acostumbrarte, *fizzu meu*, que así es la vida de los hombres del campo, una vida dura, y para sobrevivir hay que luchar todos los días contra la naturaleza, contra el tiempo y contra el miedo.

–Cuando yo también sea pastor, no quiero sacrificar a mis animales. No, no, a mí me dan pena. Si hubiera visto esos ojos, *babaj*, me daría la razón.

Sin apartar la mirada de Daniele, el padre se había enternecido con aquel hijo que todavía tenía que crecer y convertirse en un hombre. El niño se mordía las uñas y miraba el suelo.

–Tranquilo, que ahora que no vamos a comprar más tierras, tendrás tiempo de aclarar las ideas –le dijo la madre.

Levantando de golpe la cabeza, Daniele miró unos instantes al padre y, después, boquiabierto, a la madre.

–¿¡Cómo, *mamaj*!? ¡Me han dicho que iban a comprar terrenos, que yo iría a pastorear!

–Sí, pero ahora, Daniele, eso ya no puede ser. Tu padre y yo no tenemos dinero para comprar nada más… Todo lo contrario.

Daniele siguió protestando por aquella decisión, que contradecía lo que había decidido con el padre hacía poco.

–Ya está bien de tantas rabietas, que tenemos cosas más importantes en las que pensar –le regañó Mallena, levantando la

voz.

–Lo siento mucho, *coro meu*… –intervino Jubanne.

Le habría gustado abrazar al hijo y pedirle perdón por haberle decepcionado, pero no habría sido capaz de levantarse y tan solo pudo tender un brazo hacia el niño. Sin dejar de gritar, Daniele se puso a dar pisotones, mientras Rosa miraba al hermano sin interceder.

–He dicho que pares ya. ¿Quieres tomar las decisiones tú, que aún eres un niño?

Y, sin esperar a que le respondiera, Mallena le dio al hijo una bofetada, que le dejó una marca roja en la mejilla.

Daniele tuvo la sensación de que aquel golpe le dolió más que todos los que le había propinado el *majstru* Meloni desde que comenzó la escuela. Anonadado, el niño no bajó los ojos, sino que se quedó mirando a la madre sin decir nada y sin derramar una sola lágrima. Le pareció oír los chillidos desgarradores del cerdo agonizante y, solo de pensarlo, se puso pálido.

Capítulo 31

Las campanas todavía no habían dado las tres de la tarde cuando los dos jóvenes *carabinieri* se presentaron en el domicilio de Mimina. En esta ocasión, fue Daniele quien entró en casa gritando:

–*Mamaj*, debe de ser que Antoni va a volver: ¡los *carabinieri* han ido a su casa! Los mismos que vinieron a la nuestra.

Con la mirada fija en el niño, Mallena recordó que hacía muchos días que no veía a Mimina y lamentó no haber encontrado un hueco para detenerse a tomar un café con ella y charlar un rato.

–Este es el *fonogramma* que nos ha llegado por teléfono esta mañana… –dijo el de Cagliari, entregándole a Mimina el folio y rehuyendo la mirada de la mujer, al igual que su compañero más joven, el cual se volvió para admirar el valle que con dulzura descendía hasta el mar.

Aquellas aguas tan calmas, vistas desde lejos, le transmitieron una sensación de consuelo y, por unos instantes, antes de que la voz de Mimina le devolviese al presente, se preguntó cuándo podría embarcarse y regresar a su tierra.

–¿Qué pone aquí? –preguntó ella.

–Solo nos han dado la orden de entregarle este comunicado, nada más.

Los dos militares recularon unos pasos y vacilaron un momento antes de darse la vuelta y marcharse.

–¿Está Rosa en casa?

Antes de que Mallena tuviera tiempo de ir a verla, se encontró a Mimina en la puerta con la hoja en la mano. La hija, al oír que pronunciaban su nombre, apareció al instante.

–Toma, léela –le pidió la madre, que cogió la hoja de las manos de la amiga y se la entregó.

–Viene del Ministerio de Guerra, con fecha del 7 de diciembre de 1917. Eso fue el día antes de la Inmaculada.

–Sí, ya sé qué día fue, pero ahora léeme lo que dice –la apremió Mimina, que, incapaz de mantenerse quieta, temblaba de ansiedad.

–Pone que… «Con profundo pesar comunicamos que Antoni Angioi, de la generación de 1891…, nacido el 15 de enero en Norolani…, soldado del 152.º Regimiento de Infantería…». –Rosa aferró con más fuerza la hoja entre los dedos hasta que se le pusieron los nudillos blancos. Abrió mucho los ojos, fijándolos en la madre. En silencio, Mallena le hizo un gesto para que continuara–. «… a causa de las heridas sufridas en la batalla del 17 de septiembre de 1917 en la meseta de Ba… Bainsizza, donde, impávido al peligro… –prosiguió en voz más alta–, luchó como un león en tierras lejanas para servir con su glorioso sacrificio al ideal y al honor de la patria, ha… fallecido. El 4 de diciembre de 1917».

Permaneció inmóvil con la hoja en las manos. A su alrededor, todo pareció detenerse.

Mimina tenía los brazos caídos; apoyando la espalda en la jamba de la puerta de frío basalto, emitió un ligero gemido. Agarrando a la amiga del brazo, Mallena la sentó en la silla de la entrada, donde se quedó con la cabeza reclinada hacia atrás y la mirada perdida.

La blusa blanca y el pálido semblante eran indistinguibles, en pleno contraste con el corpiño que lucía todos los días, el cual, pese a estar desgastado, tenía vivaces flores bordadas y conservaba su color rojo intenso. Aquella tonalidad se asemejaba al recuerdo de días lejanos, tardes a comienzos de verano e instantes de amor entre los dos esposos que se habían quedado atrapados en el pasado para siempre.

En menos de media hora, las pocas habitaciones que conformaban la modesta casa de Mimina se atestaron de gente. Para acoger a las visitas, la puerta de la entrada permanecía abierta de par en par con un grueso gancho de hierro, incluida la otra hoja que normalmente estaba cerrada.

Los hombres estaban en el vestíbulo encalado, algunos sentados en las sillas barnizadas de paja que le habían prestado los vecinos para la ocasión, otros de pie. Todos guardaban silencio, con la cabeza descubierta y la *berrita* en la mano. En la cocina, las mujeres rezaban: las de mayor edad sentadas en los taburetes, las demás pegadas a las paredes vacías de la habitación. Las numerosas viudas tenían la cabeza envuelta en la tradicional pañoleta de color negro, cuyo extremo inferior cubría la parte baja del rostro, dejando visibles tan solo la nariz y los ojos que, así enmarcados, brillaban a la luz tenue. Los niños, a su vez, estaban en el dormitorio, al lado del vestíbulo, con las hermanas más grandecitas, que se dedicaban a contar cuentos o cantar en voz baja, para que ninguno de los pequeños montase un alboroto.

En torno a la imagen de Antoni, muerto lejos de casa, se reunía la comunidad de Norolani: los vecinos se presentaban y, después de tocar la pequeña fotografía con los bordes amarillentos a causa del humo, apoyada en la hornacina sobre la chimenea, se santiguaban y le repetían lo mismo a la familia más cercana:

–Que Dios lo tenga en su gloria.

Unos cirios ardían a ambos lados de la fotografía en la repisa de madera, junto a las tapas de cobre de las ollas dispuestas en fila, perfectamente limpias, como limpias estaban las cacerolas colgadas justo debajo; a la luz de las pequeñas llamas, parecían de oro.

–¿Dónde estará Antoni? Ni el cuerpo me han devuelto para llorarle… –Mimina, interrumpiendo su silencioso llanto, aferraba las manos de las personas que habían acudido a darle el pésame.

–Con lo guapo que era… *Fizzu meu istimadu*…

La madre de Antoni y las demás parientes se desesperaban, interrumpiéndose de vez en cuando para rememorar la vida del soldado.

–El día que nos despedimos por última vez de nuestros muchachos, recuerdo lo apuestos que estaban todos, ¡y ninguno ha vuelto *intreu e bonu* de ese infierno!

–¡Maldita la guerra y quienes la han buscado! –exclamó la anciana madre de Antoni, golpeándose la cabeza con una mano–. Tendríamos que haberlo visto venir cuando nos despedimos de ellos en la estación, con el ruido infernal que hacía ese monstruo de hierro que se llevaba lejos a nuestros hijos y maridos. Y, con ese estruendo de fuego y humo, hasta los pájaros, aterrorizados, volaron lejos. Nosotras nos quedamos solas en los andenes, viéndolos desaparecer en dirección al norte. ¿Quién se imaginaba que a muchos no los volveríamos a ver y que de ellos no nos quedaría ni un solo trozo de piel que enterrar…?

–Es cierto, parecía que nos habíamos dejado llevar por la gloria, pero estaba claro que esto no iba a traerle nada bueno a nadie. Quién sabe cuántas mujeres, esposas, madres e hijas de los *inemigos* estarán llorando ahora como nosotras –añadió Mallena, pensando en todas las mujeres cuyos seres queridos seguían en el frente.

Y reflexionó sobre el hecho de que Antoni había caído herido de muerte en aquella terrible batalla el mismo día en el que nació el hijo de Lucia, justo mientras, aquí, la *tzia* Nonnora rezaba a santa Ana por la nieta y por todas las madres. En Norolani nadie, aquel día, podría imaginarse lo que les estaba sucediendo a Antoni y a los demás en aquella meseta árida y desolada. Mallena miró a Mimina, vestida de negro. Los ojos azules de la amiga estaban enrojecidos por el llanto.

–Cuando Antoni se marchó, se llevó una caja de cartón cerrada con una cuerda de cáñamo y una *bèrtula* llena de pan, queso, salchichas y vinos. Como si se marchara a una fiesta… Pero, *innozente* como un niño, no sabía ni siquiera adónde se dirigía ni por qué –dijo la anciana madre.

A Mallena le dio la sensación de que, al rememorar la vida del hijo difunto, la señora anhelaba esculpir su recuerdo en la mente y en el corazón. A continuación, sentada en el primer asiento en toda una fila de mujeres, la madre de Antoni comenzó a alternar, sin un límite

claro, plegarias e improperios que Mallena era incapaz de comprender del todo; tan solo entendió que buscaba consuelo ante aquella angustia colosal y antinatural.

Por la tarde, las vecinas, dentro de sartenes de barro envueltas en paños de lino, trajeron comida caliente para toda la familia y para quienes participaban en la vigilia. Además de un plato de *macarroni dei mortu*, había pan y miel de madroño.

Antes de cenar, dejaron un poco de comida en un plato: era para el alma de Antoni, que pasaría a saludar a sus seres queridos antes de alcanzar el más allá.

Mallena, después de ir a su casa para echarle un vistazo a Jubanne, regresó y se sentó al lado de Mimina, observando su frágil figura: parecía desaparecer dentro de la ropa negra, que le iba varias tallas grandes. Ya no quedaba rastro de la joven amiga de veinticinco años.

Durante toda la noche, las más ancianas llevaron la voz cantante del velatorio, sin dejar de recitar, como si de cantos fúnebres se tratara, elogios al buen joven, colmándole de alabanzas.

Al día siguiente, no solo los habitantes de Norolani, sino también los campesinos, pastores y jornaleros llegados a pie o a caballo de Tennairi y de los pueblos aledaños quisieron participar en la misa fúnebre. En el interior de la iglesia parroquial, en la pequeña nave gótica, Mallena tomó asiento en las últimas filas, desde donde veía, sentada en el primer banco, a una Mimina cabizbaja. A su lado estaban sus dos niños, que, de vez en cuando, alzaban los ojos para contemplar la expresión facial de la madre.

En las pequeñas capillas laterales tomaron asiento los ancianos de la cofradía local: los del rosario, con capas cortas de color negro, estaban a un lado y, al otro, los de la Virgen, de color rojo. No había ningún ataúd que transportar a hombros hasta el cementerio, pero lucir el tabardo blanco con la capucha de color sobre los hombros era su manera de rendir los máximos honores a Antoni.

De pie en el altar, el *prejde* Nieddu celebró la misa fúnebre y, mientras recitaba el *De profundis* y una oración por los difuntos, Mallena se imaginó a aquel joven sepultado a saber dónde, bajo la nieve de aquellos fríos montes lejanos. Tuvo la impresión de que al

párroco también le desconcertaba la ausencia del cadáver. En la voz, a ratos cadenciosa, a ratos enfática, percibió el esfuerzo patético de aquel hombre para rendir un tributo digno de la conmoción de los aldeanos.

> Oh, Dios omnipotente y eterno,
> señor de los vivos y de los muertos,
> lleno de misericordia por todas tus criaturas,
> concede el perdón y la paz a nuestro hermano difunto,
> para que, inmerso en tu bondad, te alabe sin fin.
> Por Cristo, nuestro Señor.
> Amén.

«Concede el perdón… a nuestro hermano difunto…». Mallena seguía preguntándose qué había hecho Antoni para que hubiera que perdonarlo. Se apoderó de ella una sensación de náusea por la injusticia perpetrada no solo contra él, sino contra todos los muertos de aquella guerra que parecía no tener fin. Sintió que la náusea se afilaba hasta convertirse en una rabia creciente. Apretó la mandíbula y tragó saliva.

Después de la misa, la mitad del pueblo se dirigió hacia la casa de Antoni. Descuidada en el aspecto y con el cabello enmarañado debajo de la pañoleta negra, Mimina repetía compulsivamente:

–Todo ha terminado, estoy acabada, todo ha terminado.

De vez en cuando soltaba lamentos que los niños de la habitación contigua confundían con los sonidos de un animal.

Cerca de la amiga, Mallena se preguntaba si sería peor perder al marido o recuperarlo en las condiciones en las que había vuelto su querido Jubanne. Al menos, Mimina podría llorarlo una sola vez.

–La vida sigue, tienes dos hijos pequeños… –le dijo, mirando a Rosa, que, tras entrar en la habitación, permanecía pegada a la pared cerca de la puerta.

–No he podido besarlo, ni siquiera verlo, ni tampoco se me ha permitido oír la verja del cementerio cerrarse al salir de su entierro. Todo se ha terminado. Ya nada me importa.

Mallena pensó en Jubanne, que había vuelto, pero albergando la muerte en su interior. Sintió que las piernas y los brazos se le tensaban hasta acabar temblando. Víctima del cansancio acumulado durante aquellos días, frunció el ceño y cerró los puños.

–Ya está bien, ¡para ya! –apremió a Mimina. Tenía que desahogarse, pero las palabras le salieron con brusquedad y con más rabia de lo que pretendía–: No eres ni la primera ni la última, tienes veinticinco años y tú… tú saldrás adelante, pero otras…

Mimina le lanzó una mirada cargada de amargura.

–Pero ¿qué clase de amiga eres tú? Hacía días que no te veía y ahora vienes solo para insultarme… Para que sienta mi alma más negra si cabe que la ropa que llevo puesta.

Notando fijos en ella los ojos rencorosos de Mimina, en el torbellino que se había desatado en su cabeza Mallena se abstuvo de decir nada más.

Todos los presentes se habían dado la vuelta para mirarla. Ella no ofreció réplica alguna; con la mano se alisó las dobleces de la falda, pidió permiso y se enfrentó a la mirada de los demás, que se habían colocado en dos filas. Cuando sus ojos se cruzaron con los de Rosa, se percató de que la hija la miraba colorada de la vergüenza, pues no comprendía el comportamiento de la madre. Entonces, las palabras imprudentes que le había dicho a Mimina parecieron volverse contra ella; ni ella misma entendía por qué las había pronunciado. Bajó la cabeza. El trayecto hasta salir de la casa de la amiga le pareció mucho más largo que los pocos pasos que en realidad la separaban de la suya.

Durante la noche, Mallena recordó una vez más las palabras que jamás querría decirle a nadie en una situación como aquella, mucho menos a la frágil Mimina, y derramó por ella las lágrimas que seguía siendo incapaz de derramar por sí misma.

Por la mañana, después de desayunar y de inyectarle la morfina al marido, le confesó lo ocurrido y cómo se había sentido al pasar entre aquellas dos filas de personas después del altercado con Mimina.

–Habría preferido atravesar el Supramonte a pie, con todos los riesgos que conlleva, antes que notar aquellas miradas fijas sobre mí; me sentía como si estuviera sola y desnuda en mitad de toda aquella gente. Cada vez me pasa más a menudo: hago tonterías que no debería hacer.

Entonces, Mallena revivió, uno detrás de otro, los días de aquellos dos últimos meses. Los momentos en los que había sido amable con personas que a duras penas conocía y en los que se había comportado de forma detestable con la familia y los amigos. Vio, una vez más, su diligencia a la hora de salir corriendo de casa, en cuanto venían a llamar a su puerta, sobre todo por las noches, aunque lloviera, hiciera frío, soplara el viento, cuando en Norolani estaban todos a cubierto, sumidos en sueños. Vio, una vez más, la paciencia que demostraba por las noches al lado de las parturientas, pero también la desconsideración con la que trataba a todo el mundo y la inquietud que la agobiaba todo el rato. Vio, una vez más, sus arrebatos de ira contra el *prejde* Nieddu, contra el alcalde, contra Rosa y Daniele. Sintió que había desatendido a sus hijos y que los había obligado a crecer antes de tiempo. Revivió la desilusión que había sentido cuando, justo antes de marcharse de la casa de Mimina, se cruzó con la mirada mortificada de Rosa.

–Esa bofetada que el domingo por la noche le diste a Daniele me dolió más que si me hubieran apuñalado –le dijo Jubanne, y Mallena sintió que le estaba leyendo el pensamiento–. El niño ya estaba asustado por haber visto y oído morir al cerdo. Me vi a mí mismo a su edad, cuando *babaj* me dejaba dormir en el campo a solas, para que perdiera el miedo a la soledad, a la oscuridad y a los monstruos que pueblan la noche. Yo no paraba de llorar y me dormía abrazado a las ovejas o al dogo sardo.

–Pero ¿qué queréis de mí? ¿Qué, qué, qué? ¿¡Qué más puedo hacer!?

Nunca, hasta ese momento, se había sentido Mallena tan frágil e inestable.

Durante unos segundos, Jubanne la miró atónito; luego, comenzaron a notarse en él los efectos de la inyección y la pregunta de Mallena cayó en el vacío. La morfina se lo llevó lejos, muy lejos.

Capítulo 32

–Santa Ana, que proteges a todas las mujeres en los partos, ayuda a esta hija mía –rezaba ansiosa la *tzia* Bustiana.

Los dolores del parto cada vez eran más violentos. Cada contracción debilitaba aún más a Teresa. Ya había dado a luz en una ocasión, pero esto no tenía nada que ver. Se había puesto de parto la noche anterior y estaba exhausta.

–Ayudadme, por favor, que alguien me ayude.

Un par de horas después, en las que el feto fue moviéndose cada vez menos, la joven tenía la sensación de que se le habían nublado los sentidos.

Agotada por aquellas horas interminables al lado de Teresa, Angelica untó en aceite de vaselina el guante e introdujo en la vagina el índice y el medio. Reparó en la mirada de la *tzia* Bustiana, que la fulminó por lo que consideraba una profanación.

–Aquí no noto la cabecita ni ninguna otra parte del cuerpo –dijo la joven, casi como queriendo justificarse por aquella inspección interna.

–No lo soporto más, nunca he sentido un dolor tan fuerte.

Una contracción más intensa que las demás rasgó el saco amniótico y la joven obstetra vio que el líquido no estaba limpio ni era de color claro, como debería ser; aquella sustancia verde y pastosa, expulsada de pronto, le manchó la bata de tela blanca. Entonces, se apresuró a coger el estetoscopio y, apoyándolo en el abdomen de Teresa, auscultó el latido del feto, que era lento, demasiado lento. Se sobresaltó y sintió que la ansiedad se apoderaba de cada fibra de su ser.

–Rápido, vaya a llamar al doctor Onnis. Que venga ahora mismo –ordenó, alarmada.

–De eso ni hablar, que es un hombre. Aquí se da a luz entre mujeres; si hace falta un hombre, que entre el marido y ya. Solo con él hay… confianza –dijo *tzia* Bustiana–. Pero, como el marido de mi hija no está, aquí no entra nadie, como que me llamo Bustiana.

–Necesitamos urgentemente que intervenga el médico; dígale que venga enseguida. ¿Ve esta sustancia viscosa? –la urgió Angelica, tirando de la bata sucia–. ¡Corre serio peligro la vida del niño y también la de la madre!

Ante aquellas palabras, *tzia* Bustiana y las mujeres presentes intercambiaron una rápida mirada.

–Sí, *sennorina*, voy corriendo –dijo la más joven entre las presentes.

Tuvieron que esperar la llegada del médico varias horas, que a Teresa y a Angelica se les antojaron interminables.

–Átelo bien, se lo pido por favor –dijo el doctor Onnis y, descargando el maletín, entregó las riendas del caballo de la raza Talata u Kamsin a una de las mujeres que aguardaba en la entrada; esta estaba ansiosa por volver a entrar sin más dilación en la casa, pero él ordenó a todas las presentes que se marcharan.

–*Nossennore*, doctor, de eso nada: nosotras no nos vamos a mover de aquí.

–Se quedará solo la obstetra. Ustedes fuera… ¡Ya! –ordenó él, señalando la salida con el brazo extendido.

–Doctor, por fin ha llegado. Lleva horas así y la cabeza no ha bajado ni un solo centímetro. Ahora ya no siento al bebé moverse –dijo la joven obstetra, con ojos suplicantes.

–Con la próxima contracción, efectuaré la maniobra de Kristeller. Usted, señorita, vigile si baja la cabeza del feto.

El médico se asomó fuera de la estancia y pidió que le trajeran un taburete. No fue necesario llamar a nadie, puesto que las parientes y las vecinas se habían amontonado todas en la puerta. Tras apoyar la chaqueta en una silla, se subió hasta los codos las mangas de la valiosa camisa blanca y apoyó un pie en el taburete, por el lado en el que se encontraba Te-resa. Por el otro, Angelica, manteniéndole

las piernas bien abiertas, trataba de tranquilizar tanto a la joven como a sí misma.

–Con la próxima contracción, empuja con todas tus fuerzas.

Cuando llegó la contracción, el médico, usando el taburete como punto de apoyo, presionó la parte superior del abdomen de Teresa.

La joven, tumbada en la cama, gritó con tanta fuerza que incluso se oyó desde la calle, donde se había reunido un grupo de niños. Los más pequeños jugaban con una peonza de madera, mientras que los mayores admiraban desde todos los ángulos el caballo árabe-sardo del doctor Onnis. El animal, de vez en cuando, levantaba el hocico y relinchaba hacia el cielo. La crin bien cuidada se mecía con la brisa fresca.

–Ay, *mamaj* querida, ayúdeme usted, que ya no puedo respirar. Ay, me he roto las costillas, ay, ay…

Cuando la *tzia* Bustiana abrió la puerta para socorrerla, se encontró al médico, con su complexión imponente, todavía encima de la hija.

–María santísima, ¡si no lo veo no lo creo! Me están matando a esta *fizza mia*! ¡Apretándole el vientre como se lo aprietan, acabarán sacándole los ojos! ¡Se va a quedar hasta sin entrañas!

Angelica miraba al médico, negando con la cabeza. Sabía bien que el procedimiento no era ese: puesto que ya no notaba la cabeza del niño, difícilmente aquella presión surtiría el efecto deseado. Pero no se atrevió a contradecirlo, después de haber sido ella la que le había pedido que interviniera. Siguió ayudándolo sin decir nada. Colocó la mano sobre el vientre caliente de Teresa; entonces, con el estetoscopio de madera de Pinard, se inclinó sobre la joven para auscultar a través del abdomen los latidos del pequeño.

–Doctor, el latido del feto se ha ralentizado mucho, diría incluso que estamos ante un caso de bradicardia.

El médico no dijo nada e hizo otro intento, comprimiendo con fuerza el vientre contraído de la parturienta.

–Ahora siento la cabeza del niño, pero sigue en el estrecho superior, no llega a la cavidad media.

El médico extrajo del maletín un frasco de cloroformo, utilizado como antiséptico inhalatorio, y, en un instante, la habitación se

impregnó de ese olor dulzón que, mordaz, invadió incluso la nariz de las mujeres que se encontraban al otro lado de la puerta.

–Señorita Angelica, coja de mi maletín unos guantes, los fórceps de Tarnier, el manual y… lea.

–Pero, doctor, primero tenemos que vaciarle la vejiga; de lo contrario, el espacio…

–Venga, apúrese de una vez, ¿qué vejiga ni qué vejiga?

La comadrona inspiró hondo el aire impregnado de cloroformo y, tras coger el libro, comenzó a leer:

–«Aferrar la rama macho con la mano izquierda e introducirla en la mitad izquierda de la pelvis… Aferrar la rama hembra con la mano derecha e introducirla en la mitad derecha, asegurándose de que ambas estén colocadas a ambos lados de la cabeza del feto, entre las orejas y las mejillas. A continuación…».

Sosteniendo en la mano una de las dos partes del instrumento, el doctor Onnis lo introdujo en el interior de la vagina, en torno a la cabeza del feto, y encajó las dos ramas. Solo el mango permanecía fuera.

–Estos son fórceps de tracción en el eje; así pierden menos fuerza –dijo, como si estuviera en mitad de una clase.

Un temblor incontrolable se apoderó de Teresa, que llevaba horas y horas de parto, tumbada y de piernas abiertas como estaba. A pesar del cloroformo, soltó un alarido que sobresaltó a las mujeres que aguardaban fuera de la habitación.

El médico, tras colocar en su sitio la pinza con forma de cuchara que se cerraba en torno a la cabeza del niño, tiró con fuerza hacia sí del instrumento, rotándolo.

Antes de que el recién nacido emitiera un débil gemido, pasó casi un minuto. A Angelica le pareció demasiado tiempo.

–El uso de los fórceps –dijo el doctor Onnis, secándose el sudor con la manga de la camisa– a menudo requiere de una buena formación. Hará diez años que no usaba unos, desde que en Cagliari estuve un tiempo de prácticas con el ilustre profesor Arturo Guzzoni degli Ancarani. Pero ciertas cosas, por suerte, no se me han olvidado –se regodeó, satisfecho.

Pidió agua caliente para lavarse y toallas limpias. Estaba tan complacido con aquella hazaña que se marchó enseguida, sin prestar mucha atención ni a la madre ni al recién nacido, que dejó en manos de Angelica.

Tras retirar la membrana de la nariz y de la boca del bebé, la comadrona les pidió a las presentes que la ayudaran a lavar a Teresa, a ponerle una blusa limpia y a cambiar la ropa de la cama.

–Nunca había visto tanta sangre. Ni cuando matan al cordero o al cerdo. –Con las manos en la cabeza, la *tzia* Bustiana miró con desprecio a la comadrona–. Mallena nunca en la vida hizo un estropicio como el que acaba de hacer usted. Mucho mejor ella, con manos desnudas, que usted, con manos *de ferru*…

Mientras colocaba en los brazos de Teresa al recién nacido limpio y envuelto en paños, Angelica escuchó los comentarios y las críticas de las mujeres, que siguieron hablando entre ellas sobre su persona, el doctor Onnis y Mallena. La parturienta, con el rostro pálido, aflojando la presa en torno al recién nacido, se había sumido en un estado de languidez.

La obstetra no entendía bien la lengua sarda, pero comprendía a la perfección que añoraban la clase de asistencia que prestaba Mallena, esa que no se estudia en los libros, a base de remedios de hierbas, de lunas blancas y lunas rojas y, sobre todo, de paciencia y espera. Una lágrima de frustración, que nadie vio, corrió por su delicado rostro.

Al día siguiente, tras volver del campo, el abuelo del recién nacido pasó por la casa de su hija. El día del parto no había estado presente por discreción. Reparó brevemente en las caras de la esposa y las demás mujeres presentes.

–¿Qué ha pasado?

Se acercó al nietecito y, observando el rostro pálido e hinchado hasta el punto de que los ojos del pequeño permanecían cerrados, le quedó claro que algo había ido mal.

–Tendrías que haber visto el estropicio que hicieron aquí ayer el doctor y la comadrona del continente. El pequeño no es capaz de

sostener la cabeza en el cuello ni aunque sea un poco. No tiene fuerzas y está que no puede más. Y menos mal que no está aquí nuestro yerno, que, si no, se llevaría un susto de muerte por lo mal que han dejado a esta criatura –le dijo la esposa, preocupada.

–Cuando el padre vuelva del frente, esperemos que el niño se haya recuperado… *Mischineddu* –dijo el hombre, mirando al nieto recién nacido, para luego dedicarle a su esposa una mirada angustiada.

–Pero ¿tú lo has visto? Si parece un conejo despellejado. Cuando nació el primero, nuestra hija, al cabo de pocas horas, ya tenía fuerzas para enseñárnoslo orgullosa a nosotras y a los vecinos que vinieron de visita –dijo la anciana, recordando aquellos momentos del pasado–. No tenía ni veinte años, pero nadie diría que era primeriza.

Teresa había adquirido experiencia con sus hermanos pequeños, a quienes sabía lavar y cambiar de ropa. Del mismo modo, había aprendido a amamantar al recién nacido observando a las mujeres de la familia y a las vecinas, que daban el pecho donde fuera necesario. En las tardes de verano, cuando llegaba procedente del mar una brisa que traía consigo una grata sensación de frescor, las mujeres del pueblo se sentaban en el umbral de las casas y, entre una charla y otra, daban de mamar a sus hijos. En ocasiones, incluso algunos de los más grandecitos les pedían el pecho, aunque ya supieran caminar.

–Ahora, en cambio, no tiene fuerzas ni para darle el pecho; es más, parece que no le importa –dijo la anciana, mientras miraba afligida el rostro pálido y las manos débiles de la hija, que yacía inmóvil en la cama. La luz tenue de la lámpara de aceite temblaba en las paredes, proyectando sombras que incrementaban la sensación de temor–. He hecho de todo, he probado mil posturas para que el niño chupe del pecho. Pero ella no tiene ni una gota de leche –continuó explicando, de pie delante de la cama, atenta a la respiración entrecortada de Teresa.

–Tranquila, ya le subirá la leche… Esperemos –la consoló el marido, acercándose a ella.

Con manos rugosas y arrugadas, la *tzia* Bustiana acomodó con cuidado al nieto recién nacido en la cuna de madera de castaño que había colocado al lado de la chimenea. Empujando levemente el borde, empezó a acunar al pequeño, que pareció calmarse, pero solo por unos instantes, pues enseguida reanudó aquel llanto exánime que les perforaba el corazón a los dos ancianos como si de una puñalada se tratara.

–Ella, de vez en cuando, rompe a llorar, luego se pone a temblar en la cama; está como ida. El niño lloró toda la noche y ella parecía que ni lo oía. Como si no fuera hijo suyo. Me levanté yo a acunarlo, a arrullarlo y a intentar pegárselo al pecho para que chupara.

–Jesús, María y José, ¿cómo es posible? *Mancu male* que te has quedado aquí; si no, esta criatura se le habría caído de la cama –dijo el marido, y se desplomó en una silla aferrando la *berrita* en una mano.

–Por la noche y también esta mañana, tuve que meterle en la boca una *pippia* de miel; de lo contrario, se habría muerto de tanto llorar.

–Si sigue así, mañana te traeré del campo a la mejor cabra lactante. Tengo una que ha perdido a su cabrito y nunca soy capaz de ordeñarla a tiempo con toda la leche que tiene.

Los dos permanecieron sentados juntos a un lado de la cama, con las manos entrelazadas sobre el regazo y los nervios a flor de piel. En silencio, su mirada se posaba sobre Teresa. Al recién nacido, envuelto como estaba en una gruesa manta de lana, casi no se le veía. De vez en cuando, volvía a gimotear, y solo entonces la *tzia* Bustiana, con un movimiento rápido y mecánico del pie, lo acunaba con dulzura.

A principios de la tarde, Angelica fue a visitar a Teresa y al recién nacido y encontró en la puerta a la hermana más joven de la parturienta. La muchacha acababa de terminar de lavar y tender las sábanas de lino y toda la ropa que, el día anterior, se había manchado de la sangre de la hermana.

El sobrino de cuatro años se le pegaba a la falda para reclamar su atención. Quería una rebanada de pan con miel.

–Mi hermana se pasó toda la tarde llorando y hoy lleva toda la mañana mirando las cañas del techo. No ha querido comer nada. Y sigue así. No sabemos qué es lo que mira con tanta insistencia.

–Sigue débil, es cuestión de tiempo.

Al reconocer su voz, la *tzia* Bustiana irrumpió en la cocina, con ojos oscuros que ardían de rabia, y señaló con el dedo a la obstetra.

–*Sennorina*, justo estaba pensando en usted y en ese doctor. Ayer, ustedes dos, con esas manos armadas que tenían, dejaron a mi hija sin sangre en el cuerpo. Y a mi nieto me lo han dejado hecho un desastre.

–Ha sido un parto complicado y es cuestión de tiempo. Dentro de unos días se… se recuperarán los dos.

–Mallena nunca hizo un estropicio así. En todos estos años, si había algún niño que no sobrevivía…, no sobrevivía y punto. Se veía que era la voluntad de Dios; desde luego, no era porque ella se pusiera a maltratar a la criatura.

–Tenga en cuenta que el empleo de los fórceps es muy útil. En ciertos casos, puede salvar la vida de la madre y del bebé. En especial cuando no es posible un parto por cesárea. En Pavía he visto cómo lo utilizaban muchas veces y con buenos resultados, créame.

–¡*Mancu male* que no estamos en Pavía! Aquí nunca habían hecho pedazos a nadie con esas palas de hierro. *Deus meu*, ¡cuánta sangre ha perdido mi pobre hija!

–Que coma bien. Prepárele un caldo, hígado poco hecho o lentejas.

–A ver, usted, *sennorina*, no se entera de nada. Venga, venga a ver, que no la vamos a morder. Mi hija se ha llevado un susto de muerte; está trastornada. No se va a recuperar así como así de lo que le ha pasado.

Y, agarrándola por un brazo, la *tzia* Bustiana arrastró con fuerza a la joven comadrona al dormitorio, donde estaban la hija y el recién nacido. Ahí, siguió despotricando contra Angelica y contra el médico del pueblo, mientras Teresa, con los ojos vidriosos abiertos como

platos, seguía mirando fijamente el techo de la habitación y parecía no oír las palabras de su madre. En silencio, lloraba sobre la almohada.

–Llora, no habla, no come y se olvida hasta de los niños. El mayor es como si no existiera. Y el pequeño, ¿lo ha visto bien? Nadie recuerda haber visto nunca a un niño tan desgraciado como este. Yo tengo siete hijos y veintidós nietos y, en nuestra casa, uno así… no lo habíamos visto nunca.

Mientras observaba al recién nacido, la comadrona reparó en el aspecto flácido del pequeño, lo cogió en brazos y se fijó en que no tenía fuerzas. Cuando el bebé comenzó a tener convulsiones, que le provocaban temblores y espasmos en el brazo, la joven reconoció los efectos del uso indebido de los fórceps por parte del doctor Onnis el día anterior.

–Maldito sea el día en el que usted y su *dignu* compadre metieron un pie en la casa de mi hija para hacer tanto daño.

Capítulo 33

–Hemos venido para explicar lo que ha sucedido. No quisiera que hubiera ningún malentendido –dijo el doctor Onnis, dirigiéndose con solemnidad al comandante del cuartel de Norolani.

Mientras el médico hablaba, el alcalde, que acababa de llegar, permanecía de pie a un lado de la ventana. Vigilaba la plaza que estaba debajo del cuartel, animada por las protestas de una media docena de personas.

–Todas mujeres, todas parientes y vecinas de Teresa y de su madre. La *tzia* Bustiana es la cabecilla del grupo –dijo.

–Sabemos que esos cobardes están ahí dentro; hemos ido a buscarlos a sus casas todas juntas, pero no estaban y, hace poco, los han visto entrar aquí. –La *tzia* Bustiana, en la entrada principal del cuartel, hablaba en voz alta, dirigiéndose al *carabinieri* que se había asomado por la ventanilla del portón de la entrada.

En su despacho, mientras tanto, el comandante les hizo un gesto al doctor Onnis y a Angelica y con cortesía los invitó a tomar asiento en las sillas delante del escritorio.

–Me preocupa la malicia de esas mujeres; he de proteger mi renombre de profesional respetado. –El médico se aclaró la voz, se quitó las lentes con montura dorada y las limpió con un extremo del pañuelo que había extraído del bolsillo, al tiempo que buscaba las palabras adecuadas para continuar hablando–: El parto en el que participé hace unos días era un caso extremo. Lo demuestra el hecho de que la comadrona temiera lo peor y me mandara llamar urgentemente. ¿No es verdad, señorita?

–Sí, hacía horas que la chica tenía contracciones y, después de romper aguas, al ver que el líquido era de color verde oscuro, sentí que era mi deber llamar al médico del pueblo, tal y como se indica en el *Reglamento especial e instrucciones para el ejercicio de la obstetricia de las comadronas en las comunidades del reino*. –Angelica, que se sentaba recta con las manos sobre las rodillas, hablaba con un hilo de voz, midiendo las palabras.

–Por si fuera poco, señores, quisiera puntualizar que, cuando la mujer rompió aguas, el líquido amniótico era escaso y, además de verde, diría que hasta estaba viscoso –se apresuró a añadir el doctor Onnis.

–Por favor, doctor –lo interrumpió el comandante Matteo Lorandi–. Yo omitiría estos detalles que a mí, y creo que al alcalde también, no me interesan mucho, ¿me equivoco?

Evidenciando el disgusto que sentía, buscó la aprobación en la mirada del señor Sotgiu. Por algún motivo, la palabra «verde» le había hecho pensar en las verduras del huerto de su madre y no quería correr el riesgo, de ahora en adelante, de asociar la imagen repugnante que le acababa de describir el doctor con los ñoquis típicos de Brescia, elaborados a base de espinacas, que eran uno de sus platos preferidos.

–Señor comandante, antes eran seis o siete, pero ahora, ahí abajo, hay una docena de mujeres. Se están alborotando, ¿oyen el tumulto? ¿Qué debemos hacer? –preguntó el *carabinieri* de Cagliari al entrar en la sala.

El alcalde, que seguía de pie al lado de la ventana, contemplaba la protesta oculto entre las cortinas, para que no lo vieran. Ahora el grupo protestaba a gritos contra el médico, contra la comadrona y también contra el alcalde, que los había contratado a los dos. Angelica soltó un leve suspiro por milésima vez, se alisó nerviosa la falda y colocó las manos encima. Le pareció reconocer la voz de la madre de la parturienta, que chillaba más fuerte que las demás.

–¡Déjenme entrar, que ya les explico yo lo que ha pasado! –gritaba la *tzia* Bustiana desde la plaza. Los dos jóvenes *carabinieri* también observaban la escena, asegurándose de que las puertas y las ventanas estuvieran bien cerradas–. ¡El doctor y la comadrona

han hecho una masacre! Vengan a ver el daño que le han hecho a mi familia.

Otras despotricaban contra todos los que se obcecaban en imponer esa forma tan cruenta de dar a luz. Contra todos los que deseaban acabar despóticamente con sus costumbres, sus conocimientos y sus rituales de nacimiento, en los que habían confiado hasta entonces y en los que antes habían confiado sus madres y las madres de sus madres. Las voces se volvían más rabiosas a cada minuto que pasaba.

–Discúlpenme un momento, pero creo que lo más oportuno es enviar un *fonogramma* a la Dirección de Seguridad Pública y, ya que estoy, al subdelegado de Gobierno de Bosa –dijo el comandante, al notar que las mujeres reunidas en la plaza alzaban la voz.

Los movimientos bruscos de sus brazos evidenciaban la preocupación que le embargaba. Antes de salir de la estancia, tropezó contra una silla que estaba al lado de la puerta y esta cayó al suelo con un estruendo. Ante aquel ruido repentino, Angelica dio un respingo que fue incapaz de controlar.

–El comandante Lorandi ha tenido una gran idea. Estoy de acuerdo con él; lo que no queremos, desde luego, es que la situación se nos vaya de las manos. Más vale prevenir que curar –comentó el alcalde, dando su aprobación a la decisión.

Entonces, se tocó un lado del torso. Desde el último encuentro con Mallena, cuando se cayó de la silla, le dolían las costillas.

–Ya está, he enviado unos *fonogrammi* exponiendo la situación y solicitando que, de ser necesario, envíen refuerzos. Aquí, con los dos jóvenes que tengo a mi disposición, si la situación se complicara, no podría hacer mucho.

–Comandante, si me permite el comentario, es un milagro que yo haya conseguido salvar a la madre y al hijo. La parturienta no ponía nada de su parte y el estado del feto era pésimo, su corazón ya casi no latía. ¿Verdad, señorita?

La obstetra no respondió, miró al médico y tuvo un espasmo en el labio, que el doctor Onnis interpretó como una débil sonrisa.

–Hemos tenido suerte de que yo contara con cuatro tipos diferentes de fórceps y de que pudiera utilizar el modelo de Tarnier

en la cavidad pélvica media; por eso me ha salido bien esa hazaña que, de otro modo, habría sido imposible… o casi.

–Ciertamente, es toda una suerte disponer en Norolani de un médico como usted, que tanto se esfuerza por atender a la gente de aquí –dijo el alcalde, al que no se le ocurriría poner en duda las palabras del doctor ni hacerle más preguntas al respecto, por miedo a que él reaccionara con una ráfaga de palabras complejas que no sería capaz de repetir siquiera.

–Ya ve, señor alcalde; ahora la medicina y la ciencia se están volviendo infalibles y la gente del pueblo, por muy desconfiada que sea, pronto tendrá que abandonar sus métodos de sanación más propios de unos salvajes que solo son el resultado de la ignorancia y de la superstición.

–No me olvido, además, de que gracias a su intervención y a la quinina, mi pastor se curó de la malaria; para mí usted es como un santo.

Asintiendo, el médico se regocijó de las palabras del alcalde y sacó la pipa del bolsillo de la chaqueta. El señor Sotgiu era propietario de algunas hectáreas de terreno; una parte la cultivaban agricultores para uso doméstico y otra se destinaba a la cría de reses, para la carne. Con el paso de los años, se había dado algún caso de malaria, lo que había reducido la resistencia y la productividad de los trabajadores afectados.

–Volviendo al tema del parto, si los efectos no son los esperados, culpa mía no es, claro está. Si hubiera estado la señorita Angelica a solas o, peor aún, Mallena, podrían haber muerto los dos. Yo los he salvado y, *pche*, así me lo agradecen –prosiguió el médico, dejando caer el brazo de lo alto, como simulando la caída de una teja.

El alcalde asintió, pero sin dejar de prestar atención a la protesta en la plaza, cuyo bullicio se oía desde dentro.

–Recién llegado de Cagliari, adaptarme a las condiciones de vida en este pueblo fue terrible, me costó no pocos sacrificios. Entrar en ciertas casas, para mí, era como entrar en una caverna. Y de las condiciones higiénicas mejor ni hablar, ¡con burros, gallinas y cabras que entraban y salían de la cocina como Pedro por su casa!

Mientras tanto, Angelica había centrado la atención en el tumulto de la plaza. Pensó que ella también tendría mucho que decir sobre lo que había supuesto para ella pasar de la vida cómoda en Pavía a las chozas de Gallura y, después, de Norolani. Pero tan solo alcanzó a decir:

–Me he limitado a seguir el procedimiento y lo que se debe hacer en caso de complicaciones y de peligro, por el bien de la madre y del feto.

–Exacto, se ha respetado el protocolo, ni más ni menos –la secundó el doctor Onnis. Angelica se mordisqueba el labio con los dientes–. Le confieso, comandante, que solo mi profunda entrega a la que, más que una profesión, es mi misión me ha permitido adaptarme a este estilo de vida. Desde luego, un aperitivo en una de las elegantes cafeterías bajo los soportales de la calle Roma… aquí solo se toma en sueños. Entrar en las tabernas de Norolani no es, para nada, una experiencia agradable. Por muy apetitosos y aromáticos que sean, no sirven más que vino tinto, blanco de la variedad *vernaccia* y malvasía. Los clientes son todos unos viejos y con ellos solo se puede hablar del tiempo, de la cosecha y de los jóvenes que han muerto en la guerra.

–Tranquilícese, doctor, esperemos que las mujeres se dispersen; si no es el caso, ustedes saldrán por la puerta de atrás y les escoltarán a casa. –Con una sonrisa jovial, el comandante Matteo Lorandi trató de aplacar al médico, el cual, pese a no haber perdido la arrogancia, sudaba la gota gorda y titubeaba con un tono de voz más alto de lo normal.

Angelica había dejado de escuchar la conversación. Sabía que había actuado tal y como la habían enseñado y que había cumplido con su deber. Recordó las palabras que, durante años, le habían repetido sus profesores: «Si no queréis ser como las parteras pueblerinas e incultas, lo mejor que podéis hacer, queridas estudiantes, es obedecer en todo momento y con mucha disciplina a los señores obstetras y a todos los médicos». No obstante, le surgió la duda de que, de alguna manera, lo sucedido también había sido culpa suya. Pensó en que, de tener más experiencia, quizá habría

sabido qué hacer durante la asistencia a aquel parto sin tener que recurrir al médico y acatar todas sus decisiones.

Al cabo de aproximadamente media hora, la protesta seguía sin calmarse y los dos jóvenes *carabinieri* destinados en Norolani tuvieron que hacer frente a las mujeres. A través de las rejas de la ventana, trataron por las buenas de apaciguar al grupo.

–Si no nos permiten hablar con el doctor y con la comadrona, nosotras de aquí no nos movemos. Y con el alcalde también, ¡porque ha sido él quien los ha puesto donde están!

Desde la casa parroquial, el *prejde* Nieddu había oído el tumulto; se acercó a la plaza para enterarse de lo que estaba sucediendo y para tratar de tranquilizar a las mujeres.

–Seguro que el doctor y la comadrona han hecho todo lo posible. Pero estamos en manos de Dios, que, pese a su gran misericordia, evidentemente…, ha querido que pasara lo que ha pasado.

Extendió los brazos, con las palmas de las manos mirando hacia arriba.

–A usted razón no le falta, pero, si no nos dejan entrar, todas nosotras acompañaremos a Mallena hasta Bosa. Y, ahí, a la justicia no le quedará más remedio que escucharnos.

–Y llevaré también al crío. ¡Porque hay que verlo, a este nieto mío, antes de abrir la boca!

–En vez de estar aquí armando tanto escándalo, lo que deberíais hacer es volver ahora mismo a vuestras casas. Más que mujeres temerosas de Dios, que es lo que deberíais ser, parece que estáis todas poseídas por el diablo.

La *tzia* Bustiana trató de rebatir, pero se le quebró la voz y le sobrevino un repentino llanto ansioso.

–Venga, marchémonos, y será mejor centrarse en bautizar a esa alma en pena, en lugar de estar aquí organizando este alboroto, igual que unas gallinas cacareando. Sois una docena, pero parecéis cien –dijo el *prejde* Nieddu, y, poco después, para su sorpresa, vio que el grupo se dispersaba; ya pasaba del mediodía cuando dos de las mujeres acompañaron a la *tzia* Bustiana hasta la casa de la hija.

En el cuartel, a la hora de la comida llegó la respuesta del *fonogramma* por la mañana.

Dirección de Seguridad Pública, el 14 de diciembre de 1917

N.º 1357-106

Al comandante del Cuartel Real de *Carabinieri* de Norolani:

Al subdelegado de Gobierno de Bosa:

A propósito de los altercados referidos contra la comadrona Angelica Ferrari y contra el médico del pueblo, el doctor Onnis, y de la noticia de que, con la ocasión de la citación en la subdelegación de Bosa de la partera sin licencia Mallena Devaddis, se ha organizado una manifestación popular por parte de las personas del lugar:

Les invito a ustedes y al alcalde de Norolani a hacer valer sus cargos para evitar desórdenes, exhortando a las mujeres a mantener la calma, a confiar en la autoridad y a tener en cuenta que las manifestaciones en la plaza no son la manera apropiada de resolver ninguna cuestión.

Se confirma el envío temporal de un funcionario de Seguridad Pública y de cuatro *carabinieri* de refuerzo. Todo esto en aras de velar por el orden público.

En respuesta a las noticias recibidas.

Firmado

EL DIRECTOR DE SEGURIDAD PÚBLICA

CICOGNINI

El comandante se sintió satisfecho.

–Desde la dirección de Seguridad Pública, por suerte, parecen haber entendido que una docena de mujeres enojadas puede alentar a las demás; juntas, son más peligrosas que un regimiento de infantería entero.

Capítulo 34

A comienzos de la tarde, tal y como había prometido, el *prejde* Nieddu pasó a bautizar al recién nacido.

–Yo soy la madrina y él, el padrino –dijo la joven hermana de la parturienta, señalando a su padre.

El anciano, con la *berrita* sardo en la mano, se situaba al lado de su esposa. Para la ocasión, el hombre se había quitado la ropa de trabajo y se había puesto una camisa limpia por debajo de un chaleco de terciopelo negro, en cuyo bolsillo había guardado el viejo reloj de bolsillo. Era el objeto más valioso que poseía y todas las noches le daba cuerda y lo sostenía un rato en la mano; luego, con extrema precaución, lo volvía a guardar en un pequeño estuche que él mismo había fabricado utilizando cuero de vaca. Lo tenía desde hacía muchos años y lo usaba tan solo en ocasiones especiales. En el día a día, prefería hacer como siempre había hecho: mirar el cielo, confiar en el equilibrio del sol que sale y se pone sin cesar. Aún más preciso era el reloj de su estómago.

Pálida y ausente como de costumbre, Teresa no le había dedicado ni una sola mirada al recién nacido. Este, con la ropita blanca de encaje, que antes había sido del hermano mayor, estaba en brazos de la madrina.

El cura se sobresaltó al ver al niño, pero no hizo ningún comentario. Solo de vez en cuando, mientras pronunciaba las fórmulas del rito, se le quebraba la voz y se veía obligado a tragar saliva para retomar la palabra.

–Apelemos a la misericordia de Cristo, nuestro Señor, por este niño, llamado a la gracia del bautismo.

En el momento en el que trazó una cruz sobre la frente, vio que el pequeño, con la cabeza colgando hacia un lado, hacía una mueca de dolor. Entonces, tuvo una extraña sensación, como si una lagartija se le hubiera deslizado con su cuerpo frío por la espalda.

En Norolani, se había puesto a llover ya a comienzos de la noche. El agua repiqueteaba contra las tejas, cayendo sin cesar sobre los tejados antes de deslizarse por los muros. Cuando la lluvia tamborileaba con más fuerza sobre los cristales de la pequeña ventana, Teresa abría los ojos en la oscuridad unos instantes y luego volvía a cerrarlos. A su lado dormía el otro hijo, de cuatro años. Cuando los relámpagos, seguidos de los truenos, desgarraban la oscuridad, el niño se sobresaltaba y se pegaba más al cuerpo de la madre, tratando de cobijarse de aquel firmamento enfurecido, pero ella, cruzando las manos sobre el pecho y aferrando con fuerza los bordes de su camisón, parecía no darse cuenta de aquel contacto.

En la cocina, al lado del dormitorio, sentada en una silla frente a la chimenea apagada, que seguía desprendiendo un poco de calor, la *tzia* Bustiana arrullaba al pequeño nieto para tratar de calmarlo. Desde que Teresa había dado a luz de aquella forma tan nefasta, se había mudado con ella, dejando solos en su casa al marido y a la otra hija, que llegó cuando las campanas dieron las siete.

Se encontró a la madre con la espalda encorvada sobre el nieto; reparó en el desorden que reinaba en la estancia y no dijo nada. Con las pocas brasas que había, casi apagadas, volvió a hacer fuego con rapidez, cogió una pala de ceniza de la chimenea y, tras añadir un poco de agua, preparó detergente para fregar y enjuagar la vajilla que, aunque no era mucha, estaba en el fregadero desde la noche anterior.

Tzia Bustiana no había pegado ojo y estaba exhausta, pero había dejado de llover y decidió que era un buen momento para salir.

–Voy a la fuente de Sant'Elia a por agua para beber –le dijo a la muchacha, que se apresuraba a barrer la cocina, y dejó al recién nacido en la pequeña cuna de madera que había tenido que colocar al lado de la chimenea para que el niño entrara en calor.

Se dirigió a la plaza situada en la salida del pueblo; ardía en deseos de aclarar sus pensamientos, pero el cielo amenazante, cargado de nubes densas y negras, la obligó a apurar el paso. Al volver, tras dejar en un rincón de la cocina la jarra de agua, tomó en brazos al pequeño nieto, que había seguido gimiendo sin interrupción, atormentado como estaba por el hambre, el dolor y el miedo.

–*Fizza mia*, pero ¿no oyes cómo llora el niño? Cógelo en brazos un rato y pégalo al pecho –le dijo a Teresa, mientras entraba en el dormitorio.

Liberándose de la languidez que la atenazaba, la hija reaccionó colérica:

–¡Maldito sea el día en el que me dejó embarazada y maldito sea el día en el que se marchó a la guerra, dejándome sola con otro hijo en camino! –gritó.

Entonces, rompió a llorar, implorando angustiada que su marido regresara a casa. Al final, exhausta, volvió a precipitarse en ese agujero negro en el que hacía ya un tiempo que se estaba hundiendo, sobre todo después del parto. Un estado en el que la rabia se alternaba con momentos de ausencia, en un torbellino de emociones que tanto la *tzia* Bustiana como el resto de la familia atribuían a la preocupación por el embarazo complicado.

Se mostraba aún más ausente con el hijo mayor, el cual, desde que ella había vuelto a dar a luz, parecía haberse vuelto invisible a sus ojos. El niño se había puesto en pie tambaleante; inmóvil en el centro de la cocina, se restregó los ojos enrojecidos y, con una mueca, bostezó sin dejar de apretar los dientes.

–¡Míralo, si se ha meado encima! Desde que tenía dos años que no se mojaba –le dijo la *tzia* Bustiana a la hija más joven, mientras tiraba de la cuerda para levantar el cubo de agua del pozo en la entrada de la cocina.

Con mucha precaución, la joven apartó la pesada tapa de piedra de aquel agujero peligroso y de varios metros de profundidad. Entonces, se acercó al sobrino.

–*Mischineddu*, ven aquí conmigo, *coro meu*, que con esos ojos grandes y llenos de tristeza pareces un ternero a punto de que lo

maten –dijo, inclinándose sobre él–. Desde que nació tu hermanito, te pasas el día pegado a nuestras faldas, como una pulga que ha perdido el rumbo. Y ahora hasta te meas encima. ¿Quieres que te cuidemos como a él? –le preguntó, peinándole con los dedos el cabello negro y rizado.

–Qué desgracia la nuestra; Jesús mío, ayúdanos tú –dijo la *tzia* Bustiana–. El pequeño ha llorado toda la noche, un llanto débil, pero no se ha callado en ningún momento. He intentado ponérselo en el pecho, pero a tu hermana no le sale ni una sola gota de leche –continuó, negando con la cabeza.

–Algo tendremos que hacer; yo no puedo seguir oyendo esos quejidos desesperados que me parten el alma –respondió la joven, viendo que el recién nacido seguía quejándose.

–Y yo no sé qué es lo que está mirando Teresa. Cada vez está más desorientada, como si estuviera ida.

–¿No podemos ir a ver a Mallena? Ella sabrá ayudarnos.

–Los del cuartel andan de aquí para allá y no dejan entrar a nadie en su casa. Si nos descubren, le causarán problemas a ella y a nosotras también. Y ya tenemos suficiente tal y como están las cosas, con la que nos ha caído…

–Pero, entonces, ¿qué vamos a hacer? El pequeño así no puede estar, necesita a su *mamaj.*

A la joven se le humedecieron los ojos.

–Tú quédate aquí y prepara un caldo; quizá a tu hermana le apetezca tomar un poco –dijo la *tzia* Bustiana, al reparar en la angustia de los ojos de la joven–. Mientras tanto, yo iré a ver a la esposa del Moreno para preguntarle si le puede dar el pecho. Ha perdido a uno de los gemelos, el otro es pequeñito y seguramente le quede algo de leche.

–Sí, *mamaj*.

La *tzia* Bustiana cubrió al recién nacido con piel de cordero y lo envolvió en la manta de lana de la cuna. Salió después de colocarse sobre la cabeza el pesado chal de invierno, aferrando en brazos al nieto. Llovía a cántaros de nuevo y el viento silbaba azotando los muros de las casas y ululando por las callejas laterales. En la calle no había ni una sola alma con vida, aparte de algún que otro perro

vagabundo. Con el viento, el frío se volvía más cruento, parecía colársele por debajo de la piel y llegarle a los huesos, pero ella tan solo prestaba atención al pequeño que ceñía contra el pecho, deteniéndose un par de veces para colocar en su sitio la manta que lo protegía.

Cuando llegó a su destino, se encontró a la esposa del Moreno de rodillas atizando el fuego. El hijo, que había nacido prematuramente, dormía en la cuna ahí cerca, sobre una teja caliente envuelta en paños, tal y como Mallena, hacía unas semanas, le había recomendado que siguiera haciendo, en especial después de que falleciera el más pequeño y frágil de los gemelos.

Después de quitarse el chal, la anciana le mostró al nieto.

–Está desesperado, se ha pasado la noche entera con la boca abierta por el hambre.

Instintivamente, la mujer cogió al pequeño en brazos. Aquella carita deforme estaba llena de moretones, de excoriaciones en las sienes y en los pómulos, e incluso las orejas estaban moradas. Al verlo, sintió un pinchazo repentino en el ombligo.

–*Mischineddu*, pero ¿qué le ha pasado? –quiso saber.

Sin esperar una respuesta, tomó asiento en el taburete junto a la chimenea y le ofreció el pecho al pequeño, que en su afán seguía llorando y moviendo la cabeza de un lado a otro. Cuando, no obstante, logró pegarse al pezón, lo aferró y no lo soltó.

Dando golpecitos rítmicos con el pie en el suelo de tierra, la *tzia* Bustiana trataba de retirar el agua gélida de los zapatos deformados. Luego, se sentó delante del fuego, observando satisfecha al pequeño, que chupó voraz hasta que se le derramó la leche por las esquinas de la boca.

–Claro que, si fuera verano, sería más sencillo. Pero, en invierno, ¿cómo hará, señora, para traer aquí al niño cada vez que le toque amamantarse? Acabarán agotados los dos.

–Sigo teniendo la esperanza de que a Teresa le suba la leche. Por ahora, gracias por tu ayuda; que Dios te lo pague.

La anciana miró al pequeño nieto; con las facciones relajadas, dormía sereno por primera vez. Lo cubrió con cuidado con la manta y salió a la lluvia. Notando en el pecho la respiración del bebé, lo

estrechó contra sí misma con más fuerza aún, sintiendo que el tenue calor de su aliento le envolvía el corazón y se extendía por su cuerpo, pero era un calor demasiado débil y quebradizo que, en realidad, no la calentaba, tan solo la ponía más nerviosa.

En el camino de vuelta a la casa de su hija, después de dar apenas un centenar de pasos, la *tzia* Bustiana se cruzó con los dos jóvenes *carabinieri*. Con las capas empapadas de lluvia, se dirigían hacia el cuartel. Le vino Mallena a la mente. Estrechando al niño contra el pecho, apresuró el paso. Sin importarle que la falda cada vez le pesara más a causa de la lluvia y se le hubiera pegado a las piernas, llegó a su casa y entró en la cocina, donde se encontraba la hija pequeña.

–Vete ahora mismo a llamar a Mallena, que venga a ver a tu hermana; los dos *carabinieri* van de camino al cuartel y, con el diluvio que está cayendo, no creo que hoy vuelvan a salir.

La muchacha emprendió el camino con la lluvia cayéndole sobre los hombros. Al llegar a lo alto de la cuesta, calada hasta los huesos, oyó los gritos de Jubanne y se detuvo indecisa delante de la puerta entrecerrada. Entonces, se armó de valor para preguntar:

–¿Se puede?

–Adelante…

Mallena entornó la puerta del dormitorio antes de invitar a la joven a tomar asiento en la cocina. Jubanne comenzaba a tranquilizarse después de otra inyección.

–Quería preguntarle si nos haría el favor de venir a ver a mi hermana y a la criatura que nació el miércoles. Estamos muy preocupadas y mi *mamaj* solo se fía de usted.

Mallena se había enterado de lo que había sucedido y no dudó ni un segundo. Se puso el abrigo y bajó la cuesta casi a la carrera. La joven a duras penas era capaz de seguirle el ritmo y la lluvia seguía cayendo incesante, empapándoles la ropa.

Durante el trayecto, de vez en cuando Mallena lanzaba una mirada a las calles laterales, pero de los dos *carabinieri* no había ni rastro. Cuando vieron un rayo descargar toda su potencia en el mar oscuro,

sobrecogidas, se refugiaron las dos debajo de un portal hasta que, instantes después, como un cañonazo, oyeron el trueno.

–Siento que me estoy fugando de la cárcel con una delincuente.

Cuando llegaron a la casa de Teresa con las faldas mojadas, rodearon la vivienda, se dirigieron a la parte trasera y entraron por la puertecita de madera del jardín. Mallena se quitó el abrigo, lo colocó delante de la chimenea y escurrió el dobladillo de la falda antes de dirigirse al dormitorio, sin siquiera saludar a la *tzia* Bustiana.

Dentro de la habitación, se movió con confianza, como si conociera cada detalle de la estancia, como si estuviera en su propia casa. Teresa parpadeó y sus ojos parecieron iluminarse cuando la vio; y ella mantuvo la calma mientras la partera se acercaba y, con delicadeza, le separaba las piernas.

Mallena no la tocó, no la rozó siquiera. Permaneció observándola imperturbable, sin prisa. Se detuvo en la gran herida que, desde los genitales, se extendía hacia abajo hasta cuatro dedos de largo.

–¡Qué demonios…! –masculló entre dientes, incapaz de contenerse ante aquel desastre.

Teresa buscó la mirada de Mallena y esta vio que en los ojos extraviados de la joven se elevaba una oleada de terror. Entonces, le colocó la mano sobre el vientre, moviéndola con una delicadeza sorprendente. La muchacha no rechazó ese leve roce.

–Échale un vistazo al niño también, aprovechando que sigue *drumiu* –le pidió la abuela, haciéndole un gesto para que se acercara y apartando las mantas de la cama.

Mallena obedeció y observó al recién nacido de cerca, sin tocarlo, e inesperadamente Teresa lo ciñó con fuerza contra sí misma, como para esconderlo de la vista o para protegerlo, casi como si tuviera que defenderlo de un depredador. Lo estrechó con fuerza hasta que Mallena salió de la habitación, seguida de la *tzia* Bustiana.

Las mujeres fueron a la cocina. Mallena, frente al fuego, secaba un poco el dobladillo de la falda; la *tzia* Bustiana, de pie, apoyaba las manos en la mesa. La otra hija preparaba las verduras para la comida, mientras el nieto más grandecito, sentado en el suelo delante de la chimenea, jugaba con las cenizas.

Durante unos instantes, se miraron fijamente a los ojos, interrogándose en silencio.

–Lleva al niño al dormitorio y que les haga compañía a su *mamaj* y al hermano pequeño, que aquí tenemos que hablar –dijo la anciana, dirigiéndose a la hija.

–De acuerdo, yo me voy a ver a la vecina, para pedirle una ramita de albahaca seca, que aquí, en esta casa, no hay nada.

–Sí, eso mismo. Y tú –dijo, dirigiéndose al niño, que, agachado delante de la chimenea, hacía dibujos con el dedo sobre la ceniza– vete a hacerles compañía, pórtate bien y ten cuidado de no despertar al bebé.

Y, levantándolo del suelo, la *tzia* Bustiana lo empujó con la mano hacia la habitación donde se encontraba Teresa.

–¿Qué ha sucedido? –preguntó Mallena cuando se quedaron a solas.

–Todo esto es culpa del doctor y de esa comadrona nueva. Si es que no tienen ni idea de cómo asistir a una parturienta. Tendrías que haber visto el espectáculo cuando se marcharon… Esa habitación parecía un matadero, ¡había sangre por todas partes!

–El doctor Onnis tiene manos diferentes a las nuestras: son demasiado fuertes, no sirven para casos como este.

No lo decía por decir; de esto Mallena estaba convencida. Imaginaba que, en los albores de la historia, cuando se paría en el pozo sagrado de Potzu Mannu o dentro del nuraga Ruju, la luz de la luna iluminaba única y exclusivamente a las mujeres en aquellas arcaicas escenas de contracciones y partos, de dolor y sangre. Los hombres, si acaso, encendían un fuego y aguardaban fuera para festejar el nacimiento y bailar todos juntos, pero, ahí, en la intimidad de las mujeres, no metían ni el dedo meñique. Era el orden natural de las cosas e incluso hoy pensaba que así debía ser.

La anciana interrumpió el hilo de sus pensamientos:

–Ayer, para más inri, esos cobardes, como sabían que los estábamos buscando, fueron a esconderse al cuartel…, secundados por el alcalde. No me recibieron ni me dejaron hablar porque tenían la conciencia intranquila y no sabían qué decir. Por eso mismo.

–Es cierto que nosotras no entendemos nada de su ciencia, pero ellos, que tan convencidos están de saberlo absolutamente todo, han complicado mucho el nacimiento de tu nieto, y en cuanto a tu hija…

Mallena seguía viendo ante ella la imagen del cuerpo martirizado de Teresa y de su niño: sabía que difícilmente se repondrían. Cogiéndole las manos entre las suyas, la *tzia* Bustiana la miró directamente a los ojos.

–¿Tú cómo lo ves? ¿Se recuperarán pronto? –preguntó la anciana, señalando con un gesto de la mano la habitación de la hija.

–La *tzia* Nonnora siempre dice que el cuerpo tiene memoria; ahora está por ver qué recuerdo se quedará grabado en el de Teresa y… en el del niño –respondió Mallena, que empezó a ensañarse con los dedos: se rascaba el pulgar con la uña del índice, como si quisiera eliminar algo.

La *tzia* Bustiana la miró a los ojos, perpleja.

–Pero, entonces, ¿cómo lo ves?

–No solo se debe recuperar su cuerpo; Teresa se ha dejado arrastrar por el dolor –respondió en voz baja.

–Pero ¿tienes algún remedio o consejo que dar?

–Hay que esperar; es cuestión de tiempo, paciencia y…

Sin llegar a terminar la frase, le apretó las manos a la anciana.

El silencio cargado de tensión de las dos mujeres se interrumpió con el regreso de la hija más joven, que había ido a casa de la vecina.

–Viene hacia aquí, estoy segura de que viene hacia aquí. ¿Qué vamos a hacer ahora? –dijo la muchacha; arrojó la rama de albahaca seca sobre la mesa y se puso a caminar angustiada de aquí para allá.

–¿Qué tienes? Parece que te has cruzado con el diablo. ¿Quién te ha visto? –preguntó la madre.

No tuvo tiempo para responder.

–¿Se puede? –se oyó, y, al reconocer la voz, la *tzia* Bustiana dio un respingo.

Tras cruzar el umbral del pequeño recibidor y sosteniendo en la mano el maletín de comadrona, Angelica se dirigió hacia la cocina, donde se encontró con las tres mujeres. Reparó enseguida en el aire sofocante que se respiraba, y no solo a causa del humo.

–¿Usted? ¿Qué es lo que quiere ahora? Después de lo que le ha hecho a mi hija, ¿cómo tiene la cara de presentarse aquí, en su casa? –inquirió la *tzia* Bustiana, apretando los dientes y señalándola con el índice.

–Quería ver a Teresa y al recién nacido para saber cómo se encuentran y… –dijo Angelica, obligándose a hablar con un tono de voz pausado.

–¿Cómo? Después de la desgracia que ha traído usted a esta casa, por encima de mi cadáver le permitiré que les ponga un solo dedo encima a *fizza mia* o a mi nieto. Está aquí Mallena y, si hay que hacer algo, no lo hará nadie más que ella.

En esta ocasión, la anciana levantó la voz.

Notando los ojos de las tres mujeres fijos en su persona, Angelica tuvo la impresión de que su corazón quería salir huyendo, pero no se movió ni un solo paso y les sostuvo la mirada. Se esforzó por sobreponerse a aquellas palabras de reproche y aversión.

En ese instante, desde la otra habitación se oyó el llanto del recién nacido, que se había desvelado. Aquel lamento desgarrador le dio un escalofrío. Aferró con fuerza el mango del maletín hasta que se le pusieron los nudillos blancos.

–Señoras, lamento de verdad todo lo sucedido –dijo–, pero yo me limito a seguir el reglamento y este me obliga a visitar durante los ocho primeros días después del parto a la parturienta, tomarle la temperatura con el termómetro y tratar los genitales con una solución antiséptica. El otro día estaba en el cuartel y, al oír sus protestas, opté por no venir, pero ahora debo cumplir con mi deber según lo exige la ciencia y también mi conciencia –concluyó, sin siquiera saber cómo había conseguido decirlo todo de corrido, sin vacilar.

–Reglas, *iscienzia, cussienzia*… Pero ¿usted de qué habla? –le gritó Mallena, que, con un brazo, inmovilizaba a la *tzia* Bustiana.

La anciana, efectivamente, hecha una furia, soltaba un improperio tras otro, tratando de abalanzarse sobre la joven obstetra. La hija pequeña, entre temblores e incapaz de decir ni una sola palabra, se limitaba a sostener a la madre por un brazo. Con la convicción de que los gritos de las dos podían oírse hasta en la calle y en las casas de al lado, a pesar de la lluvia que caía incesante, Angelica sintió que se le enrojecía el rostro a causa de la humillación.

–Entre, entre, adelante, y mire con sus propios ojos lo que ha provocado su «ciencia». Luego, vuelva y dígame si de verdad considera que ha hecho todo lo que debía hacer. –La *tzia* Bustiana agitaba el brazo señalando la habitación de Teresa–. Lo único que le pido es que no haga *nudda*, que ya bastante daño ha hecho.

Angelica sentía que las palabras de aquella mujer la golpeaban como si le estuviera lanzando piedras con fuerza.

–Estudiar no está mal, pero también es importante tener práctica, mucha práctica, para saber escuchar el cuerpo de las mujeres, comprender las señales y saberlas explicar. Y, además, hay que saber esperar, esperar todo el tiempo que haga falta. Sin usar *ferros e istrumentos.*

Al oír las palabras de Mallena, Angelica murmuró, como si estuviera hablando para sus adentros:

–Pero yo… hice prácticas en el hospital.

–¿Y eso qué tiene que ver? Aquí, entre nosotras, se da a luz en casa. Al hospital solo vamos por enfermedades graves –replicó la *tzia* Bustiana, cuyo rencor, unido a los lamentos desesperados del recién nacido, le impedía rebatir a la joven.

–Y también sirve *umiltade e passienzia*, que no se aprenden en los libros. De todo esto, en esas páginas escritas que lee usted, no hay *nudda*, ni una *paraula*.

El tono de voz agudo de Mallena hirió a Angelica, que quería responderle, pero debía pugnar contra las lágrimas que amenazaban con derramarse y con ese nudo que notaba en la garganta, dispuesto a asfixiarla. Las palabras se quedaron atrapadas en su interior. Con el rostro pálido, bajó la mirada y se dio la vuelta. En silencio, cogió el paraguas y, sin abrirlo, emprendió el camino bajo una lluvia martilleante.

Las tres se miraron, todavía incrédulas por aquella visita tan inesperada como inoportuna. La *tzia* Bustiana, a la que Mallena seguía sosteniendo, temblaba de cuerpo entero con el rostro colorado por la rabia que sentía.

–No me puedo creer que se haya presentado aquí después de lo que ella y el doctor Onnis le han hecho a *fizza mia* –dijo al fin, desplomándose en una silla al lado de la chimenea.

La otra hija le sirvió una taza de agua de la jarra y se apresuró a dársela; luego, sirvió otras dos. Todas bebieron en silencio.

Sosteniendo en la mano la taza con el esmalte desconchado, de la que de vez en cuando bebía un sorbo, la anciana repetía una y otra vez, jadeante:

–Qué desfachatez…

Después de atender al fuego, la joven fue a echar un vistazo a Teresa y a los niños, en el dormitorio.

–Me he enterado de que tienes que ir a Bosa –comentó entonces la *tzia* Bustiana, haciendo un esfuerzo por recuperar el ánimo.

–Sí, era lo que me faltaba, por si no me llegaba con todos los problemas que tengo.

–Las demás y yo tenemos pensado acompañarte. Todo el mundo debe enterarse de lo que les han hecho a mi hija y a mi nieto, de que han metido las manos en todos lados.

–Espero que en Bosa se haga justicia –suspiró Mallena, sacudiendo la cabeza.

Permanecieron en silencio delante de la chimenea, cada una sumida en sus pensamientos, hasta que la *tzia* Bustiana encendió una vela, sacó el rosario del bolsillo del delantal y se puso a rezar en voz baja. Al cabo de un rato, por el ritmo de la respiración de la anciana, Mallena comprendió que al fin se estaba recuperando de la agitación que la había embargado hasta entonces y, sin añadir nada más, se puso en pie y se marchó por la puerta de atrás, tal y como había entrado.

Recorrió el trayecto hasta su casa con cautela. Pensó en que era poco probable que los *carabinieri* hubieran salido del cuartel con aquella lluvia que seguía cayendo con fuerza, pero era mejor ser prudente. Por la calle no había nadie, pero los truenos y los

relámpagos la angustiaron aún más. La idea de que en cada esquina podía estar aquel hombre…, aquel hombre de su pasado…, acechando en silencio, preparado para abalanzarse sobre ella, la paralizó.

Se apoyó en un muro de piedra oscura para no caerse al suelo. El corazón le latía con tanta fuerza que parecía que quería salírsele del pecho; sentía que se ahogaba. Permaneció inmóvil a la merced de la lluvia, que con violencia le caía encima desde las tejas. En cuanto se recuperó, reanudó la marcha a paso ligero, sin dejar de estremecerse, y subió la cuesta casi a la carrera. Al entrar, atrancó la puerta y, sintiendo que estaba a punto de desmayarse, se dejó caer en la primera silla que encontró.

La hija se encontró a la *tzia* Bustiana sentada delante de la chimenea rezando:

–*Maria, mamaj de Deus*, que no conoces el pecado, que nunca has abandonado a tu hijo…

Mientras escuchaba las invocaciones de la madre, añadió la albahaca a la olla del caldo de verduras, que hervía a fuego lento, y se dispuso a poner la mesa.

–Voy a preparar un potaje caliente, que dentro de poco vendrá *babaj* a comer y estará muerto de hambre y de frío. Si ha pasado por nuestra casa, no habrá encontrado a nadie y la chimenea, a estas alturas, ya se habrá apagado.

La anciana permaneció absorta en sus oraciones.

La joven casi había terminado cuando el hombre entró en la casa tirando tras de sí de una cabra que traía atada con una cuerda. Los cristales de la pequeña ventana temblaron con el relámpago que iluminó la cocina, seguido de un trueno estridente.

–Santa María, *mamaj de Deus*… –dijo la *tzia* Bustiana; se santiguó y besó el pequeño crucifijo del rosario de madera que todavía aferraba entre los dedos.

Entonces, tan solo se oyó la lluvia, que seguía cayendo con fuerza sobre las tejas.

–Qué extraño que haya tanto silencio en el dormitorio; con este trueno, se habrán tenido que despertar. Ve a echar un vistazo –le pidió a la hija, reparando solo entonces en que no se oía ni un solo sonido procedente del dormitorio.

–Sí, *mamaj*, luego –respondió la joven, dejando la olla del potaje humeante sobre la mesa.

Cuando la muchacha abrió la puerta, el niño mayor estaba de pie, con la cabeza apoyada en el vientre de la madre y las manos ciñéndole la cintura. Del recién nacido no había ni rastro. Miró por el lado de la cama: la cuna estaba vacía.

–¿¡Dónde está!?

El niño levantó la cabeza y señaló a la madre con la manita.

La chica probó a llamarla varias veces, pero se percató de que su hermana tenía los ojos vidriosos, de que no respondía. Zarandeándola por los hombros, levantó las mantas y lo vio: los brazos de la madre apretaban al bebé con una fuerza excesiva; la carita, hundida entre los pechos.

–¿¡Qué es lo que ha pasado!? –chilló la joven, mientras trataba de aflojar la presa y liberar al pequeño de los brazos de Teresa. Cuando consiguió arrancárselo, la cabeza flácida del recién nacido cayó hacia un lado–. *Deus meus!* –gritó, mientras el sobrinito más mayor seguía con la cabeza apoyada en el vientre de la madre.

Los padres ancianos, tras acercarse alarmados por los gritos de la hija, se quedaron con los ojos abiertos como platos en la puerta del dormitorio.

–Pero ¡si está muerto! –dijeron casi al unísono.

–Al menos él… se ha salvado… –murmuró Teresa con tono sereno, extendiendo la mano hacia su criatura, como para acariciarla por última vez.

El hijo mayor, mientras tanto, se aferraba con fuerza a la cintura de la madre.

Permanecieron inmóviles. El anciano mantenía a la pequeña cabra atada a la cuerda, recién lavada y con el pelaje blanco: era la lactante que había escogido para alimentar al nieto.

Capítulo 35

La noticia de la muerte del recién nacido se difundió por el pueblo ya a comienzos de la tarde.

–*Mischineddu*, cuánto lo siento por ese pequeño –dijo el comerciante de sales y tabacos, al tiempo que cerraba la caja del tabaco, la cual desprendía un fuerte olor.

Un vecino de avanzada edad de los padres de Teresa asintió, metiendo los tres cigarrillos que acababa de comprar en el bolsillo de la chaqueta.

Después de coger las monedas, el comerciante las guardó en la lata que descansaba sobre una repisa cerca de las postales y de los frascos de tinta negra y azul. Una moneda de dos céntimos se le cayó dentro del saco de sal fina que estaba debajo del mostrador. Hundió los dedos en el interior y le sonrió al perfil de Víctor Manuel III antes de poner a buen recaudo la moneda de bronce junto con las demás.

–El abuelo me ha dicho que su *pippiu* murió mientras dormía. Se quedó dormido como un ángel y no volvió a despertarse. Pobre alma inocente… –dijo el anciano, repitiendo los detalles que le había dado el padre de Teresa, que vivía en la casa al lado de la suya.

–Primero el hijo del Moreno, después el padre de Nina, el otro día Antoni y, ahora, esta criatura de pocos días de vida. Nunca habíamos tenido que llorar por tantos muertos en tan pocas semanas –concluyó el propietario del local.

–Y no te olvides de *s'annada mala*. Desde que estamos en guerra, Norolani parece estar bajo una maldición divina.

Durante la noche, el tiempo había mejorado y, por la mañana, solo unas pocas nubes blancas interrumpían el azul del cielo.

Mallena se había enterado de la muerte del pequeño la noche anterior, cuando el padre de Teresa se presentó en su casa con la mirada baja. Ni él mismo sabía por qué había ido a verla; la imagen del nietecito con la cabeza colgando y el recuerdo de la hija, que parecía haber enloquecido, le atormentaban.

–El pequeño ha dejado de sufrir; nosotros, en cambio, acabamos de empezar –habían sido las únicas palabras pronunciadas por el hombre, que se había quedado parado en el umbral, con el sombrero en la mano.

–Mañana me gustaría ir a darle el pésame, pero no sé a qué hora llegará el médico de Cagliari, que vendrá a visitar a Jubanne –había dicho Mallena.

El hombre había dejado caer los brazos y, bajando la mirada, se había marchado apesadumbrado.

–No puedo ni imaginarme qué le estará pasando por la cabeza a Teresa –comentó ahora Mallena, dirigiéndose a Rosa. Esta estaba leyendo cerca de la ventana, pero interrumpió la lectura para mirar a la madre–. Es una pena; después de todo el caos que se desató ayer, justo tenía que pasar esto…

–¿A qué caos se refiere?

–La *sennorina* Angelica se presentó en casa de Teresa para hacerle una visita y ver cómo estaba. Cuando dijo que ella se limitaba a seguir el reglamento, la *tzia* Bustiana por poco le arranca los ojos.

–Y usted, *mamaj,* ¿qué le dijo?

–Que los libros son importantes, pero que lo que aparece escrito, por sí solo, no es suficiente para ejercer esta profesión. Hacen falta muchas otras cosas.

Rosa asintió y volvió a sumirse en su lectura. Las emociones del día anterior habían dejado a Mallena inquieta; aun así, miró a la hija y le sobrevino un sentimiento de orgullo.

Desde el jardín, Daniele se asomó a la puerta de la cocina.

–Qué bien, ¡hoy comienza la novena de Navidad! –dijo, sonriendo.

Rosa levantó la cabeza del libro, todavía absorta en aquel mundo de palabras escritas que la llevaban a lugares remotos.

–Ven adentro y deja en paz a ese pobre animal, que lo estás cansando para nada –le ordenó Mallena, mientras limpiaba la casa distraídamente.

–No, quiero estar fuera, que ese olor a perro muerto que hay dentro de casa me da mucho asco.

El niño jugaba con Pitiola. Subía y bajaba con rapidez del lomo de la burra: quería mejorar su habilidad, ansioso como estaba por alcanzar la edad suficiente para viajar solo sobre el animal. Pitiola no daba muestras de impaciencia.

–Me muero de ganas de ir al campo a *pastorigare* nuestras ovejas.

Desde hacía un tiempo, el *majstru* Meloni había dejado de ensañarse con él y Daniele iba a la escuela con más ánimo. Pero ser pastor, andar libre por los campos, como había hecho su padre antes de la guerra, seguía siendo su sueño.

–El doctor que está a punto de llegar curará a *babaj* –prosiguió el niño–. Es el mejor de todos, ¿lo sabía?

Mallena no le dijo al niño que, para reunir el dinero necesario para pagar a aquel médico, había tenido que vender el pastizal, así como la mitad del pequeño rebaño.

A comienzos de la tarde, en la casa de Jubanne y de Mallena se presentó el mejor cirujano que trabajaba en el hospital de San Giovanni di Dio de Cagliari. Lo acompañaba el abogado Salaris, que había ido a recogerle a la estación para luego traerle a Norolani en un coche conducido por un compañero del Colegio de Abogados de Oristán que se había prestado a ayudarlos.

–*Su dotore*, gracias por su visita; tome asiento, por favor –le saludó Mallena.

–El abogado y su esposa me han dicho que ha insistido usted mucho para que viniera hasta aquí. Es un placer conocerla al fin.

Mallena le devolvió la sonrisa y admiró el vigoroso apretón de manos de aquel hombre. Detestaba que la saludaran con una mirada

distraída y dedos huidizos, y le fastidiaba sentir, como sucedía a veces, la mano de la otra persona floja y sin ánimo.

–Rosa, coge a tu hermano y marchaos a la casa de *jaja* Zizza, que aquí tenemos que hablar de cosas de adultos. Luego, id con ella a la novena de Navidad. Y, *m'arraccumandu*…, portaos bien.

–Señora, antes de entrar en el dormitorio y comenzar con el reconocimiento, háblame un poco de su marido y de lo que le ha pasado.

–¿Qué voy a decirle yo…? Antes de que se marchara a la guerra, mi marido era un hombre bueno, fuerte y honesto; luego, me lo devolvieron a casa abandonado, desaliñado, sin una pierna, dolorido…, e incluso siente dolor en la pierna que ya no tiene. Temo incluso que se le haya quedado la cabeza un poco *toccada*.

El médico escuchaba a Mallena, asintiendo de vez en cuando.

–Muchos soldados que regresan del frente, por desgracia, padecen de ese mismo síndrome.

–El doctor Onnis le ha prescrito tratamientos costosos que nos prepara el farmacéutico. Al comienzo, parecían funcionar bien, pero, después, cerca de donde le han cortado la pierna, primero apareció un *marcu* oscuro y ahora la herida hasta huele mal.

El hombre, con dedos huesudos y uñas bien cuidadas, se alisaba la perilla, pelirroja como el cabello.

Mallena recordó que había conocido a otra persona con el mismo color de pelo. Se trataba del hombre que, cuando era pequeña, recorría Orgosolo y los pueblos aledaños empujando un carrito y yendo de casa en casa para pedir que le entregaran las trenzas de las niñas y de las muchachas. A cambio de aquellos trozos de cabello largo y suave, a las madres les daba peines, horquillas, alfileres, agujas y, sobre todo, bobinas de hilo blanco o negro. Muchas mujeres hacían cola con las trenzas de las hijas en la mano para conseguir la mercancía, a la que el hombre atribuía un valor mucho más alto que el que tenía en realidad. Pero el médico, que Mallena calculaba que tendría cuarenta o cuarenta y cinco años como máximo, era más alto, más joven y, en especial, más señorial que el hombre de las trenzas.

–Si no es molestia, quisiera verlo ya –pidió, cogiendo el maletín de cuero que había dejado sobre una silla.

–Sí, doctor –respondió Mallena, ansiosa.

–Yo le espero fuera, ¿de acuerdo? –preguntó el abogado Salaris, levantándose de la silla.

–De acuerdo, pero le agradecería que fuera a llamar al médico del pueblo y, puesto que es domingo y estará libre, también al farmacéutico. Quisiera entrevistarlos a ambos, para realizar una consulta completa después del reconocimiento.

–Bien, ahora mismo voy; me parece lo más oportuno. Salta a la vista que es usted un médico de alto nivel.

El abogado Salaris se precipitó a buscar a los dos profesionales, feliz de tener un pretexto para abandonar el ambiente enfermizo que reinaba en la casa y saborear, así, el aire de la tarde despejada y soleada.

Jubanne, que esperaba con ansia el encuentro con el doctor, lo recibió con una sonrisa y trató de pronunciar alguna frase de cortesía. A media mañana, Mallena le había dado una inyección de morfina y el dolor había disminuido.

El médico lo examinó con esmero, comenzando por la pierna y observando el muñón. Con movimientos suaves pero firmes, auscultó el pecho y los pulmones. Luego, pasó a la percusión y a la palpación del abdomen.

–Señora, ¿oye esta crepitación? –le preguntó, mientras le tocaba el abdomen.

–Disculpe, pero no he entendido la pregunta.

–Me refiero a este ruido que se oye al palpar el estómago.

Cogiendo la mano de Mallena, el médico la colocó sobre el abdomen de Jubanne, invitándola a rozarlo delicadamente con los dedos.

–Qué extraña sensación, me recuerda… a cuando aplasto nieve fresca, la… la que acaba de caer.

–Sí, ha dado usted en el clavo. Ya hemos terminado, señor Jubanne; puede volver a vestirse con calma.

–Pero, doctor, ¿ya ha terminado? ¿Hemos esperado tanto para una visita tan breve? –preguntó él, perplejo.

–Entonces, doctor, ¿nosotros podemos salir? Por favor, venga conmigo –dijo Mallena, señalando la puerta.

Los dos se sentaron en la cocina.

El médico volvió a guardar el cuaderno y el recetario dentro del maletín.

–Señora, al venir aquí, esperaba serles de ayuda y estar en condiciones de darles otras noticias, pero debo decirle que se trata de una gangrena gaseosa.

–¡Oh, por Dios! –exclamó Mallena, al oír la palabra «gangrena».

–Por desgracia, se han formado burbujas de gas con áreas de necrosis; así lo indica el olor penetrante que emana. Es un olor característico, inconfundible para cualquiera que lo haya olido con anterioridad, aunque haya sido una sola vez en la vida: un olor que nunca se olvida.

–Lo sé, mi hijo Daniele hace tiempo que dice que huele a perro muerto. Imaginaba que la herida no podía haber cicatrizado bien, pero, en un primer momento, el olor no me pareció sospechoso. Luego, cuando comenzó a intensificarse el dolor que sentía Jubanne, empecé a alarmarme y la hinchazón de ese *marcu* oscuro que seguía sin curarse me dio aún más miedo. Dígame, doctor, ¿es muy grave? –preguntó Mallena, temiendo la respuesta.

–Sí, lo lamento, pero debo decirle sin rodeos que el pronóstico es muy desfavorable.

–Doctor, yo nunca he *istudiato*. A mí las cosas me las tiene que explicar alto y claro, como se hace con los tontos.

El médico le dedicó una sonrisa forzada. Resultaba evidente que le habría gustado aferrar las manos de Mallena entre las suyas o sonreírle con más ternura, pero las circunstancias se lo impedían.

–Señora, ya no se puede hacer nada, ya no se puede amputar otro trozo de la pierna porque la enfermedad de la herida se ha extendido por otras zonas del cuerpo. Lo lamento, pero, a estas alturas…, es solo cuestión de… tiempo, de poco tiempo.

Como si le hubieran atravesado el pecho, Mallena se quedó mirándolo con los ojos bien abiertos. Esperaba haber entendido mal. Le habría gustado ser tonta de verdad.

Dos golpes en la puerta anunciaron el regreso del abogado Salaris, seguido del médico del pueblo y del farmacéutico.

Después de presentarse al que era considerado uno de los mejores médicos de la isla, se acomodaron en torno a la mesa de la cocina. El olor penetrante a descomposición les molestaba hasta tal punto que fueron incapaces de reprimir una mueca, pero ninguno de los recién llegados se atrevió a hacer comentarios al respecto.

–Y bien, profesor, ¿qué opinión le merece? –preguntó el doctor Onnis, colocando los brazos sobre la mesa con ademán confiado.

El cirujano pareció estudiarlo antes de tomar la palabra:

–Voy a explicar la situación con calma y claridad: después de examinar al señor Jubanne, mis conocimientos de semiótica básica me permiten decantarme por un diagnóstico de gangrena gaseosa. Le decía a la señora Mallena que tendría que haberse realizado el diagnóstico a tiempo para someter al enfermo a una operación quirúrgica inmediata y radical.

–Yo he prescrito los fármacos y los medicamentos necesarios, y he dado instrucciones claras para suministrarlos. –Mientras hablaba, el doctor Onnis mantenía la mirada fija en el índice, que con afán pasaba una y otra vez por la esquina de la mesa–. Por no decir, ilustre compañero, que en estos lugares las cosas son distintas; las condiciones higiénicas de estas viviendas y la ignorancia de la gente de aquí a menudo impiden obtener los resultados esperados, a diferencia de lo que sucede donde vive usted, en la ciudad y en los hospitales.

–Pero ¿qué está usted…? –Mallena consiguió contenerse y dejó la frase sin terminar, optando por guardar silencio y escuchar a los demás; con la espalda encorvada, permaneció sentada en el borde del asiento.

–Además –continuó el experto, dirigiéndose tanto al doctor Onnis como al farmacéutico–, por los ojos entornados y la mirada alucinada, me he dado cuenta al momento de que el enfermo ha desarrollado una adicción a los opioides. Quisiera recordarles a los dos que esto no ha hecho sino agravar aún más la situación del pobre hombre y me gustaría advertirles de que solo podrá ir a peor.

–Pero, entonces, ¿está insinuando que solo el cura con sus plegarias podrá ayudarlo? –espetó el doctor Onnis, evitando cruzarse con la mirada del colega y de Mallena.

El cirujano no dijo nada. Solo una mirada de soslayo, que dejó al médico del pueblo congelado. El farmacéutico también se abstuvo de intervenir y mantuvo la mirada baja.

Como si lo hubiese oído, Jubanne comenzó a gritar a causa del dolor y los efectos de la abstinencia, que, a estas alturas, le provocaban sudores fríos, que le hacían sentir irascibilidad, ansiedad y palpitaciones. No dejaba de decir que notaba como su corazón deliraba.

Mientras el abogado Salaris, el doctor Onnis y el farmacéutico salían de la casa sin decir una sola palabra, antes de despedirse, el cirujano decidió demorarse un rato más para cerciorarse de que Mallena había comprendido bien la situación.

–Señora, sería deshonesto por mi parte darle esperanzas de que algún tratamiento terapéutico podría ser eficaz en este estadio tan avanzado. No puedo decirle nada más, salvo que lamento no haber llegado a tiempo.

–Sigo sin creerlo. ¿De verdad está seguro de que no hay ninguna cura posible? ¿Una medicina nueva? ¿Algo que venga *dae continente*?

–Señora, créame, no hay absolutamente nada; de otro modo, yo sería el primero en intentarlo.

Mallena se quedó mirando al hombre, con la garganta reseca por aquel derrumbe de esperanzas y expectativas.

–Pues nada, entonces… –La presión que sentía en la cabeza la obligó a masajearse la nuca–. Esto es lo que habíamos acordado…

Con la mirada baja, le entregó al hombre el rollo de dinero que tenía preparado en el bolsillo de la falda.

Él vaciló; acto seguido, cogió el dinero y con los dedos contó rápidamente los billetes, ordenándolos en dos fajos. Eran todos ellos billetes de una lira, esos con el retrato del rey Víctor Manuel III impreso. El fajo más grande lo guardó en el bolsillo interior de la chaqueta; el más pequeño se lo devolvió a Mallena. Sin añadir nada más, sostuvo durante unos segundos la mano de la mujer y la

apretó entre las suyas con firmeza. A través de aquel contacto físico, Mallena oyó las palabras que el hombre era incapaz de pronunciar en voz alta.

Mientras tanto, en torno al automóvil en el que el cirujano había llegado acompañado del colega del abogado Salaris, se había formado un corro de curiosos. No solo chiquillos que hablaban a gritos, sino también algunos adultos. Un pequeño gentío admiraba cada detalle del reluciente vehículo.

Instantes después, todos se marcharon y Mallena se quedó sola, inmóvil, sin seguir con la mirada el coche que se llevaba al experto, pero también su rebaño, más de la mitad del dinero y todas sus esperanzas y las de Jubanne.

En sus ojos, la soledad parecía haber adquirido un nuevo matiz, como si fuera una de aquellas personas inocentes obligadas a esconderse durante los largos y gélidos inviernos en los bosques del Supramonte porque sabían que no podrían demostrar su inocencia y que nadie las escucharía.

Capítulo 36

El secretario llegó a su puesto de trabajo por la mañana temprano. El año estaba llegando a su fin y todavía quedaban muchos asuntos pendientes por cerrar. Como llevaba haciendo desde hacía una semana, aquel día se puso a revisar atentamente los gastos presupuestarios para preparar el documento del balance final del año.

El alcalde, que apareció con calma cuando las campanas de la iglesia dieron las diez, se encontró al funcionario muy angustiado.

–Llevo ya una semana revisando los gastos del mes y me he dado cuenta de que no he emitido la orden de pago del salario de la señorita Angelica Ferrari por los servicios de comadrona.

–¿Y qué problema hay? ¡Lo puedes hacer ahora! Además, no es que la señorita Angelica lleve todo un año contratada, solo unos pocos meses.

–La cuestión es que…, haciendo bien las cuentas, en las arcas no hay… fondos suficientes.

–¿Me estás diciendo que no hay dinero? Si había para dar y tomar.

–Estoy diciendo que ha habido… un error. He tenido que reordenar toda esa documentación que Mallena lanzó por los aires ese día y algo, en las órdenes de pago, se me ha debido de escapar.

–No quiero ni oír hablar de ese día –espetó el alcalde, interrumpiendo al secretario con un gesto de la mano.

–He repasado mil veces esos documentos y las resoluciones del consejo municipal, pero… del dinero para pagarle a la comadrona solo queda calderilla.

Recto como un palo, con los codos en la mesa y sosteniéndose la cabeza entre las manos, el secretario miraba mortificado al alcalde.

–Y… el dinero, ¿adónde ha ido a parar el dinero?

–A la compra de cereales del almacén de Monte Granatico, por no hablar de las tres mil seiscientas liras presupuestadas en la sesión de noviembre. Sabe bien que, por desgracia, nos hemos visto en la obligación de pagar quinientas liras más que la cifra acordada en un primer momento al abogado Maxia y a sus parientes por la venta de los suministros. Yo me he olvidado de anotar la compra en el registro y por eso se ha terminado el dinero del presupuesto –dijo el secretario, dejando caer los brazos, abatido.

–Entonces, ¿para la señorita Angelica ya no queda nada?

–Unas pocas liras. Le he dado mil vueltas para tratar de buscar una solución, pero nada. Me van a salir números por las orejas y hasta me ha empezado a doler la cabeza.

–Porque ¿quién se atreve a hacerle frente a un hombretón como el abogado Maxia? Nosotros y el abogado Salaris lo sabemos bien, que tratamos por todos los medios de regularizar la situación de Mallena, a pesar de no ser más que una ingrata y una descarada…

Mientras el secretario municipal, cada vez más desmoralizado, seguía dándole vueltas, hojeando los documentos escritos de su puño y letra y guardados desordenadamente dentro del registro «Entradas y salidas», el alcalde reflexionaba acerca de cómo encontrar una solución.

Por supuesto, no podía haber agujeros en los presupuestos del pequeño pueblo.

Ahora que su mandato estaba a punto de agotarse, no quería problemas, y el deseo de ser reelegido hacía que su posición fuera aún más incómoda. Ya había faltado a su palabra no solo con Mallena y, después, con la señorita Angelica, sino también con los consejeros: desde que la selección del alcalde ya no se decidía por nombramiento real, sino por elección del consejo, había prometido a diestro y siniestro favores de todo tipo.

El señor alcalde Sotgiu suspiró, angustiado por la naturaleza ambigua de su cargo: por un lado, era el representante de las necesidades de los habitantes de Norolani; por otro, el defensor local

de las leyes del reino. No siempre las dos cosas iban de la mano, y el problema de las dos mujeres que prestaban asistencia a las parturientas era un rotundo ejemplo. Pero rompió el hilo de sus pensamientos y se esforzó por concentrarse en el problema de las arcas municipales.

–La señorita Angelica es una persona educada y me inspira lástima, joven y sola como está, pero también es cierto que no está nada solicitada. Más bien al contrario, las mujeres de Norolani la rechazan abiertamente y siguen llamando a Mallena como si nada –dijo, enderezando la espalda y recuperando el ánimo, como si hubiera tenido una revelación.

–En especial desde el drama del hijo de Teresa, que no ha sobrevivido a *esa naschida mala* –añadió el secretario, levantando los ojos del registro.

–Cierto, y, si hace unos días la *tzia* Bustiana y las demás endemoniadas hubieran dado con ella, la señorita Angelica habría pasado un muy mal trago…, y yo con ella.

–¿Qué debemos hacer, pues? Usted, que es un hombre práctico…

El alcalde se puso en pie y, golpeando los nudillos contra la mesa, anunció:

–Llamemos sin más dilación a la comadrona y expongámosle la situación; le propondremos aplazar su salario de este año y, luego…, ya se verá. Además, me debe una, que el otro día, en el cuartel, salí en su defensa y en la del doctor Onnis. Le he sacado las castañas del fuego y esta será una buena manera de agradecérmelo.

Angelica se movía nerviosa de un lado a otro de la sala de estar. El golpeteo de los zapatos resonaba por toda la habitación.

–Lamento quedar tan mal precisamente con usted, que conmigo ha sido siempre muy amable y solícita –le dijo a la casera, que la miraba: seguía yendo de aquí para allá, con una expresión inquieta, como si hubiera perdido algún objeto valioso.

–Pero, querida, llevas aquí poco tiempo… Ya verás que, con paciencia y confiando en la divina providencia, todo se resolverá. –

Adoptó un tono muy dulce, con la esperanza de que su voz sonara, a oídos de Angelica, como la de una familiar sabia y obsequiosa.

–Tendría que haber estado en casa de Teresa; ha sido una situación no solo incómoda, sino verdaderamente agobiante, y eso que no se lo he contado todo –dijo, tragando saliva, como si quisiera sobreponerse a la frustración que la invadía–. Pero yo fui porque para mí era importante hacer bien mi trabajo.

Sofia le dedicó una sonrisa compasiva.

–He perdido la ilusión, estoy cansada de luchar contra las costumbres y las creencias de estas personas que no soy capaz ni de entender siquiera. Esto no me lo esperaba… Me encuentro en la misma situación en la que estaba en Gallura, como si no me hubiera movido ni un solo centímetro. ¡Maldito sea el día en el que puse un pie en esta isla perdida en mitad de la nada! Y se lo digo con todo el respeto…

–Con el tiempo, estoy convencida de que llegarás a apreciar a las personas de aquí. No son salvajes, como puede parecer en un primer momento. Es cierto, les gusta entremezclar lo mundano y lo supersticioso para explicar lo que les sucede, en especial en estos tiempos en los que todo está cambiando con tanta rapidez… Es difícil para todos encontrar el equilibrio, pero más aún para quienes recuerdan cómo eran las cosas en otra época, como le pasa a la gente de aquí. –La anciana maestra, sentada en el canapé, se había puesto a hablar con la calma y la inflexión con las que se expresaba cuando todavía impartía clase, pero con un tono de voz bajo y sereno.

–No le digo yo que no…, pero la noticia que me acaba de dar el alcalde, que no hay dinero para pagarme el sueldo, me ha dejado de piedra. Y es que ¿por qué precisamente el mío? ¿Por qué no el de la Guardia Municipal, el del barrendero o el del secretario? A fin de cuentas, somos todos empleados del ayuntamiento. Pero no, justo tenía que ser el mío.

–Querida, para nosotras, las mujeres, el camino que debemos recorrer siempre es cuesta arriba; incluso hoy sigue siendo muy largo, plagado de obstáculos. Pero debemos mirar al frente y no rendirnos jamás –dijo Sofia, extendiendo los brazos hacia ella.

–Lo que dice usted es cierto, y le doy las gracias por su buena voluntad y su comprensión, pero yo lo que quiero es marcharme, ¡aunque no sé ni adónde ni cómo! No es solo la guerra lo que me impide regresar a Pavía, sino las críticas de mi padre… Me parece verlo, con la espalda recta, serio, llamándome a su despacho para sermonearme como si estuviera pronunciando un discurso, acusándome por este nuevo fracaso, por haberme empeñado en escoger mi camino por mi cuenta, sin escuchar sus consejos ni respetar las costumbres. Si por él hubiera sido, tendría que haber dedicado mis días a bordar y a tocar el piano, a tocar el piano y a bordar…, a la espera de encontrar un buen partido, un hombre que gozara de su aprobación.

La joven se desplomó sobre el canapé. Sofia, sonriendo, le colocó un brazo alrededor de los hombros y la acercó a ella.

–Sé que en casa de la señora Annetta se hospeda un médico ilustre que trabaja en Cagliari. Ha venido de paso para visitar a Ju… a un enfermo. Ve y pide hablar con él; quizá pueda informarte de si en su hospital o en la ciudad hay puestos vacantes de comadrona. En todo caso, hablar con él podría resultarte útil. –La voz de la anciana maestra transmitía sosiego y seguridad.

–¿Lo dice de verdad? Piense que yo… Pero ¿cómo voy a ir? ¡Si no lo conozco siquiera!

–Pero ¡hay que ver! –exclamó la otra, poniéndose de pie–. Me has dicho que desde hace mucho tiempo sales sola tanto de día como de noche, que has viajado a lo largo y a lo ancho del reino y que eres una mujer independiente, ¿y ahora te preocupas por esto? –Y, mientras hablaba, comenzó a levantar el tono de voz–. Si quieres, sabes que yo te acompaño sin problema, pero…

–Tiene razón: iré sola.

Con una atención que rozaba lo obsesivo, Mallena desmontó el émbolo de la jeringa y volvió a guardar la aguja en su sitio. Trataba de concentrarse de lleno en esa única tarea.

–¿Qué… qué te dijo el doctor ayer? –Jubanne ya se lo había preguntado en tres ocasiones.

–Ha dicho que debemos proseguir con el tratamiento… Nada más –respondió, sin darse la vuelta, y, entonces, fue a sentarse en el borde de la cama, al lado del marido.

Levantando la espalda de la almohada y aferrándose con los nudillos blancos al brazo de ella, Jubanne colocó la cabeza en el pecho de la esposa, como si anhelara absorber un poco de su fuerza, que se le antojaba inagotable, a pesar de las dificultades a las que había tenido que hacer frente en los últimos meses.

Pero ella reparó en que comenzaba a entrecortarse su propia respiración y masculló que tenía que hacer algo en la cocina. Salió corriendo al jardín, cerró la puerta a sus espaldas y se dejó caer sobre la piedra que, a modo de asiento, descansaba debajo del cenador.

Le parecían recuerdos lejanos: los momentos pasados bajo aquel cenador con Mimina, tomando juntas un café preparado con lo que tuvieran a mano. Aquellos instantes no solo servían para compartir el placer de una bebida caliente al tiempo que se consolaban la una a la otra por la ausencia de sus amados y soñaban juntas con su retorno, sino que también eran un espacio para ellas, solo para ellas. Mallena tenía la sensación de que el tiempo inexorable le arrancaba pedazos de vida con crueles mordiscos, dejándole no más que recuerdos hechos jirones.

Del mismo modo, parecían recuerdos lejanos los días y las noches que pasaba yendo y viniendo por las calles, algunas polvorientas, otras adoquinadas, de Norolani y Tennairi, caminando a paso ligero para socorrer a una mujer y asistir al nacimiento de un niño. Acontecimientos que vivía siempre como un milagro, aunque algunas madres no llegaban a ver crecer a todos los hijos que traían al mundo.

Pensó en todo lo sucedido en los últimos años y lo interpretó como un castigo por haber confiado durante demasiado tiempo en los demás. Había depositado en ellos su confianza, en lugar de analizar con más frialdad los hechos. De pronto, sintió un empujón en el brazo: era Pitiola, que, levantando el hocico, le rebuznó con fuerza al oído, sobresaltándola.

Colocando la cabeza contra el costado de la burra, Mallena se dejó llevar por un silencioso llanto. Permaneció bajo el cenador de la vid, que se preparaba para el descanso invernal, y, cuando una hoja de tonalidades rojas y naranjas le cayó sobre la falda, se puso a acariciarla delicadamente, con cuidado de no romperla. Se aferró con fuerza al animal, que le transmitía su calor, hasta que el sol comenzó a deslizarse por el horizonte.

El estertor de Jubanne la alarmó. De golpe, se puso en pie, se restregó la cara con el dobladillo de la falda, se peinó el cabello y miró a la burra, como para zanjar con el animal una conversación que nunca había comenzado. Puede que no con palabras, pero sí sentía que, de alguna manera, la había comprendido. Pitiola le rozó el hombro con el hocico y se puso a olfatear la hoja que había caído al suelo.

Ella volvió dentro, para echarle un vistazo al marido.

–Voy a ir a ver a ese doctor de Cagliari, que se me ha olvidado preguntarle una cosa –le dijo a Jubanne, que no la oyó porque estaba profundamente dormido, como siempre que se hallaba bajo los efectos de la morfina.

Se colocó el chal en la cabeza y salió. Dejó sobre la mesa los restos del almuerzo que el hombre a duras penas había tocado. Bajaba la cuesta deprisa cuando reparó en un olor intenso a cigarrillo antes incluso de verlos: sentados contra el muro, los dos viejos estaban inmersos en una nubecilla gris y densa que, entretejiéndose al aire frío de aquel día, se expandía a su alrededor. Dos pasos más y ralentizó la marcha al oír sus palabras:

–Un *istranzu*, y parece que nadie lo conoce.

Los dos hablaban entre sí, sabía que no se dirigían a ella, pero aquella frase le sentó como un golpe bajo y, cada vez que las palabras rebotaban en su cabeza, se intensificaba el dolor. Se sentía como al término de ciertos sueños que, una vez despierta, seguían pareciéndole reales. «Un *istranzu*… Nadie lo conoce»: eran palabras que se revelaban desquiciantes, martilleantes, capaces de agrietar hasta el mismísimo basalto.

Cerró los ojos unos instantes, en un intento de evadirse de todo, pero tenía la sensación de que la mirada inquietante de los dos

ancianos, a pesar de sus ojos cansados y velados, estaba fija en ella.

En su interior, aquel pensamiento seguía haciéndose eco, hasta tornarse en un susurro que fue incapaz de contener:

–Es ese hombre. Ha venido a por mí.

Reanudó la carrera sin encontrarse con un solo militar. Los *carabinieri*, junto con los refuerzos enviados por la Dirección de Seguridad Pública para prevenir posibles disturbios, vigilaban el ayuntamiento y la casa del doctor Onnis.

–Dígale a la señora Annetta que debo hablar ahora mismo con el especialista –le dijo Mallena a la criada que le abrió la puerta.

El médico la recibió en el despacho del abogado Salaris.

–Si en casa ya no hay nada que hacer, llévelo al hospital, entonces –propuso con firmeza nada más tenerlo delante de ella–. Allí habrá todos los *istrumentos*, medicinas y aparatos que hagan falta para curarlo.

El cirujano, al ver que Mallena continuaba hablando con tanta efusividad, la invitó a que se sentara en una silla y tomó asiento delante de ella. Antes de marcharse a Cagliari, estaba decidido a buscar la manera más apropiada de hacerle entender que el marido no sobreviviría mucho más tiempo a los efectos de aquella gangrena gaseosa. Sentía que era su deber; para cumplirlo, tan solo debía encontrar las palabras adecuadas.

Mientras tanto, al otro lado de la plaza, Angelica tropezó con un grupo de niños que salió corriendo de una de las callejuelas laterales y el maletín se le cayó al suelo. Uno de los niños se apresuró a recogerlo y se lo entregó, después de soplar sobre él, como para limpiarlo.

–Disculpe, *sennorina*, espero que no se haya roto. Es tan bonito que sería una pena.

Ella cogió el maletín, esbozó una sonrisa al niño y reanudó el trayecto en dirección a la casa de la señora Annetta. Cuando llamó a la puerta, la criada fue a abrir la puerta secándose las manos en el delantal.

–Buenos días, eh…, soy Angelica Ferrari, la obstetra oficial. Quisiera preguntarle si… sería posible hablar con el médico que se hospeda en esta casa.

–Por favor, espere aquí un momento; iré a preguntar. Hoy es el día de las parteras y las comadronas…

La joven frunció el ceño y entornó los ojos, pero, antes de que pudiera hacer más preguntas, la sirvienta la invitó a que se acomodara en el pequeño sofá de la entrada y se marchó rápidamente para informar a los dueños de la casa.

La señora Annetta, mientras tanto, se asomó por el despacho y oyó que el médico le estaba diciendo a Mallena:

–Lo lamento, señora. Y le repito que, por desgracia, como ya le he explicado, no existe posibilidad alguna de intervenir, ni aunque lleváramos a su marido al hospital de Cagliari.

–Pero, entonces, ¿qué clase de medicina es la suya, que no puede hacer nada?

–Disculpe, doctor, siento interrumpir, pero ha venido la obstetra oficial, que pregunta si puede hablar con usted. ¿Qué le digo? –intervino la señora de la casa.

Todo aquello pareció coger al médico desprevenido.

–Déjela pasar; creo que con la señora ya hemos terminado –dijo entonces, con tono cauto.

Abatida por las esperanzas rotas de Mallena, pero sin saber cómo gestionar la situación, la señora Annetta le hizo un gesto a la recién llegada para que tomara asiento en el despacho. Al entrar, Angelica se encontró delante de la última persona a la que le habría gustado ver. Se detuvo en el umbral, enmudecida, con la mirada fija en Mallena, que se había puesto de pie de golpe en el centro de la estancia.

–¿Qué pasa? Parece que ha visto un fantasma –espetó Mallena, irritada por aquella intrusión.

Parecía más alta y severa de lo que recordaba Angelica; la joven se dio cuenta de que se estaba ruborizando.

–Disculpe, señora Mallena, pero… no me esperaba… encontrarla a usted aquí –dijo, arrepintiéndose de no haber insistido para que la

hubiera acompañado la maestra, la cual, con toda seguridad, habría sabido qué decir para salir de aquel terrible apuro.

–A mí me lo va a decir. Desde que ha llegado a este lugar, la mala suerte me persigue.

–Ahora que lo dice, para mí las cosas tampoco están siendo como esperaba –respondió Angelica, bajando la mirada.

Sorprendido, el cirujano miraba a las dos mujeres: una envuelta en el chal, la otra con un vestido claro de corte sencillo y con una pequeña estola de piel de zorro sobre los hombros. Para Angelica, esa ropa nada tenía que ver con las refinadas prendas que su madre encargaba en la sastrería cerca de Palazzo Corti para pasear por el centro de la ciudad. Pero, para Mallena, a juzgar por su mirada, esa elegancia sobria era demasiado ostentosa, un claro indicio de que se trataba de una forastera.

–Señoras, por favor –dijo el médico, quien, para no ser grosero, a pesar de haber concluido su reunión con ella, no quería invitar a Mallena a marcharse. Había comprendido que las dos mujeres tenían asuntos pendientes–. Tomen asiento y las escucharé a ambas, pero guardando las formas y sin faltar al civismo –añadió, intrigado, si acaso, por lo que se ocultaba detrás de aquel conflicto.

Mallena fue la primera en tomar la palabra, negándose a sentarse.

–Su fachada de mujer cortés no tiene nada que ver con su forma de actuar, que de respetuosa y de cortés no tiene nada –dijo con tono de desprecio.

–¿Qué me está intentando decir? –preguntó Angelica, alzando el rostro, todavía un poco colorado.

–Sé que, para usted, este es un pueblo de paletos y salvajes, y tacha de animales a las mujeres que prefieren parir sobre una estera antes que en la cama –prosiguió Mallena, acalorándose.

El médico la observó sin interrumpirla; acto seguido, miró a Angelica, y sus ojos la armaron de valor para rebatir lo siguiente:

–Dígaselo usted, doctor: que la medicina ha avanzado mucho en el campo de la obstetricia y que no se pueden ignorar los nuevos conocimientos y los nuevos descubrimientos científicos.

–Las cosas en las que confiamos cuando nace un niño, como el propiciamiento de la luna, la experiencia de las mujeres mayores, el

conocimiento de la medicina sarda, para todos ustedes no son más que *tottu cosa* de bárbaros y de ignorantes –replicó Mallena, señalando con el dedo a la joven comadrona.

Sentado detrás del escritorio, pocos minutos después de haberle dicho a Mallena que la medicina ya nada podía hacer por su marido, el médico de ciudad no se sentía en condiciones de confirmar las palabras de la elegante comadrona oficial y, a pesar de que las compartía, se limitó a sacudir la cabeza para tratar de relajar los hombros tensos.

Consciente de que era una lucha entre ellas, el médico guardó silencio. Se negó a decir que, entre las mujeres con experiencia que actuaban de buena fe y con rigor, había, en ocasiones, curanderas y comadres que provocaban la muerte a las madres y a los recién nacidos. También se abstuvo de comentar que las comadronas diplomadas a menudo eran jóvenes sin experiencia que no tenían hijos. No dijo que las parteras tradicionales, a pesar de que por aquí se las denominaba comúnmente «maestras de los partos», se servían de ritos propiciatorios, hierbas silvestres, rituales de la luna y supersticiones: de todo, menos de fundamentos científicos, que no conocían porque con frecuencia eran analfabetas. Tampoco dijo que las nuevas comadronas, en las universidades, recibían una formación basada en una cultura médica controlada por médicos varones y, por si fuera poco, completamente ajena a la de las mujeres a las que tendrían que prestar asistencia, las cuales conocían de toda la vida la medicina tradicional, única y exclusivamente.

Entretanto, las dos, delante de él, se alteraban más y más: mientras que el rostro de Mallena se ponía rojo, el de Angelica, a su vez, palidecía. Comprendió que no había tiempo que perder. Aunque, en el fondo, no tenía ganas de zanjar el asunto, el genio venido de Cagliari se vio en la obligación de intervenir:

–Queridas señoras, la cuestión de las comadronas tradicionales o tituladas es un asunto complicado, por no decir espinoso, y las normativas de estos últimos años nos parecen estrictas incluso a los médicos… Entre ustedes y yo, les diré más: también lo ven así las autoridades, en especial cuando las leyes han de aplicarse en pequeños pueblos aislados, como estos de Cerdeña, donde se corre

el riesgo de dejar a las madres, los recién nacidos y las mujeres en general sin asistencia alguna.

Las dos lo escuchaban con atención.

–Hablando de las autoridades, yo he seguido todas las normas y el reglamento vigente, pero el señor alcalde me acaba de comunicar que no hay dinero para pagarme el sueldo. Y la gente de aquí me detesta sin siquiera haberme visto nunca ni conocerme en persona –se lamentó Angelica.

–¡Después de que usara esas *manus de ferro* para torturar a Teresa y a su niño, vaya si no la conocen! –espetó Mallena.

–Me han traído hasta aquí y ahora le debo el dinero del alquiler y también el de la comida a mi casera. ¿Me quiere decir qué debería hacer yo ahora?

El médico, alisándose la barba pelirroja, no hizo comentario alguno al respecto, y los dos se quedaron mirando a Angelica.

Mallena parecía haberse olvidado del motivo por el que había acudido a aquel despacho en un principio, ante aquel médico competente del hospital de San Giovanni di Dio de Cagliari. Sus pensamientos volvieron a centrarse en la interminable cuestión de la asistencia a los partos. Por un lado, era un servicio necesario, pero, por otro, ni siquiera las comadronas que habían estudiado recibían la retribución que se merecían por un trabajo que no conocía horarios ni domingos ni fiestas de guardar.

–En fin, con o sin guerra, por un motivo u otro… –Dejó sin completar la frase y, luego, los miró a los dos y prosiguió–: Ya se trate de pagar a la partera que no sabe ni leer ni escribir o a la comadrona diplomada en la universidad, nunca hay dinero.

Aquella noticia la había desconcertado y pensó que, si durante todos aquellos años hubiera recibido un salario, habría podido llamar a tiempo al experto, el cual, tal y como estaban las cosas, le había dicho que ya era demasiado tarde.

–Yo… quisiera marcharme de este lugar y por eso he venido hasta aquí, doctor, para preguntarle si cree que podría aspirar a algún puesto de obstetra en Cagliari, ya sea en su hospital o en alguna clínica en la ciudad.

Todavía de pie en el centro de la estancia, Mallena se limitó a escuchar a la joven.

–Señorita, si así lo desea, esta misma noche le escribiré una carta de recomendación para presentarla a un compañero mío, muy comprometido con la situación de las obstetras que tienen estudios universitarios. Mañana, y, repito, si es que usted está conforme, podríamos viajar juntos hasta Cagliari.

Mallena pasaba la mirada del médico a Angelica; notaba que le pesaba la cabeza.

–Por lo demás, yo tan solo quisiera añadir que las mujeres de Pavía, al igual que las de Norolani o las de las Indias, sienten dolor, sangran, amamantan y reconocen el olor de sus hijos de la misma manera –dijo el médico, con la esperanza, al menos, de rebajar la tensión que se respiraba en el ambiente.

Ante aquellas palabras, Mallena asintió y, por primera vez, vio en la joven Angelica a una mujer a la que la vida había dado duros golpes una y otra vez, al igual que ella, pero que no estaba dispuesta a doblegarse ni mucho menos a tirar la toalla. Eran solo dos mujeres que debían luchar con uñas y dientes para recorrer cada una su propio camino.

–El mundo quiere que nos enfrentemos la una con la otra, pero la batalla no debe librarse entre nosotras; al contrario, deberíamos *gherrare* juntas para defender la asistencia a las mujeres y… nuestra dignidad.

Le sobrevino de golpe todo el cansancio de aquellos días intensos. Antes de abandonar la estancia, se acercó al médico. Quería cruzarse con su mirada una vez más, convencida, al igual que la *tzia* Nonnora, de que era dentro de los ojos donde se originaba ese lenguaje mágico que no se podía expresar con palabras.

Él le apretó las manos entre las suyas y, por un instante, se miraron sin decirse nada más.

Mientras se marchaba, Mallena albergó la esperanza de que Angelica al menos tuviera mejor suerte que ella. Al regresar a casa, antes incluso de alcanzar la puerta, oyó los gritos de dolor de Jubanne.

Capítulo 37

Al igual que Jubanne, Mallena fue incapaz de descansar. Una sucesión de pesadillas, de visiones de su pasado y de… aquel hombre…, aquel hombre que la buscaba, la mantuvo presa en un estado de agitación. Cuando se desveló, abriendo los ojos de par en par, se percató de que tenía el cuerpo bañado en sudor y de que el corazón le latía atolondrado en los oídos.

Daban las cinco cuando entró en la cocina a tientas. Era la tercera noche sin luna, de modo que tuvo que encender la lámpara de aceite para llenar la palangana hasta la mitad. El agua gélida, que recibió como un azote en el rostro, no la disgustó: al contrario, le pareció la única cosa que, desde hacía muchos días, le insuflaba vida.

Recogió las cenizas de la chimenea y preparó la leña que, el día anterior, Rosa había dejado para que se secara en una esquina, antes de ir con Daniele a la novena de Navidad. Luego, cogió la lámpara y salió al patio para ordeñar a Pitiola. Hinchó los pulmones del aire frío y cargado de los aromas del bosque, contempló el cielo colmado de estrellas y comprendió que aquel día no llovería.

Después de inyectarle la morfina a Jubanne, que se había despertado y llevaba un rato gritando, desayunó el café de achicoria que había preparado el día anterior y mordisqueó distraída una rebanada de pan con miel de madroño. Cuando oyó que las campanadas daban las siete, se apresuró a entrar en la habitación donde dormían Daniele y Rosa.

–Levantaos, si no queréis llegar tarde a la escuela. He dejado la leña preparada, solo hay que encender la chimenea –le dijo a la hija,

en cuanto esta entró a la cocina.

–*Mamaj*, yo ya llevaba un rato despierto; oí las campanas de las seis y también las de las cinco –dijo Daniele, frotándose los ojos, sentado en una esquina junto a la puerta del patio.

Todavía medio dormido, la abrió de repente. El niño se detuvo a inspirar el aire frío y parecía reacio a alejarse de aquel penetrante olor a mirto y a lentisco, a musgo y a hojas mojadas.

–Cierra ya, que sale el humo de la chimenea –le ordenó la madre.

Cuando el pequeño cerró la puerta, Mallena se estaba peinando y ya casi estaba preparada.

–¿Qué día es hoy, *mamaj*? ¿Por qué se ha vestido como para ir a la fiesta?

–Seré pobre, sí, pero, desde luego, no me verán llorando ni mendigando, paseándome por ahí vestida con harapos sucios.

Miró al hijo, pensando en que siempre había sido muy directo y en que, poco a poco, estaba cambiando; temía que pudiera dejar de ser el niño alegre y abierto al mundo que siempre había sido.

–Pero ¿tú lo de cerrar el pico no lo entiendes o qué? –le dijo Rosa, mientras atendía a la sartén donde estaba preparando la comida por si la madre volvía tarde.

Mallena salió y emprendió el camino a pie. Estaba acostumbrada a caminar y sabía que no tardaría más de una hora en llegar a Bosa.

Cuando llegó a la salida del pueblo, no podía evitar darse la vuelta una y otra vez para ver si había alguien. Ante la sensación *in crescendo* de que la estaban siguiendo, de que la estaban observando, tal vez el *istranzu* que habían avistado en Norolani, una leve inquietud se apoderó de ella y se le hizo un nudo en el estómago. Fuera de la protección que le brindaban los confines del pueblo, pensaba en el hombre de su pasado de manera obsesiva; el más mínimo ruido la distraía y una sombra cualquiera, aunque apenas fuera perceptible, o una figura que se recortaba en la lejanía parecían confirmar su presencia. Por este motivo, fue incapaz de pensar en lo que diría cuando se presentara delante del subdelegado de Gobierno, que la había citado.

Cuando avistó las primeras casas de Bosa, se detuvo en la fuente, que, a aquellas horas, estaba desierta. Después de beber y de

recobrar el aliento, se arregló el vestido y se volvió a peinar el cabello. Arrancó un puñado de musgo de una piedra, recubierta de un manto espeso y perfumado, y, como si de una esponja aterciopelada se tratara, se limpió los zapatos.

Al levantar la mirada, se percató de que un anciano que tiraba de un pequeño burro caminaba lentamente en su dirección, con la mirada fija en ella. Lo examinó en busca de algún elemento que pudiera suponer una amenaza y, agachándose para alisarse la falda, cogió una piedra. Respiró hondo, repitiéndose que no había motivo alguno para alarmarse, que nadie podría haberla seguido hasta allí, mucho menos aquel anciano con la espalda encorvada y las caderas torcidas, pero un escalofrío le recorrió la columna vertebral e, instintivamente, apretó los dedos en torno a la piedra. Siguió mirándolo, concentrándose en cada detalle y desenfocando todo lo demás.

–Para ir a la subdelegación de Gobierno, ¿qué camino he de tomar? –preguntó, en cuanto el hombre estuvo a pocos pasos de ella.

Piernas y brazos en alerta, la otra mano en el bolsillo, aferrando el cuchillo. Estaba lista para saltar a la acción.

El hombre tiró de la cuerda del burro hasta que el animal se detuvo sin rebuznar.

–¿Ve el campanario de la iglesia de Santa Maria? Baje por esa calle; cuando llegue a la fuente, gire a la izquierda y, luego, verá la subdelegación justo enfrente.

Los dos se miraron y Mallena dejó caer al suelo la piedra, pero, cuando se percató de que el hombre estaba a punto de preguntarle por qué se dirigía a aquel lugar, le lanzó una mirada cortante como la hoja de su *leppa*.

–Quien en toda su vida no ha cometido algún error no ha vivido nunca –sentenció entonces el anciano.

Metió la mano en la alforja atada al lomo del burro y sacó unas pequeñas manzanas rojas, que le ofreció extendiendo el brazo. El animal, a su vez, levantó la cabeza para olisquear el perfume que desprendía la fruta desde el interior de la *bèrtula*.

–Gracias –dijo ella, tomándolas y metiéndolas en el bolsillo de la falda.

Sabía que el anciano se ofendería si las rechazaba. En cuanto a los errores mencionados, Mallena sentía que había cometido un sinfín de ellos, en especial en los últimos meses.

Llegó a tiempo. Frente al edificio de la subdelegación, por la descripción que le había facilitado Jubanne, reconoció, a lo lejos, pese a no haberlo visto con anterioridad, el castillo que se erguía sobre la colina de Serravalle. Intentó contar las ventanas de la fachada, pensando en la leyenda que a menudo le narraba la *tzia* Nonnora acerca de la desventurada marquesa Malaspina, cuya alma seguía vagando entre las torres desde que su anciano marido, llevado por los celos, le cortó los dedos de la mano para luego guardarlos en el bolsillo envueltos en un pañuelo.

Tuvo que esperar más de media hora antes de que un joven uniformado y armado con un mosquete se presentara en el portal para permitirle entrar. Era un edificio de dos plantas, iluminado por unas amplias ventanas arqueadas.

Cuando el joven uniformado la condujo hasta el despacho del subdelegado, ella se encontró delante de un hombre cincuentón, calvo y con unas gafas gruesas con fondo de botella. Sintió que la escrutaba de pies a cabeza con una mirada inquisitiva propia de una persona a la que no se le suele escapar ni el más mínimo detalle. Respiró hondo y levantó la cabeza.

–¿Sabe usted por qué ha sido citada?

–En realidad, no me ha quedado muy claro. Son muchas las cosas que hacen ustedes y que yo no llego a entender, y mire que me esfuerzo.

–Me consta, por dos informes que me han llegado, que ha ejercido usted ilegalmente la profesión de comadrona. Puesto que entra dentro de mis funciones velar por el acatamiento del orden público en toda esta zona, la he citado para saber si esas prácticas son cosa del pasado o si debo informar al señor delegado de Gobierno de Oristán para que emita las sanciones que procedan en este caso.

–¿Y dieciséis años han tardado en darse cuenta de que soy partera?

El hombre alzó la nariz, se quitó las gafas y se frotó los ojos con un pañuelo antes de volver a ponerse las lentes y mirarla directamente a los ojos.

Mallena sostuvo la mirada severa del funcionario.

–Razón no le falta, pero, hasta la fecha, no se había presentado ninguna queja al respecto. Ahora que tanto la obstetra oficial como el alcalde de Norolani se han quejado –prosiguió el hombre, cuyas cejas tupidas y desordenadas endurecían más si cabe su mirada–, estará de acuerdo conmigo en que no se puede seguir haciendo la vista gorda.

–Ah, el buenazo del alcalde, siempre a dos bandas –dijo, haciendo una mueca de desdén.

–Señora…, según la investigación llevada a cabo por los *carabinieri* de Norolani, se ha podido confirmar que usted, antes de la llegada de la obstetra contratada por el ayuntamiento, ejercía de manera irregular de comadrona. Han tenido que intervenir las fuerzas del orden, pero se me ha notificado que parece usted dispuesta a hacerse a un lado. ¿Me puede confirmar esto último?

Sin responder, Mallena seguía mirando al hombre, cuyos ojos empequeñecían aquellas gafas de un dedo de grosor, cuando, de pronto, llegaron del pasillo unas voces alborotadas. El subdelegado de Gobierno, que ya se había irritado por culpa de aquella mujer tan impertinente, al oír aquel tumulto, se puso en pie de golpe.

Un joven uniformado se asomó a la estancia.

–Señor, aquí, en el pasillo, hay varias mujeres que quieren entrar.

–¿Y quiénes son?

–No lo sé, señor, pero se las ve muy agitadas…

El subdelegado de Gobierno se quedó mirando al joven, luego observó a Mallena y, entonces, pareció atar cabos.

–Han tenido la desfachatez de venir hasta aquí a pesar del despliegue de las fuerzas armadas. Pero ¿qué demonios quieren?

–Hablar con usted; quieren explicarle qué es lo que pasa de verdad con las comadronas y, de lo contrario, amenazan con entrar todas a la vez y con piedras y palos en la mano, de ser necesario.

–¡Llame ahora mismo a los guardias y que se las lleven in-me-dia-ta-men-te! No hay tiempo que perder.

–Sí, señor subdelegado de Gobierno, pero…

–Pero ¿qué? ¿¡Acaso no me he explicado con claridad!?

–Sí, señor, clarísimamente, pero…, además de las que están en el pasillo, en la calle hay otra veintena de mujeres procedentes de Norolani y también de Tennairi. Vaya, que ahí fuera se ha levantado toda una revuelta. ¿No las oye, señor?

El hombre se asomó a la ventana y reculó un paso, pálido y sudando la gota gorda.

–¡Por todos los santos! –Se quitó las gafas gruesas, como si no quisiera seguir viendo ni a Mallena ni la ventana, antes de volver a ponérselas sobre los ojos miopes–. Yo ya he estado en situaciones similares y no es algo que quiera volver a vivir… –El subdelegado de Gobierno accedió a permitir la entrada solo a algunas de las mujeres–. Pero con la condición de que vengan aquí, para velar por mi seguridad, los funcionarios más fuertes.

Y, al cabo de un rato, ante la mirada interrogativa de los guardias, dijo:

–En estos años difíciles, he ido adquiriendo mucha experiencia y sigo al pie de la letra las indicaciones, claras y precisas, de Giovanni Giolitti, a quien se le llama, no sin motivo, «el funcionario de los funcionarios». Sin duda, lo que no quiero es quedarme a solas con un par de jóvenes mal armados para plantarles cara a estas alborotadoras.

Mallena también se había puesto en pie y escuchaba sorprendida las voces, algunas de ellas conocidas, que provenían del exterior. En ese momento, la *tzia* Bustiana, la abuela del recién nacido enterrado hacía unos días bajo una pequeña cruz de madera, irrumpió en la sala y comenzó a gritar delante del funcionario, agitando en lo alto las manos:

–El doctor Onnis, con esa comadrona que no sabe ni siquiera lo que significa parir, ha condenado a mi familia al luto y a la desgracia. Y el alcalde, usted y toda la justicia, ¿qué hacen? ¿Qué hacen? Van y los defienden.

–Señora, si no modera el tono de voz, me veré en la obligación de presentar una denuncia por agresión a un funcionario público, por si fuera poco, en pleno ejercicio de sus funciones.

La *tzia* Bustiana no dejó de hacer aspavientos, acercándose y corriendo el riesgo, con un gesto, de quitarle las gafas de la nariz al subdelegado de Gobierno. La escolta que había pedido el funcionario, cogida por sorpresa, poco pudo hacer para inmovilizar a la mujer, hasta que intervinieron las dos que la acompañaban: con esfuerzo, consiguieron devolverla al otro lado de la habitación.

Mallena observaba al subdelegado de Gobierno, que, antes de volver a tomar asiento, se alisó con dos dedos las cejas que le sobresalían sobre las lentes.

Mientras tanto, se presentaron dos *carabinieri*, los que la Dirección de Seguridad Pública había enviado como refuerzo para velar por el orden público. Su llegada caldeó aún más los ánimos de las alborotadoras, que lo interpretaron como una provocación.

Con la mirada fija en Mallena y compañía, el subdelegado de Gobierno no sabía cómo zanjar el asunto y parecía incapaz de tomar una decisión. Caminaba nervioso de aquí para allá por la estancia; entonces, sin previo aviso, como si se hubiera acordado de un detalle, dio un respingo e, impulsivamente, se sentó de nuevo, apoyando las manos en la mesa.

–Escúchenme: de ahora en adelante, ordeno que Mallena Devaddis se abstenga de prestar servicio y asistencia a las mujeres, aunque estas se presenten a su puerta y se lo supliquen de rodillas. ¿Entendido? –dijo, frunciendo el ceño de tal forma que la partera vio unirse las dos cejas del hombre.

–Mi madre me enseñó que, cuando haga falta, hay que hacer el bien sin importar cómo o en beneficio de quién. Y la mano que ayuda siempre es más útil que los labios que rezan o, sobre todo, que la boca que habla por hablar –respondió Mallena, sosteniéndole la mirada.

–… Y tenga muy en cuenta que la ley no puede habilitarla de ninguna manera para ejercer de comadrona. Por tanto, usted carece y carecerá siempre de autorización. ¿Le ha quedado claro?

Y, con una sonrisa arrogante, el subdelegado de Gobierno se cuadró de hombros.

–Usted no se moleste, que muchas de sus leyes no valen ni el papel en el que las escriben y lo que entiende usted por *zustizia* no tiene nada que ver con la de verdad; son dos cosas diferentes que no van nunca de la mano, a no ser que haya un error. Pero ¿usted qué se cree? ¿Que la ley puede obligar a los niños a nacer a base de medicinas y *manus de ferru*? Pues no: hay que saber esperar con paciencia y sin prisas e ir a prestar asistencia ahí donde sea necesario. Las mujeres lo llevamos haciendo así desde que el mundo es mundo; o sea, desde hace un montón de años y más..

El subdelegado de Gobierno se quedó estupefacto. Luego, observando la expresión severa de la *tzia* Bustiana y oyendo con claridad el bullicio de la protesta de la calle, pareció a punto de volver a quitarse las gafas.

–¡Ya está bien, hemos terminado! No se puede atentar de esta manera contra el orden público –gritó, cuando reparó en que más mujeres habían conseguido entrar en la estancia, a pesar del bloqueo de los jóvenes militares, visiblemente incómodos ante aquellas alborotadoras que podrían ser sus madres o sus abuelas.

–¡Aquí no hemos terminado nada! Ustedes han decidido *tottu cosa*, pero si los pobres prueban a llamar al doctor Onnis cuando lo necesitan, aunque él esté obligado a tratarlos de forma gratuita, si no le pueden pagar en el momento, no lo ven ni *a binóculu*. Y, si viene, viene cuando ya es demasiado tarde. Ustedes están poniendo patas arriba todo el mundo que conocemos nosotras… y, si pueden, pretenden arrancarnos del alma todo lo que conocemos, todo lo que sabemos desde siempre. Como se hace con la hojarasca delante de la puerta –dijo Mallena, bajo la mirada ansiosa de las mujeres, que, de golpe, guardaban silencio.

–Dios santo, nunca había visto a una mujer tan impertinente y, para más inri, terca como un burro.

–¡Con los burros no se meta, que son mucho mejores que algunos energúmenos que yo me sé! A ver cómo sale usted de esta.

A Mallena se le había puesto la cara roja y las venas del cuello parecían a punto de estallarle. Pero no apartaba la mirada del

subdelegado de Gobierno, que, sudando la gota gorda, parecía soldado a la silla.

–Vale… Ya está bien –balbuceó él, cogiendo por sorpresa a Mallena y las demás–. No puedo perder más tiempo con ustedes porque tengo cosas más importantes que hacer –dijo, levantándose de golpe.

–¿Y eso qué quiere decir? ¿Qué debo hacer yo? –inquirió ella, sin dejar de mirarlo desafiante.

Las demás mujeres presentes en la estancia seguían guardando silencio; las que se habían quedado fuera, en la calle, estaban armando un alboroto y exigían justicia por el niño difunto y por Mallena.

–Usted debe quedarse en su casa y meterse en sus asuntos.

–Qué fácil es para usted: ¿me puede explicar cómo se va a parir en estos pueblos sin la ayuda de una partera? Hasta la comadrona que han contratado para dar servicio a las mujeres se marcha *disisperata*.

–¿Se marcha? Pero ¿de qué habla?

–Hablo de que el alcalde y todos sus compinches la han hecho venir desde *el corno della forca* sin siquiera tener dinero para pagarle porque se lo han gastado todo en otro lado. Debería caérsele a todos la cara de vergüenza.

–Bueno, entonces… –El subdelegado de Gobierno sentía fijas en él las miradas de todos los presentes–. Teniendo en cuenta que la señorita Angelica Ferrari se marcha, si de verdad… –Y se interrumpió, consciente de lo mucho que estaba titubeando–. Si de verdad quieren a esta mujer sin estudios, pues, hala, ¿saben lo que les digo? Quédensela, y todos tan contentos. Pero que no vuelva a oír hablar nunca…, y repito, nunca, de ninguna de ustedes ni de parteras ni de comadronas. ¡Que nunca vuelva a oír el nombre de Mallena Devaddis! –gritó, dirigiéndose a la *tzia* Bustiana y a las demás mujeres presentes en la sala y evitando la mirada terca de Mallena.

Todas se miraron, como preguntándose si de verdad habían ganado.

–¿Me han entendido o no? Salgan y no me vuelvan a molestar con este asunto –dijo el subdelegado, haciéndoles un gesto a los dos militares para que las escoltaran a todas hasta la salida.

Los dos obedecieron, atónitos.

En cuanto estuvieron a solas, el subdelegado de Gobierno y sus hombres se quedaron mirando por la ventana.

–Nunca habían entrado tantas mujeres en esta sede –comentó uno de los funcionarios, observando el numeroso grupo que seguía gritando en la calle.

Una vez obtenida la victoria, y a medida que la noticia corría de boca en boca, las voces de la protesta se calmaron y estalló un grito de júbilo. En la calle, ahora las mujeres se aferraban de las manos y se abrazaban, hablando y riéndose como si fuera un día de fiesta, con la excepción de la *tzia* Bustiana, que, cabizbaja, tal vez no sabía qué pensar.

Cuando Mallena salió aturdida del edificio, la recibieron gritos que se oyeron hasta dentro de las casas. Ella esbozó una sonrisa y se unió a las demás. Sí, por una vez, sentía que había ganado, aunque todavía no tenía del todo claro en qué consistía aquella victoria: podía continuar prestando asistencia a las mujeres de la zona, pero esto no mejoraría su vida en el día a día. El subdelegado de Gobierno no la había propuesto para una sanción, pero la alegría que la embargaba no dejaba de ser agridulce. Confundida, se limitó a decir:

–Gracias.

–Temí que me acabaría sucediendo lo que a Buggerru en el año 1913: después de que cuatro mujeres murieran en una mina, a causa de un desprendimiento, las demás organizaron una protesta tal que todavía se me hiela la sangre solo de pensarlo. Eran más peligrosas que los hombres –le dijo el subdelegado de Gobierno a su asistente, mientras se bebía dos vasitos de aguardiente seguidos, que se había servido de una botella que guardaba en un cajón.

–Si es que son capaces de ponernos las cosas muy difíciles… –añadió uno de los hombres uniformados, mientras, desde la ventana de la habitación, seguía con la mirada a las mujeres exultantes.

–Por no hablar de las protestas de hace dos años, cuando nos salieron canas a más de uno por los desórdenes públicos que instigaron mujeres como esas de ahí en toda la isla, y todo por la subida del precio del pan –continuó el subdelegado de Gobierno, con la garganta todavía seca, mientras con las manos sudadas se servía otro vasito.

Capítulo 38

Cuando llegó el momento de abandonar Bosa para regresar a sus casas, una docena de mujeres encontró sitio en las tres calesas en las que habían venido, dos puestas a disposición por parte de la señora Annetta y otra por parte de la esposa del carretero de Tennairi. Las demás volvieron a pie, haciéndose compañía. El sol se hacía un hueco entre las nubes claras, que parecían elevarse hacia el fondo azul del cielo para embriagarse de luz.

Cuál fue la sorpresa de Mallena cuando, en una de las calesas, sin haberse dado cuenta hasta entonces, reconoció a la *tzia* Nonnora, sentada con el brazo apoyado en el borde del vehículo para no perder el equilibrio con los baches del camino. Su rostro, como una piedra antigua, decía más que cualquier palabra o gesto imaginable; las dos mujeres se miraron en silencio, antes de que la calesa en la que viajaba la anciana se alejara.

Mallena caminaba con el grupo de mujeres que iba a pie charlando en voz alta, pero, llegado cierto momento, se separó de las demás y se aproximó al borde de la calle que serpenteaba hacia los robledales. Desde donde estaba, se entretuvo observando la alfombra de hojas que habían caído de las copas irregulares de los árboles y que ahora cubrían la tierra. Se sintió como ellas: atravesadas por numerosas tonalidades de colores, se empeñaban en permanecer intactas, a pesar de estar destinadas a marchitarse y disolverse, a pesar de estar sujetas a una metamorfosis continua de la que nada se libra, ni siquiera los seres humanos, ni siquiera los sentimientos con los que cargan en su interior.

De repente, una presencia que comenzó a tomar forma detrás de ella interrumpió el hilo de sus pensamientos y, sin previo aviso, una mano se posó en su hombro. Como siempre, el miedo arcano que le suscitaba aquel hombre de su pasado la obligó a contener la respiración; sentía que el aire cargado era irrespirable.

Entonces, se dio la vuelta y aferró en silencio las manos de la persona que tenía frente a ella.

–¿Tú también has venido? –preguntó, recobrando la respiración–. Disculpa, ensimismada como estaba en mis pensamientos, no te había visto.

–Sí, aunque me quedé en un segundo plano, yo también estaba ahí, en la calle; era un asunto importante para mí y para todas nosotras. Nos han arrebatado para siempre a nuestros maridos y nos han quitado el pan de la boca, pero no pueden pisotearnos de esta manera –respondió Mimina, abrazándola.

–Hemos tenido tantos disgustos…, pero tienes razón: unidas parece que podemos afrontarlos mejor –continuó Mallena, esbozando una media sonrisa.

Estrechándose en aquel abrazo, a las dos se les humedecieron los ojos.

Mallena metió una mano en el bolsillo de la falda y sacó dos de las pequeñas manzanas rojas y perfumadas que le había dado el viejo al que había encontrado en la entrada de Bosa y le ofreció una a Mimina.

–Ten, es de esas crujientes y un poco ácidas, pero dulces.

La amiga la aceptó y comieron juntas a pequeños mordiscos, mirando hacia el lado del camino por el que las colinas descendían hasta el mar y los reflejos del cielo se sumergían en el agua azul. Una tierra como esta, pensó Mallena, podría ser un paraíso, si tan solo le dieran la posibilidad de vivir sin penurias.

Cuando llegaron a la bifurcación, después de despedirse con cariñosos abrazos, la esposa del carretero, aflojando las riendas, prosiguió con algunas de las mujeres por el camino hasta Tennairi; las otras se detuvieron y, tras esperar a las que volvían a pie, continuaron hacia Norolani, ahora todas subidas a las dos calesas y aferrándose las unas a las otras. Comentaron aquella victoria y cómo

el subdelegado de Gobierno se había tenido que rendir ante sus reclamaciones. Acuclillada a los pies de la *tzia* Nonnora, que se sentaba en el asiento trasero, Mallena seguía preguntándose si de verdad había salido ganando en algo. Antes incluso de cruzar el umbral de su casa, el olor a muerte, punzante como era, se le metió en la nariz.

Mallena encontró a Jubanne en la cocina, tirado en el suelo y presa de oleadas de dolor. El estuche de la jeringa estaba volcado a los pies de la mesa.

–Me levanté para intentar ponerme la inyección yo solo, pero me caí. ¿Dónde estabas? *Morinde seo*… –dijo, suplicante, entre un grito lacerante y otro.

–Ahora mismo te la pongo, ten un poco de paciencia –respondió, apresurándose.

Le dolían los pies, al igual que la cicatriz, que, durante todo el viaje de regreso desde Bosa, le había tirado del cuello y de los hombros. Se percató de que los lamentos y la desesperación de Jubanne se estaban volviendo más intensos y le martilleaban la cabeza.

Le sobrevenía una sensación de agotamiento tal que lo único que quería era tumbarse, aunque fuera en el suelo o en la estera junto a la chimenea apagada, pero recogió la caja de hojalata y constató con alivio que la jeringa de cristal no se había roto. Después de hervirla, cuando procedió a poner la inyección, se dio cuenta de que a Jubanne le ardía todo el cuerpo. Lo sostuvo y lo acompañó hasta la cama, sobre la que se desplomó su marido.

Jubanne le aferró el brazo, interrogándola con los ojos. Mallena esbozó una sonrisa para infundirle ánimo y se quedó viendo cómo se estremecía hasta que los temblores cesaron.

Sentada al lado de la cama, con la cabeza entre las manos, se abstuvo de echar un vistazo a la pierna del marido, pues sabía que empeoraba día a día: la mancha oscura del muñón, a pesar del tratamiento, se había extendido hasta el abdomen, donde la piel había pasado de un color rojizo a una tonalidad entre negruzca y verdosa.

Se le antojaba todo absurdo y contradictorio. Los medicamentos no habían surtido efecto. Del mismo modo, era absurdo lo que había sucedido en el despacho del subdelegado de Gobierno: hasta hacía poco, había pesado sobre ella la prohibición tajante de ejercer su función, vigilada por los dos jóvenes del cuartel de los *carabinieri*. Luego, en cuanto se enteró de la partida de la obstetra oficial, el funcionario le había dado vía libre para que retomara su actividad, con la condición de que no reclamara derecho alguno o, más bien, de que se volviese… invisible.

–*Mamaj*, ayer por la noche estaba usted cansada y no pudimos hablar de la novena de Navidad, pero tendría que haber venido a la iglesia: había más gente de lo normal, estaban incluso esos dos viejos que se pasan los días sentados en la plaza de aquí debajo. Y el *prejde* Nieddu dijo que, aunque estemos en guerra, la Navidad no deja de ser la fiesta más sagrada de todas.

Tras volver de la escuela, Rosa le habló de ese evento que había hecho más llevadero ese invierno inclemente y ventoso, diferente a los de los años anteriores, más apacibles.

–Sí, también cantaron *Celesti tesoro* –añadió Daniele.

–Y ¿a que no sabe quién más vino? –le preguntó Rosa, colocándose delante de la madre–. Hasta estaba Nina. No salía de casa desde la muerte de su pobre *babaj*.

Sonreía y, entusiasmada como estaba por haber visto a su amiga, parecía olvidarse de aquel olor que impregnaba la casa y que tanto recordaba a la muerte, a la soledad y a la oscuridad.

Mallena, sin embargo, se hallaba en un lugar muy lejano, sumida como estaba en sus pensamientos, esforzándose por deshacer el nudo que sentía en la garganta cada vez que iba a echarle un vistazo a Jubanne.

Aquella tarde, cuando llegó la *tzia* Zizza, en la cocina se encontró con el fuego todavía apagado y vio que la nuera se movía arrastrando las zapatillas, privada de toda energía vital.

–¿Sabéis lo que vamos a hacer? –les dijo a sus nietos–. Vosotros dos vais a pasar una temporada en mi casa y todas las tardes, al salir de la misa de la novena, vendremos por aquí para saludar a vuestra *mamaj* y a vuestro *babaj*.

–Qué bien, iremos con *jaja*. ¡Qué bien! –celebró Daniele, brincando en torno a la mesa.

–Tú, Mallena, ¿qué dices? ¿Te parece bien? –le preguntó la *tzia* Zizza, acercándose a la nuera. Ella no respondió: un mero gesto de asentimiento, cabizbaja–. Bien, poneos ropa de abrigo para la noche y nos vamos, que el abuelo ya habrá vuelto de los campos y nos estará esperando –añadió, aplaudiendo para apremiarles a que se dieran prisa.

Después de pasar a saludar a Jubanne, que, bajo los efectos de la morfina, seguía descansando, se llevó a los nietos. Estos, mientras tanto, habían metido algunas prendas y algunos libros de la escuela en una bolsa de tela. En la puerta, Rosa se volvió para observar a la madre y pareció vacilar unos instantes, pero, entonces, siguió al hermano al aire frío del invierno, y Mallena escuchó el ruido de sus pasos sobre los adoquines, alejándose en dirección a la casa de los abuelos. Sola en la cocina, se apoderó de ella un nuevo silencio, que no inspiraba ni serenidad ni consuelo, sino tan solo pavor.

De rodillas delante de la chimenea apagada, trajinando, trató en vano de hacer fuego, sin darse cuenta de que no había limpiado las cenizas del día anterior. Cada vez que soplaba sobre la pequeña llama que se había formado entre los leños, se levantaba una nube de humo y ceniza.

Estuvo más tiempo del acostumbrado para llevar a término aquella tarea. El fuego acababa de avivarse, con mucho esfuerzo, cuando oyó que llamaban a la puerta.

La criada de la señora Annetta estaba en el umbral, cohibida. Mallena ni siquiera la invitó a pasar: el pañuelo doblado que sostenía contra la nariz, mejor que cualquier palabra que pudiera decir, le dejaba claro que no quería adentrarse en aquella casa.

–Mi señora dice que te acerques a su casa en cuanto puedas. Hay alguien que quiere hablar contigo urgentemente.

Todavía jadeando por haber subido la cuesta y sin esperar siquiera a recobrar el aliento, la criada emprendió de nuevo el camino cuesta abajo.

Mallena ni siquiera le había preguntado quién era la persona que la buscaba. Aturdida, sentía que flotaba, pero como las hojas que se posaban sobre agua turbia: con miedo a hundirse de un momento a otro en ese mundo frágil que se cernía por debajo. Tras reflexionar sobre aquel mensaje escueto, no le pareció posible que pudiera tratarse del hombre de su pasado. ¿Por qué iría alguien como él a la casa del abogado Salaris? Era la clase de hombre que prefería esconderse detrás de una albarrada, oculto en la oscuridad.

Mallena se asomó al dormitorio y, al ver que su marido seguía adormecido, todavía acunado en brazos de la fuerte dosis de morfina, decidió aprovechar la coyuntura para salir.

Al cabo de unos minutos, mientras daban las cinco y el sol se hundía en el mar, se encontró aferrando con los dedos contraídos de la mano el frío metal de la aldaba. Era incapaz de desembarazarse de la tensión que la invadía.

Cuando al fin se decidió a llamar a la puerta, la señora Annetta, insólitamente, le abrió acompañada del marido. Sin darle ninguna explicación, los dos la invitaron a acomodarse y ella volvió a sentarse en uno de los sillones del despacho del abogado Salaris.

Un hombre alto estaba enfrente de ella. Tenía un porte elegante y vestía ropa buena; por debajo de la chaqueta, Mallena reparó en el chaleco de terciopelo negro y en los botones relucientes abrochados sobre una camisa blanca de cuello bajo y sin solapas. Desconocía por qué motivo una persona como él la habría mandado llamar con tanta urgencia y la idea de que aquella visita pudiera estar relacionada con aquel hombre de su pasado le provocó, por un instante, una sensación de vértigo.

–Buenas tardes, Mallena –dijo el desconocido, acercándose y tendiéndole la mano.

Ella se fijó en los dedos largos y las uñas cortas y cuidadas.

–¿¡Quién es usted!? –preguntó, antes de tenderle la mano.

–He venido para darte las gracias por lo que has hecho por mí –respondió, sonriendo incluso con los ojos y dejando a la vista unos

dientes blancos.

–¿Está aquí por mí? Me parece que no nos conocemos… ¿No vendrá de parte del Ministerio de Guerra por la pensión de mi marido, Jubanne? –preguntó, estudiando aquel rostro que le dedicaba una sonrisa abierta.

Aunque el hombre hablaba con cierta confidencialidad que resultaba extraña, el tono de su voz transmitía serenidad y su comportamiento era cortés.

–No. Soy un amigo tuyo. No me entretendré mucho, he venido con una persona que me está esperando en la salida de Norolani. Me he acercado hasta aquí a propósito por ti; quería verte para saludarte y, sobre todo, para saldar mi deuda por lo que has hecho por mí.

–No lo entiendo.

El desconocido, sin dejar de sonreír, se dio unos golpecitos en la pierna.

Ante aquel gesto, Mallena lo comprendió y, mirándolo mejor a la cara, lo reconoció, pero tan solo por su dentadura reluciente.

–¿Es usted… el hombre del bosque? –preguntó, enarcando las cejas y abriendo los ojos como platos.

–Así es. Cuando me pusiste en la pierna esa pala de chumbera hirviendo y se abrió ese bulto enorme, pensé que me moriría en el bosque, como un animal. –Cambió de expresión al revivir aquel recuerdo–. Luego, seguí tus indicaciones y comprendí que con tus consejos me habías salvado de una muerte segura.

Mallena lo miraba atónita: el hombre que tenía delante no tenía nada que ver con el individuo doliente y descuidado con el que se había encontrado hacía tiempo en el bosque.

–Jamás le habría reconocido… –dijo, con la mirada fija en la pierna y pensando en el momento en el que se lo encontró con la barba y el pelo largos, desaliñados, y aquel hedor insoportable que le había revuelto el estómago.

–Me he curado casi del todo. Gracias a la mediación del abogado Salaris, estoy aquí para darte las gracias y para saldar la deuda que siento que tengo contigo, pero tengo prisa, me esperan y no puedo demorarme mucho.

El hombre del bosque se acercó y colocó en las manos de Mallena un pequeño envoltorio de tela. Ella, en un primer momento, permaneció inmóvil; acto seguido, lo abrió con cautela y vio que contenía dinero: un rollo de billetes de diez liras, atado con un hilo. Lo cogió con los dedos en pinza, como si sostuviera en las manos una *malerba*, una ortiga.

–¿Por qué me da todo este dinero? Yo no puedo aceptarlo.

–Te debo la vida: sin ti, no habría sobrevivido. He podido reunirme con mi familia, recuperar mi trabajo y retomar mis negocios –dijo el hombre del bosque, visiblemente conmovido.

–Lo que he hecho por usted lo haría por cualquier persona –respondió Mallena, enarcando las cejas, con la frente marcada por el cansancio.

–Dudo mucho que sin tu ayuda me hubiera salvado; llevaba mucho tiempo con fiebre y rezaba a san Pablo para que me sanara, pero nada. Entonces, la providencia quiso que me encontrara contigo en el bosque, que me salvaras de morir lejos de casa, como un perro callejero. Que Dios te lo recompense con salud y buena suerte.

Mallena trató de mover los músculos del cuello y de la espalda, que notaba rígidos.

–Pero ¿quién es usted? –le preguntó al desconocido.

Antes de responder, él hizo una pausa.

–Me llamo Cosimo, Cosimo Deiana. Aunque soy inocente, me acusaron de homicidio y, como no estaba en condiciones de demostrarlo, no me quedó otra opción que vivir en la clandestinidad. Así, tuve que dejar Mamoiada y ocultarme en estos bosques entre Norolani y Tennairi.

Mallena se sobresaltó; aquello no se lo esperaba.

–Entonces, ¿viene usted de Barbagia? Sabía, por su forma de hablar, que no era de esta zona, pero el dialecto cambia de pueblo en pueblo y no sabía que viniera usted de un lugar tan cercano a… –Y se detuvo de golpe.

La inquietaba que el lugar de procedencia de aquel hombre se encontrara a un par de horas de camino de su pueblo natal. ¿Y si lo

conocía a… él? Comprendió que aquel encuentro podría ponerla en peligro.

Pero, cuando reparó en las expresiones faciales de Cosimo Deiana, vio que le sonreía con ojos centelleantes. Después de vacilar unos instantes, se arriesgó a preguntar:

–¿Podría… ponerme al día de la *disamistade* de Orgosolo?

Él pareció sorprenderse y cerró las manos en puños. Mallena se arrepintió de haber formulado aquella pregunta.

–El juicio terminó hace unos pocos meses. Yo estaba entre los acusados, pero no me presenté en el tribunal. Otros que sí estuvieron presentes me contaron que tendría que haber ido, aunque solo fuera para escuchar a mi abogado, Ciriaco Offeddu, que pronunció un discurso que será recordado durante mucho tiempo incluso fuera de la isla –le contó el hombre del bosque, relajando las facciones.

Ante aquella breve narración, a Mallena comenzaron a sudarle las manos, pero no podía moverlas porque seguía sosteniendo el rollo de billetes.

–El discurso incluso se publicó en el diario; siempre llevo el artículo conmigo. Sigue sin parecerme cierto que sea un hombre libre, que haya recuperado mi reputación –prosiguió Cosimo Deiana, sacando del bolsillo interno de la elegante chaqueta de terciopelo una hoja doblada varias veces–. Si quieres, te lo puedo leer.

Indecisa, temiendo aquella conversación y, al mismo tiempo, ansiando saber más, respondió:

–Sí.

Él abrió con cuidado la mitad de la hoja antes de leer:

> La tragedia de Orgosolo no es fruto de la delincuencia, sino una consecuencia lógica, fatal, de una justicia nefasta. Cojan al hombre más equilibrado del mundo, rodéenlo de oprobios, oprímanle con constantes injusticias, mátenle a un hijo mientras duerme, arrojen al padre a un pozo, arresten a su anciana madre, condenen a una hija a errar cual espectro humano por los campos hasta la muerte, y perderá el equilibrio, rompiendo las cadenas con las que la educación y los estudios lo mantenían atado.

Tras haber guardado el recorte en el bolsillo, con tanto cuidado como si se tratara de una reliquia, añadió:

–Todos hemos sido absueltos, ahora somos libres y se ha restablecido la paz, acordada en Posada entre las familias en guerra.

Mientras escuchaba el discurso, Mallena sentía que se le resecaba la garganta al pensar en todas aquellas personas honradas que habían tenido que huir o que, hastiadas de tantas injusticias y abusos, se habían rebelado y habían terminado metidas en problemas; luego, pensó en los delincuentes, en los criminales como aquel hombre, a quienes aquella sentencia había permitido salirse con la suya.

El Estado, en un primer momento débil y ausente, antes de intervenir había dejado que treinta cadáveres se pudrieran en el suelo, y, cuando intervino, con mano dura e indiscriminadamente, había sido incapaz de identificar a uno solo de los responsables de aquellos crímenes. Al final, había resuelto la cuestión con una amnistía general. Tal y como habían comunicado otros artículos del periódico, en la cámara un diputado había definido todo el caso como «el naufragio de la justicia».

Mallena enderezó los hombros.

–Pero, entonces, ¿los han absuelto a todos y vuelve a reinar la paz? Me alegro por usted y por los que han sido acusados injustamente. Pero no por los culpables. –Y, al tragar saliva, sintió que tenía un nudo en la garganta–. Me pregunto si de verdad es posible hablar de paz y de justicia en estos momentos…

Ahora estaba pensando en la guerra que se libraba en el monte Zebio y que conocía a través de Jubanne: aquella guerra en la que seguía luchando su marido, y ella con él.

Cosimo Deiana reparó en la mirada vacía de ella y asintió, como si lo hubiera entendido todo.

–Ahora debes perdonarme, pero tengo que marcharme. –Se abotonó la chaqueta y se acercó a ella–. Acéptalo; sabrás darle buen uso –dijo, apretando la mano de Mallena, que seguía sosteniendo insegura el envoltorio con los billetes.

Ella notó que se ruborizaba; entonces, miró al hombre del bosque, que se estaba ajustando el chaleco antes de marcharse.

No se había dado cuenta de que la señora Annetta, un minuto antes, había sido llamada por la criada y había salido del despacho. Al volver con una expresión vacilante, se dirigió a Cosimo:

–Hay aquí un forastero que dice ser su amigo e insiste en verlo ahora mismo, pero tiene una cara…

El abogado Salaris hizo ademán de dirigirse a la entrada para ver quién era, pero, de espaldas a la esposa, el recién llegado ya había entrado, abriéndose paso sin perder más tiempo con los anfitriones.

–¡Qué falta de modales…! –masculló la señora Annetta ante la prepotencia del intruso.

–¿Qué pasa? –preguntó Cosimo, sorprendido por encontrarse delante de su extraño compañero de viaje; provenían de pueblos diferentes y, a pesar de que se habían conocido hacía poco, el otro había insistido mucho, poniendo vagos pretextos, para acompañarlo hasta Norolani.

Mallena, en cambio, nada más verlo, se puso en pie con brusquedad y soltó un grito que los sobresaltó a todos.

Ante aquel alarido, la criada irrumpió precipitadamente en la sala para ayudar a sus señores.

–Pero ¿qué haces aquí? Habíamos acordado que me esperarías en la fuente que está a la salida del pueblo –bramó el hombre del bosque, contrariado por aquella intrusión que le estaba dejando en evidencia delante de Mallena y de los señores de la casa. Incluso habían comenzado a sudarle las palmas de las manos–. ¿Cómo te atreves a presentarte sin haber sido invitado, aquí, en la casa del abogado, que tanto se ha esforzado por ayudarme a facilitar este encuentro y que muy cortésmente ha puesto su despacho a mi disposición? No tendrías que haber entrado en esta casa sin permiso.

El intruso no parecía escucharlo. Su mirada estaba fija en Mallena.

–Este de aquí no tenía ni idea –dijo con una sonrisa socarrona, dirigiéndose únicamente a ella y limitándose a señalar con el dedo al hombre del bosque–. Pero, cuando lo oí hablar de una mujer con una cicatriz en el cuello que le había salvado la vida, comprendí enseguida que tenías que ser tú a quien venía a dar las gracias.

Todos se miraron, desconcertados.

Mallena parecía buscar a su alrededor una vía de escape.

–Tú, miserable… ¿No te llega con todo lo que me has arruinado ya la vida? ¿¡Qué quieres de mí, después de tantos años!?

Una presión insoportable parecía paralizarle la sangre en las venas. Las pesadillas de todos aquellos años parecían haberse solidificado y le obstruían la garganta.

El hombre vestía la típica faldita de color negro sobre unos pantalones blancos ajustados en las piernas y unas polainas de cuero atadas a los lados con cordones. El pecho, muy levantado, oculto bajo el abrigo de pesada tela oscura, y la cabeza echada hacia atrás con la *berrita*, que le caía por un lado, le conferían un aspecto extraño y, al mismo tiempo, siniestro.

A Mallena le pareció más viejo que los cincuenta años que tenía: la cara arrugada, las cejas unidas, los labios apretados; pero en la mirada, en la abertura relampagueante de los párpados, brillaba la misma luz malévola de siempre.

–¿Que qué quiero? ¡Te quiero a ti! Me has dejado sin honor –respondió él, abriendo mucho los ojos delirantes y avanzando hacia ella.

La presión insoportable le había llegado a los pulmones y parecía impedirle respirar. Por un instante, tuvo la certeza de que todo en su cuerpo se había paralizado. Hacía dieciséis años que se guardaba las espaldas, que se desplazaba con cautela, que llevaba siempre encima la *leppa*, engañándose con que con eso sería suficiente para defenderse. Hacía dieciséis años que él protagonizaba sus pesadillas. Sintió que tenía que plantarle cara.

–¿De qué honor hablas? Tú, canalla, que vivías de correrías y de saqueos, de abusos, de amenazas y a saber de qué más, y no sentías respeto por nadie…

Mientras gritaba, se fijó en la sangre que, como una telaraña, se extendía por las pupilas del hombre. Ella jamás había sido capaz de liberarse de aquella mirada maléfica, de aquellos ojos de animal depredador, rebosantes de rencor, que parecían tener la capacidad de mirar en su interior y se complacían al ver su temor.

–Te has escondido muy bien, pero yo nunca he dudado de que, tarde o temprano, te acabaría encontrando como un conejillo en su

madriguera. Adondequiera que fuera, siempre estaba a la escucha, por si oía una palabra que me pudiera conducir hasta ti –prosiguió él, sin quitarle la mirada de encima–. Durante años rondé la casa de tu padre, seguí a tus familiares, pero de ti nada, ni rastro. ¡Que Dios y los hombres te maldigan!

–Mo… moderemos el tono de la conversación y… recuperemos el ci… civismo –balbuceó el abogado Salaris, aferrando el brazo de la esposa.

Pero el hombre avanzaba en dirección a su presa. Le temblaban los hombros a causa de la rabia contenida a lo largo de los años.

En aquel cuerpo preparado para atacar, Mallena vislumbró el anhelo irrefrenable de hacer daño.

Al ver que se acercaba a Mallena, la señora Annetta se soltó de la presa del marido, que le aferraba el brazo para evitar que interviniera, y se colocó entre los dos.

–¡Fuera de mi casa, malnacido! ¡Y ni se te ocurra volver a venir por aquí!

Él la empujó hacia un lado, de tal forma que acabó chocando contra la mesita baja, donde el cuenco de las semillas de lavanda acabó volcado, desprendiendo toda su fragancia a su alrededor. Con el brazo, también esquivó al hombre del bosque, que trataba de interferir. No permitiría que nadie se interpusiera entre él y la mujer a la que pretendía poseer.

–Tú… has mancillado mi nombre más que la justicia con todas las condenas que ha dictado en mi contra a lo largo de los años. Te fugaste de noche con ese hombre desconocido que apareció de la nada…, pero ¡tú eras mía, solo mía! ¡Y sigues siendo mía! A mí me prometieron tu mano, a mí y a nadie más –continuó, trastornado.

–No eres más que un desgraciado, digno de estar entre los condenados –replicó Mallena.

Los demás presentes seguían sin entender lo que estaba sucediendo, pero, cuando vieron a aquel intruso sacar de debajo de la capa un mosquete cargado y apuntar contra Mallena, comprendieron que estaba a punto de desencadenarse una tragedia.

–¡Huye, huye! –gritó Cosimo Deiana, agarrándola de un brazo y alejándola de la trayectoria del arma, para luego colocarse

rápidamente delante del hombre.

El agresor tenía la respiración entrecortada, como un depredador concentrado de lleno en el ataque. Apretaba la mandíbula, con los dientes al descubierto: era la viva imagen de la ira.

Mallena reparó en el rostro contraído de la señora Annetta y del abogado Salaris, el cual, pálido como un enfermo crónico, seguía agarrándose al brazo de la esposa. Entonces, localizó la puerta y se abalanzó rápidamente hacia ella para escapar de la habitación. Corrió hasta salir de la casa y siguió corriendo hasta quedarse sin aliento por la cuesta, sin darse la vuelta ni siquiera cuando puso bastante tierra de por medio.

El sol ya se había puesto e, instintivamente, pensó que el bosque sería el lugar más seguro para huir de aquel hombre furioso y se encaminó hacia los árboles.

Permaneció ahí, acuclillada debajo de un roble, a solas, inmóvil y jadeante, afinando el oído, atenta a todo sonido que no fuera el del viento entre el ramaje. Sentía que el corazón le latía con violencia en el pecho, en la cabeza y en el estómago. Entonces, cayó de verdad en la cuenta de que aquel hombre de su pasado la había encontrado y la sola idea la dejó devastada. Temía por lo que podría sucederles no solo a ella, sino también a Jubanne y a los hijos.

Durante un tiempo que no supo cuantificar, el temor que le sacudía el cuerpo parecía no tener ni comienzo ni fin; tenía la sensación de que surgía de la tierra, de las raíces del roble, y permaneció acuclillada donde estaba.

Le parecía vislumbrar la sombra de una persona entre las vagas siluetas dibujadas por el viento que le hacían enloquecer el corazón. Se esforzaba en pensar que no era más que producto de su imaginación, pero hasta el más mínimo sonido parecía amplificarse: la fronda de los árboles que temblaba en el viento, una rama que crujía, el susurro de las hojas caídas sobre el suelo; en cada sonido advertía la amenaza de un asalto inminente.

Con la oreja puesta y vigilando cada movimiento a su alrededor, sintió que el aire se volvía más denso, casi irrespirable, y que el tiempo se dilataba implacable hasta destrozarla.

Cuando oyó el estallido, en la lejanía, de dos disparos seguidos, sus pensamientos se centraron rápidamente en Jubanne, indefenso, y en Rosa y en Daniele. El temblor y el aturdimiento se disiparon. Se obligó a sí misma a intervenir.

Se puso en pie y, levantándose la falda con una mano, comenzó a correr.

La luz de la gran luna blanca iluminaba su carrera entre los árboles y los arbustos de lentisco y de mirto, que, a su paso, desprendían la fragancia de sus hojas. Tan solo el follaje irregular de los alcornoques y de los robles se mecía ligeramente; el resto del bosque, por arriba y por debajo, parecía inmóvil, sumido en un repentino silencio, enmudecido ante el estruendo de aquellos disparos.

Cuando llegó a su casa, ya era noche cerrada. Saltó el muro trasero del jardín furtivamente y se encerró dentro, atrancando las dos puertas, la de detrás y la delantera. A tientas, buscó la lámpara y, acercándose a la chimenea, sopló hasta descubrir las pocas brasas que quedaban debajo de las cenizas. Así siguió hasta que se elevó una pequeña llama, con la que encendió la lámpara de aceite. Cerró, asimismo, los postigos de la ventanita de la estancia, miró a su alrededor en la habitación desierta y advirtió el abismo palpable que se abría ante ella.

Echó un vistazo al dormitorio de Rosa y Daniele, temiendo que, por algún motivo, hubieran vuelto a casa. No estaban. Le estaba agradecida a su suegra por haber tomado la decisión de llevárselos, decisión que ella había sido incapaz de tomar.

Antes de entrar en su dormitorio, se quitó los zapatos para no hacer ruido y, sobre todo, para notar en las plantas de los pies la frialdad del suelo de tierra y restablecer, con aquel contacto vital, el orden natural de las cosas.

Se encontró a Jubanne bajo los efectos de la morfina; se acercó para cerciorarse de que seguía con vida, al tiempo que la invadía el alivio porque aquellos disparos no hubieran sido para él. Le dio un

leve beso en la frente y se dejó llevar por el llanto, silencioso y, a la vez, desesperado.

Capítulo 39

Tendida en la cama con los pies descalzos, sin haberse quitado siquiera la ropa y aferrando la *leppa* abierta con una mano, Mallena se pegaba a Jubanne, a la escucha de cualquier sonido que proviniera del exterior. Un par de veces, en el transcurso de la noche, le pareció oír unos pasos pesados procedentes del exterior y el más mínimo ruido la sobresaltaba, preparada como estaba para defenderse. Pero no era más que el susurro del viento que su mente distorsionaba al borde del sueño.

Cuando las campanas dieron las cuatro, se sentía tan agotada que era incapaz de moverse. La angustia la obligaba a mantener los ojos bien abiertos, pero el cansancio la sumía en un estado de languidez y, así, con la cabeza dándole vueltas, siguió pugnando entre la vigilia y el sueño: las pesadillas parecían más reales que nunca.

Revivió el día en el que, con poco más de veinte años, recibió por parte de su padre la noticia de que había llegado el momento de cumplir la promesa que le había hecho a aquel hombre: que se casaría con su hija. Aquel día, a su padre se le había ensombrecido el rostro y evitaba mirarla a los ojos. Una soledad atroz se había apoderado de Mallena.

Recordó cuando aquel hombre, ansiando desde hacía tiempo que llegara la boda y negándose a seguir esperando a que ella fijase la fecha, se presentó sin previo aviso en la casa de su padre, que aquella noche estaba ausente: se había quedado en el redil para vigilar al rebaño. Trepó el muro que separaba el patio del de los vecinos y la sorprendió a solas en la cocina.

Como si estuviera ahí presente, Mallena veía una vez más la tenue luz de las velas colocadas en la repisa de la chimenea en la casa de su padre, que, temblando, dejaban entrever el vago contorno de aquella figura, inmóvil en la puerta.

Todavía recordaba con claridad el tirón con el que, aquella noche ahora ya tan remota, él la arrojó contra la pared de la estancia. Buscando desesperada una vía de escape, se escondió en el patio apresuradamente, donde contuvo la respiración y permaneció inmóvil detrás de los arbustos. Él la encontró enseguida y, agarrándola del cabello, la empujó con rabia contra el muro. Una de las piedras se le clavó en las costillas y soltó un grito sordo que ninguno de los vecinos pareció oír.

Cuando él le colocó una rodilla entre las piernas para abrirse paso, sintió un dolor inimaginable que aún hoy, cuando ya no era más que un recuerdo, la obligaba a tragar saliva.

Agitada en el duermevela, Mallena se aferró al brazo de Jubanne, pero volvieron a acecharla los ojos incendiados en llamas de aquel hombre en la noche, cuando ella vislumbró en sus facciones la furia propia de una persona incapaz de alcanzar la paz, de una persona consumida por el deseo de dominar todo su ser, empezando por su cuerpo. Sintió de nuevo contra su piel su respiración jadeante, la agresividad con la que la había penetrado, ensañándose hasta que estuvo satisfecho.

Le pareció revivir cada instante de aquella noche. Él se marchó sin dirigirle ni una sola palabra, dejándola ahí, incapaz de decidir si era más fuerte el horror o el dolor. En aquella noche sin luna, no tuvo ni siquiera el consuelo del tenue resplandor del astro para infundirle ánimos.

Durante aquellas horas inciertas, Mallena revivió mucho más. Se había abierto una grieta en su memoria y de esa fisura emergían los recuerdos de una vida salpicada de dolor, de desilusión, de injurias, de injusticias.

Pensó en su madre, Rosa, febril, a la que habían dejado morir sin prestarle auxilio, entre espasmos. Pensó en su padre, la cara dura y, a la vez, débil, el modo en el que evitaba mirarla, como si tan solo quisiera deshacerse de ella. Y, entonces, pensó en aquel hombre de

nuevo, que pasados unos días de aquella noche de violencia, se presentó en la casa de su padre como si nada hubiera sucedido y los apremió para que se celebrase la boda.

Revivió sus años de duro trabajo, nunca remunerado por parte de los alcaldes de la zona, los cuales, aun así, exigían y daban por sentados sus servicios. Revivió la humillación que suponía el tener que suplicar miles de veces que le dieran un salario, como si fuera una limosna que jamás le concederían. Por último, revivió el día en el que Jubanne partió para la guerra y ella lo vio marcharse, ingenua, sin darse cuenta de que estaba dejando a su marido en manos de una patria incomprensible, como incomprensible era aquella guerra letal. Aquel día, no fue consciente de que estaba viendo a Jubanne por última vez, de que, en su lugar, volvería un hombre diferente, devastado no solo en el cuerpo.

La oscuridad comenzaba a desmoronarse cuando, en la habitación, se deslizó un haz de luz por una rendija de la ventana. Mallena le tocó el brazo a Jubanne, como para cerciorarse de que se encontraba ahí, y, entonces, se levantó con sigilo y se puso la ropa de andar por casa. Le habría gustado abrir los postigos e incluso las ventanas, para que entrara un poco de aire limpio, pero la idea de que aquel hombre pudiera seguir ahí fuera la hizo desistir. Mientras volvía a guardar la ropa usada, dentro del bolsillo de la falda encontró el rollo de billetes de diez liras.

Al ver todo ese dinero, le dio miedo incluso tenerlo en la mano y miró a su alrededor: se dirigió al aparador, levantó la pesada tapa y lo escondió entre el saco de la cebada y los recipientes de madera donde guardaba las legumbres secas.

¿Qué había sucedido la tarde anterior en el despacho del abogado Salaris? ¿A quién iban dirigidos aquellos disparos de mosquete? ¿Acaso al hombre de su pasado? ¿Cosimo Deiana había salido herido o había fallecido? Sintió que su mente flaqueaba bajo el peso de la incertidumbre.

Los campesinos que, con el zurrón al hombro y la azada debajo del brazo, se dirigían al campo al rayar el alba vieron a la señora

Annetta, acompañada del marido, salir del cuartel de los *carabinieri*.

Las fuertes emociones que había vivido la pareja la tarde anterior, junto con la ráfaga de preguntas formuladas por el comandante Matteo Lorandi, que debía redactar el informe del interrogatorio de los testigos del tiroteo, los habían dejado agotados a los dos. El abogado Emanuele Salaris, pálido y sudoroso, durante la declaración había balbuceado sin cesar, hasta el punto de que la señora Annetta, en más de una ocasión, había intervenido para completar las frases, antes de que el marido, cada vez más incómodo, metiera la pata y dijera cualquier disparate.

Tzia Zizza le había prometido a Mallena que la ayudaría a lavar y a cambiar a Jubanne mientras los nietos estaban en la escuela, pero, cuando se presentó a la puerta por la mañana, se la encontró cerrada. Tuvo que dar unos golpecitos a la aldaba, y, ya que la nuera seguía sin abrirle, se puso a llamarla en voz alta. Solo entonces, Mallena se asomó a la puerta; en cuanto la suegra entró, ella echó un vistazo a la calle y, acto seguido, cerró la puerta con el pestillo y el gancho.

–¿Qué pasa? ¿Por qué no abres las puertas y las ventanas? ¿Es que no sabes que este aire enfermizo te entra en los pulmones y se te pega a la piel? Esto no es bueno para ninguno de los dos –dijo la *tzia* Zizza con tono severo nada más poner un pie dentro de la casa.

En el dormitorio, Jubanne había comenzado a gritar del dolor y de la angustia que para él suponía vivir. Se calmó después de la inyección y, solo entonces, Mallena y su suegra se dispusieron a lavarlo.

–Anoche soñé que estábamos atrapados en mitad del barro y yo, al tratar de liberarme, perdía las botas –les dijo a las dos mujeres, que lo enjabonaban con unos paños humedecidos.

–No lo pienses más, que solo ha sido un *sonnu malu* –le dijo la esposa, tratando de tranquilizarlo.

–No lo entendéis, caminábamos por el fango. Conmigo estaba Pietro, Pietro Deriu, un joven soldado de veinte años que venía de Abbasanta. Intentábamos salir del barro levantando los brazos, pero él se resbalaba y cada vez se hundía más y más; lo veía debatirse

mientras me miraba con ojos extraviados, hasta que se acabó ahogando. De él solo pude salvar el casco.

Las dos mujeres no supieron qué responder y Jubanne tampoco añadió nada más.

Cuando vieron que su rostro se relajaba, salieron de la habitación. Mallena le preparó el desayuno y se lo sirvió, mientras *tzia* Zizza trataba a duras penas de reprimir las lágrimas aspirando por la nariz.

Mallena, al volver a la cocina y reparar en los ojos humedecidos de la suegra, le apretó el brazo. Los suyos, en cambio, estaban secos; aunque quisiera, no sería capaz de llorar. Solo se dejaba llevar por las lágrimas cuando estaba a solas, cuando la angustia se adueñaba de su cuerpo hasta cortarle la respiración. Y solo después de sollozar, cuando caía exhausta, consciente de que la tensión comenzaba a deshacerse, solo entonces, por un instante, se sentía a salvo. Con Jubanne, con los hijos y con los demás, no quería mostrarse frágil, no, delante de ellos no derramaría una sola lágrima.

–Esto va de mal en peor. Debemos ser fuertes porque ya no hay esperanza –le dijo Mallena, tratando de mantener el tono de voz sereno para no angustiar más a la *tzia* Zizza.

También le habría gustado preguntarle si se había enterado de los disparos y de lo acontecido la tarde anterior, pero se contuvo, a la espera de que fuera la suegra la que le comentara, si acaso, alguna noticia que hubiera oído por la mañana.

Esta, sin embargo, se limitó a decir:

–Me ha quedado claro que Jubanne está muy mal, pero no hay que perder nunca la esperanza, nunca, porque Jesucristo es misericordioso…

Cuando *tzia* Zizza emprendió el camino, Mimina estaba barriendo delante de su casa y, al ver a la amiga en el umbral, se acercó a ella, dejó la escoba al lado de la puerta y miró a su alrededor antes de hablar.

–Ayer por la tarde, algo pasó en la casa del abogado Salaris: se oyeron disparos y parece que ha habido un muerto, pero nadie sabe

quién es –dijo, abriendo mucho los ojos incrédulos–. Tú, que vas mucho a su casa, ¿sabes algo? ¿Te has enterado de lo que pasó?

Mallena se estremeció, pero negó con la cabeza.

–Ya ves, con Jubanne así de mal, yo… –Y se calló, reprimiendo la tentación de preguntarle nada más al respecto.

–Tienes razón, tu marido se queja y grita muchísimo; hasta yo lo oigo desde mi casa –contestó, y se arrepintió de haberla importunado.

–Volviendo a tu pregunta, no, yo no he oído nada de lo que pasó, pero ¿a ti quién te ha contado todo esto? –quiso saber, preocupada–. ¿Cómo es posible que nadie sepa quién es el muerto? –siguió urgiendo a la amiga, que, con los brazos cruzados sobre el pecho, trataba de protegerse del frío viento que soplaba.

–Me enteré en el bazar, pero no me metí en la conversación ni pregunté *nudda*.

Conociendo la timidez y la discreción de la amiga, Mallena no le hizo más preguntas.

–No te digo si quieres venir a tomar un café de cebada porque imagino que andarás muy ocupada –dijo Mimina, dando por terminada la conversación, y, recogiendo la escoba de mijo que había dejado apoyada al lado de la puerta, volvió a barrer las hojas caídas que el viento de la noche había arrastrado hasta los muros de las casas.

Mallena tenía la tentación de salir en busca de noticias, pero desistió por miedo a aventurarse fuera de su casa y a dejar a solas a Jubanne, e imaginaba que los dos jóvenes *carabinieri* no tardarían en venir a interrogarla.

Antes de atrancar la puerta, echó un vistazo a ambos lados de la calle, reparando en cada sonido, en cada sombra sin rostro pero, aun así, amenazante. Por unos instantes, posó la mirada en el mar, que estaba teñido de la misma tonalidad grisácea que las nubes, interrumpidas sobre el horizonte por una raya de cielo azul.

Aquella tarde, antes de ir a la novena, Rosa y Daniele fueron a saludar a los padres acompañados de la abuela.

–Cerrad la puerta con el gancho –les ordenó la madre en cuanto cruzaron el umbral, y ellos obedecieron, sorprendidos.

–Pero ¿por qué tenemos que *tancare* la puerta de esta manera? –inquirió Daniele.

Mallena no respondió y Rosa no insistió. Si la madre quería cerrar la casa de aquella forma, debía de haber un buen motivo.

–Por fin, solo faltan tres días para la Navidad. Cuando pase el vendedor, le compraremos unas cuantas castañas, ¿verdad, *mamaj*? –preguntó el niño, acercándose a Mallena y tirándole de la manga de la blusa.

–Daniele, pero ¿tú no sabes pensar en otra cosa que no sea la Navidad? –le regañó la hermana.

–Es que recuerdo que, antes de que *babaj*… se marchara, en el suelo, aquí –señalando con el dedo el lugar donde descansaba la cesta de la leña–, teníamos un saco de cáñamo lleno de pequeñas castañas relucientes, y que por la noche las asábamos en el fuego y nos las comíamos antes de que se enfriaran… Qué buenas estaban. Pero ahora…

La madre no dijo nada; era incapaz de quitarse de la cabeza la imagen de aquel hombre de su pasado y, pensando en los disparos de la tarde anterior, albergó la esperanza de que el fallecido fuera él. De otro modo, no sabría cómo proteger de su furia ni a su marido ni a sus hijos ni a sí misma.

Si bien sentía que la suerte de Jubanne ya estaba echada, a ella también le gustaría creer en aquella misericordia divina en la que tanto confiaba la *tzia* Zizza.

En la entrada de la iglesia iluminada por la luna, mientras todos, tras salir de la novena, comentaban en susurros los graves hechos acontecidos en la casa del abogado Salaris, Rosa buscó a Nina entre el gentío. Ardía en deseos de dar un paseo con la amiga y desahogarse con ella.

–Antes de que se fuera a la guerra, *babaj* estaba tan fuerte, sano y feliz… Ahora me da mucha pena, estoy muy preocupada y a veces pienso que… que ya nada lo podrá salvar.

–Yo, en cambio, desde que murió el mío, y sé que no está bien decirlo, ya no peleo con *mamaj* como antes; al contrario, ahora nos entendemos y… me parece un sueño –dijo Nina, cohibida.

–Desde que ha vuelto de la guerra, el mío ya no es capaz de hacer nada… Siempre está sufriendo, siempre anda de mal humor, y no para de rezar para que la muerte se lo lleve de una vez.

Rosa aferró la mano de la amiga. Nina se la apretó.

–Desde que estamos solas, aunque ahora somos aún más pobres, mi *mamaj* y yo a veces nos decimos que estamos más… más tranquilas, pero sin que nadie se entere. Solo nos lo decimos cuando estamos solas –continuó, ruborizándose al confesar aquellos sentimientos.

Rosa quería volver a hablar de los estudios, del futuro, del día en el que se enamorarían, pero había aprendido a tener precaución a la hora de abordar ciertos temas con ella y sentía que tendría que esperar un poco más para volver a intentarlo. Intuía que la amiga, en aquellos momentos, no estaba en condiciones de compartir muchos de sus pensamientos con nadie, ni siquiera con ella.

–Venga, moveos, que, si no, el abuelo volverá del campo y se encontrará la casa desierta y la chimenea aún apagada –los urgió la *tzia* Zizza desde el centro de la plaza, exhortando a los nietos a que apuraran el paso.

Por la noche, los gritos de Jubanne fueron incesantes. El dolor y los efectos de la abstinencia de la morfina no dejaban de agravarse. Dando vueltas en la cama con los ojos cerrados, Mallena se esforzaba por dormir un poco, pero era en vano. Cada grito de su marido era como un trueno que la sobresaltaba.

–Esa inyección debía de estar defectuosa; cada día me sienta peor… Mejor dicho, ya no me hace ningún efecto.

Como una costura que se descose poco a poco, Mallena se puso en pie y, con gestos lentos, le suministró el último vial que tenía en casa y aguardó a que los músculos de la cara del marido se relajaran.

No podía evitar reparar en que el abdomen de Jubanne, desde hacía unos días, se estaba hinchando cada vez más y que la piel tensa se estaba oscureciendo. Si le acariciaba con las yemas de los dedos, tal y como le había enseñado el médico de Cagliari, oía aquel sonido, como el de la nieve recién caída.

La atormentaba no haberse puesto antes en contacto con aquel doctor que, aparte de ser un hombre sabio, había demostrado paciencia y amabilidad. Incluso el tono de su voz la había hecho pensar que hablaba con un amigo.

–Me gustaría que te quedaras en casa. Cuando no estás, me siento *isperdiu*, perdido del todo –le susurró el marido, tratando de acercarla hacia sí.

–Han pasado demasiadas cosas en muy poco tiempo y todavía no las he procesado todas. Es como si tuviera el viento maestral metido dentro de la cabeza –respondió Mallena, que, sentándose en el borde de la cama, no quería transmitirle su nerviosismo. Pero no mencionó lo que había sucedido en la casa de la señora Annetta. Pensaba que sería inútil poner más peso sobre la cruz con la que ya cargaba su marido–. Jubanne…, me gustaría decirte una cosa.

–¿Qué? –preguntó él, aturdido por los efectos ya evidentes de la morfina.

–Tenemos dinero… Mucho, muchísimo, para dar y tomar. ¿Quieres verlo?

Sin esperar a que le respondiera, fue a cogerlo del aparador. Hasta entonces no se había sentido con ánimo de tocarlo y menos aún de ponerse a contarlo, pero sabía que era mucho.

–¿Quién te lo ha dado? ¿Y por qué motivo? –preguntó el marido, mirando el rollo de billetes con el ceño fruncido.

–Me lo ha dado ese hombre con el que me encontré en el bosque hace tiempo. Se llama Cosimo Deiana, es natural de Mamoiada y lo ayudé a curar un bulto casi del tamaño de un melón que tenía en la pierna –explicó Mallena.

–¿Estás segura de que… es dinero… limpio? –preguntó Jubanne; a pesar de que el dolor y la morfina le desfiguraban la cara, se podía distinguir su expresión preocupada.

–Al principio, yo no lo quería aceptar de ninguna de las maneras, pero él insistió tanto, alegando que le salvé la vida… Me lo dio en la casa de la señora Annetta, y el marido también estaba presente. Saltaba a la vista que el abogado Salaris y él ya se conocían; de lo contrario, no le habrían dejado entrar en su casa –concluyó ella, tratando de tranquilizar al marido y a sí misma.

Jubanne desenrolló los billetes de diez liras, pero no tuvo fuerzas para contarlos; se limitó a colocarlos sobre la sábana blanca.

–Cuando tuvimos que vender el terreno y parte de las ovejas para pagar al doctor de Cagliari, nos dieron billetes más pequeños; de estos, que son más grandes, nunca había visto ninguno –dijo ella, con la mirada fija en el marido.

Este tocaba los billetes casi como si no pertenecieran a su mundo, como resignándose a todo lo que le separaba de ese dinero. Pero, aun así, sonrió a su esposa.

–No le des muchas vueltas –lo tranquilizó Mallena–. Ahora podemos comprar las medicinas, sumar este dinero al tuyo y comprar más ovejas, y de buena raza. ¡De las que dan dos litros de leche al día! ¿Qué me dices? Daniele echará a *bolare* como un pajarito de lo feliz que se pondrá… –dijo, acercando la cabeza del marido a su hombro.

–Me parece bien –suspiró Jubanne, arrimándose un poco más a la esposa.

En vez del dinero, ella contemplaba a su amado: lo miraba como el primer día, cuando, en el monte Ortobene, se cruzó con la mirada de aquel joven que le dedicaba una sonrisa abierta y sincera. Le besó el cabello encrespado y le pareció notar el tacto de los rizos oscuros y rebeldes de antaño, que olían a madera y a musgo.

Permanecieron abrazados. Mallena escuchaba la respiración de Jubanne.

–Voy a la farmacia a comprarte más morfina. No hay más que hablar: llamaremos al mejor doctor del mundo, ya verás…

–Sí, pero vuelve pronto a casa, te quiero cerca, tengo… tengo miedo cuando no estás –respondió él, antes de caer en brazos del letargo.

Mallena se puso en marcha con cautela, temerosa de que el hombre de su pasado pudiera ocultarse detrás de cada sombra en los portales que veía por el rabillo del ojo. Cada crujido, cada paso, cada sonido la hacían dar un respingo y se le formaba un nudo en el estómago. Ya que tenía la sensación de que las personas con las que se cruzaba la observaban, como si supieran que estaba implicada en el tiroteo, evitaba devolverles la mirada. Quería pasar inadvertida. Volverse invisible.

Hasta hacía poco tiempo, los *carabinieri* vigilaban cada paso que daba; en aquel momento, le habría gustado que estuvieran ahí para protegerla, pero, al mismo tiempo, imaginaba que, de ser así, la interrogarían por lo que había sucedido en la casa del abogado Salaris. Cuando llegó a las inmediaciones de la farmacia, al oír que la llamaban por su nombre, se dio la vuelta de golpe.

–Gracias a Dios, por fin te encuentro. –La señora Annetta apareció jadeante por una de las callejuelas laterales, meciendo las anchas caderas–. He pasado varias veces por tu casa, pero la puerta siempre estaba atrancada.

Mallena soltó el cuchillo que, instintivamente, había aferrado con la mano dentro del bolsillo de la falda.

–Estaba preocupada por ti. Pero mi marido y yo decidimos que sería mejor no llamar mucho la atención; por eso no llamé a la puerta ni pregunté por el barrio si alguien te había visto –le dijo en voz baja, acompañándola por la calle de camino a la farmacia.

Con un nudo en la garganta, incapaz de formular todas las preguntas que se agolpaban en su interior, Mallena asintió.

La otra miró a su alrededor para asegurarse de que no hubiera oídos indiscretos.

–Quería decirte que ese criminal salió herido de gravedad por el disparo de su propio mosquete.

En un primer momento, Mallena se quedó paralizada, pero, inmediatamente después, algo comenzó a soltarse dentro de ella y reanudó la marcha, despacio.

–¿Y qué pasó después…? –preguntó con cautela.

–Llamamos al doctor Onnis, pero, justo después de que llegara, ese malnacido se quedó tieso –prosiguió la señora Annetta entre

susurros–. Ni siquiera nos ha dado el gusto de entregarlo a la justicia.

–Entonces…, ¿todo ha terminado? –preguntó Mallena, aturdida, cuestionándose si podía ser cierto que un disparo accidental al fin hubiera acabado con la vida de aquel hombre.

Ahora fue la señora Annetta la que se detuvo.

–Quisiera preguntarte tantas cosas sobre por qué te buscaba ese desgraciado … –La miró fijamente–. Pero puedes estar tranquila. Fuera quien fuera ese hombre y sea lo que sea lo que te haya hecho, ahora ya no puede hacerte daño. Ya no volverá a buscarte. El disparo del mosquete le destrozó medio hombro. Murió en un charco de sangre. –Mientras hablaba, era difícil decir si lo que prevalecía en su estado de ánimo era la turbación o la satisfacción. Y, entonces, dado que Mallena seguía en silencio, retomó la palabra–: Es verdad lo que decía mi padre: el que siembra espinas que no vaya descalzo. Vi el terror con el que lo mirabas; estoy convencida de que ha recibido su merecido y con eso me basta.

–Yo tenía tantas ganas de que él desapareciera de mi vida…, pero esta noticia no me alivia tanto como esperaba –dijo la partera, bajando la cabeza, confundida.

–Mi marido y yo, en el cuartel de los *carabinieri*, declaramos delante del comandante y de los agentes y les contamos todo lo sucedido: «Un cliente vino al domicilio de mi marido para resolver un asunto legal y un malhechor, quién sabe por qué motivo, irrumpió en nuestra casa armado con un mosquete y, farfullando no sé qué, nos amenazó con abrir fuego». –Ahora la satisfacción en la voz de la señora Annetta era más que evidente.

–¿Han… han dicho eso por mí?

–Con todo lo que te ha pasado últimamente y lo que te sigue pasando, no veíamos motivos para implicarte también en esto.

–¿Y el hombre del bosque? –preguntó Mallena, preocupada.

–Cosimo Deiana es libre y no corre ningún peligro. Tan solo estaba actuando en defensa propia para protegerse a sí mismo, y a nosotros también, de la agresión de ese malvado miserable cuando el arma se disparó en mitad del forcejeo. Le han dejado en libertad

para que se marche. Estaba preocupado por ti, pero yo le aseguré que iría a buscarte para cerciorarme de que estabas bien.

Mallena observó la calle a su alrededor. Observó las casas, el camino, el cielo sobre sus cabezas. El mundo ahora parecía estar más limpio, pero ella era incapaz de celebrarlo. Tan solo se sentía exhausta, hasta el punto de que no pudo terminar la frase:

–¿Y ahora…? –dijo con un hilo de voz.

–Ninguno de nosotros ha dicho una sola palabra de ti. No te hemos visto ni hemos mencionado tu nombre. No te preocupes, que el comandante Lorandi nos tomó declaración y se le veía más que satisfecho por haber aclarado el asunto en tan poco tiempo. Hasta nos contó que, por si fuera poco, el muerto era uno de los peores criminales de Barbagia, así que, de todos modos, dudo que fuera a morirse de viejo en su cama.

La señora Annetta le apretó las manos entre las suyas y le prometió que pronto volverían a hablar. Se marchó, dejándola sola delante de la farmacia, hasta donde habían caminado juntas.

Muchas veces había esperado Mallena este momento, la hora en la que recibiera la noticia de que la vida de aquel hombre, de una forma u otra, había llegado a su fin. Seguía negándose a pronunciar su nombre incluso para sus adentros, por miedo a que con eso bastara para invocarlo irremediablemente. Pero, ahora que el momento había llegado, lo único que sentía era el cansancio acumulado durante aquellos dieciséis años que había pasado escondiéndose y la certeza de que su recuerdo seguiría vivo dentro de ella, como una presencia ineludible, durante mucho tiempo, quizá para siempre. Notó que el cuchillo le pesaba en el bolsillo de la falda.

Al entrar en la farmacia, antes de cerrar la puerta, echó un vistazo a la calle a derecha y a izquierda. Su mente había procesado la noticia de su muerte, pero su cuerpo parecía que todavía no se lo creía; el pavor seguía anclado a su estómago y alteraba, en contra de su voluntad, el ritmo de su respiración.

–Buenos días, señora Mallena, me alegro de tenerla por aquí.

Después de la conversación que acababa de tener con la señora Annetta, necesitó unos instantes para aparentar normalidad en la voz:

–Buenos días, quisiera comprar más viales de morfina… Todos… todos los que tenga.

–Hoy parece que tiene prisa, pero ¡tendrá que quedarse un poco más! –dijo el farmacéutico con una sonrisa.

Reparó en que el joven, que siempre era muy cortés, se comportaba con especial afabilidad mientras se acercaba a la estantería situada detrás del mostrador de madera. Lo vio coger unos tubos cuyos nombres no sabía leer, pero que le llamaron la atención porque, en la etiqueta, había un dibujo impreso de una de esas flores de azucena que tan bien conocía y con las que preparaba, al igual que su madre, Rosa, antes que ella, emplastos para quemaduras y llagas.

–Esto es lo que quería enseñarle. –Colocó delante de ella varios paquetes–. Con las indicaciones que me dio hace un tiempo, ya ve, se me ha ocurrido crear esta pomada. Acaba de salir al mercado, pero ya está teniendo un éxito con el que no contaba –dijo el joven, orgulloso–. Claro, en estos pueblecitos no tanto, pero sí entre los médicos de los hospitales de ciudad, que están usando «mi» preparado como cicatrizante y antibacteriano para tratar quemaduras e incluso llagas infectadas. Dicen que es todo un milagro –continuó, complacido, frotándose las manos, como si se las estuviera lavando con uno de sus jabones.

Mallena reparó en que le brillaban los ojos mientras le sonreía y le tendía algunos de los tubos.

–Tenga, estos se los regalo; puede probarlos con el muñón de su marido. En caso de que los necesite, le daré más.

Ella se quedó mirando los pequeños tubos cilíndricos cerrados con un tapón de rosca.

–¿Qué tiene, señora? ¿Ocurre algo?

–Disculpe si… si me he quedado en blanco, pero a mí nunca se me pasaría por la cabeza vender una cosa que, como el aire, está en la naturaleza y es de todos –dijo, negando con la cabeza–. Y, además, si hay que ayudar a alguien, hay que hacerlo sin esperar nada a cambio, en especial porque hay personas que no pueden permitirse pagar por algo como esto –prosiguió, molesta.

–Pero, señora Mallena, los tiempos han cambiado, y mucho –respondió el farmacéutico, con una expresión que no dejó de irritarla–. De otro modo, yo ahora mismo me estaría muriendo de hambre, pero, si todo va bien, a este ritmo, dentro de unos años hasta podré comprarme un coche. Podría ser el primero de los pueblos de esta zona –concluyó, satisfecho, mientras se peinaba el cabello.

–Por esa regla de tres, la *tzia* Nonnora, a estas alturas, ¿no debería ser la más rica de todo Norolani? Lleva unos sesenta años rezando y preparando remedios de toda clase para *impetrare* la salud de los enfermos. Y sigue haciéndolo incluso hoy, con la edad que tiene. Pero ella… ella se sentiría ofendida si alguien le ofreciera dinero –dijo, enarcando las cejas y fulminándole con la mirada.

–Claro, ya entiendo.

El joven asintió, pero resultaba evidente que tan solo estaba tratando de ser educado. No parecía entender el significado oculto detrás de las palabras de Mallena y se puso a juguetear con los botones nacarados de la bata.

–¿Adónde vamos a ir a parar? –continuó ella–. Si por usted fuera, acabaremos pagando por el agua, el sol, el viento y hasta el aire que respiramos.

El joven, con una expresión cauta propia de quien no quiere meterse en un berenjenal, se abstuvo de profundizar en el tema y fue a por los viales de morfina. Envolvió con esmero los paquetes sin volver a cruzar la mirada con Mallena, que lo observaba con la mandíbula contraída, sobresaliendo hacia delante, como hacía Daniele cuando estaba de malhumor o se ofendía porque su madre le había regañado.

–Aquí tiene su dinero –dijo impasible, lanzándole por el mostrador un billete de diez liras con un gesto de desprecio.

Sorprendido, él lo giró por un lado y por el otro antes de guardarlo en el bolsillo de la bata; a continuación, sacó el cambio del cajón y lo contó delante de ella antes de entregárselo.

–Bueno, usted pruebe mis pomadas; así, la próxima vez que venga a la farmacia, me podrá decir qué tal ha ido. Y mire que no se las he cobrado, que se las estoy regalando –dijo en un tono de voz

que no dejaba lugar a réplicas, mientras ella, aferrando los paquetes de los viales, salió sin despedirse.

Fuera, la volvieron a asaltar las sensaciones que la habían embargado durante la conversación con la señora Annetta y el miedo a que aquel hombre, a pesar de estar muerto, estuviese al acecho, a la espera de verla aparecer. Su presencia le parecía tan tangible que sintió que le daba un vuelco el corazón. Cuando apretó con fuerza los dedos en torno a los viales que llevaba en el bolsillo, sintió una punzada de dolor que le subió desde la mano hasta el hombro y la decepción que sentía por el farmacéutico se volvió violenta. Indignada por lo que consideraba una estafa, mientras recorría la calle, no pudo evitar reflexionar acerca del modo de proceder de la *tzia* Nonnora en su día a día y lo diferente que era al del farmacéutico.

No obstante, a diferencia de lo que había hecho ella al pecar de ingenua y explicarle al joven cómo se preparaba su emplaste a base de azucenas, la anciana no revelaba jamás los productos que usaba ni cómo los mezclaba ni las palabras y los rituales que acompañaban a la preparación de sus remedios; antes bien, tenía mucho cuidado de que todo fuera un secreto, incluso en presencia de sus hijos, precisamente para no dar pie a especulaciones. Cuando llegara el momento, Mallena estaba convencida de que la *tzia* Nonnora instruiría y haría partícipe de sus secretos a la nieta Lucia o, por qué no, tal vez a ella misma.

Si el cansancio y las noticias recibidas aquel día no la hubieran dejado como anestesiada, Mallena se habría sentido aún más decepcionada con aquel joven farmacéutico que la había engañado con sus buenos modales, al igual que habían hecho otras personas, unas con falsas promesas, otras con palabras vacías. Por otro lado, ansiosa como estaba por probar con su marido aquella pomada milagrosa, aceleró el paso. De un muro de un metro de alto situado entre dos casas, sobresalían las ramas de un naranjo cargado de frutas; arrancó una hoja y se la llevó a la nariz.

Al entrar en casa, el olor le resultó aún más nauseabundo que cuando había salido y sintió que el aire irrespirable le perforaba la nariz como si se le hubiera clavado una espada.

Se apresuró a entrar en el dormitorio y, a pesar de que había tardado más de lo esperado por haberse detenido a hablar con la señora Annetta primero y con el farmacéutico después, no se encontró al marido presa del dolor, como había temido.

–He traído los viales. ¿Te inyecto una dosis?

–He dormido un poco, pero ahora estoy algo aturdido –respondió, y a Mallena le dio la impresión de que tenía la voz extrañamente pastosa; reparó en su mirada velada y en que las mantas temblaban a causa de los escalofríos que le recorrían el cuerpo.

–Me alegro de que estés despierto. Mira, te voy a aplicar este preparado sobre ese *marcu* oscuro que ya te ha llegado al vientre –dijo, desenroscando la tapa de metal de uno de los tubos.

–¿Qué es eso? –preguntó Jubanne distraído, con un tono casi somnoliento.

–Una pomada. Me la ha dado el farmacéutico, me ha dicho que hace milagros, y él, que ha *istudiato*, sabrá de lo que habla. –Al oír sus propias palabras, la embargó la rabia–. ¡Y cuesta un ojo de la cara! *Pche*…

A pesar de lo irritada que estaba, no le dijo al marido que fue ella la que le proporcionó al joven toda la información necesaria para producir aquel ungüento tan especial. Se avergonzó de nuevo por lo ingenua que había sido y, ruborizándose, se sintió culpable por todas las personas que, cuando lo necesitaran, tendrían que pagar para obtener el medicamento.

Sin embargo, cuando miró a su marido, comprendió que a él no le interesaba saber todos los detalles. Había llegado el momento de utilizar la pomada. Al retirar las pesadas mantas de lana hechas en el telar, Mallena se quedó tan impactada que incluso perdió el equilibrio. Se tuvo que agarrar a la mesilla de noche.

–¿Qué es lo que ha pasado? –preguntó con voz ronca, abriendo mucho los ojos y llevándose las manos a la boca para reprimir un grito.

Después de ver la expresión aterrorizada de su esposa, Jubanne levantó la cabeza de la almohada, aturdido, y se miró el abdomen; entonces, consternado, volvió a fijar la mirada en ella.

–*Diaulu!* ¿Cómo es posible? ¿Y ahora qué? –preguntó, interrogándola con la mirada, que, por un instante, pareció humedecerse, con las comisuras de los ojos caídas, como si cargaran con el peso de una profunda humillación.

Ella no supo qué responder. Contemplaba fijamente al marido, empapado de sus fluidos corporales. Comprendió a qué se refería el experto venido de Cagliari cuando le dijo que lo habían llamado demasiado tarde y por qué se había marchado sin darle un solo rayo de esperanza. Ahora entendía que la gangrena gaseosa, con sus crujidos ligeros y delicados como la nieve, había seguido invadiendo el cuerpo de Jubanne, hinchándole el abdomen hasta el punto de que los tejidos se habían roto y estallado, sin hacer ruido alguno, y los gases y el líquido fétido que contenían en su interior se habían liberado.

Los dos, incrédulos ante aquella desgracia, siguieron contemplando enmudecidos las vísceras, expuestas sin piedad.

Capítulo 40

23 de diciembre de 1917, domingo

Durante sus muchos años de trabajo, Mallena había visto heridas supurantes y putrefactas, pero jamás había visto algo como eso. En cuanto se recuperó del asombro de encontrar al marido en ese estado y después de tratar de tranquilizarlo, fue corriendo a buscar al médico.

–¿A qué viene tanta urgencia? –preguntó molesto el doctor Onnis, que apareció en el umbral arrastrando las zapatillas afelpadas.

Mallena tomó aire antes de responder:

–Debe venir ahora mismo a ver a Jubanne. ¡Le ha estallado el vientre! –gritó, presa de la agitación; el labio no paraba de temblarle.

Mientras se ceñía el cordón de la bata, al doctor Onnis le pareció imposible que los acontecimientos pudieran haberse precipitado de aquella manera; a juzgar por su expresión, resultaba evidente que pensaba que la mujer estaba exagerando.

–¿Ha entendido que desde el ombligo hacia abajo se le ha abierto todo o no? Parece… parece… –Y se interrumpió unos instantes, cubriéndose los ojos con las manos–. No hay sangre, pero está todo como si… El vientre se le ha desgarrado por la mitad. Hay una masa así –gesticulando con las manos abiertas para darle a entender al médico el tamaño de la herida– que empuja hacia afuera, no lo sé, quizá sean los intestinos, pero es todo de color púrpura y negro –continuó–. Parece… un cadáver que lleva muerto varios días –concluyó, volviendo a taparse los ojos con las manos.

Al ver que Mallena seguía hablando con consternación, profundamente trastornada, y temiendo una de sus reacciones irascibles, el doctor volvió a entrar en la casa, se apresuró a cambiarse de ropa y apareció al cabo de unos minutos con el maletín de cuero en la mano. Si bien tenía por costumbre tomarse los domingos con calma y dedicarlos al descanso, la siguió a paso ligero sin rechistar.

El médico miraba a Jubanne sin decir nada, casi sin respirar. Así como estaba, conteniendo la respiración y levantando las mantas con el brazo en lo alto, más bien parecía que estaba buscando un objeto que se le había extraviado.

–¿Qué se puede hacer? Se lo imploro, dígamelo –le susurró a un oído Mallena.

Después de observar al paciente, el doctor Onnis siguió sin pronunciar una sola palabra durante los pocos minutos en los que duró el examen. Ella lo vio estudiar aquella masa oscura y necrótica que salía del abdomen; lo vio tomarle el pulso a Jubanne y ponerle la palma de la mano sobre la frente.

El médico bajó con cuidado las mantas y sacudió la cabeza en un gesto casi imperceptible. Entonces, cogió a Mallena de un brazo y la acompañó fuera de la estancia. Jubanne, desde su cama, los siguió con la mirada hasta la puerta.

Se sentaron en la cocina y el doctor Onnis, antes de hablar, tragó saliva y se aclaró la voz varias veces.

–Nada, no se puede hacer… absolutamente nada –respondió al fin.

–¡De eso ni hablar! No me puede decir que no se puede hacer «nada», porque, por suerte, ahora lo que nos sobra es dinero y podemos pagarle a usted y costearnos todos los tratamientos que necesite mi marido –dijo Mallena, mirando al hombre que, con los codos apoyados en la mesa, fruncía el ceño.

–No me puedo creer que, con todos los años que llevas trabajando de partera, de verdad se te ocurra pensar que pueda existir una cura para alguien que tiene las vísceras fuera. –Entonces, con un tono de voz más calmado, prosiguió–: Si no ha podido hacer

nada ese experto que habéis mandado llamar nada más y nada menos que del hospital de San Giovanni di Dio de Cagliari, el mejor médico cirujano de toda Cerdeña, significa que no hay… absolutamente nada que hacer. El pronóstico es muy desfavorable –concluyó, entrelazando los dedos de las manos.

–Pero ¿algún día entenderá que las palabras *tocca* usarlas de tal forma que se entiendan, que, si no, de nada sirve hablar? ¿Qué quiere decir con lo del pronóstico?

–Que tienes que resignarte y esperar a que… –El médico, al darse cuenta de que estaba levantando la voz, se interrumpió un instante antes de continuar–: En fin…, esperar a ver qué pasa –dijo con calma, dejando caer las manos sobre la mesa, cansado, como si hubiera hecho un gran esfuerzo.

Mallena se recostó sobre la silla y se miró las manos.

–*Chelu misericòrdiosu*… Pero…, vamos a ver, habiendo dinero… habiendo dinero, algo habrá que se pueda hacer.

–No –respondió, entornando los ojos–. Antes bien, agradece que estemos en invierno; de otro modo, si hiciera calor, se lo comerían las moscas y los gusanos así, tal cual está, vivo y todo –se le escapó, pero enseguida pareció darse cuenta de la gravedad de lo que acababa de decir y dio un respingo.

Negando con la cabeza, con mil cuchillas afiladas que parecían salirle de los ojos, Mallena clavó la mirada en el doctor Onnis. Pálida, ardía en deseos de hacerle pedazos y, al mismo tiempo, de ponerse a suplicarle.

El médico jugueteaba nervioso con las manos sobre la mesa, frotándose las yemas de los dedos. Mallena comprendió que el profundo abismo que se había formado entre ellos con el paso de los años era imposible de salvar, ni tan siquiera ante la gravedad de la situación. Cuando sus miradas se cruzaron, esperó a que él dijera algo más, pero guardó silencio. Entonces, se echó hacia atrás y, levantándose de golpe, cogió el maletín y el sombrero.

–De verdad lo lamento, yo no pensaba que… Lo siento –balbuceó, y se marchó con la cabeza gacha, farfullando unas palabras de despedida.

Al regresar al dormitorio, ella y su marido se miraron asustados, perdidos el uno en los ojos del otro. Jubanne no le preguntó nada. Tras unos minutos de dolor, que se había intensificado más si cabe, su semblante volvió a desfigurarse en una máscara.

Aquella mañana, después de la misa de domingo, la *tzia* Zizza permanecía a la espera, agachada y rezando en el reclinatorio del banco de madera. Al salir de la sacristía, el *prejde* Nieddu se dirigió hacia la balaustrada de mármol delante del altar, donde su criada y otra mujer de mediana edad estaban enfrascadas en los preparativos para la misa de Nochebuena. La *tzia* Zizza, desde detrás del banco, vigilaba cada movimiento del párroco.

–¿Están listas la casulla y la estola para los oficios de mañana? –le preguntó a la criada, que con un paño abrillantaba los candelabros dispuestos a ambos lados del crucifijo.

–Sí, señor –respondió la interpelada, sonriendo sin despegar los labios.

–¿Y la vestimenta púrpura?

–Puede estar usted tranquilo: ya está todo preparado para la misa del gallo.

–Os lo pido por favor, que esté todo en orden.

–Por supuesto, lo encontrará todo como a usted le gusta.

Sin darle tiempo a preguntarle por la comida ni mucho menos a entrar en la casa parroquial para picotear algo, la *tzia* Zizza abordó al *prejde* Nieddu. A pesar de que padecía de artrosis en las rodillas por la edad y de que, además, le dolían por haber estado rezando en el reclinatorio, la anciana fue tan rápida que el *prejde* Nieddu la tuvo delante antes siquiera de darse cuenta.

–Haga el favor de venir a ver a Jubanne. *Povero fizzu meu*, vaya suerte le ha tocado…

Al ver aquellos ojos suplicantes, que la pena volvía aún más oscuros de lo normal, el párroco hizo una reverencia delante del altar y se santiguó. Si bien a regañadientes, se vio en la obligación de seguirla. Pensaba que vería brincar en la plaza a los monaguillos que, después de la misa, habían colgado en la sacristía los

tarcisianos y se habían marchado a la carrera. Pero, aparte de algún que otro anciano que regresaba cansado del campo tirando del ronzal del burro lento, la plaza estaba desierta.

Cuando entró en la casa, el *prejde* Nieddu contuvo la respiración y tragó saliva varias veces, apenas capaz de reprimir las arcadas que le subían por la garganta.

Tzia Zizza lo condujo hasta el enfermo.

–¿Lo ve? –le preguntó, juntando las manos.

Rígido en el centro de la estancia, el párroco contempló la escena con desconfianza: por aquel olor que sentía que cada vez se hacía más fuerte, junto con los ojos de Jubanne fijos en él, se dio cuenta de que la tensión que se respiraba en el ambiente era insoportable. Volvió la mirada hacia la *tzia* Zizza y, de un sobresalto, vio a Mallena, de cuya presencia no se había percatado hasta ese momento. Entonces, sacudió la cabeza, sin añadir nada más.

Con las manos en la cabeza, la anciana parecía desesperada.

–Esto es el fin, es el fin… –repetía, mientras los mechones blancos que le salían por debajo de la pañoleta se le despeinaban sobre la frente.

El *prejde* Nieddu le lanzó una mirada severa.

–No blasfeme; solo Dios puede decidir cuándo es el fin. Estamos todos en sus manos. Cuándo nace uno y cuándo le llega la hora de dejar este mundo es algo que solo Él sabe.

Entonces, el párroco reparó en la expresión y las muecas de Jubanne y pareció comprender al fin la condición inhumana en la que el pobre se encontraba. Recordó la última vez que había acudido a verlo, nada más volver del frente. Le había dicho lo que pensaba sin tapujos: que ciertas desgracias caen con más fuerza sobre la gente que no confía en la misericordia de Dios. Todavía estaba convencido de ello, pero, de repente, sintió que las venas le latían con fuerza en las sienes.

Consternado, fue incapaz de sostenerle mucho tiempo la mirada al enfermo, que le pareció que cargaba con todos los pesares de este mundo. Al apartar la cabeza, cayó en la cuenta de que llevaba un rato conteniendo la respiración. Mallena lo vio abrir en silencio la pequeña ampolla de aceite para la extremaunción que sostenía en la

mano; a continuación, mojó el pulgar y ungió la frente y las manos de Jubanne.

–Que el Señor te bendiga con la gracia del Espíritu Santo. Y, librándote de tus pecados, te salve y en su inmensa bondad te… conceda el alivio que buscas. *Kyrie, eleison*.

–*Kyrie, eleison*. –Solo la *tzia* Zizza respondió solícitamente; Mallena se quedó mirando el suelo, inmóvil.

–Cuando te llegue la hora, Dios, en el esplendor de su gloria, te llamará para entrar en el reino prometido. Te acogerá y te protegerá de todo sufrimiento y turbación –concluyó el cura, volviendo a marcar con el aceite la frente de Jubanne.

Incapaz de contenerse, la *tzia* Zizza se entregó a un llanto silencioso, al que se unió el hijo, quien, pese al dolor, había seguido con lucidez aquel rito.

Mallena no lloró y acompañó hasta la puerta al párroco, el cual se apresuró a despedirse, impaciente, pues el viento frío y limpio que soplaba aquella mañana de invierno se le metería hasta en los huesos.

Tras inyectarle la morfina a Jubanne, Mallena se quedó sentada al lado de la cama, observando la luz que entraba por la ventana, a la espera de que él se calmara y se le relajaran los músculos de la cara. Entonces, dejó a solas al marido y a la suegra para salir al patio y respirar un poco de aire fresco.

Cuando la *tzia* Zizza se reunió con ella, se encontró a la nuera respirando hondo con la nariz levantada y mirando el cielo, que, salvo por una fina línea de separación, parecía rozar la tierra.

–Por muy lejos que me vaya, huelo siempre este hedor. Es como si no solo me entrara por la nariz, sino por dentro de la piel, por la sangre…, y no saliera jamás. Todavía huelo el olor de mi *mamaj* que falleció hace veinticinco años y sigue sin abandonarme –dijo Mallena, extendiendo más el cuello hacia delante y relajando el rostro expuesto al aire invernal.

Debajo del cenador, se acercó a Pitiola y hundió en su costado la cabeza, así como toda la desesperación que no podía revelar ni

compartir con ningún otro ser. Tuvo la sensación de que la burra comprendía su dolor y su soledad. Y que también la había perdonado por haberse olvidado de ella y haberla dejado, en los últimos días, sin paja ni agua.

–Siento que nosotras nos entendemos. No solo es un animal de carga –le dijo a la *tzia* Zizza, al tiempo que acariciaba a la burra–. Es la madre que amamantó a Daniele. De no ser por Pitiola, cuando yo me quedé sin leche, el niño se habría muerto de hambre. No se lo puedo decir a nadie, me tomarían por loca, pero la quiero como a una persona.

Pitiola bajó la cabeza peluda y apoyó el hocico en el hombro de Mallena, y la *tzia* Zizza, que seguía sollozando, las contemplaba pensando en Daniele. Levantó la mirada hacia el cielo, como buscando en aquella luz algo a lo que era incapaz de dar nombre o forma.

Así permanecieron las dos mujeres en el patio, la una al lado de la otra. Pitiola también se quedó inmóvil.

Cuando las campanas anunciaron el mediodía, después de volver a entrar en la casa, la *tzia* Zizza se anudó la pañoleta por debajo del mentón.

–Ahora tengo que irme. No te preocupes; Rosa y Daniele se quedarán en mi casa –le dijo a la nuera, observando la mirada ausente de Jubanne.

Puesto que la dosis de morfina prescrita por el doctor Onnis aliviaba el dolor cada vez menos tiempo, Mallena se vio obligada a ponerle otra inyección por la tarde.

–También me siento mal en parte por la vergüenza que me da que me hayáis visto tú y todos en este estado tan *miserandu*. Ver la piedad que destilan tus ojos y los de mi *mamaj* me rompe el corazón –dijo Jubanne, en cuanto comenzó a desvanecerse la máscara de dolor que le había demudado el rostro.

Mallena se sorprendió de que hablara con tanta lucidez. Se preguntó a qué se debía aquella transformación. ¿Acaso sería por el efecto de la morfina? ¿O sería otro el motivo? Albergó, solo por un

instante, la esperanza de que una fuerza sobrenatural pudiera superar todos los límites.

–Oh, Jubanne, cuánto me gustaría poder hacer algo… Recuperar lo que hemos perdido y dejado atrás en el pasado. Hacer por ti todo lo que necesites, todo lo que no supe ni pude hacer por mi *mamaj*.

Mallena cargaba con el peso de saber que no tenían a nadie más con quien contar. A nadie más en quien confiar. Se habían quedado solos.

–Cuando estaba en el frente, antes de dormirme, esperaba soñar contigo. Alguna vez, cuando conseguía aislarme por unos instantes del cansancio, de los disparos de mortero y de los gritos desesperados de mis compañeros heridos, lo conseguía. Eran sueños preciosos. Lucías el vestido de colores y lleno de vida de tu pueblo y te acercabas a mí sonriendo, con los brazos abiertos y el cabello suelto. Pero, en cuanto yo intentaba extender los brazos hacia ti, me despertaba de nuevo en ese infierno y rompía a llorar en silencio. Como hace Daniele.

Ella le cogió las manos entre las suyas e inclinó la cabeza para darle un breve beso, como hacía con los hijos cuando se quejaban de algo.

–Yo siempre he dependido de todo y de todos… Pero a nosotros, a nosotros, ¿quién nos salvará esta vez?

–Mallena…

–¿Dónde está ese Dios que nos ha de salvar del sufrimiento? ¿Dónde están los milagros de esa medicina escrita en los libros? ¿Dónde está ese Gobierno que piensa en el bien de la gente como nosotros? ¿Y dónde queda la *zustizia* que defiende a los honrados y a los pobres incapaces de alcanzar la paz?

–Mallena…, déjalo estar, todo es inútil.

Hundió una mano pálida en el cabello despeinado de su esposa y a ella le dio la sensación de que Jubanne estaba tratando de consolarla. Se enterneció al ver que su marido era capaz de un gesto como aquel, a pesar de estar tan demacrado y de tener la piel de las manos tan fina, hasta el punto de que quedaba a la vista, por debajo, una red de frágiles venas.

–¿Cómo he podido ser tan…? ¿Cómo decirlo? ¿Tan… *istupida*? Yo debía cuidar de ti, pero, ingenua de mí, te he dejado en manos de generales, de doctores y farmacéuticos. ¿Cómo he podido ser la… la mujer más *attontada* que existe sobre la faz de la tierra?

–No, para mí serás siempre la más hermosa y preciosa que existirá jamás –dijo él, entre temblores.

–No me puedo perdonar por haber sido tan confiada y, además, durante tanto tiempo. Como tampoco perdonaré a nadie por sus errores. Y que se vayan al infierno el alcalde, el doctor, el cura, el subdelegado de Gobierno y todos los que se pasan la vida prometiéndonos… prometiéndonos pan, consuelo, *zustizia* y una paz que no llega nunca.

Pero sentía que Jubanne tenía razón: de nada servía ponerse a despotricar de aquella manera. En su interior se sentía horadada sin remedio, como las cuevas impenetrables y los cañones creados por el agua que fluía, impetuosa y terrible, por debajo del Supramonte.

El alba la sorprendió en la silla al lado de la cama, de donde no se había movido desde la tarde anterior. Durante la noche, Jubanne, en algunos momentos, había delirado y, en otros, había descansado. El resto del tiempo, había pedido e implorado una y otra vez más morfina y el fin de su sufrimiento, el cual a estas alturas se le antojaba inútil e insoportable.

–¿Me ves? Sabes, por el olor, que me morí hace tiempo. Este dolor que me atraviesa es demasiado…

Mallena lo miró impotente. Se acercó a la cama y lo cogió de la mano.

–Esto es imposible, no aguanto más. ¿Qué habré hecho yo para merecer tanto dolor? Te lo imploro… Haz algo… Lo que sea.

Mientras, exhausta, preparaba la jeringa, se dio cuenta de que había que lavar a Jubanne y ponerle una camisa limpia. Sola no sería capaz, no con él en esas condiciones, por lo que se vio obligada a esperar a que volviera la *tzia* Zizza.

–*Misericòrdia* divina, ayuda a este pobre *fizzu meu* –exclamó esta nada más ver al hijo–. Le siguen saliendo las vísceras… Que Dios me

perdone por hablar así, pero Cadorna y todos esos generales infames y *miserabiles* deberían estar en estas condiciones para que entendieran mejor lo que es la guerra y el dolor. Han matado a miles de hombres con morteros y a muchos más de hambre, de frío, de penas de todo tipo –continuó, mientras contemplaba al hijo, con una mueca en los labios y las facciones de la cara deformadas por el dolor.

–Voy a coger una sábana fina de lino y a cortarla en tiras, para vendarle el estómago –le dijo Mallena a su suegra, pero la mujer no respondió; se limitó a suspirar hondo, entrelazando los dedos, como si estuviera rezando.

Cogió una sábana del arquibanco colocado en la entrada. Entonces, apartando su traje tradicional, que estaba guardado con esmero justo debajo, sacó lo que parecía ser otra sábana enrollada del fondo.

–Cuando llegue el momento, quiero colocarlo sobre esta sábana –dijo, desenrollándola en el suelo para mostrársela a la *tzia* Zizza, que la había seguido.

–¡Qué bonita! Con estos colores naranjas, blancos y rojos, me recuerda a la primavera.

–Está hecha con lana de oveja y algodón. La tejió mi *mamaj*, Rosa. –Mientras deslizaba los dedos encima, Mallena pensó en esta última–. No sé por qué, pero nunca se me ocurrió preguntarle si estas mujeres están bailando o están acompañando a alguien al más allá… Y ahora nunca podré preguntárselo –continuó, señalando las figuras femeninas que se cogían de la mano, formando un círculo.

–Yo nunca la había visto –dijo la *tzia* Zizza, observando aquellas figuras dibujadas en la sábana.

–Me la llevé de mi casa en Orgosolo cuando me fugué con Jubanne. Pero jamás habría imaginado que la usaría para amortajarle a él… cuando…

En el semblante lleno de arrugas de su suegra, vislumbró todo el dolor de una madre.

Después de cortar la otra sábana, las dos mujeres pasaron un trozo mojado por la piel de Jubanne, evitando con cuidado la zona del vientre, por el que sobresalían las oscuras curvas del intestino.

Después de lavarlo, rociaron su cuerpo con una esencia perfumada a base de semillas de lavanda y envolvieron delicadamente el abdomen con las tiras de la sábana limpia.

Quién sabe por qué caminos vagaba él en aquellos instantes, con la mente nublada por la morfina. Hablaba de Pietrino Fadda, un soldado de veinte años, de estatura baja, jovial.

–Era rubio y de ojos claros, pero venía de Bidonì, un pueblecito en el centro de Cerdeña –continuó, con voz pastosa–. En los raros momentos de descanso, nos ponía a todos de buen humor con sus ocurrencias y, durante un rato, nos levantaba el ánimo. Pero sobre todo era él quien escribía las cartas que os enviaba. Cuando no se combatía, a la luz de la candela, era el escribano para aquellos que apenas sabían poner una cruz. Espero que siga vivo.

–Daniele quería que su hermana le volviera a leer las cartas todos los días –añadió Mallena.

Ellas dos se quedaron sentadas en silencio, escuchando a Jubanne, que, cada vez con la voz más cansada, seguía rememorando aquellos raros instantes de serenidad que había vivido en el frente en compañía del joven soldado. Luego, lo vieron caer en un estado de sopor.

Mallena reparó en que la *tzia* Zizza contemplaba fijamente el techo de caña, cuyas vigas de madera se estaban curvando por el paso del tiempo.

–Ahora vuelva a su casa, que usted necesita descansar más que yo –la exhortó Mallena, colocándole una mano en los hombros encorvados.

–Pero, si necesitas ayuda, ¿cómo lo harás? –inquirió la *tzia* Zizza, pasándose nerviosa los dedos por el cabello blanco para volver a meterlo debajo de la pañoleta–. No puedo mandar aquí a mi hija, que es joven y nunca se sabe, se asustaría al ver al hermano en este estado y no te sería de ayuda –dijo, sumida en el torbellino de emociones que se había desatado en su interior e incapaz de decidir si debería irse o quedarse.

–Me las apañaré –la tranquilizó–. Pero usted ahora tiene que marcharse –continuó, pensando en Rosa y en Daniele, que debían de estar empezando a preocuparse por la ausencia de la abuela.

–Entonces…, ¿me voy? –preguntó, vacilante.

–Sí, váyase…

Sin añadir nada más, la *tzia* Zizza abandonó la casa con los quejidos del hijo llenándole los oídos, a pesar de que, en aquel momento, parecía estar dormido.

Después de que la suegra se marchara, Mallena se sentó cerca de Jubanne y esperó a que él recobrara el conocimiento.

–De todos los momentos que hemos pasado juntos, ¿cuáles son los que más te gusta recordar? –preguntó, aferrando la mano del marido, después de que él se despertara de aquel estado de inconsciencia.

–Cuando aquella noche, hace dieciséis años, te escapaste conmigo. A caballo, galopando en la penumbra, me conmovió sentir que, por la fuerza con la que te aferrabas, confiabas en mí en cuerpo y alma –respondió, con la frente perlada de sudor, jadeante–. Y, desde ese momento, no he vuelto a temer nada.

–Para mí, todos los momentos… *onni momentu* –contestó Mallena.

Siguieron hablando de los años que habían vivido juntos, de todo lo que tenían antes de la guerra.

Pasándole un paño por la frente sudorosa, Mallena vio que su marido se llevaba las manos al vientre.

–¿Tienes miedo?

–No, no hay motivos para tener miedo –respondió él, negando levemente con la cabeza.

Poco después, Jubanne se adormiló de nuevo. Mallena se quedó inmóvil hasta el crepúsculo, cuando se puso en pie para encender la lámpara; entonces, regresó a su sitio y siguió contemplándolo. A la luz tenue, le pareció que su cara volvía a ser la del muchacho de aquellos tiempos, el mismo de aquella noche en la que se la llevó consigo y, de vez en cuando, se daba la vuelta en la silla del caballo para consolarla con una sonrisa.

Cuando las campanas dieron las diez, la casa volvió a cobrar vida de pronto. En el dormitorio, la lámpara de aceite de lentisco dilataba la

sombra de la *tzia* Nonnora, que acababa de llegar con Rosa, Daniele y la *tzia* Zizza. Todos estaban de pie delante de la cama.

–¿Cómo se encuentra hoy? –preguntó Rosa, acercándose a su padre–. Hemos venido a saludarlo antes de ir a la misa de Nochebuena.

–¿Sabía que esta mañana le compramos un montón de castañas a ese señor que viene de los montes? –dijo Daniele–. Mañana las comeremos asadas, y también nueces y unos cuantos higos secos.

–Déjalo ya –le susurró Rosa, acercándose al niño.

–Pero si no es nada malo que me guste tanto la Navidad. A usted también le gustan mucho las castañas de Tonara, ¿verdad, *babaj*? –El interpelado hizo un leve gesto con la cabeza–. Mañana vendré con el bolsillo lleno y nos las comeremos juntos bien calentitas.

La chica le dio al hermano un pequeño manotazo en la nuca.

–Rosa, tienes madera de maestra –murmuró el padre, a quien no le había pasado desapercibido su gesto para mandar callar al niño–. No dejes de estudiar… –Aquel pensamiento, al igual que la leve sonrisa que les dedicó a los hijos, duró un instante; entonces, terminado el efecto del opioide, el dolor se apoderó nuevamente de él–. Mallena mía, *mamaj* querida, ayudadme. Que alguien tenga piedad de mí.

Rosa y Daniele recularon unos pasos.

Emanando sufrimiento por cada poro del rostro sudado, Jubanne comenzó a suplicar de nuevo.

–Usted márchese. Yo estoy un poco cansada; me voy a quedar aquí. Les haré compañía a Mallena y a Jubanne –le dijo la *tzia* Nonnora a la *tzia* Zizza, mientras se sentaba en un taburete cerca de la puerta del dormitorio.

Todos comprendieron que aquel gesto resuelto no dejaba lugar a réplicas.

–Si con sus plegarias consigue obtener alguna gracia para este pobre *fizzu meu*, Dios se lo recompensará –le dijo la *tzia* Zizza.

La anciana asintió en dirección a la madre de Jubanne, la cual, después de acariciar la frente caliente del hijo, se marchó apresuradamente, cogiendo a los nietos de la mano.

Sonaban las campanas de la iglesia de San Juan Bautista para llamar a los fieles a la misa del gallo y celebrar el nacimiento de Jesucristo. Aquellos tañidos, que componían la más festiva de las melodías, no eran más que ecos sumidos en el olvido para Mallena.

Notte de Chelu es custa in d'onni coro
de allerghia si sentit abbundare,
ca in sa grutta es nadu su Bambinu
*dae s'inferru pro nos liberare...**

Entusiasmado y cogiendo de la mano a la abuela, Daniele salió de la estancia entonando aquella canción navideña. Ardía en deseos de cantarla en la misa del gallo, dentro de poco. La *tzia* Zizza apretó con más fuerza la mano del nieto.

Antes de entornar la puerta del dormitorio, Rosa se volvió para mirar a los padres, como si quisiera absorber cada detalle de la escena indescriptible que se desplegaba ante ella. Durante el trayecto hasta la iglesia, derramó las lágrimas que había reprimido hasta entonces.

Sentándose con la espalda recta en el taburete, la *tzia* Nonnora parecía no hacer caso al hedor del que no se libraba ni un solo rincón de la casa y que ni siquiera las vendas, las esencias perfumadas y las semillas de lavanda conseguían mitigar.

–Auxilio, *agitoriu*, ayúdeme. Nadie quiere entender que yo… que yo ya no temo a la muerte, como cuando estaba en el monte Zebio; al contrario, la ansío…, ansío que venga a liberarme, a salvarme. Si ya no hay ningún remedio que valga, si ya no hay ninguna esperanza, ayúdeme. ¿Por qué he de seguir sufriendo tanto?

Al dolor del enfermo se añadían los escalofríos, los temblores y la sudoración: eran los efectos de la abstinencia de la morfina. Ante aquellas palabras, seguidas por los gritos suplicantes de Jubanne, Mallena bajó la mirada.

–¿Cómo enfrentarse a una desgracia como esta? Yo pensaba que era una mujer fuerte, que no temía a nada ni a nadie, que estaba

preparada para hacer lo que hiciera falta. Pero ahora ya no le encuentro sentido a nada. Me siento perdida… –murmuró con un hilo de voz, mirando a la anciana, la cual permanecía sentada con el rostro oculto por las sombras de la pañoleta que le cubría la frente y con las manos huesudas sobre los bordes del chal negro.

La *tzia* Nonnora se levantó del taburete y colocó debajo de la almohada de Jubanne un saquito de paño de colores, donde había metido algunos granos de trigo y semillas de ruda. Murmuró unas palabras incomprensibles y volvió a sentarse.

Fuera, la noche estrellada y la luna creciente alumbraban las calles de Norolani, animadas, como presas de un hechizo, por la fiesta que anunciaba el advenimiento del Salvador. Por las ventanas de las casas se filtraban las luces de las lámparas encendidas con el fuego que ardía en las chimeneas. Pero ahí, en el dormitorio, Mallena mantenía la luz al mínimo para no molestar a Jubanne.

–Ya ve cómo está: sin fuerzas, pero encadenado a este sufrimiento insoportable, que se niega a dejarlo en paz. Ahora ya está demasiado débil, demasiado… En fin, no puede más –murmuró.

–Tranquila. Hay una parte de su ser que, aunque nada pueda ver, se mantiene fuerte, lo entiende y lo sabe todo.

–Pero ¡qué fuerte ni qué fuerte! ¿No ve que no es capaz ni de levantar la cabeza? –replicó, alzando un poco el tono de voz.

–Es la *cussienzia*, de un poder infinito, que ayuda a ver el más allá y a enfrentarse a lo desconocido.

–Yo no la entiendo, *tzia* Nonnora mía. Por su culpa me está dando vueltas la cabeza; ya no sé ni dónde estoy.

–Si la escuchas, a ti también te enseñará algunas cosas. Ya te lo he dicho: en esta Nochebuena, tú también sabrás qué hacer.

Mallena sintió que desfallecía y tomó asiento de nuevo, apoyando los codos en las rodillas y sosteniéndose la cabeza entre las manos.

La anciana, entonces, entonó un canto: rogó a los santos del paraíso y recitó *brebus* desconocidas e incomprensibles, aquellas que pertenecían al mundo arcaico en el que ella creía y al que se sentía tan unida. A Mallena le dio la impresión de que estaba inmersa en una especie de negociación, de que pedía ayuda a las

fuerzas cuya grandeza y facultad para sanar eran incuestionables para ella.

De repente, mientras oía ese canto, Mallena levantó la cabeza, como si hubiera oído la llamada de alguien.

–No sé ni qué ni quién seré pasada esta noche, pero usted tiene razón: no puedo seguir eludiendo mis responsabilidades. Porque no me han dejado ningún otro camino, ninguna elección –le dijo a la *tzia* antes de levantarse para coger la morfina de lo alto de la cómoda. Jubanne la detuvo por un brazo y, con una fuerza quebradiza, casi inexistente, la acercó hacia sí mismo.

–*Istella mia istimada*, ¿de verdad quieres hacer algo por mí? Si es así, ponte tu vestido más bonito…

Ella se quedó estupefacta ante aquella petición; entonces, con un gesto de asentimiento, salió del dormitorio. Apoyando en el suelo la lámpara, levantó la tapa del arquibanco y acarició el traje que llevaba años ahí doblado. Rozó la tela varias veces antes de sacar el vestido: bajo los dedos notó la gruesa tela rizada de los puños y del torso de la blusa, así como los pliegues intactos de la falda.

Al regresar al dormitorio, lo colocó sobre la silla y sintió fija en ella la mirada de Jubanne, quien, junto con las plegarias de la *tzia* Nonnora, observaba sus gestos lentos al desvestirse, como sumida en una ceremonia.

Se ajustó el corpiño por debajo del pecho y se puso la chaquetilla roja. Sobre las dos faldas con volantes de color verde brillante y el borde inferior rojo, se ató el delantal con flores bordadas y hermosos diseños.

Mientras ejecutaba aquellos gestos lentos, Mallena se dejó llevar por los recuerdos de su infancia en Orgosolo, cuando todavía era feliz y sus días, livianos. Volvió a verse acompañada de sus padres en el redil de Duvilinò, adonde iban para trasquilar a las ovejas. En el aire, pequeños copos blancos; ella corría alrededor del *pinnettu*, la pequeña cabaña circular de piedras y ramas que el padre había construido para refugiarse del frío y del sol tórrido. Delante del nuraga que se erguía detrás del pequeño refugio, contemplaba boquiabierta aquella estructura antigua, construida quién sabe por qué y cómo. Tenía ante ella piedras enormes que se habían colocado

unas sobre otras sin mortero y le pareció que en aquel momento existían tan solo para ella.

Recordaba que había tratado de imaginar cuál habría sido el motivo que había llevado a los hombres, quién sabe cuántos años atrás, quizá miles, a erigir con enormes bloques de granito cuadrados y unidos a la perfección entre sí aquella torre central más alta que ninguna que hubiera visto con anterioridad, acompañada de otras más bajas a los lados. Mientras miraba a su alrededor las ruinas del antiguo asentamiento, trató de imaginarse las vidas aventureras de los habitantes de aquel pueblo, hasta que la madre la llamó para comer.

En el gorro de brocado se entrelazaban hilos de seda que dibujaban rosas y hojas puntiagudas de acanto. Mientras Mallena, bajo la mirada exhausta pero tierna de Jubanne, trataba de recogerse el largo cabello oscuro dentro de ese gorro, sintió la presencia de su madre, Rosa, a su lado.

Le parecía verla. Llevaba puesta la misma ropa que hacía ahora tantos años, en el redil de Duvilinò. No le sonreía, pero parecía serena, contenta de estar a su lado. Fue un instante; luego, la figura se desvaneció entre las sombras oscuras.

En la estancia sumida en la penumbra, al reparar en que los ojos exhaustos de su amado estaban fijos en ella, Mallena se colocó delante de la lámpara, y, ante el plácido contraste entre esos colores vivaces y el rostro ambarino de la esposa, Jubanne esbozó una sonrisa.

Mallena se volvió hacia la *tzia* Nonnora, que asintió con un gesto solemne de la cabeza.

–Si tan solo tuviera la fuerza necesaria…, te dedicaría el poema de Badore Sini de Sarule. Me parece que fue escrito solo para ti… «No puedo descansar, amor, corazón, pensando solo en ti en todo momento…».

Con voz débil, Jubanne le recitó aquellas palabras de amor.

Ella se le acercó y reparó en la respiración afanosa de su esposo. Le vino a la mente la imagen de un ancla, un peso que lo mantenía amarrado en la orilla y le impedía alcanzar el mar abierto.

–«No estés triste, cariño mío, no te desanimes, no te derrumbes…». –Con voz cada vez más pausada, embriagado por la presencia de ella, por su aroma y por los vívidos colores que vestía, aguardó a que la almohada que Mallena sostenía en la mano le cubriera con dulzura los labios y, a continuación, toda la cabeza–. «Te aseguro que… que solo a ti te deseo… que te quiero mucho, te quier…» fueron las últimas palabras de Jubanne.

Con los ojos entornados, permaneció inclinada sobre él hasta que, tras estremecerse, sintió que su cuerpo desfallecía. Levantó la almohada. Un beso ardiente y frágil: el último adiós de Mallena. Entonces, se quedó encima de él, con la esperanza de que de su amado emanara el perfume de los días pasados, de los días de amor.

En el dormitorio, no más gritos de dolor, turbación o soledad. Tan solo el silencio antiguo del tiempo, el único sonido posible en aquella transición.

Con la pañoleta negra calada en la frente y las dos puntas cruzadas delante de la cara, cubriéndole la boca y la nariz, la *tzia* Nonnora únicamente dejaba a la vista los ojos. Era el tocado del duelo. Contemplando el cuerpo sin vida de Jubanne, entonó un canto fúnebre, como para acunarlo en aquel viaje.

Mallena ahora veía las facciones relajadas del marido, que parecían transmitir un absoluto reposo, lejos de todo tormento. Tuvo la sensación de que a su alrededor soplaba un viento misterioso y ligero, capaz de entrelazar los instantes del pasado con el porvenir.

Cuando las dos mujeres oyeron que llamaban a la puerta de la entrada entreabierta, no sabrían decir cuánto tiempo había transcurrido.

En el umbral, una chiquilla se asomó al interior y anunció su llegada. Entonces, se adentró con timidez, siguiendo la luz tenue que provenía del dormitorio, y, deteniéndose a dos pasos de la puerta, aguardó a que le dieran permiso para entrar.

Vislumbró a Mallena vestida de novia, de pie en la penumbra. A su lado, se sentaba la *tzia* Nonnora, que rezaba y hablaba con las almas

de los vivos y de los muertos. Por un instante, se quedó desconcertada, pero, entonces, se armó de valor para decir:

–*Mamaj* me ha mandado llamarla –le dijo a la partera, que aferraba con afán la almohada, la que preservaba el último aliento de su amado–. Dice que la perdone por molestarla a estas horas, pero se ha puesto de parto y parece que mi hermanito tiene pensado nacer en plena noche santa. Solo usted, Mallena, la puede ayudar.

En aquella Nochebuena, mientras comenzaban a tocar las campanas del gloria, los reflejos de la lámpara alumbraron el semblante de la muchacha, que permanecía inmóvil en la puerta del dormitorio, y sus largas trenzas negras fijas con una cinta de colores centelleaban en la oscuridad.

Mallena la contempló con una dulzura inesperada. Y, sin saber por qué, advirtió toda la armonía de aquel misterio en el que noche y luz se fundían en una simetría idónea, en un entramado que iba más allá del tiempo.

---

* Ha llegado la noche de los cielos / al corazón jubiloso estará / pues en una cueva ya ha nacido el niño / que al fin del infierno nos salvará. (*N. de la T.*)

Nota de la autora y agradecimientos

La comadrona nace de la necesidad de narrar las historias de mujeres que, pese a ser figuras importantes dentro de su comunidad, la historia oficial ha decidido olvidar. Mujeres no siempre fuertes, pero valientes, que han luchado y siguen luchando contra prejuicios y obstáculos en ambientes que a menudo quieren relegarlas a trabajar en condiciones precarias y a desempeñar papeles marginales.

Para dar voz a sus historias, he escuchado la de mujeres que han vivido no solo mucho tiempo, sino con intensidad, y he leído con atención viejos documentos y textos en el Instituto Etnográfico Regional Superior de Nuoro, en el archivo histórico de Ghilarza y en el archivo municipal de Norbello. He estudiado, he leído ensayos y trabajos de investigación: *Il parto e la nascita in Sardegna*, editado por Luisa Orrù y Fulvia Putzolu (CUEC, 1993), *Is levadoras.* Levatrici della Sardegna tra Ottocento e Novecento, de Fulvia Putzolu (CUEC, 2006), Le segrete manovre delle donne, de Alessandra Gissi (Viella, 2023), solo por citar unos ejemplos. En sus obras, he encontrado una valiosa fuente de información y he podido adentrarme en las vidas de comadronas como Gaspara Deriu, Enrica Bozzoni y Cristina Casti. Un mundo que he tratado de reconstruir, página a página, basándome también en documentos de la época, en artículos de prensa o en leyes nacionales y normativas locales, en ocasiones ambiguas y contradictorias entre sí.

Escribir *La comadrona* me ha permitido, además, seguir el largo hilo que une mi vida de mujer, de madre y de comadrona en hospitales y consultorios al lado de las mujeres en una amalgama de emociones, de batallas vencidas y perdidas, de gozo y de dolor, aferrando manos asustadas y exhaustas y sonriendo a nuevas vidas.

He llegado a la conclusión de que la historia de una mujer también es la historia de una comunidad. Es la historia de un país, de una sociedad que cambia. Es la historia de todos nosotros.

Todos los libros son fruto de interrelaciones y me gustaría expresar mi gratitud a las personas que han hecho posible esta novela.

El primer gracias es para Gianluca Amato, mentor que me ha acompañado y animado con competencia y diligencia, permitiendo que lo que no era más que una idea se desarrollase y, página a página, adoptase la forma de una historia completa.

Por sus observaciones valiosas, les doy las gracias a las personas que han leído, ya sea total o parcialmente, el primer borrador: Matilde Manca, Geronimo Fais, Rosy Norfo, Nicola Cau y Michele Licheri, así como el grupo «Continuiamo a rapirci» de Londra Scrive.

Por los consejos en lo referente a las palabras sardas, gracias a Antonio Pinna.

Gracias de corazón a Marco Mancassola, un culto escritor que, primero como docente y después como redactor, ha creído en mí y en el potencial de la historia. Su mirada experta me ha permitido elevar el libro a un nivel que no creía posible.

Gracias de verdad a las agentes literarias Cristina Tizian y Emanuela Canali por haberse enamorado de la historia y haber ayudado, con su dilatada experiencia, a conseguir que volara.

Gracias a todo el equipo de Casa Editrice Nord –Marco Tarò, Emanuele Bertoni, Elena Pavanetto, Lara Spagnol, Marta Lacchini, Viviana Vuscovich, Barbara Trianni, Egle Santonocito–, por la confianza, por la competencia y por el esfuerzo en todas y cada una de las fases de producción, lo que ha sido fundamental para hacer del libro una realidad. En especial, le estoy agradecida a Grazia Rusticali, quien, junto con Giorgia di Tolle, Paolo Caruso, Valentina Abaterusso y Chiara Negri, me ha recibido con entusiasmo y cariño, demostrando la actitud que caracteriza a toda la editorial.

Un pensamiento especial para mi marido, mi hijo, mi madre y toda mi familia: sin el amor que siempre he sentido a mi alrededor, nada de esto habría sucedido.

Table of Contents

Portadilla
Título
Créditos
Dedicatoria
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Nota de la autora y agradecimientos